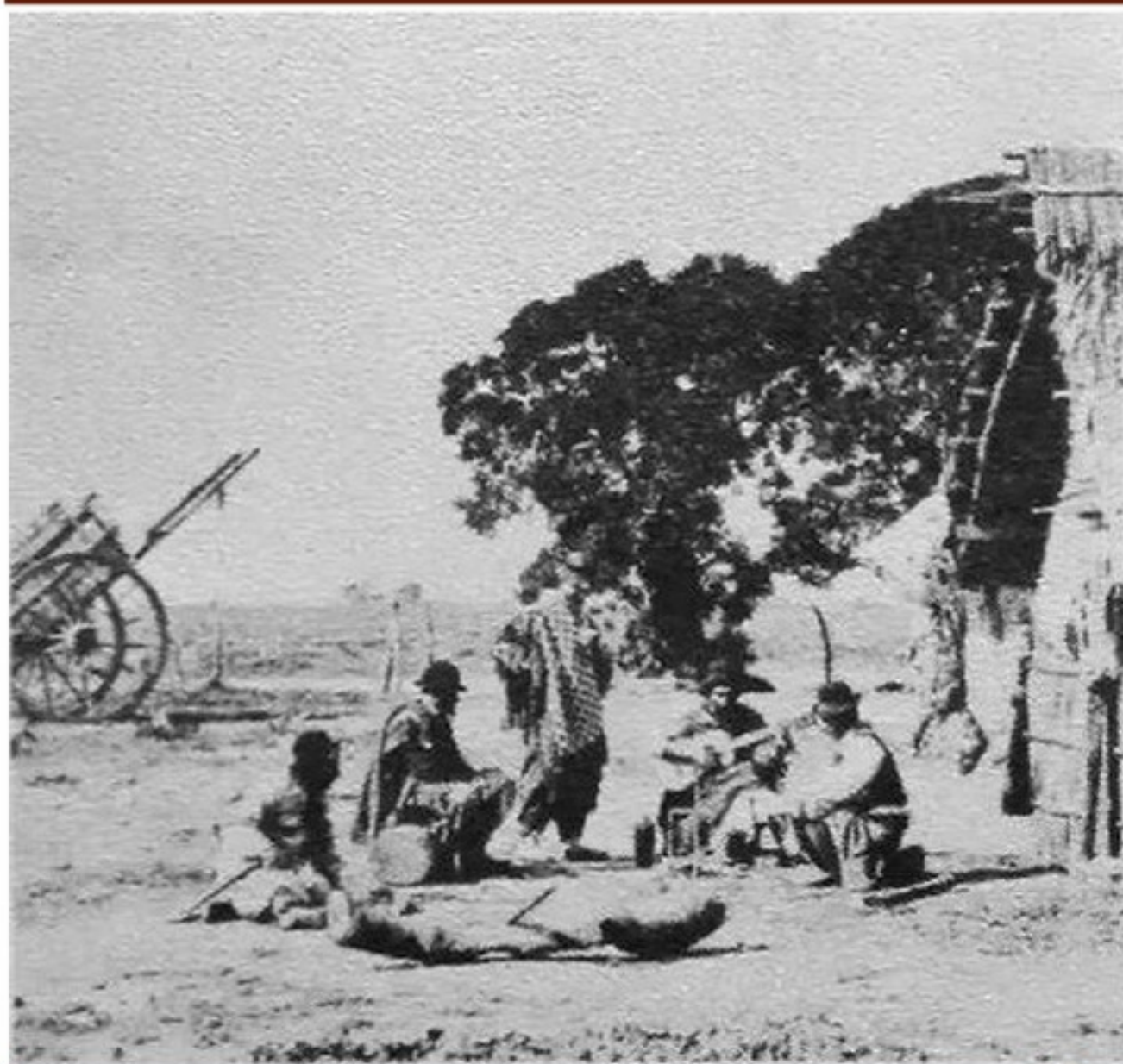


BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

Ezequiel Martínez Estrada

# RADIOGRAFIA DE LA PAMPA



se

La primera edición de la *Radiografía de la pampa*, ensayo histórico-sociológico, según la definición del propio autor, data de 1933. Una fecha muy significativa, momento en el que el hundimiento de las esperanzas en el progreso económico indefinido que habían dado el tono a cinco decenios y la quiebra del proyecto democratizador impulsado por el yrigoyenismo constituían un acicate para la indagación sobre las raíces profundas del drama argentino.

Implacable cuestionamiento de una serie de postulados que poco tiempo atrás hubieran parecido inatacables, y a su vez objeto de severas críticas por parte de generaciones posteriores de intelectuales —«subjetivismo», «irracionalismo», «fatalismo telúrico» han sido algunos de los calificativos que se han esgrimido contra el pensamiento de Martínez Estrada—, la *Radiografía de la pampa* representa un hito que no se puede ignorar en la reflexión de los argentinos acerca de su identidad como pueblo y como nación.



Ezequiel Martínez Estrada

# Radiografía de la pampa

ePub r1.0  
et.al 07.06.2018

Ezequiel Martínez Estrada, 1933  
Retoque de cubierta: et.al

Editor digital: et.al  
ePub base r1.2



# TRAPALANDA

I. LOS RUMBOS DE LA BRÚJULA

II. LA ÉPOCA DEL CUERO

III. LAS RUTAS

## I

# LOS RUMBOS DE BRÚJULA

## LOS AVENTUREROS

El nuevo mundo, recién descubierto, no estaba localizado aún en el planeta, ni tenía forma ninguna. Era una caprichosa extensión de tierra poblada de imágenes. Había nacido de un error, y las rutas que a él conducían eran como los caminos del agua y del viento. Los que se embarcaban venían soñando; quedaban soñando quienes los despedían. Unos y otros tenían América en la imaginación y por fuerza este mundo, aparecido de pronto en los primeros pasos de un pueblo que se despertaba libre, había de tener las formas de ambición y soberbia de un despertar victorioso. Es muy difícil reproducir ahora la visión de ese mundo en las pequeñas cabezas de aquellos hombres brutales, que a la sazón estaban desembarazándose de los árabes y de lo arábigo. ¿Qué cateos imaginativos realizaban el hidalgo empobrecido, el artesano sin pan, el soldado sin contrata, el pordiosero y el párroco de una tierra sin milagros, al escuchar fabulosas noticias de América? Mentían sin quererlo hasta los que escuchaban. Un léxico pobre y una inteligencia torpe habían de enriquecer la aventura narrándola. Los mapas antiguos no pueden darnos idea aproximada de esos otros mapas absurdos de marchas, peligros y tesoros dibujados de la boca al oído. Volvían pocos porque el hambre y la peste los malgastaban; mas el supérstite fingía para librarse del ludibrio, y así hacía prosélitos. Embarcarse era, en primer término, huir de la realidad; con lo que ya se trabajaba para el reino de Dios, haciéndose a la mar. En segundo término, la travesía del océano deslastraba de su némesis de raza aislada, espuria, y de familia sin lustre y sin dineros, al que volvía la espalda a la Península y abría los ojos al azar. Este mundo era para él la contraverdad del otro; el otro mundo. Ningún propósito tranquilo, que exigiera la gestación de un embarazo; ningún proyecto de largas vistas, que exigiese moderación, respeto, pensar y esperar. Navegando tantos días y tantas noches, con un rumbo que los vientos obligaban a rectificar, llegaban prevenidos contra la muy simple y pobre realidad de América. Ya la traían poblada de monstruos, de dificultades y de riquezas. América era, al desembarco, una desilusión de golpe; un contraste que enardecía el cálculo frustrado y que inclinaba a recuperar la merma de la ilusión mediante la sublimación del bien obtenido. Otra vez la llanura era el

mar, sin caminos. América no era América; tenía que forjársela y que superponérsele la realidad del ensueño en bruto. Sobre una luna inmensa, que era la realidad imposible de modificar, se alzarían las obras precarias de los hombres. De una a otra expedición se hallaban escombros y de nuevo la realidad del suelo cubriendo la realidad de la utopía. Nada de lo que se había edificado, implantado, hecho y fundado tenía la segura existencia de la tierra. La propiedad sobre las cosas, la autoridad sobre los hombres, las relaciones entre los habitantes, el tráfico de las mercaderías, la familia, estaban sujetas a imprevistos cambios, como plantas recién transplantadas que podían prender o morir.

Había que abrirse una senda en la soledad y que llenar con algo esa llanura destructora de ilusiones. Lo que coincidía con la previa estructura de este mundo, prosperaba; lo que se alzaba con arreglo a la voluntad del hombre, caía cuando moría él. ¿Qué, si no la tierra, podía ansiar poseer el que llegaba a estas regiones aisladas sin seguridad para la vida, sin otra posibilidad que lo que se le arrancara con violencia? El ideal del recién llegado no era colonizar ni poblar. Pensar entonces en ello equivaldría a concebir una maquinaria complicada en presencia de la rueda. Faltaban al medio los caracteres y los incentivos que suscitan la necesidad de poblar y de colonizar. En ningún orden de las actividades humanas podía aspirar —ni era capaz— a formarse una posición decorosa. Ponía en juego sus fuerzas primitivas y así iban rebotando los hechos entre sus manos ineptas y la realidad sin forma. El indígena había vivido en relación con este mundo, hasta que se sometió a sus exigencias. Pero lo que también pudiera realizar el indígena, era tabú; lo que estaba al alcance de quienquiera, sembrar, construir, resignarse y aguardar, resultaba deprimente y fuera de la tabla de valores de conquista y dominio. Trabajar, ceder un poco a las exigencias de la naturaleza era ser vencido, barbarizarse. Así nació una escala de valores falsos y los hombres y las cosas marcharon por caminos distintos. Mediante esa clasificación de las tareas en servirles y liberales se reinició el viejo proceso de las jerarquías de tener o de no tener; culminaba sobre todas, la posesión de la tierra, es decir, la sumisión redonda a lo que era más fácil de adquirir y a lo que exigía menor inteligencia para conservar.

Sobre ese plano fundamental se trazaron las rutas a emprender, y desde entonces el patrón de medir serían la hectárea y la fanega. Aquellos que ya no necesitaban «vender tras el mostrador», consideraban a los comerciantes minoristas como dependientes a sueldo. Se distinguía entre el comerciante que se ocupaba personalmente de su negocio, excluido de funciones y cargos electivos, y el que dirigía de lejos el establecimiento, apto para esos cargos y funciones. Otra vez la distancia era un valor. Capitanear una gavilla de contrabandistas y traficar con esclavos era más honroso que alzar un muro; vender telas considerábase mucho más honroso que expender artículos ultramarinos; robar era mejor que trabajar. Ni siquiera se juzgaba sobre la cantidad del haber, como más tarde; se establecían dos categorías: el empresario y el asalariado. Los puestos de jerarquía quedaban reservados para los

que tuvieran dinero suficiente para comprarlos; y así en la infinita escala de las autoridades. La Administración pública era España y dentro de su jurisdicción se honraba el ciudadano. Ese camino estaba vedado al común de los hombres. Los cargos judiciales y docentes recaían en rúbulas y sacerdotes, que formaban la clase intelectual, sin que la inteligencia hallara camino libre para manifestarse. Se trajeron las formas huecas de instituciones desprestigiadas y se vació en ellas la mente y la conducta de los jóvenes. Se perseguía y despreciaba lo que crecía en su propio clima según sus propias leyes de desarrollo, hasta que el trazado de esas ficciones de cultura y de riqueza no coincidían casi con el trazado auténtico de la realidad americana.

Era ése un mundo simplísimo en los hechos y las cosas, aunque de protocolo de escribanía muy complicado. Había que poner un vestido legal de difícil comprensión a esta desnudez de un trozo de planeta olvidado. Lo complicado estaba, pues, en el mecanismo y el procedimiento, en el pudor con que se cubría el desencanto; es decir, en la contraverdad. Sobre un mundo sin complicaciones se dibujaba un mundo de complicaciones. El recién llegado potenciaba el valor de la única cosa lija en ese torbellino de formas dialécticas; en aquello que sólo el gobierno, que se arrogaba el derecho de ejercer el bandolerismo y el despojo en gran escala, podía quitarle. Para congraciárselo contaba con otra complicadísima red de intereses y de influencias. De donde la seguridad incommovible de ese único bien estático, firme, tenía igualmente su aventura. Los campos se medían en la escritura, la autoridad se afirmaba en las cédulas reales, la excelencia se adquiría en los capítulos eclesiásticos.

## LOS SEÑORES DE LA NADA

La amplitud del horizonte, que parece siempre el mismo cuando avanzamos, o el desplazamiento de toda la llanura acompañándonos, da la impresión de algo ilusorio en esta ruda realidad del campo. Aquí el campo es extensión y la extensión no parece ser otra cosa que el desdoblamiento de un infinito interior, el coloquio con Dios del viajero. Sólo la conciencia de que se anda, la fatiga y el deseo de llegar, dan la medida de esta latitud que parece no tenerla. Es la pampa; es la tierra en que el hombre está solo como un ser abstracto que hubiera de recomenzar la historia de la especie —o de concluirla.

Falta el paisaje y falta el hombre; hacia el pretérito y el futuro se abren simas sin fondo; el pensamiento improvisa arias en torno de los temas conocidos, creando a su albedrío, libre, suelto. El cuerpo es un milagro y por los sentidos penetran los hábitos de una novedad que bien pronto se abaten sin voluntad, en un cansancio cósmico que cae con todo el peso del cielo.

El paisaje del llano, si lo es, toma la forma de nuestros propios sueños, la forma de una quimera; y se esteriliza cuando el sueño es ruín.



Avanzamos y nuestros proyectos para el porvenir —eternos—, proyectos de dominio sin obstáculos pero que no tienen finalidad, crecen desmesuradamente. El hombre no opone resistencias a la naturaleza, ha renunciado a la lucha y se ha entregado. La pampa es una ilusión; es la tierra de las aventuras desordenadas en la fantasía del hombre sin profundidad. Todo se desliza, animado de un movimiento ilusorio en que sólo cambia el centro de esa grandiosa circunferencia. Ahí el hombre grosero empieza de nuevo; el hombre culto concluye. Fue el quimérico territorio de Trapalanda, de la que decía el P. Guevara: «Cuyo descubrimiento nunca efectuado, fue polilla que consumió buenos caudales sin ningún fruto»; la ciudad imaginaria de oro macizo que casi hace fracasar las expediciones de Francisco de Aguirre y de Diego Abreu; la que hizo que se fundaran La Rioja y Jujuy para ponerle sitio y arrebatársela al autóctono. El buen Quijano también fue víctima de la llanura; la esterilidad de la Mancha fructificó en sus sesos las Sergas de sus lecturas solitarias. Dentro de esos círculos de la propia persona, es natural que el Conquistador no concibiera ideales de permanencia, de fijación, de espera. El hijo como perpetuación del abuelo, la casa como solar, la familia y las faenas según las épocas del año, no eran posibles. Imperaba la proeza del individuo como hecho histórico universal; la biografía era la historia y lo que no existía había sido sepultado, escondido. En sus cerebros limitados esta ilimitación de la tierra plana o la inacabable monotonía de la montaña árida, prometía como en el desierto de los ascetas, la aparición de santos o de ciudades maravillosas de opulencia y de felicidad. Se esperaba hallar de pronto los tesoros acumulados en algún lugar insospechable, prontos para el transporte. El reino de Dios tampoco se veía que existiera y, no obstante, existía ciertamente. Lo más lógico era el absurdo. No se puede esperar nada de lo que la tierra suele dar cuando el hombre la puebla y establece en ella su vida, cuando las cosas ya hechas comienzan a andar y el hombre las sigue. Todavía el dragón es el animal natural de la llanura, donde pastó el milodonte. El recién venido no encontraba en ninguna parte indicios que le ayudaran a concebir el mundo como un sistema racional y continuo. El continente aparecía a sus ojos como un mundo mágico salido de un cubilete, a pesar de que era racional y continuo.

## EL DESENGAÑO COMO ESTÍMULO

Ante el vacío inexpresivo, era inútil pensar en pueblos que conviven una vida de trabajo, en animales domesticados, en huertos, en mercados. Lo natural era Trapalanda, con la ciudad en que los Césares indígenas almacenaban metales y piedras preciosas, elixires de eterna juventud, mujeres hermosas, cualquier otra cosa oculta que pudiera surgir al conjuro de una palabra cabalística; no lo que se mostraba a los ojos del buscador de irrealidades. Vino a eso; y su designio, llevar la guerra a

Tierra Santa con los tesoros hallados, le obstinaba en la creencia de que en alguna parte estaba lo que ansiaba; iba así cerrando los ojos a la realidad.

Había tomado posesión de todas las tierras; era el Conquistador un héroe sobre un país vencido, donde sólo tenía que pedir a su capricho. No había venido a poblar, ni a quedarse, ni a esperar; vino a exigir, a llevar, a que lo obedecieran. Así perdió toda idea de medida, de orden, de tiempo. Lo enorme, lo inmensurable, lo eterno en lo presente, llenan la imaginación. Millares de leguas, centenares de miles de vacas. El Monarca repartía el continente en varios trozos: a Pizarro 270 leguas al sur del Río Santiago; a Almagro 200 leguas del país; a Mendoza 200 leguas desde la concesión de Almagro, a Alcazaba 200 leguas de las más cercanas a los límites de la gobernación encomendada a Mendoza. Azara calculó que habría en estos campos alrededor de cuarenta millones de cabezas de ganado. Los animales no necesitan tantos meses para la gestación, tantos para la cría; se multiplican como los números en la mente; el mineral no necesita extraerse con laboriosos métodos, porque está a flor de tierra, apilado, en barras, amonedado, hecho crucifijos y espadas. Lo ilusorio reemplazó a lo verdadero. La verdad, la tierra ilimitada y vacía, la soledad, eso no se advierte, pues forma como la carne y los huesos del que va andando: materia inadvertida en que bulle un sueño derramado por los bordes de lo que contiene la realidad, del horizonte para afuera.

Cuando comenzaron a poblarse estas comarcas, el sueño no se achicó; pasó como todos los sueños malogrados de la ambición y el anhelo del hombre inculto, a llenar los intersticios de la realidad, a ceder ante lo que la realidad tenía de materialmente cierto. Pero a deformarla en un símbolo en aquello que tenía de equívoco.

Esta tierra, que no contenía niéales a flor de suelo ni viejas civilizaciones que destruir, que no poseía ciudades tubulosas, sino puñados de salvajes desnudos, siguió siendo un bien metafísico en la cabeza del hijo del Conquistador. Constituyó un bien de poder, de dominio, de jerarquía. Poseer tierra era poseer ciudades que se edificarían en lo futuro, dominar gentes que las poblarían en lo futuro. Lo demás no tenía valor. La tierra fue bono de crédito, haciendas que se multiplicarían fantásticamente en lo futuro para la esperanza; ésta, su hipoteca. No se buscó en ella lo que podía producir de inmediato, sino lo que era susceptible de producir cualquier día, inclusive las ciudades y los tesoros, objeto de las expediciones. No los hubo, pero por eso mismo los habría. Sólo que ciudades y tesoros, declinando hacia formas de mayor sensatez, muy poco a poco, eran más bien posibilidades de riqueza que oro en barras. Este porvenir ya preformado en ese presente de resentimiento, de rencor, ha ocasionado delirante sueño de grandezas que tanto indignaba al idealista Alberdi. Vivimos con aquellas minas de Trapalanda en el alma. El antiguo Conquistador se yergue todavía en su tumba, y dentro de nosotros, mira, muerto, a través de sus sueños frustrados, esa inmensidad promisoría aún, y se le humedecen de emoción nuestros ojos. Somos su tumba y a la vez la piedra de su honda. Poseer tierra era para ellos como poseer un feudo, una ínsula, un honor. En Europa, ligarse a la tierra por la

propiedad, es emparentar con la historia, soldar un eslabón genealógico, entrar al dominio del pasado. Pero en América, en la del Sur, que no tiene pasado y que por eso se cree que tendrá porvenir, es por una parte la venganza y por otra la codicia; se entra por ella al dominio del futuro y la hipoteca es el medio bancario de traerlo hasta el presente. Se comenzó poseyendo como botín; la tierra que iba dejando el salvaje al huir quedaba como único botín que más tarde podría ostentarse en calidad de trofeo. Ese despojo llegó a ser el premio del combate; esa extensión afirmó la resistencia y el poder del triunfador.

Sobre la posesión se construían nuevas tablas de valores basados en el precio; fue el plano de un reino inexistente fuera del plano: ferropusiano en que todavía el matrimonio pobre tiene su casa propia, sin padres y sin hijos. Así esta tierra adquirió un supervalor, una plusvalía psicológica por el trabajo de la imaginación: el valor ficticio de lo que podría llegar a ser con arreglo a la ambición. Esta tierra de ganados cerriles era «una sementera e una mina de oro», al decir de Valdivia, este otro geómano. Oro que seguiría acendrándose y aquilatándose con los años. También era poderío, pero de un orden subalterno. El Conquistador que no conquistó nada, avanzando al sur desde las mesetas norteñas perdía de vista la veta de las minas; el navegante, atraído por la fábula, que se encontraba con el indio misérrimo, en su abstinencia sexual y en su ocio mental veía en la pampa la última aventura propicia para no declararse vencido. Conquistaba extensión y la extensión era poder; dominaba millares de leguas cruzadas de salvajes fugitivos y contaba la cantidad de baldíos como onzas. Tantos miles de kilómetros cuadrados, desde el océano hasta los puntos más altos de los Andes, en el virreinato del Río de la Plata, que no poseía este metal. Pero no contaba onzas, sino sus propios dedos. Ese dominio era el dominio de su orgullo sobre su propia ignorancia. Estaba vencido. No tenía que conquistar sino que poblar; no tenía que recoger sino que sembrar; no iba a entrar al gobierno de su ínsula sino a trabajar y a padecer. Tomó posesión de este baldío en nombre de Dios y del rey, pero en el fondo de su conciencia estaba desengañado. Había de mentir sobre el valor positivo de sus sueños, como en los nombres irrisorios que daba a las regiones donde no hallaba lo que esperaba. Así clavó la cruz y el rollo y desafiaba a la voz de su conciencia, cuando, armado, blandía la espada y retaba al condómino ausente Porque no había quien reclamase la posesión de la nada sino nadie. Y ese nadie, que sólo existía dentro del dominador, era la voz de su fracaso.

## EL DOMINIO COMO REPRESALIA

Pero la tierra no es una mentira, aunque el hombre delire recorriéndola y le exija lo que no tiene y la bautice con nombres paradójales. Es lo más seguro bajo el pie y bajo la espalda, cuando ha concluido la marcha. Es lo que afirma que vive, al bruto, al

posar sobre ella las patas y al alimentarse. La tierra es la verdad definitiva, la primera y la última: es la muerte.

En vez de construir, de cercar, de labrar, hizo leyes para dar a esa pobre posesión un valor teológico y jurídico. Trató al indio como hubiera tratado al dragón, de haber existido. El indio echaba el mal de ojo al tesoro encantado y lo desvanecía. La destrucción del indio era asegurarse la paz del usufructo, y al mismo tiempo destruir la evidencia de su fracaso. Trató al compañero como al testigo de su derrota y explotó las encomiendas y las mitas, bajo el consejo prudente del jesuita. Era la forma de dominar la naturaleza y hacer que produjera por el hombre de su seno, por el aborigen, lo que no había querido hacer por sí y tener preparado a su llegada. Tomaba así su represalia por el engaño de la leyenda contra la naturaleza y contra el hombre a la vez; en aquélla para la Corona y en éste para Cristo. La posesión de la tierra le daba títulos que iban anejos. La tierra era un inmenso feudo, un dominio que implicaba nobleza. Por eso hoy todavía nuestro terrateniente es el noble en el orden de nuestro capitalismo bárbaro.

La extensión no es grandeza; es la idea de la grandeza. No es riqueza; es la posibilidad del crédito hipotecario. No es nada. Se valorizó porque era un ideal y por eso ha llegado al precio imaginativo de la hectárea en Trapalanda. Ser poderoso por la posesión de la tierra, adquirirla, es un residuo de la furia del invasor, residuo a su vez del Medioevo. El título de propiedad representa un documento de la propia capacidad de mandar. Quien la posee es señor, no por el dinero que importa y sí por ese título que es una baronía, un condado, en la forma que toman la ambición y el encono. Desde antiguo fue el militar quien la poseyó, y sirvió para premiar los actos de heroísmo, los triunfos de las armas. Es algo así como dominar una parte del globo y al mismo tiempo vengarse de la miseria personal; es meterse en el Océano Pacífico hasta la cintura y proclamar su posesión en nombre de los reyes.

Aquéllos eran los caudillos, la tropa soñaba detrás más humildemente. Desde la posesión latifundiaria hasta la propiedad de un terreno, sólo hay una diferencia de grado. El sueño actual de la casa propia sin los instintos de la residencia, es la forma degenerada y burguesa de aquellos ímpetus de gran señor. Son los sueños diurnos del que se encuentra por dentro incapaz de aspirar a una felicidad más activa y valiente de enseñorearse con otros bienes. Pero así como en la humilde ansia de tener una casa no alienta más que el espíritu del hombre inseguro (con toda la poética del pájaro), en la propiedad de millares de leguas hay un ímpetu de señor (de digitígrado). Uno y otro afán corresponden a dos tipos comunes, diferenciados en el *élan* de la aspiración e idénticos en la actitud ante la estima de los valores apócrifos. El tercer ángulo del triángulo es la sepultura, en la que el hombre penetra entero, sueños y carne, en condición de materia inánime, de tierra, de lugar. Son las tres posiciones de una misma inconsciente renuncia a la vida y a cuanto le da humana contextura; el rencor de haber destruido los demás valores y de querer hundirse dentro de ese único valor igual a su cadáver.

## EL AVANCE HACIA ATRÁS

El que arribaba era, en el fondo, como hoy, un soñador de sueños personales. Quien venía, en cambio, con ánimo resuelto a quedarse, era un desesperado más peligroso que el que llegaba a hurtar y partir. Barcos cargados de presidiarios, de locos de ambición y de fe, hacían el crucero de un océano de olvido. Aquellos pocos que renunciaban a volver y se resignaban a fijar su vida tan a trasmano de las rutas reales, a semejanza del que hoy desembarca y acepta cualquier trabajo, eran desclasificados sin itinerario para su existencia.

Con su colaboración, el que tenía prisa por volver haría algo que iba a quedar. El desesperado era la mano derecha; el otro fabricaba con osadía. Bruto estéril que sólo sabía soñar en un sentido: tenía cien leguas de tierra y quería mil o diez mil; tenía veinte mil cabezas de ganado y quería doscientas mil o dos millones; tenía una casa y quería diez o ciento. Siempre eran cantidades de la misma especie y vinculadas muy íntimamente al suelo. Quería como se palpa. La serie geométrica se le había enquistado en la pía máter. Fuera de esas cosas, también quería otras; pero en función de éstas, accesoriamente a éstas, coordinadamente a éstas, medidas y pesadas por hectáreas y fanegas. Su ambición consistía en agregar decenas a las unidades, en agregar ceros, como luego en edificar piso sobre piso, en publicar libro tras libro y en acumular empleos, cátedras o títulos. La tierra y el animal, en la imaginación de ese primitivo anacrónico, se convertían en lo único dinámico; polarizábanse o decaían las demás fuerzas vitales y económicas o giraban en torno de tal huso central. Iba así degradando insensiblemente la vida de esos seres bidimensionales, sin ideal, sin afanes espirituales, sin inquietudes místicas; y en cambio con miedo. Apegado a sus bienes de tan fácil adquisición estaba lejos de todo: para arraigar en la llanura de nadie, había tenido que desgajarse de una tierra vieja, regada con sudor y lágrimas. Era el corazón del universo, pero estaba solo. Frente a sí, a sus lados y a su espalda tenía la tierra, pero sin ningún camino. Fue llenando con materiales refractarios a su persona humana los huecos producidos por el desgarramiento, hasta que aún los movimientos instintivos se llenaron de sustancia de acá. Había implorado muchas veces, y ahora levantaba los ojos al cielo para descubrir la lluvia en las nubes, sobre una tierra que el sol resquebrajaba; contemplaba a lo lejos como desde la cubierta del barco, pero para ver si aparecían en el horizonte los indios, o el recaudador que lo expoliaba o el blandengue que lo conscribía a viva fuerza. Bajo el alero de la choza sentía que se desmoronaba más rápidamente que el barro y la paja en que apoyaba los omoplatos agobiados; junto a él los hijos y la mujer le hacían comprender que estaba solo. No miraba a su interior, porque estaba vacío más que la pampa; ni hacia atrás, recordando su vida, lejos de sí mismo. El mundo era eso que tenía a su alrededor y enfrente. Había sido engañado, y sólo le restaban dos caminos, porque el regreso era imposible ya: considerarse elegido por Dios para algún fin excelso en la religión o en el gobierno; o afirmar con valentía aquello sin forma que tenía enfrente y a su

alrededor. Trabajaba contra la realidad y por ese medio se convertía en instrumento de la realidad. Mientras tanto, ese ahínco con que se aferraba a ella cambiándole de signo, lo empujaba y lo sometía. Retrocedía y pensó que avanzaba empujando el futuro con la espalda. La historia de la colonización es la marcha de espaldas.

En su *Memoria* al Virrey Del Pino, decía el virrey Avilés que las familias que se trajeron a poblar el Río Negro cayeron en condición abyecta: vivían en cuevas construidas por ellas mismas, sepultadas en vida. Otras en ranchos, que era la cueva hacia afuera, la cueva al aire. Hundíanse en las cuevas y en el pasado. Darwin vio las saturnales de los hunos argentinos, el fruitivo degüello de las reses, la borrachera con sangre humeante<sup>[1]</sup>. Era la victoria de la tierra, el triunfo de la prehistoria; la derrota de un sueño irracional traído al seno de una naturaleza en toda la fuerza del Pleistoceno. Bajo influjos indiscernibles, las poblaciones regresaron a un estado inferior, y esos estados regresivos, las recidivas de la barbarie, son más rudos que el estado natural. Se ha renunciado a la civilización, retornando por infinitos senderos, que también salen al paso en la llanura, al fondo de la animalidad. No solamente habían sido defraudadas por sí mismas, las familias que llegaron a colonizar, sino por las empresas de negreros que las reclutaban para abandonarlas en nuestros campos sin lindes. Se enviaba al extranjero ganado muerto y se traía seres humanos vivos. Hundirse en la cueva, degollar vacas y ovejas significaba tomar represalia contra sí y contra el empresario de inmigración. El desencanto lleva a destruir y vejar lo que en las cosas y en uno recuerda el estado superior de que se apostató. El amor a lo que se tiene suele ser el odio a lo que no se puede tener; y viceversa. Mucho de lo que se ha entendido por barbarie es simplemente el desencanto de un soñador ordinario. Quienes abandonaban su predio y el pueblo de piedra, aspiraban, sin duda, a otro hogar y a otra propiedad.

## LA PICADA

Los colonos siguieron la emigración, de tierras menos productivas y de regímenes sociales más exigentes y concretos, a estas latitudes promisorias. Dejaban lo conocido, a cuyas modalidades no se avenían, y se lanzaban a lo desconocido; a lo que habrían de intentar transmigrarle su persona. Faltábales contar con que podía encarnar en ellos esa realidad amorfa y retardativa. Llegaban sin armas, en falanges impertérritas, por los mismos caminos del conquistador; más sórdidos, esperando menos, conformándose con poco, pero sin ningún arrojito de estilo épico, sin la hipérbole que sobre su obra ponía el otro. Era el mismo conquistador en su descendencia peninsular, en la plebe procreada por los tímidos que allí se quedaron en los muelles, esperando los barcos cargados de oro que llegaban apestando a residuos orgánicos descompuestos. Esta plebe fragmentada de un cuerpo recio, llegó

también a soñar y a perseguir sus sueños. La esperanza y la ambición y el ansia de evadirse de una fatalidad de pobres irredentos, eran los mismos; a aquella concavidad del antepasado digitigrado, correspondía puntualmente esa convexidad de córvidos. Vendrían a conseguir dinero, como los otros territorio, títulos y fama; a trabajar, como los otros a pelear; a coleccionar y partir, como los otros. Este hijo bastardo tampoco se fijó. Anduvo errante de un lugar a otro, porque al principio lo arrastra de aquí para allá el ganado cimarrón, y la posesión del suelo, tan movedizo como las palas de aquél. Lo que alcanzaba, lo asía sin soltar: era su botín. Se hizo cruel con el mestizo, si llegó a prevalecer sobre él, y lo mismo sobre cualquier otro ser u objeto que se le sometiera. En vez de amar, poseía. Se encarnizó en la posesión, más bien que disfrutándola, con ese encono glandular con que se engendra un hijo a la mujer aborrecida. A través de la fortuna llegó a ocupar lugares destacados, pero nadie creía en su persona, en su calidad, en su apellido. Inspiraba un respetuoso desprecio. Sólo en virtud de una tácita connivencia, el adinerado lo festejó. En lugar de mostrar con un amplio ademán, redondo como el horizonte, su latifundio, disimulaba lo que tenía, bajo una sonrisa de mal entendedor. Había pagado con la fortuna su condición de ser humano. Lograba su sueño a expensas de su fracaso. Ignorante, avaro, quiso lavarse el estiércol de las manos en la pila de agua bendita, y donó un trozo de su embrutecimiento al templo, transfiriéndose a la otra vida. No hizo obras filantrópicas, no procuró la grandeza de un país que desconocía y despreciaba, al que jamás había amado y al que miraba con rencor, vencido por su triunfo. Era la disociación de la familia, quién sabe qué vergüenzas paternas y conyugales. Pero en torno de él no había quien reclamara con más legítimo derecho el primer lugar, el sitio más alto. Se comparó con los demás, cuerpo a cuerpo, hectárea a hectárea y fanega a fanega, Los privilegios de la sangre y los de la inteligencia no existían, porque unos y otros llevaban vida miserable. Miró al intelectual con la desconfianza con que la vaca al automóvil, se puso en mitad del camino y no lo dejó pasar. Esa fortuna apilada en la soledad, en el fondo de los campos y tras los mostradores, que eran la valla de madera a la vida social, con la depravación de las hijas que se casaron con el peón que las sedujo, o con nadie, y con la pérdida de las ideas abstractas y de las palabras adjetivas, era odio y rencor; un salto atrás. Todo su interés estaba en cotizar lo inferior, en subvertir la tabla de los valores éticos y espirituales, en volcar la ignorancia y la crueldad del campo en la ciudad, para cohonestar la ganancia de su juego. Como el pionero, abría caminos a través de la maraña del sentido de la vida, por donde irían sus hijos hasta el fondo de las consecuencias. Esos derrotados eran los soñadores victoriosos; muchos, los más, no hacían fortuna. Envejecían, morían; los hijos heredaban decepción. El mito de la riqueza descorazonaba a la mayoría, sobre todo a los menos audaces e ignorantes, a los menos aptos para vencer en tan ruda prueba. Y no había otro camino que seguir. La cosecha abundante y el alto precio del producto los había engañado, como Trapalanda al Conquistador. Era el campo, la soledad, el embrutecimiento, la realidad; paredes de tierra, por el suelo, de

aquellas babilonias de oro. La situación moral de este colono desengañado, era la misma de aquel conquistador harapiento, famélico, en su harén de indias inmundas. La cosecha era hipotética: dependía del azar; el precio de su trabajo era hipotético: dependía de la demanda de granos y carnes en mercados ignotos. Había trabajado y el arriendo del campo y el transporte lo dejaban sin nada. Tenía ovejas, vacas, su rancho; él era una res en el cálculo del terrateniente y del financista.

## EL PATRÓN DE VALOR: LA TIERRA

El ideal de la tierra, la tierra sin historia como religión y finalidad de conducta, encubre un gran desencanto o es la renuncia a muchas aspiraciones que no han podido cumplirse. En el otro polo está el ideal que se conforma con la casa segura, la mujer fiel y el hijo laborioso. Éste es un desiderátum de alma enferma; aquella valiente negación del pasado y del padre inclusive, un desafío de célibe desligado de la sociedad humana. El pájaro, aspira al nido, la fiera ambiciona el dominio de la naturaleza. Avanza hacia el mundo que lo rodea porque quiere huir de la soledad que lleva dentro, embravecida de no tener aliados ni compañeros.

No existiendo un orden social consolidado, una regla en la experiencia, ni un estímulo en las costumbres, se quiso hacer consistir lodo lo bueno en el suelo; en lo que yacía sin otra forma que esa muy vaga que rebasa los ámbitos del ojo y el oído. El suelo era un valor metafísico: espacio. Podía producir para el recién venido, sin que conociese el oficio de labrar; con la fecundidad supliría la asidua dedicación, y no necesitaba de él fatiga ni inteligencia. Era lo que se encontraba, y puesto que se venía a buscar, lo que se encontraba importaba un bien que valía el riesgo de la vida; en el hallazgo estaba la aventura. Le ofrecía, además, cierta forma de primogenitura en el descubrimiento, la prioridad abstracta, las cuatro quintas partes de lo descubierto y la autoridad del mayorazgo que faltó al segundón que vino en la Conquista. Allí era el segundo y aquí el primero, su señorío lo elevaba al rango de señor absoluto, de fundador de dinastía. Bastó al principio soltar por la llanura, o dejar abandonadas porque el transporte era molesto, como hizo Irala, algunas decenas de vacas y caballos, para que se multiplicaran. Garay encontraría, al traer otros pocos, que ya eran hatos innumerables. Bastaba echar la semilla para obtener espigas y mazorcas, someter al indio adicto y arrebatarle la mujer para las demás faenas.

Estas tierras eran las más pobres de toda la conquista de América, y por eso deberían de tener bienes ocultos, bienes de porvenir. Cuando Irala se marchó decepcionado al Paraguay, en el resto de la pobreza olvidada, en aquellos animales sueltos, había de rebrotar el oro inexistente. Era nuestro metal precioso, como el excremento de las aves, el guano, acabaría siendo el verdadero oro del Perú. No había metales, ni frutos, ni poblados. Los soldados solían volver desnudos de las



expediciones, apenas cubiertos con pieles sin curtir, hambrientos; devoraban hasta los arreos de las monturas y se abandonaban, por desesperación, a los desórdenes afrodisíacos. En Venezuela, que dio tipos e instituciones análogas a las nuestras, llegaron al canibalismo, sorteando diariamente, como en los cuentos de piratas, a los indios que los guiaban por los terrenos montuosos; ocurrió lo mismo cuando la primera fundación de Buenos Aires. Pero nada de esa penuria era la realidad; la realidad era la conquista de un mundo. En Nicaragua seguía viéndose, en el fondo del cráter del Masaya, hervir la plata y el oro; por Catamarca, por Neuquén, por Tierra del Fuego, estaban las tierras de los tesoros. Había que insistir y que seguir buscando.

Los que acompañaban a Garay encontraron una riqueza ganadera que, aunque no fuese de la índole prestigiosa del metal, era riqueza. La poseía el salvaje con quien había promiscuado, juntándose a su soledad en idéntico destino. Salvajes y animales formaban una curiosa entidad de resistencia y de mutuo amparo, conviniendo en las normas vitales que el desierto y el enemigo les imponían. Con ello se planteó en términos categóricos la conducta a seguir; la naturaleza y lo que había nacido bajo su ley, contra el invasor; sería la lucha sin piedad, la renuncia a todo pacto y transacción. El conquistador, que impuso esa norma de odio, codiciando aquí lo que había despreciado allá, se proclamó señor de la tierra, del hombre y de las cosas, a pesar de que no llegó a poseerlos ni a estimarlos más que como riqueza portátil. Porque el ansia de sumar extensión era justamente lo opuesto que se pueda imaginar al deseo de quedarse. La captura del ganado, el acopio de los productos, exigía otros métodos que la extracción del oro en las minas. Puesto que el indio los poseía, los rodeos y manadas eran tesoros y, arrebatárselos, una empresa de mayor mérito que cuidarlos y criarlos.

En el campo, rodeando ganado, combatiendo al indígena, se forma un consorcio involuntario con ellos, se termina operando en función de ellos. En esta tierra el señor quedó abortado en el ganadero; no hubo en adelante señores, sino hombres ricos, y toda la tierra valdría por el animal. Así el medio físico triunfó de la ambición y la obligó a conformarse con lo que él quiso: cereal y ganado. Y aún le impuso terribles condiciones: el espíritu errátil, el afán de acumular, la idolatría de las cantidades inmensas, la prisa por marcharse, la vergüenza de la pobreza, la disolución del hogar, la imposibilidad de la cultura basada en el simple respeto y la vaciedad del amor.

Significaba al mismo tiempo la victoria de la tierra vencida, en la vindicta de los hijos naturales encarnando la realidad preterida sobre el hombre triunfante. Fue la primera de las luchas victoriosas de América, del desierto, y el primer paso en la decadencia del hombre humillado bajo la apariencia del triunfo, en los preliminares encuentros con ella. Se daban la carne, el maíz y el trigo: el alimento, es decir, lo que apenas significaba algo en la vida civilizada; se obligaba al hijo de Europa y del siglo XVI en adelante, a someterse a la industria del primitivo; se le hacía retrogradar a la caverna para que pagara con el envilecimiento la fortuna. Los más dóciles a la deformación prevalecían; los que más se sometieron tenían razón. Vinieron a ser

máquina, herramienta del ganado y del cereal; se convirtieron en pastores y en matarifes que iban a proveer de sustento al europeo, del que se habían apartado en millas de siglos.

A la conquista del territorio para la Corona siguió el otro absurdo de la conquista del alimento para el ausente y, al fin, este otro que es el tercer aspecto, el actual, igualmente lógico: la conquista de la riqueza para el capital extranjero en el ferrocarril, el frigorífico y el trust cerealista. Fueron términos en que se planteó la lucha y que decidiría de la suerte de estas comarcas para muchos años; una pugna estupenda como quizá no hay otra en la historia: la tierra que conquista al conquistador, lo vence y lo obliga a que se convierta en servidor de todo aquello que le repugna profundamente.

## VIDA Y MOVIMIENTO DE LA TIERRA

Se entabló la primera lucha, en que al comienzo vencía el hombre, aunque con detrimento de su condición de ser civilizado, pero en que al final sucumbió bajo la fuerza más lenta e infinitamente más grande de la naturaleza. Era preciso resignarse y afincar; someterse a las leyes inertes de la tierra, acatarla y sedimentar como la capa de su subsuelo. El alma repelía desde las hondas intimidaciones de su existencia étnica, la renuncia a su personalidad y la sumisión pasiva a esa naturaleza que como al edificio caído en ruinas, lo absorbía y lo dominaba. No quería degradarse a la condición del indígena, resultado de la conjunción de las fuerzas ambientales; se rebelada contra esa fuerza que se le entraba carne adentro, hasta que al fin tomó los hábitos del despreciado aborígen, aprendió su táctica de combatir y de vivir, usó el arma que él había adaptado, el cuchillo, se juntó con la mujer de la toldería, construyó su choza eventual, y dejó descendencia. Le quedaba, sin embargo, una suprema apelación, y procuró que ese poderío inexpresivo, que no tenía otro valor que el de una hijuela y de un fragmento de mapamundi, se convirtiera en riqueza, en algo móvil, portátil, venal. Era su idiosincrasia en España (en Andalucía, en Castilla, en Vizcaya) y al encontrarse frente a un mundo sin fisonomía que le imponía su realidad descarnada, hueca, buscó el ardid con que su orgullo quedara intacto en el desastre.

No quiso que cristalizara su aventura; además, esa cristalización era el hambre; aquel instinto de posesión que al fin y al cabo resultaba ser la forma abortiva de otro más disparatado, conforme iba a echar raíces y a vegetar se desprendió con violencia. Quiso que ese poderío muerto, que esa tierra inacabable, echase a andar, se levantara y viviera. El trabajo agrícola le repugnaba y, como el abuelo en la Península, lo juzgó deprimente; la sumisión a la gleba no contaba en su historia. En su país nunca estuvo sujeto al terruño; la tradición de su raza había desdeñado toda fijación a un lugar y

amaba, desde el Cid, la movilidad de la riqueza y el transporte del señorío. Era preciso que la fortuna surgiese a la superficie y anduviese, y toda esa llanura echó a andar en las interminables manadas salvajes. Esos animales multiplicados en el misterio de la planicie eran, por adopción, del indio. Al dominio del indio, sometido a la defensa, se agregó el del ganado. Su hacienda, su haber, se convertía en aquel otro, que no en vano se designó también y por antonomasia, hacienda, como en la vieja Castilla. Pero iba a desligarse de la tierra para ligarse al producto espontáneo y milagroso de la tierra, prosiguiendo la lucha de despojo contra el indio que lo tenía en sus campos. Ser flotante, sin que nada lo coartara en su ambición ni en su marcha, puesto que nada tenía límites aquí, ni la ley ni la propiedad, ni la vida, parásito en la vaca y el caballo. Es decir, fue un seudópodo ambulatorio, un vástago desprendido del tronco señorial que se enhorquetó en el caballo. Por otra parte la propiedad del ganado incluía la territorial, que era lo mismo. Hasta tenía el valor de moneda, cuando de Potosí no llegaba la plata y no había suficiente cantidad de metálico en circulación. Llegó a ser dinero en aquellas transacciones en especie que consentía el contrabando, convertido por fuerza de las cosas y por las prohibiciones en tráfico usual y, lo que es más importante para otro aspecto de nuestra historia, en forma legal de comercio. La caza del ganado, que llegó a denominar a toda una era colonial, «la época del cuero», y a dar fisonomía acaso definitiva a la vida argentina, fue una de las formas del latifundio, dividido en dos: quien siguió con el fundo territorial, apegado a las tradiciones, con intención de hacer de esto una nueva España, y quien con el fundo pecuario, semoviente, con intención de traficar, vivir y promover América.

## II

### LA ÉPOCA DEL CUERO

#### LA PRIMERA SIEMBRA

¿Creía, efectivamente, el obispo Lué —como Castelli le increpó en el Cabildo abierto, en vísperas del movimiento revolucionario—, que los Conquistadores y Pobladores españoles habían procreado carneros y no hombres en América? El obispo Lué era un reaccionario de hábitos y no podía ver la verdad como Castelli, casualmente uno de los pocos que por entonces podía distinguir los carneros de los hombres. América no había sido poblada de carneros, pero los hijos del conquistador y del poblador crecían y se multiplicaban por los campos, en las pequeñas ciudades, en las fortalezas y en las tolderías, sin transformar en sustancia humana su alimento.

Una inconcebible opacidad del futuro y de la responsabilidad, hostigaba al blanco a engendrar en las indias, como si se tomara una recóndita represalia contra América. Perpetuaba con saña la humillación del indígena, cuya desnudez le inflamaba instintos caprinos a la vez que desprecios de la miseria. Pero en esa siembra desdichada nacían enemigos, como de los dientes del dragón los espartanos. Afrentaba a la naturaleza y al autóctono juntamente, y ambos, más tarde, en lo que él hacía y engendraba le pedirían cuentas de sus delitos.

El Conquistador no amaba esta tierra y no veía su porvenir más que a través de la lujuria y la avaricia. Poblaba la tierra vacía, abandonada a sus propias normas, con arreglo a las leyes físicas y fisiológicas de la Naturaleza. No trajo de la casa solariega ninguna de las virtudes que le habían permitido resistir durante más de mil setecientos años las invasiones de pueblos aguerridos; virtudes que parecían de la casa y no de él. Trajo un heroísmo de raza, de casta, de religión, que muy pronto la amplitud de un panorama nunca visto abatió, y que lo impulsó a emprender una marcha sin designio.

Casi nunca le acompañaban mujeres de su raza, en cuya compañía habría contemplado la aventura con menos prisa y con mayor indulgencia. En sus proyectos no entraba nada de cuanto exigiera permanecer, respetar, esperar. Trajo cierta extranjera avidez de tiempo y rapiña que no tenía razón válida para las gentes aborígenes, hechas a vivir con la lentitud de la tierra. Pero el hijo que aquí engendró

en la amarga verdad, llegaba para quedarse y para comprender lo que el padre ignoraba, arrostrando su propio destino de ilota. Llegaba para oponerse al ansia de regreso de su estada eterna; al delirio del fausto la humilde verdad de su cuerpo mal vestido.

El indio no había sido extirpado, ni vencido siquiera. El perseguidor optó por emplear únicamente las fuerzas interiores, y el nativo acallaría por vencer, pues aun muerto supervivía en la táctica que impuso para morir. Más fuerte que nunca se hizo lo indio, al combatírsele, porque al fin comprendió su real situación, aprestándose a la lucha con seres de carne y hueso que, como él, tampoco eran dioses, ni demonios, ni almas inmortales. Si por bulas y concilios el blanco le había concedido un alma imperecedera, él por experiencia le concedería carne sensible. Redobló su voluntad de no someterse y no murió.

A lo más había sido confinado; desde las fronteras lanzaría su amenaza perturbando el disfrute pacífico del despojo al enemigo. Allá lejos estaba inminente y en propensión de arma cargada, golpeando a las puertas de la vida estable de las ciudades, hasta que se presentara en el malón, a rescatar sus mujeres raptadas, sus hijos sometidos, sus animales y terrenos confiscados sin derecho.

Pero entre la ciudad y la frontera se propalaban el criollo y el mestizo que tomaban partido por la horda contra la factoría, por la factoría contra la Metrópoli, por América contra España. Se le había engendrado en la infamia, con la repugnancia del que satisface apetitos en carne vil. Si estaba reconocido como hijo natural, debíalo a una exigencia de los Sacramentos. Era más indio que español, sobreviviente y fideicomisario de la raza materna.

El padre pertenecía a los invasores, se iría; la madre a los vencidos, moriría; pero él era el pueblo que iba a quedar. Nada pudo inclinarle al respeto del pasado, del hogar; de la familia, de las costumbres y de las fórmulas legales o eclesiásticas, con un apellido que no significaba nada para su sangre. Corriendo la suerte de la miseria y del desprecio, reconocido o no, estaba más cerca de la naturaleza que de la civilización, y siempre habría de abominar del pasado y de abalanzarse al futuro, derrumbándolo todo, para vengarse del estigma de su origen.

## SEMILLAS EN TIERRA FÉRTIL

Como el indio desnudo no poseía más que su cuerpo para servir de aliciente a la ambición, la conquista se prorrogó por varios siglos. Iba quedando, sin que se diera cuenta de ello el conquistador, una población nacida de las uniones irregulares, que andando el tiempo comprendería toda la vergüenza del pasado. A los ojos del indígena, el español hubo de cobrar aspectos de animal insaciable, plagado de enfermedades de mesnadero y de perversidades de gran señor.

Las uniones casuales del invasor y la mujer sometida, dejaban una consecuencia irremediable en el mestizo, que llegada su hora se volvería contra el pasado y la sociedad; de ella brotarían las guerras civiles y las convulsiones políticas posteriores, con sus cabecillas mestizos o mestizados casi siempre. Pero también dejaban una sustancia inmortal y avergonzada, que en cada cópula perpetuaría la humillación de la hembra. Contra el estallido de las masas se encontraron recursos más o menos eficaces, sobre todo la moneda para comprar la paz. Contra ese manar de reprimidas afrentas, la ley ni el dinero pudieron nada.

De consuno las pastorales y las ordenanzas consumaban la ruina del amor. Entre el matrimonio y el concubinato abría un abismo; la ley de Dios no era la ley de América. Cortés, Alvarado, Núñez de Balboa trajeron amantes y dieron a las tropas el ejemplo: las leyes de Indias prohibían al virrey formar familia legítima, consintiéndole empero que cortejara mujeres livianas. Vemos en los *Comentarios* dichos de Alvar Núñez, que «los amigos, valederos y criados (de Irala) tuvieron licencia para que fuesen por pueblos y lugares de indios y les tomasen las mujeres y las hijas y las hamacas y otras cosas que tenían». Juntamente deshonor y despojo: el odio se plantaba muy adentro. A ese odio se le llamaba amor; pero el amor es una forma de adhesión y de arraigo; nace de la quietud, porque es la transmisión de la vida imperecedera y el sello de la eternidad; requiere un lugar, el nido, el cubil o la casa. La unión azarosa de los sexos engendra en los espíritus la inseguridad y la transmite; el acto realizado de manera incompleta produce una de las formas de la angustia neurótica: el apuro, el disgusto, el asesinato de la propia vida.

La india sirvió al invasor de piel blanca como nocturno deleite, después de un día ocioso; daba su sangre a los gérmenes del cansancio y el desengaño, y del placer nacía la angustia. No se le exigía amor, ni siquiera fidelidad, porque el macho y la hembra estaban juntos anatómicamente; cuando él se levantaba comenzaba ella su largo trabajo fisiológico. Muchos legitimaron después estas uniones, más bien por acto de atrición y de piedad que por amor, y hasta hace poco salían comisiones de sacerdotales a unir en el cielo lo que estaba desunido en los cuerpos y en las almas. Lo cierto es que se hicieron más cortesanas que esposas, y que las esposas no eran más que las concubinas, junto a ellas, bajo el mismo techo, frente a sus amos, en condición de bestias de trabajo y de placer. Hasta el extremo de que los cronistas hubieron de confesar que el contacto del blanco depravó a los indígenas en la pureza de sus vidas salvajes. Ahora mismo la mancebía y la prostitución, representan ante todo un pavoroso problema moral. Rebajada la mujer a cumplir tareas pesadas, a amamantar hijos y a satisfacer concupiscencias, quedó inferiorizada y sin el control de la conducta, que no puede perder sin que se destrocen la conciencia y la dignidad. Corrió la suerte de todos los ídolos en que se pierde la fe: respetada en el rito, no era un valor para el entusiasmo y la esperanza.

Suramérica parecía un vasto mercado de placer, un lenocinio regentado por las autoridades y dirigido por especuladores. Valparaíso era, en 1844, «un mercado

horrible de mujeres», adonde concurrían las niñas de todos los países a celebrar uniones clandestinas, ya que se impedía al extranjero la unión entre personas de diversas creencias. «El concubinato reemplazaba al matrimonio; y rondándolo millares de prostitutas, a centenares en cada cuadra, amontonadas en cuartos». Cunninghame Graham cuenta el auge de los burdeles, adonde un personaje adorado por sus conciudadanos y «elegido por millares de narices», iba después de almorzar a fumar su cigarro y a beber su café. En 1880 acampaban en las plazas, todavía sin árboles, tropas de línea con sus *chinas*. En esta fecha, que sin duda marca el ápice en el florecimiento del país, iban las damas al Riachuelo, cuando llegaban los barcos del sur, y elegían las criaturas para criar como hoy las que reparte el Juez de Menores; elegían los hijos de las indias que se quedaban sin ellos, igual que si apartaran los potrillos de la manada. En sus Memorias refiere Paz la licencia y el relajamiento de los ejércitos de Lavalle en 1840. Compara esos batallones, que en los vivaques formaban lupanares a cielo abierto, con los de 1828-9 y con los de Belgrano y Urquiza, disciplinados y viriles. En provincias el resabio de las mancebías depresivas es hoy tan crudo como hace uno o dos siglos.

El desprecio hacia lo femenino involucró bien pronto a la hembra en el animal. De humillar a la mujer, el sexo femenino formó una fauna aparte para el insulto y el desprecio. La yegua puede usarse como bestia de carga, pero no para cabalgar; queda para el gringo, que no conoce tampoco el sentido secreto de las palabras hermana y cuñado, y para aquellas faenas propias de la mujer. No para el paseo, a cargo del hombre. Ni yegua ni mujer se llevan al pueblo; ambas encierran un tabú sexual, despectivo. La poesía gauchesca desde *Martín Fierro*, está plagada de ese desprecio dual; el gaucho consideró deprimente amar y unirse en matrimonio, tanto como cabalgar en yegua.

Bajo las tiendas de cueros o en las chozas de tosca o de paja, la mujer tenía su lugar como madre, esposa, hermana, hija. Era mujer en un sentido social, sentimental, corporal. No era un sexo, aunque estuviera desnuda. Los matrimonios, monogámicos por lo general, se sujetaban a una moral indígena exenta de anomalías, y el adulterio se penaba con graves castigos. Mas cuando llegó hasta sus tribus el blanco, deshizo esa ingenuidad de las costumbres, sin cambiarlas con otras. Arrancó a las mujeres del hogar y se las llevó consigo para satisfacer su lubricidad o para festejar al amo. Si las juzgaba hermosas, las retenía como concubinas. Aquellos poquísimos que trajeron esposas, conservaron bajo el mismo techo a las amantes mestizas. Los hijos de una y otra hembra, los de la ley de Dios y los de la ley de América, crecían mirándose con encono. Formaban las indias parte del botín; cargadas de hijos, podían repudiarse y hacer que volvieran a la tribu, a que las matasen o escarneciesen. Se las sometía a pesadas faenas, como si estuviesen predestinadas al embarazo del mundo. El mestizo, el gaucho, no conocían la compasión ni la clemencia. Conocían el desprecio. Darwin cuenta de una matanza de indias mayores de veinte años, y los indígenas que formaban el grueso dinámico de las tropas de López se ensañaban con ellas. En viejos

epigramas se cantan sus desdichas y todavía las flagela la letra del tango, ese mechón de cerda en el cuerpo adolescente del arte. Cargaban sobre ellas los trabajos que se consideraban humillantes: sembrar, cuidar del ganado doméstico, tejer, extraer agua y leña, cocinar, limpiar. El hijo de nadie las agrupaba en su choza en el número que podía mantener y se dedicaba al rodeo de vacas chúcaras, al bandolerismo y al oficio de «macho».

La mujer se encargó de las labores domésticas y del campo; además, engendraba hijos. El hombre era el que vivía afuera. No pertenecía al hogar sino de noche, cuando iba a cargarla de hijos. Mujer y hombre vivieron en estado de divorcio llevando, por vergüenza, una vida que los avergonzaba. Ser cariñoso, trabajar para la prole, cuidar del honor, eran cualidades negativas. Y en cambio el prestigio, la hombría, la paternidad, estaban en ser reacios, insensibles, nocturnos. Se deprimían los valores positivos y, en compensación hidráulica, se enaltecían los contrarios. Mujeres y hombres nacieron en esos hogares, en el campo o en la ciudad, con los consiguientes matices diferenciales en lo externo; se criaron en ellos, en ellos se multiplicaron y de nuevo aparecieron en los nietos otra vez. El matrimonio legítimo adquirió así las exterioridades del concubinato; el esposo emulaba, para no parecer inferior, las mañas del amante; la esposa se resignó a considerar como un sino de su sexo, la suerte de su mancebía legitimada. Cierta tono deprimente, cuando se aludía a la mujer y al hijo, acentuaba su calidad de señor, de amo y de varón. Perdió su señorío sobre la propiedad raíz, le quedaba ejercerlo sobre la propiedad semoviente: la familia y el caballo. La mujer se resignó a ese desprecio y lo consideró natural. Dejó el rancho y montó a la grupa; acompañó al soldado, curándole las heridas, dándole el calor de su cuerpo en las noches campales, satisfaciendo sus apetitos, incitándolo. Iba con las tropas, llevando las vituallas; era tropa. Pero en su calidad de ser pasivo, vegetativo, ponía grillos de hierro al ímpetu de dominación en gran escala, conformándose con el botín del saqueo y el hurto de gallinas. Hacía del soldado un ave de rapiña, del conquistador un avariento, de las grandes marchas un avance y un alto, de la invasión hasta donde dieran las fuerzas, una correría. Era pesada esa mochila a su espalda.

Entre nativos y forasteros no podía haber pactos ni alianzas. El cristiano era siempre felón, perjuro; carecía de moral, de dignidad, sin el padre o la hermana que lo vician. Prometía la paz, la recompensa; prometía respetar las vidas y la amistad, y se burlaba de todo. Entre el poderoso y el oprimido no hay pactos duraderos; una parte puede cumplir o relevarse del compromiso; la otra está sometida por su misma inferioridad. Entre el cristiano y el indio no hubo amistad posible; tenían diversos intereses, una distinta concepción cósmica de las cosas. Sus relaciones eran fingidas, y el indio llevaba la peor parte. Acabó por convertir en una modalidad psicológica el recelo. Casi todas sus taras espirituales son cicatrices de su cuerpo. Esas almas llanas hacen una circunvolución de toda emoción honda; se las puede convertir en lo que se quiera desde el primer instante, pero serán siempre así. La vida va dejando huellas



orgánicas en su materia sin modelar. Se le engaña una vez, y se vuelve suspicaz; se le ofende y se convierte en rencor vivo. Plástico hasta incorporar a su carácter y hasta transmitirlo en su descendencia cualquier fraude que perturbe su estructura mental; tiene alma femenina. El germen inoculado en su sangre se incubaba lentamente y se desarrolla lentamente a expensas de todo el organismo. El indio se hizo desconfiado, reservado, desafecto; y el mestizo heredó, por la madre, esos rasgos en su cuerpo y en su alma. El español le enseñó a estar precavido, a no creer en las palabras, a hurgar como rastreador los mínimos detalles que le orientaran en la penetración de esas psicologías demoníacas, movidas por pasiones y propósitos de misteriosa finalidad. Hoy no hay, quizá, más fino husmeador de intenciones. Se avezó a perseguir las huellas de la intención por debajo de las frases y a estar siempre listo para pegar primero. Había fallado para siempre la norma de la buena fe, de la credulidad en el ser humano, de la bondad que se entrega sin malicia. Se lo hería en lo más sagrado de sus hábitos y de su ingenio: se lo despistaba y pervertía mentalmente. Aprendió a responder con palabras imprecisas, a hurtar el cuerpo y el parecer, a mantenerse alejado en el diálogo, a dormir sobre el caballo, a tomar los ardides del pájaro que vuela lejos del nido y que se hace un puñado de pasto entre el pasto. La decepción en el trato con el blanco, hizo que llevara día y noche el cuchillo a la cintura y que la hija se considerase a sí misma como un objeto que se podía usar o dejar. En las regiones apartadas, el ayuntamiento sin ninguna fórmula que salvara las exigencias, por lo menos externas, del pudor, constituyó al hijo inevitable en testigo silencioso del deshonor. Algún día habría de tomar su revancha; mientras tanto perpetuaba las costumbres en las hermanas del amigo. La promiscuidad y la falta de respeto eran comunes, disolviéndose el sentimiento de la sangre, de la paternidad, en un grumo de orgullosos impulsos. El varón estimaba en el carácter, en las cosas, en el lenguaje, en las actitudes, la calidad de «macho». Mujeres y objetos eran bienes sobre los cuales el varón ejercía señorío fálico. Los hijos del concubinato proseguían las costumbres de sus padres, pero en el fondo de sus conciencias no estaban satisfechos. No tenían hogar, eran los parias de la llanura, más parecidos al animal sin dueño que al hombre. Los mismos criollos de las ciudades, cuando lograban una posición acomodada, preferían entregar las hijas en manebía que casarlas con el mestizo, embrutecido por vicios de los llanos, por el alcohol, por la licencia, por el robo. Los padres conocidos eran peores que los desconocidos. Esa población crecía y se multiplicaba formando multitudes. Azara no dice cuántas cabezas humanas había en el virreinato. Era imposible que permaneciesen para siempre en la abyección. Como única forma de libertarse de ese infierno, quedaba la rebeldía contra los opresores. Pero no estaban unidos; les faltaba el capitán que los recolectara y dirigiera.

## LOS ALBACEAS DEL INDIO

Mezcla de sangre indígena y europea, el mestizo dio un tipo étnico inferior a la madre y al padre. Se le consideraba español; no pagaba tributos, como el hijo de varón indio y de europea. Éste era el bravo, el irredento. Cuando llegó la ocasión de repartir prebendas y puestos, o de conceder el voto, se lo excluyó. Hecho sin regla de conducta, sin instrucción, sin leyes, alcanzaba mayoría de edad, y pedía que se le rindieran cuentas de su embrutecimiento. Acompañándole hasta la ciudad y la tienda del comandante blanco, fue el indio, del que era pariente carnal. Estaban afiliados misteriosamente a una orden de caballería bárbara. No fue un enemigo contumaz ni después de tener motivos para no mantener con él ningún trato, en la ley del desierto; ni había por qué perseguirlo. Era simplemente una fuerza libre susceptible de dirigirse, de gobernarse; una fuerza psíquica. Los misioneros habían sabido utilizarlos y nuestros generales también, encontrándolos dóciles. López decía a Paz: «el indio es muy útil cuando se lo dirige y manda». Zeballos y Mansilla describen sus costumbres, moralmente superiores a las del invasor. Bebían y hacían la guerra; pero respetaban la palabra dada, no violaban la mujer ajena, robaban para rescatar. No poseían ninguna civilización, aparte las estribaciones de la del Inca, rudimentos que iban poco a poco olvidando, a medida que se descendía hacia el sur. Eran esos indios y su descendencia híbrida, tribus flotantes, enemigas entre sí, pero susceptibles de amansarse, de trabajar y de obedecer. No defendían nada porque no tenían nada y lo que se les daba de regalo les parecía bueno. Se los utilizó sin ninguna inteligencia, asociándolos cuando era necesario, y persiguiéndoselos después. El cacique Catriel peleó como aliado de Mitre en la desgraciada revolución del 74, con entorchados de coronel de la Nación; más tarde fue vencido y aniquilada su tribu. Cuando la amenaza de invasión de los brasileños por el Río Negro, Rosas hizo con el indio la defensa. Rosas los arrojaba al mundo de nadie, pero ellos lo respetaban porque era una idea en que podía hacer pie esa fuerza errátil. En el norte con Güemes; en el litoral con Ramírez Hereñú y Artigas; en el oeste con Facundo, Peñaloza, Aldao; en el centro con Bustos, Ibarra, López; en el sur con Rosas, fueron elementos valiosos. Formaban en las filas, con el mestizo, ataviados de rojo y con una pluma de avestruz en el sombrero. Los caballeros de la verdad en arremetida contra los caballeros del grosero ensueño. Iban a restituir su verdadero sentido a la conquista, a despertar del sueño al soñador. Ahí estaban, a caballo, sonando sus cuernos y tambores de guerra, a decir que había que contar con ellos, la realidad reprimida, tabú. Servían para lodo en manos del caudillo; el ideal era la lucha contra el *godo*. López y Quiroga los manejaban como instrumentos, ya para acrecentar sus fuerzas, ya para debilitar las fuerzas sublevadas. No tenían conciencia más que del rencor, de la venganza secreta contra lo unitario que pretendía encarnar el símbolo de la civilización, del ideal de grandeza. Destrozados, famélicos, con los cabellos en greñas, descalzos y armados de tacuaras, de pedazos de armas inservibles, eran la humillación en masa. Pero se contraía un compromiso nefasto con ellos, imposible de anular con otro sueño. La estructura que tomaron las poblaciones fue india, como todo lo demás. Iban a dar su

forma, ellos que eran materia, a la Colonia, que era ignorancia. Generales y estadistas se mancharon con el soborno y la defraudación por ellos a quienes solicitaban o perseguían, según los casos. Eran el brazo armado, y al comandante que se pasaba a sus filas sólo se le podía atraer comprándolo, para cuyo fin las legislaturas estaban prontas siempre a votar inversiones en sesiones secretas. Las tropas de los caudillos adoptaron su modo de combatir y su táctica guerrera; las mujeres acompañaban a los ejércitos, campando con ellos. Un mal inmenso vino de ese despertar, que era necesario, tarde o temprano. En los armisticios fueron los indios los leales y los blancos los pérfidos; si triunfó la perfidia, la victoria era de ellos también. En la lucha se pobló esta tierra. Esa red de pueblos, nacidos al evento de la persecución, dio un aspecto militar a la República, no político ni económico. El mapa de las poblaciones es un mapa de trincheras convertidas en despensas y pulperías. Fue el indio el que los obligó a dar esa estructura arbitraria a los pueblos y, consiguientemente, a las líneas férreas que vinieron a fijarlos para siempre. Exterminados, dejaban esos cadáveres imposibles de sepultar nunca. Podían fundarse universidades para explicar teología y enseñar derecho canónico; todo eso era la mentira. La verdad trabajaba oscuramente, indignada cuanto más se acentuaba su inferioridad, en los campos que se poblaban al azar de animales y de hombres. Había que llenar los huecos dejados por el indio amoldado a su medio. Los expedicionarios no llevaban con quiénes suplantarlos; llevaban otra vez celibatarios sensuales, clérigos que dejaban el hábito por la espada, *colonos*. Seguía la siembra de hijos de nadie.

Después de esa irrupción de las hordas sometidas, se tuvo una visión más clara de la realidad. Ya no era posible esperar nada del hallazgo fortuito; había que buscar por otros caminos más duros: labrar, sembrar, cosechar. Y esa reacción fue la obra de aquellas hordas.

Nunca se comprenderá bien la psicología del gaucho, ni el alma de las multitudes anárquicas argentinas, si no se piensa en la psicología del hijo humillado, en lo que un complejo de inferioridad irritado por la ignorancia puede llegar a producir en un medio propicio a la violencia y al capricho.

La llamada Conjuración de los Mestizos, en 1580, es ya una sublevación de sangre: siete criollos intentaron apoderarse de la ciudad de Santa Fe. Se los ejecutó. En 1711, en Venezuela, la sublevación de los mestizos proclamó rey a un mulato. Aquellos ejércitos que Belgrano, San Martín y Alvear no pudieron disciplinar, turbas híbridas de indígenas, mestizos y extranjeros desesperados, eran la siembra humana, réplica de la del ganado montaraz. Las filas de los insurrectos, de los mestizos atrajo a los aborígenes ansiosos de venganzas. Tribus enteras: minuanes, charrúas (que únicamente habrían descendido a la antropofagia por rabia sacrílega), taros, guenoas, guayeurúes, ranqueles, puelches, tapes y muchas más, mezcladas a gauchos mestizos y salvajes, engrosaban las montoneras hace un siglo. Eran los hijos sublevados contra los padres; los hombres de la soledad, del desierto, de la crápula, del estupro, como pedazos de pesadillas de ambiciosos borrachos que tomaban cuerpo en el fondo de las

praderas y se venían galopando sobre los poblados. Sucesores de aquellos presidarios y pícaros que desde Fernando el Católico hasta Carlos III, se arrojó a que llenaran este mundo. Defendían la libertad, la igualdad, la destrucción del pasado y de la propiedad de aquellos bienes de todos, que el poseedor de la tierra no podía reclamar con títulos de igual autenticidad. Vejámenes de toda clase habían sufrido por el padre que los renegaba, considerándolos, aunque legitimados, hijos de pecado y error. Intemperies y necesidades sin número trabajaban sus cuerpos y sus almas. La madre no encontraba palabras con que desvanecer las acusaciones que la sociedad le hacía; en el confesionario encontraba el reproche de Cristo tras la madera calada; desde las tribus se la miraba con asco. Toda esa vida que despreciaba al hijo con la madre, no tenía raíz y se le antojaba aherrojada en un código moral postizo. Por lo menos había en ellos un impulso cierto, un ideal: la soberanía del territorio hasta donde alcanzara su fuerza; y una ley: el coraje. La provincia, que era el feudo del corregidor, adquirió a sus ojos un sentido de patria y de clan más poderoso que la vaga totalidad de la conquista y que la nacionalidad y la religión abstractas, inculcadas al adolescente y al catecúmeno en contraposición al mundo que tenía ante sí, bárbaro, libre y cierto. La provincia se alzaría contra la ciudad, contra Buenos Aires, que ya no era para el mestizo Argentina sino Europa; un pedazo de España con su aduana, sus autoridades centrales, su curia, sus leyes. En tal hervor difuso y enconado, América comenzaba a tener conciencia de sí, y su despertar era violento como el sueño.

## INDEPENDENCIA

La independencia fue un acto y una tesis. Fue, en la campaña, un acto gestado largamente por el estado de inferioridad, de abandono y de ignorancia en que se había mantenido a la población; y en la ciudad una tesis, inspirada en doctrinas democráticas y liberales aún en período de ensayo. Como idea, nació en los Cabildos y en las Iglesias, al calor de los ciudadanos adinerados; pero pronto encarnó en las gentes pobres del interior, sin lo que no hubiese pasado de ser una versión a la panamericana. Hasta entonces el interior no había pensado en la independencia, porque no estaba en sus proyectos un movimiento que exigía unidad, dirección, y que era, en resumen, un asunto jurídico y diplomático. Vivía descontento, sometido a condiciones durísimas, sin cohesión, diseminado en villorrios, caseríos y ranchos. No era un pueblo, ni tenía ninguna de las ideas que los pueblos conciben cuando están organizados; en cambio la ciudad venía incubando sordamente su proyecto, como una cabeza decapitada y viva. Y, sin embargo, el verdadero estado revolucionario era el del interior, inorgánico, caótico, violento. Lo que la ciudad quería, principalmente el puerto, era resolver un problema legal, administrativo, mercantil. Inmediatamente de

proclamada, la independencia se dividió en dos: la idea revolucionaria y el medio revolucionario. Lo que interesaba no era la revolución de principios, la emancipación que se adoptaba como nuevo régimen, sino el conflicto que se planteaba al partirse ese mundo sostenido por una unidad ficticia.

Para los promotores de la ciudad, bastaba cambiar algunos detalles del gobierno, de la administración, y ni siquiera la bandera, que es castiza e hiperdúlica, para que se juzgara realizado el ideal revolucionario. Creían que un cambio de nomenclatura y de insignias bastaría, y que el problema había de ser resuelto por arbitraje, o por textos de Helvecio, Filangieri, Mably, etc. No tenían conciencia clara de la magnitud y trascendencia del paso dado, porque eran un fragmento de la Metrópoli, desvinculado de los problemas vitales, étnicos, económicos, del interior. Hasta 1840 no se atisba el aspecto panorámico ni el sentido nacional de la empresa. En 1853 triunfa por fin la unidad y la tesis. La revolución ciudadana no sospechaba que al cancelar un estado de cosas inauguraba otro. De haberlo barruntado y de haber podido deducirlo hasta sus últimas inevitables consecuencias, los próceres se habrían contenido. Los que se lanzaron hacia las naturales resultas de esa declaración, trajeron la anarquía, implícita, según Paz, en la misma declaración de independencia. Ésos tenían razón. Los otros aspiraban a mantener un estado legal, fuerte, y recurrieron a la monarquía atemperada con sofismas para que diera estabilidad al gobierno y regularidad al comercio. Más que un expediente para consolidar un estado de cosas, fue un recurso extremo para perpetuar un estado de cosas que había sido derrocado. La guerra civil no sólo está implícita en la revolución, sino que salva a la revolución. Los mismos cabecillas del movimiento de emancipación aparecieron de inmediato como contrarrevolucionarios. La tesis era el movimiento malogrado, pero del que nacerían enteras las consecuencias irremediables. En Liniers y Álzaga se fusiló un sistema, como en Dorrego una idea<sup>[2]</sup>. Ninguno de esos hechos parecería tener explicación y, sin embargo, obedecieron a una lógica pragmática de complicados alcances. La fuerza mediterránea y popular brotaba de una situación de hechos y no de derecho; de América. Esa fuerza caótica consiguió arrastrar a las luchas todo lo que no había entrado en los cálculos de los patricios. En nombre de la posesión del ganado, del parcelamiento de la tierra y del libre tráfico, entablaban guerra definitiva el litoral y el interior. Pudo más tarde verse un ideal democrático, republicano y federal en lo que era sólo consecuencia de un viejo rencor que se parapetó en dos máscaras: política y librecambio; por lo que llamamos guerras civiles a las guerras sociales.

La separación, bajo pretexto de discrepancia, del Uruguay y el Paraguay, fue la voluntad de mantener un librecambio a los productos de la ganadería, que por Montevideo se realizaba sin control, y de restar importancia al puerto de Buenos Aires, que debilitaba a Asunción amenazando poner al servicio de Europa la riqueza del Virreinato, como por desgracia ocurrió. Para el interior el problema iba, como se ve, más lejos: se aspiraba a la independencia inclusive de Buenos Aires, de Córdoba y de las otras ciudades hasta Salta, en su carácter de reductos extranjeros, hispánicos.

Había que independizarlos de la Independencia.

La revolución puso en movimiento, agitó e hizo circular un mundo paralítico, postrado, estancado, y produjo un simultáneo despertar de la conciencia de inferioridad en todo orden. Al ponerse en contacto la campaña y la ciudad por las comunicaciones de tropas, y nada más, aparecieron deslindadas esas dos porciones antagónicas. La campaña despertó al paso de las huestes, pero en cuanto despertó, el movimiento revolucionario central se convirtió en un movimiento retardativo. El papel de protagonistas pasaba automáticamente de la Junta, del Directorio y de los generales, a la masa, de la cabeza decapitada al cuerpo acéfalo. El desarme de las tropas de Belgrano en Arequito es el error simbólico por antonomasia. La idea de libertad, que despertaba al paso de los ejércitos, trajo aparejadas la idea y la conciencia de un pasado infame. Había que librarse también de él. Una nueva perspectiva se ofrecía al alma oscura del hijo de la aldea, al bastardo, con la posibilidad de tomar posesiones en las esferas monopolizadas por los poderes centrales. La primera aspiración se dirigió a ejercer la dirección local, separándola del centro; a desunir. La Independencia no significaba históricamente más que un paso decidido y precoz en una marcha fatídica hacia ella, preparada por la embolia del comercio y de la inteligencia desde mucho antes. Al soltarse ambas fuerzas contenidas, se abrió una compuerta al torrente congelado de una población sostenida en la barbarie por los reglamentos y ordenanzas de la Corona. El mejoramiento intuido y la promesa a próximo plazo formaron en el alma del campesino, y principalmente del mestizo, una noción palmaria de distancia entre el presente y el pasado, entre la verdad contemporánea que se abría sin límites y ese ayer humillante exornado con atavíos groseros y metafóricos. Las proclamas de los jefes que llevaron el movimiento hasta las fronteras del virreinato, encendieron la aspiración a la independencia personal, y acaso fue, pese a los desórdenes consiguientes, su efecto más saludable. Los traficantes clandestinos, los filibusteros de tierra, izaron su bandera bajo pretexto de nacionalismo. Vieron la rehabilitación moral y la libertad de comercio, y no la política que no les interesaba ni comprendían; aunque lo curioso del caso resultó ser que, en virtud de pronunciar sin mesura palabras heroicas, el móvil se desplazó hacia la política y el patriotismo. La diversidad de banderas probaba la unidad del ideal.

En los estallidos revolucionarios, cada individuo que en ellos participa, pronto se atribuye una parte de los ideales de la revolución, como si él la hubiera hecho para sí; en un estado incongruente, amorfo, el individuo había de asumir el papel cardinal. Pero toda revolución es el punto crítico de una descomposición, y es tanto más legítima cuanto más parece no servir a nadie y tanto más profunda cuanto parece más inconcebible.

LA HERENCIA Y SU INTERÉS COMPUESTO

La Colonia había vivido en el hambre, la miseria de toda clase, la ignorancia, el fanatismo. En 1810 había llegado a una de las mínimas de su valor económico, a una de sus grandes crisis periódicas, irritada por la experiencia de su fuerza en el reciente rechazo de las invasiones inglesas. Muchos, es verdad, poseían la tierra que labraban, pero esa tierra no tenía valor efectivo. Rodeando sus huertas mezquinas, los inmensos latifundios se extendían en feudos de centenares de leguas. La riqueza estaba concentrada en pocas manos, como el poder diluido en muchas.

La Independencia no significaba nada para el pobre, para el campesino, y, no obstante, ellos fueron los que la sostuvieron y los que encendieron la purificadora hoguera de la anarquía. Significaba para el comerciante exportador y para el saladerista, para el contrabandista y el cuatrero, interesados en que no se volviera por ningún camino a la época de los privilegios, monopolios, estancos, impuestos y demás gabelas. Cuando generales como San Martín, Paz, La Madrid, intentaron declarar un ideal de patriotismo y de libertad, no se les entendía. Ellos mismos no lo entendieron más allá de su deber; y el angelical Belgrano, poligloto y economista, caía en raptos místicos ante la enormidad del contraste entre la realidad y el ideal. Era una guerra social, no de independencia, en que la segunda parte, prevista sólo por pocos y resistida luego, sería lo verdaderamente importante. La revolución pareció llevar un alivio al hambre y a la ignorancia, pero bien pronto hambre e ignorancia se volvieron contra ella, y entonces la revolución quedó rezagada y apareció como conservadora y monárquica. Las negociaciones extranjeras, que fue menester entablar como contramarcha, y los Congresos que sancionaban constituciones mixtas que no regirían, demostraban que el éxito estaba asegurado, puesto que la teoría se encontraba indefensa frente al acto. La situación del soldado, al servicio de un acto y de una teoría que estaban ya en franco desacuerdo, y la del patriota militante, forman la escena de comedia en el drama.

En ningún momento de su carrera militar pudo nuestro soldado entrar al combate con ánimo resuelto y dispuesto al sacrificio por un ideal o por una causa que se le impusiera imperativamente, como muy superior a él y a sus instintos de conservación. Cada batalla era una vez más en que se jugaba la vida por poca cosa, y por una poca cosa que no le era comprensible ni amable. Es decir, por una causa nueva, que no contaba aún con mártires y que comenzaba a exigirlos por razones excesivamente apremiantes para ser tan nuevas. Este ejército había de terminar por convertir al héroe que los sacaba indemnes de la aventura, en un caudillo que hiciera bandera y causa de sí mismo y de ellos mismos, como si sus vidas fuesen, en fin, la parte que estaba en juego y en peligro: lo que se estaba defendiendo.

Esos militares, como aquellos políticos coetáneos de ellos, no combatían por sostener una causa ni un orden. Combatían por orear un motivo de combatir que a todos convenciese y embraveciera; discutían en los Congresos por encontrar una doctrina por la cual lomar partido. El ideal iba naciendo, informe, de las mismas escaramuzas de las armas y de las discusiones, de modo que era muy posible que el

héroe quedara retrasado o que se anticipara; y, en cualquiera de los dos casos, que apareciese como faccioso, contra el sistema. Ambos, ideal y acción, concluyeron por convertir esos medios de búsqueda en verdaderos fines; y cuando llegó el momento de tener una causa y un orden que defender, ya habían abrazado apasionadamente esa búsqueda como finalidad. Y, sobre todo: se había muerto o se había sido desterrado por esa búsqueda; lo que bastaba para consagrar la causa como legítima y patriótica.

## PRIMEROS FRUTOS DE LA LIBERTAD

Los triunfos de los ejércitos encendieron el espíritu de rapiña en los soldados. Una ambición de poseer, de dominar, los llevó a la formación de partidos que se lanzarían con pretexto de defender la libertad, contra los que verdaderamente la promovieron. Cada Cabildo se constituyó en centro de una zona de acción, con intereses propios; y no faltó un tal Bernabé Aróz que proclamara autónoma la República del Tucumán. Cada caudillo aspiraba a la hegemonía de su provincia; la provincia era él. Sólo la del Uruguay tuvo éxito, favorecida por su situación marginal, y válida de su condición de productora de la mitad del ganado que se exportaba, dueña del puerto clandestino para los productos del Río de la Plata. El caudillo era un ser en quien tomaba conciencia la provincia. Con retórica injusticia se llama bandolero y contrabandista al acopiador Artigas, que encarnaba un ideal ecuménico sin ambages; contrabando y bandolerismo eran a la sazón las formas regulares de comerciar y mandar. El comercio controlado por la Casa de Contratación y la política ejercida por los corregidores, alcaldes y blandengues eran en realidad los sistemas irregulares, anómalos, que forzosamente habían de caer deshechos.

Sólo una idea vaga, donde no existía unidad de ninguna clase, les llevaba a consentir en la unión federal. Muchos de los soldados eran arrastrados por la violencia o por otros que se alistaban por vocación, y desertaban o cambiaban de jefe, según las alternativas del éxito; al asalto de las ciudades seguía el saqueo. Por el saqueo se llegaba a la conciencia de la propiedad y de la inviolabilidad del hogar. Los correntinos, dice Paz, concedores del procedimiento, se apresuraban a saquearse ellos mismos, con la excusa de que lo hacían para que el contrario, de vencer, ya no encontrara nada. Lavalle terminó en caudillo, mandando un ejército de gitanos cosmopolitas, de prófugos y de rameras.

No había pueblo ni había gobierno; los ejércitos valían por la cantidad de soldados, por el arrojo de sus comandantes y por el estado físico de las cabalgaduras. En Gamonal perdieron la batalla los caballos. Sólo por una agitación inorgánica, infecciosa, podía llegar a formarse de una conglomeración un pueblo; sólo por la violencia y el yerro sistemático podría formarse un gobierno. El gaucho precipitó el estado de conciencia de la totalidad, de la unidad, de la función interna del país. Se



había acostumbrado a vivir sin cabeza, y ese amanecer de conciencia se parecía a la formación de una gástrula. La nueva era surge de la disolución total de su ninfa, por eso Rosas encarna el orden y Artigas el patriotismo. Rosas tenía un sistema y los demás no. Alvear, Lavalle y aun Paz aparecen frente a él como caprichosos, desconcertados y hasta anárquicos. Había sistematizado la barbarie, y los otros, sin plan muchas veces, con sólo una idea contra ese sistema abierto que tenía la forma de la realidad ambiente, venían a resultar los bárbaros. Aquellos generales de escuela ya tenían forma definida cuando las cosas apenas comenzaban a tomar forma; de ahí el error, y la talla de Quiroga y Güemes. No era fácil adivinar adonde conducirían ni, por consecuencia, cuál sería el partido realmente patriótico.

El papel de grande en el heroísmo no se puede mantener incólume durante mucho tiempo. Un militar que comenzara peleando por una causa digna, de proseguir en su empeño con tesón y de ser consecuente consigo durante algunos años, aparecería combatiendo por una mala causa. Estaban divorciados de todo lo que existía en torno de ellos, en razón de perseguir una idea precisa; y en el transcurso de esos años resultaba que venían a estar en la situación de retrógrados y refractarios con relación a las directivas totales del conjunto. San Martín tuvo razón mientras las cosas de su país le permitieron que la tuviera, pero muy poco faltó para que sus ideas nobles y desinteresadas no vinieran a ser algo así como traicioneras y ruines por el hecho de obedecer a un plan. Belgrano tuvo la suerte de morir cuando comenzaba, lo mismo que Rivadavia, a aparecer en la oposición; y las desventuras que todos padecieron y la incompreensión de los dirigentes, que llegaron a acusarlos de insurrectos y de corruptores de las costumbres, demuestra que ya no se les entendía.

Aquellos generales y aquellos estadistas no querían la barbarie, pero eran productos genuinos de la barbarie, y trabajaban, sin querer, para ella; eran bárbaros porque esos ideales de independencia y de unidad nacional, de disciplina, de orden, no pasaban de ser aspiraciones abstractas, sin base en la tradición ni en la vida histórica argentinas. Eran tesis. Se oponían con violencia a la realidad y levantaban la indignación trayendo la última palabra de las escuelas militares y filosóficas extranjeras, la táctica napoleónica, los uniformes españoles y las ideas republicanas de Norteamérica. Güemes fue mucho más eficaz, amoldándose a sus gauchos; de querer que obedecieran sus planes habría fracasado. La fuerza de los caudillos sobre los militares de escuela, estaba en que no afrontaban de frente la realidad, sino que la llevaban de ladera. En el mejor de los casos, aun teniendo ideas claras y generosas, esos ideales civilizados (como tenían su razón argelina los cuadros oblicuos con que Mitre fracasó en Cepeda), resultaban aquí exóticos y, por lo tanto, contrarios al orden de las cosas. Porque hay que pensar que todo ese caos no era un accidente, sino un estado constituido, organizado, y que lo que intentaba hacerle desaparecer era una técnica que no se ajustaba a esa eclosión de vida sin freno. Nuestra barbarie ha estado, bajo ciertos aspectos, fomentada por los soñadores de grandezas, y muchos de nuestros más perjudiciales males se deben a que esa barbarie no fue reducida por

persuasión a las formas civiles, sino suplantada de golpe y brutalmente por todo lo contrario; en que, simplemente, se le cambió de signo.

## LOS NUEVOS VALORES

La marca del ganado vino a indicar los límites de la posesión terrestre. El anca de la vaquillona señalaba en las veinte mil leguas que Rosas arrebató al *homo pampaeus* el área de sus estancias, y advertía de la prohibición de que nadie se estableciera por allí. El animal arrastraba a la tierra. Si la tierra había dejado de ser un hallazgo para el descubridor, el ganado seguía siéndolo, con el aliciente de que implicaba la guerra contra su dueño adventicio, y la victoria. Por entonces el animal empieza a dar su norma a la tierra y el hombre seguía siendo, también en este trance, el artefacto de la naturaleza incomprendida y traicionada. El ganado transitaba en libertad por la llanura, y el dominio del hombre sobre él era hipotético y en cada raso objetable. Pertenecía como bien mostrenco al cazador, es decir al arreador que se aventuraba a quitárselo al indio, quien con legítimo derecho se lo había incorporado al seno de su vida, no a su dominio (lo del indio no era propiedad; él mismo era propiedad). El ganad, era libertad, y muy pronto el hombre, que encontró en él una mina inagotable de dinero, tuvo que violentar otra estructura legal: las leyes que le impedían el tráfico del cuero, de la cerda, de la carne, a que lo imposibilitaban de hecho. Aprendió a romper otra barrera: la ley. Creó con ese nuevo aspecto de la aventura una nueva noción de señorío, bien bárbara por cierto, pero que rigió la vida de ésta: comarcas quién sabe hasta dónde. Por ahí entronca con la Independencia (que se preludió con tres proclamas en pro del comercio libre de las pieles, y cuyo último término es la Representación de los Hacendados), con las guerras civiles (que no tuvieron otro más claro objeto que la posesión legal de ese ganado), con la soberanía política (asegurada por el estanciero gobernador de provincia) y con el Acuerdo de San Nicolás si no un Congreso de caciques, como decía Sarmiento, sí algo como un Pacto de defensa de las vacas, (como también él dijo). En fin, una noción de señorío, bárbara pero obediente al mismo mecanismo de brutalidad y de ensueño del hombre de la Conquista. Éste fue el aspecto de aventura que pudo tener interés para aquel nómada emigrado de España, desalojado a rastras por el árabe a su partida. Porque se figuró encontrar la riqueza con la libertad, como pensaron los que después vinieron, más expertos.

El extranjero fue apegándose a la tierra, reconstruyendo la civilización abandonada con los fragmentos y residuos de ella que le quedaron; el mestizo se levantó contra él y tomó resueltamente el partido del ganado contra el partido de la tierra. Aquél, el *godo*, declinaría hacia el unitario, con sus programas de gobierno basados en la posesión fiscal de la tierra y en su usufructo sin responsabilidad, la

enfiteusis inclusive; éste, el patriota, el nuevo americano, hacia una concepción más dinámica y atrevida, con su programa político (el federalismo) y con su ejército (la montonera), que fue la forma que la riqueza ganaderil tomó frente a la riqueza territorial, lo que andaba y se ofrecía frente a lo que estaba quieto y se negaba. Hasta el potro sin dueño fue también un ente alzado contra la ley, puesto que la ley era para él la sumisión, el trabajo y el sacrificio. El gaucho, sin un contexto de derecho que se impusiera a su conciencia, comprendió al potro y lo hizo su tótem. Había entre ellos la misteriosa correspondencia que entre Edvige y el pato silvestre. Al unírsele el ganado, no sería para someterlo a la civilización, para entregárselo al enemigo común, que era el hombre de la ciudad, sino para asegurarse su propia libertad poniéndola en el lomo del bruto.

## HACIA LA ACEPTACIÓN CONDICIONAL DE LA REALIDAD

La tierra concebida y detentada en enormes proporciones nada tenía que ver con la familia, porque pertenece al célibe y no a la prole: pertenece a la geografía y no a las instituciones privadas. Por otra parte, el colono ulterior tuvo que rebajarse a esas exigencias de la naturaleza que lo desmembraban de su origen, de su raza, de su religión, de su paisaje. Sólo podía cultivar en extensas superficies, porque solamente la cantidad compensaba la distancia y el aislamiento. No podría en adelante ahondar nada ni echar raíces, ni concentrarse en la familia, ni intensificarse en la cultura; tendría que difundirse, que disgregarse, que extenderse él mismo y convertirse en número, en cifra de estadística, y hasta que tomar su significado de persona humana según la cantidad de su tierra o su ganado, Entraba a formar parte de una sociedad anónima de valores subhumanos; tenía que renunciar para siempre al amor y que entregarse al odio, tranco o encubierto, que es la norma de la distancia y la soledad.

Frente a él estaba el hombre alzado contra la ley, que prosperaba y se fortalecía. No poseía nada, pero simbolizaba una fuerza de discordia y de violencia con su señorío moral, épico. Hubo, pues, el señor sin feudo, el señor errante, hijo de la planicie y hermano fatídico del potro. Hubo el que entroncó su ideal con la vieja tradición feudal. No tenía poder (no tenía tierra ni ganado) aunque ante él estaba el planeta cubierto de animales errantes también. Con la conciencia de su pobreza se amalgamaba en híbrida mixtura, la ilusión de su riqueza. A caballo por la llanura, sin qué ponerse encima, sin hogar ni rumbo, era el caballero de esa nada inconmensurable, cuyo título de propiedad tenía el hombre de la urbe, como antes el rey en la Metrópoli. Era un Quijote de regreso, vencido, el andrajo de un sueño ridículo. Se llenó de orgullo; prefirió levantarse contra la justicia que le negaba la propiedad y no la posesión de lo que bien podría ser suyo con arreglo a las leyes de la Naturaleza, que conocían a fondo el curandero, el baquiano y el caudillo. Como el

caballero, alistó la turba en la llanura y fue el castellano en su rancho; alzó la tropa del ganado y se enfrentó contra el terrateniente, contra el hombre desconocido de la ciudad. Ya se disoció el espíritu del campo, el federal, el bárbaro, del espíritu de la ciudad, el unitario, el monárquico, reuniendo en torno de sus imanes las limaduras de intereses dispersos. Prefirió vivir en la vastedad de ese dominio sin capitular, sin someterse al arbitrio del otro advenedizo; amasó su conciencia con el paisaje, renegó de toda tradición y de ahí resultó el gaucho, el señor hambriento, el hombre de la tropa ignorante, proseguidor inarmónico de un sueño frustrado. En la soledad llegó a considerarse un despojado, una víctima de la injusticia del código y del tribunal distante. Estaba haciendo causa común con el indio, al que siguió mirando con encono y desprecio de bastardo. Él mismo era un producto de ese prolongado sueño de grandeza; una víctima del espejismo del desierto, su fantasma vivo. Si no podía sostener la posesión con el derecho, la sostendría con el cuchillo, instrumento de su faena; si el puerto no le permitía cargar productos y enajenarlos para su trueque por mercancías, lo haría a espaldas de la aduana y mediante la coima y el cohecho, hasta que pudiera disponer del puerto. Tan vagas aspiraciones cuajaron en un programa político, según aconteció con otras muchas, y ése fue el punto central de la era de organización que culmina en 1880, año de la muerte del gaucho.

El culto del coraje es eso, y tuvo sus poetas y sus panegiristas, sus devotos que hoy se disimulan en la exaltación de su imagen literaria; aunque nunca fue un tema poético sino un ejemplar etnográfico. Muchos quedaron como gauchos malos; otros, comenzando en las estancias como capataces y arreadores, llegaron a comandantes y generales; de domadores de potros a presidentes de la República; de administradores de saladeros a tiranos o libertadores. «En Pavón —decía Sarmiento—, se decidió el imperio en favor del más de a caballo».

Pero ese afán de dominio tomaba también bajo el prestigio de algún crimen notorio, el camino de la política, de la influencia personal, del curanderismo, la baquía y la payada, en la ciencia de las finanzas y en el arte pedagógico.

Las provincias marcaban los límites del fundo, si bien con un nuevo sentido espiritual. El caudillo simbolizaba un inconsciente anhelo de legitimidad en la conduela, de seguridad en la ganancia; era entre todas las formas del azar que asumían las instituciones en sus orígenes, la menos aleatoria. Pero encarnaba una rebeldía contra la civilización, que iba a organizarse, a sistematizarse. El caudillo representaba la soberanía en el dominio de hecho, la jefatura de la cáfila y, al mismo tiempo, la personificación de algo orgánico, superior<sup>[3]</sup>. Del viejo ideal deshecho en harapos, aparecía este nuevo personaje exorbitado con el fraile por delator y amanuense. Encarna el ideal de fijación en aquel fermento confuso, una dirección, un sentido, un cuerpo. Se le hizo luego portaestandarte de una doctrina política y el nombre de federalismo cubrió ese afán de dar forma simétrica a un caos, de cohonestar el poder habido por medios ilegítimos, precisamente. Pero al menos era un ideal, la forma concreta de la barbarie que pretendía eternizarse con un nombre

decoroso. No era cambiar de métodos de trabajo, ni dejar una herramienta por otra, ya que las manos que empuñaban las armas jamás ejercieron otro oficio (ni acaso el de las armas). Aun cuando se tratara de tropa, hubo, naturalmente, el hombre de la tropa, de la aventura guerrera, que quiso cambiar de oficio y no supo. Porque se trataba más bien de iniciar el trabajo, e iba a inventárselo, pues se carecía de experiencia aplicable a las modalidades de esta tierra nueva. Y ante todo era menester despojarlo de cuanto en su misma calidad de trabajo pudiera colocar al poseedor en situación distinta a la que había supuesto, muy por debajo de su orgullo. Porque ya era el fracaso resignarse a obtener la riqueza a costa del oprobio, con la aplicación de sus brazos a la tarea plebeyísima de plantar, cosechar, apacentar, vender. Se procuró que, al menos, el trabajo pareciera ser otra cosa; un ejercicio, el reverso de la empresa heroica; y que la herramienta semejase, en cuanto fuese posible, un arma. En los primeros tiempos las labores pesadas quedaron a cargo del indio y de la mujer; después el amo se agachó a desempeñarlas, más bien con carácter de especulador e intermediario de sí mismo. Desde entonces ha sido, cada dueño de algo, el peor especulador de su propia ganancia, el destructor de sus satisfacciones.

El ganado quedó equiparado a la extracción de metales, pudiendo llamarse industrias extractiva a la ganadería y a la agricultura; el cuero sirvió de materia prima para una industria que reemplazaba a la minería y que, sin querer llevarse tan allá, suplantó a todas aquellas que utilizan el hierro, la madera y hasta el mimbre, inclusive en la construcción de la vivienda. El cuchillo fue la herramienta de esa industria; pero más bien como la espada que como el pico y la llana. En Facundo se nos dice qué valor tuvo en las manos del conquistador venido a menos y de su hijo, el gaucho, y qué significó en adelante en las guerras internas. El cuchillo fue el utensilio que serviría para establecer un «orbe de cultura», para fijar la fisonomía de la época que comprende desde el primer rebajamiento del soldado a procurarse el sustento, hasta la guerra de independencia en el norte y el litoral. Creó una población flotante en las márgenes del Paraná, del Uruguay y en las orillas del Atlántico, desde Artigas a López Jordán, pronta a embanderarse con el primer caudillo que le ofreciera ventajas económicas a la salida del producto de que era dueño sin serlo. La tropa, que eran los campesinos defendiendo sus intereses, quedó con esa tendencia a manejar el arma corta y hasta destrozaba los sables para convertirlos en facones.

La caza del avestruz remedaba el juego y no era el juego, sino la forma de ganarse el pan. Algo de la corrida de toros había en la pugna con el bovino a campo abierto; el sacrificio de reses tenía mucho del degüello que frecuentemente seguía a la victoria. Era todo ello una transferencia: guerra-juego-trabajo. Se hizo muy cruel el matador de vacas cuando dejó de ser, para usar palabras homéricas, el matador de hombres. Pero, ¿dejó de ser, mientras sacrificaba las bestias, un matador de hombres?

Aparte las razones de utilidad, el pastoreo en esa forma de cacería mayor, representaba conservar las formas del orgullo y del señorío. La agricultura, que vino mucho más tarde con gentes de otro idioma, significó la rendición final del hombre

en la persona del hijo, el colono verdadero. La pulpería también era ocupación de gringos.

La mano habituada a la faena termina por imponer al hombre la técnica de matar; es exigencia de la mano hábil, y el mazorquero alcanzó el virtuosismo en el degüello, como cirujano experto que era en la faena de la res. Aquella caballería andante de la pampa, llevaba el puñal a la cintura; esa herramienta simbólica al cinto, era todo el disfraz de la miseria avergonzada. «Los unitarios mandaban castrar, los federales degollaban», decía Mansilla, y todo eso es de la técnica del cuchillo más bien que de las formas de la barbarie. El hombre que vencía con su cuchillo era también el paladín vencido cuya mano tomaba venganza en los rebaños. Se hizo cruel, porque el cuchillo como instrumento de trabajo es feroz, y como arma no admite indulgencia.

Se negó a los goces de la vida tranquila y se hizo un ser de distancias; no amó el hogar, que era la sutura con el padre. Engendró hijos y los renegó; se hizo rico, pero no amó su fortuna y se la jugó una noche a los naipes o la llevó en el tirador junto al cuchillo, a dondequiera que iba. Estaba solo. El cuchillo, como la mandíbula de la fiera, dice de la soledad. Vivió como un forajido; usó de la religión para proclamarla en sus lábaros como la disyuntiva de la muerte, y en el vivaque del asalto leía la Biblia, que es el libro del pueblo solitario. Así quedó ese creador de falaces estructuras, ese monedero falso de los bienes del alma, cuando la tierra lo hubo sometido. De la nueva esclavitud podría erigirse como símbolo, la espada con que ganó su pan y la herramienta con que salvó su vida.

## EL CUCHILLO

El cuchillo va escondido porque no forma parte del atavío y sí del cuerpo mismo; participa del hombre más que de su indumentaria y hasta de su carácter más bien que de su posición social. Su estudio corresponde mejor que a la heráldica y a la historia del vestido, a la cultura del pueblo que lo usa: es el objeto más precioso para lijar el área de una técnica.

En un adorno íntimo, que va entre las carnes y la ropa interior; algo que pertenece al fuero privado, al secreto de la persona, y que sólo se exhibe en los momentos supremos, como el insulto; pues es también una manera de arrancar una parte recóndita y de arrojarla fuera. Exige el recato del falo, al que se parece por similitudes que cien cuentos obscenos pregonan; quien muestra el cuchillo sin necesidad es un indecoroso.

El sable presupone el duelo; el cuchillo es para el duelo a pie. Dijo Lugones.

*Con el patriótico sable  
ya rebajado a cuchillo.*

Por su tamaño impide que nadie tercie en la lucha; está indicado que el lance tiene intimidad y que excluye al testigo y al intercesor. Si es arma, lo es tan temible como cualquier objeto que sólo se emplea como tal eventualmente; no tiene la forma entera del arma cuyo destino delimita el uso exclusivo; y tampoco porque sólo falla cuando falla el brazo, de donde la seguridad en sí mismo es la eficiencia de esta punta de acero en que concluye el ímpetu. Ninguna da, como el cuchillo, fe en sí después de la victoria; el vencedor siente que la victoria es más del mango que de la hoja. Todo el mango cabe en la mano cerrada que lo oprime hasta el mismo nacimiento del filo; tiene la forma justa para ser asido, y aun cuando ello es peculiar de las armas que se empuñan, ninguna otra es tan para la mano sola; mandíbula cerrada con fuerza es la mano que abarca el cabo, y así acentúa la intención en el colmo de la fuerza concentrada. La mano lo percibe en la esgrima como a la misma voluntad en punta, pues no exige que se piense en él, ni en lo que se conoce de él a título de técnica.

El tajo certero puede gloriarse toda la existencia de quien lo aplica; siempre recordo Necochea la vez que, atravesando una tropa enemiga, a caballo y en pelo, cercenó hasta la columna vertebral, que era la proeza en el arte del degüello, a un godo que se le enfrentó. Rosas lo consideró instrumento de proselitismo e hizo un rito de su uso; prohibió llevarlo en domingo; y Darwin cuenta cómo Rosas se hizo castigar cierta vez que, por descuido, infringió sus propias órdenes. Rivadavia prohibió terminantemente que se lo usara, con lo que también por ese lado atacó un aspecto de la religión. Decretaba la supresión de una Orden.

La vaina arrebatada el cuchillo al mundo; el cuchillo envainado está sustraído al mundo de la muerte. Es un utensilio en reposo, aunque nunca permite el ocio completo; tiene del sueño enigmático del felino. Debajo de la almohada es el perro fiel, y en la cintura el ojo occipital de la sospecha, de esa mitad del hombre que está a su espalda. Es más que el dinero en el bolsillo y que la mujer en la casa: es el alimento en cualquier lugar, el reparo del sol y de la lluvia; la tranquilidad en el sueño; la fidelidad en el amor; la confianza en los malos caminos; la seguridad en sí mismo; lo que sigue estando con uno cuando todo puede ponerse en contra; lo que basta para probar la justicia de la fama y la legitimidad de lo que se posee.

Da autoridad porque en manos del obrero es competencia sin dejar de ser instrumento de justicia y libertad. Con él puede el individuo, según la frase de Alberdi, «llevar el gobierno consigo». No en vano el nombre del cuchillo significa también derecho de gobernar y de juzgar.

Por él se percibe a través del brazo y el corte anatómico, el estertor de la víctima; y por la sangre que moja la mano, la agonía caliente, el derrame de la vida y la afirmación de la existencia personal. Es el arma corta que dificulta la ayuda; el yo mineralizado y objetivo librado a su suerte, a su sino, sin azar; el arma individual, el arma del hombre solitario.

Sirve, naturalmente, para subrayar la razón, para hablar con sinceridad, y en las manos infantiles del niño y de la mujer, es dócil a la tarea doméstica. Corta el pan y

monda la fruta, pero es peligroso llegar al secreto de su manejo y al dominio de su técnica completa. El conocimiento de su «arte cisorio» es fatal, como el de hacer un buen verso; se llega por ahí hasta donde no se quisiera. Sirve para matar; y particularmente para matar al hombre, del que exige determinada proximidad de cuerpo a cuerpo, eliminando cualquier ventaja, cualquier impunidad por alejamiento. Es la síntesis de todas las herramientas que el hombre manejó desde sus orígenes. Ameghino encontró cinco clases de cuchillos diminutos, de piedra, en nuestra pampa.

Es la única arma que sirve para ganarse el pan con humildad y la que en el rastro de sangre adherida denuncia el crimen. Es en ocasiones más rápida que el insulto y muy difícil de medir o graduar en la agresión, porque cuando el alma puede retractarse, la mano ya cumplió el primer impulso, inconsciente; por lo cual diríamos que resulta más veloz que el pensamiento y más próxima a la voluntad que el pensamiento mismo. Entra hasta el puño; el índice y el pulgar tocan el cuerpo. Ese contacto que bastaría para perdonar, indica lo consumado sin remedio.

Tiene, el cuchillo, el tamaño de la parte de la hoja que queda adherida al pomo, a disposición del duelista, cuando salta la espada rota: el trozo fiel del arma es eso que sigue firme, el pedazo seguro. Al quebrarse, pierde lo que pertenecía al azar, a la fábrica, al obrero que la hizo; lo que salta, roto, pertenece al metal y es el exceso. El cuchillo tiene un tamaño sin exceso, nada de azar ni de extraño, que es lo que se le ha suprimido justamente.

El sable, el florete, manejados con rapidez, ofrecen al puño la resistencia de su longitud; hay una fuerza inerte según la velocidad y la trayectoria de la punta, que exige a la muñeca que los someta al juego y los haga ceder a la intención, mientras que en el cuchillo la fuerza va de la mano al extremo, sin que la hoja presente oposición sensible al impulso. La espada tiene su escuela y su estilo; el cuchillo es intuición, autodidáctica. El maestro no puede enseñar nada al discípulo; todo se aprende con el ejercicio, visteando, si se posee el indispensable don innato y el coraje. Es tanto el arte de la mano como del ojo. El lance a cuchillo como exhibición carece de sentido (no es un espectáculo: es una intimidación), mientras que en el juego de la espada y del florete, la exhibición es el verdadero fin. El cuchillo no admite el simulacro; y rara vez el juego como simple demostración festiva. La única suerte de exhibición del cuchillo, la clavada, repugna a la índole de esta arma, en cuanto debe soltarse de la mano, arrojarse y dirigirse con puntería; todo lo cual es extraño a su finalidad y naturaleza. Inclusive la puntería, que exige el punto fijo, la frialdad en el pulso y hasta el raciocinio; siendo que la agresión es dirigida, en la pelea, a un punto cualquiera del cuerpo, según lo ofrezca vulnerable el adversario. Y aun en ello no hay nada del pulso, de la fría intención, sino del golpe de vista, de lo espontáneo, de lo intuitivo, de lo que brota con la instantaneidad inconsciente de ese movimiento opuesto e indescriptible, que en el animal perseguido se llama gambeta y que también existe en su puro valor de defensa en el hombre agredido.

Hasta la punta misma del cuchillo actual llegaba en la espada lo inherente al



dueño, lo que formaba unidad leal con el brazo. Al acortarse hasta ahí dejó al hombre librado a su fuerza, a su arte y a su deshilo. Esa parte es, además, la seria, la inclemente; la finta estaba en lo que ha perdido de longitud. No queda ya apelación a lo imprevisto ni a la teoría.

Así pequeño puede llevarse entre las ropas y entonces adquiere el mérito de un amuleto junto a la carne. Como utensilio «interior» participa de lo mágico. Su fidelidad se siente paso a paso en la marcha pedestre y es la compañía de la pierna. Se lo puede llevar en la cintura, que es la altura del cuerpo en que los brazos descansan con naturalidad. Al costado va el ancho y corto de desollar. El que se lleva a la espalda, señalándose bajo la ropa, agazapado, es el peligroso; cuchillo del domingo, el prohibido. Del cabo puede colgarse ni rebenque, porque el cabo es todavía la mano.

Es raro el suicidio con él; es un arma del hombre para afuera, de la empuñadura hacia la punta; no se vuelve contra el amo, como el perro, que es lo que se le parece más. Puesto que toma sentido supersticioso en lo que tiene de amuleto, es propicio por excelencia. La hoja desnuda es la advertencia del peligro; declara la anchura de la herida y su profundidad; es en el aire como la medida metálica del agujero en la carne; hay entre el acero y la carne una misteriosa correspondencia, que es cortar, y hasta entrando en la vaina previene que puede herir. La sangre deja limpio el acero, pero se acumula y oscurece en el lugar en que la hoja se une al cabo (donde lo que participa del mundo se une a lo que pertenece a la mano); o se la embebe el mango, si es de cuero o de pata de ciervo.

Hay el cuchillo de todos los días, cuchillo de trabajador, con mango de madera o encorado, de hoja desgastada y filo curvo de tanto usarse; y el de las fiestas, de corte rectilíneo, sin rastro casi de la afilación, de plata, con iniciales y labrado. Ésa es el arma ornamental, con la S que es la estilización de la empuñadura, que ampara y no priva del contacto en el golpe. Hasta puede llevar dos versos inscriptos en la hoja, como el del Chacho. Ése es el facón, más largo, con dos estrías longitudinales, doble filo apenas embotado y un arabesco arborescente, en medio del cual la marca de fábrica: la armería más que el poseedor. El cuchillo es de un filo, fino, afinadísimo en el trabajo delicado de la chaira o contra otro, con la voluptuosidad de un afeitado personal. Su filo se prueba sobre la yema del pulgar, y la sensación sutil indica su finura sin filván. Con la uña se aprecia el temple, y golpeando de plano es ofensivo. En el saludo se suele amagar que se extrae y basta llevar la mano al mango, como se chista al perro demasiado guardián.

Bien manejado puede apenas rasgar la epidermis, y hay una clase de consumada destreza que consiste en tatuar al adversario como a un esclavo, en ponerle marca como a la hacienda, que quiere decir vasallaje sin manumisión posible.

El mérito del cuchillo está en la punta, lo mismo que en el florete, pero no termina allí. El florete es sólo un punto; el cuchillo está en el ápice, mas sigue a lo largo de la hoja. El golpe de filo, el hachazo, indica indulgencia o desprecio, y es así

como hiere el peón al patrón y el gaucho al extranjero. Es también el golpe del caballero al hombre pobre que va a pie.

### III

## LAS RUTAS

### EL SENDERO DE LA NORIA

La leyenda atrajo al conquistador ignorante; la mitología de la grandeza, de la libertad y de la facilidad del éxito atrajo al colono ignorante. Trapalanda y Fortuna eran dos productos del sueño y de la avaricia insensatos. No había más que un camino expedito, y por ahí no podía seguir solo y pobre. No tenía fe; no era un místico cuya conducta tuviera un sentido trascendente; era un fanático por especulación, que rogaba a Dios para que le ayudara en el mal trance y a quien olvidaba luego. No tenía carácter; no estaba estructurado; como la tierra, era un erial o un pantano. Vino a cambiar su vida, no para mejorarla y para que cumpliera su propio destino; vino a negarse y a perderse. Quiso dar un salto y probar una aventura, sin romper los vínculos con el país y las cosas de origen a las que, empero, había renunciado. Concedía una tregua a lo que dejaba, y a toda prisa deseaba obtener su provecho o arrastrar el mundo en su caída. Su prisa era asincrónica con la lentitud de la naturaleza. La tierra es lenta y se la puede forzar a que dé en poco tiempo lo que acostumbra realizar por propia iniciativa sin apuros, pero a la larga la tierra tiene razón. Puede ser invadida, ultrajada en su solemne parsimonia; al fin ella invade y triunfa. Ese agricultor que la urgió, obtuvo a lo más el goce del estupro. Se hizo rico, pero no enriqueció al país, ni a los que no se enriquecían; no legó nada de su haber, tan cerradamente individual. Esa fortuna no fue noble, provechosa, en sus manos, porque no se había elaborado lentamente y al ritmo de la riqueza común. Poseía cuarenta leguas de tierra y cuatro mil hombres no tenían dónde descansar. Para que una región prosperara era menester que otra empobreciera; para que algunos enriquecieran mucho, era menester que la pobreza fuera inmensa en torno; el haber conseguido no circulaba, sino que se cristalizaba en las manos que lo poseían. Toda esa riqueza, que por muchos años ilusionó a nuestros gobiernos, nacidos de esa inclinación a lo absurdo, hijos de esos soñadores analfabetos, ansiosos de una ficción que se nutría de latifundios de libras esterlinas, mantuvo en hipertensión a la República durante más de medio siglo. Se vivió anticipando el porvenir, como se gustaba decir en tiempos de Rivadavia, y la hipoteca de la libertad económica

contraída para alzar y adornar edificios públicos, para mantener seis universidades, para todo el aparato externo del progreso, olvidaba la verdad que quedaba en catorce provincias agónicas y en diez territorios muertos. El hombre rico, que dio ese impulso insensato al Estado, complicando a la Nación en sus desvarios, y que a la vez recibió de él el ejemplo para vivir hipotecado, no disponía de su fortuna, porque no era suya. A él le pertenecía el goce de una riqueza en préstamo, administrador de un bien ajeno. Muchos usufructuaron de sus propios bienes y un buen día los perdieron como si sólo los hubiesen soñado. No tienen ya, ni tuvieron; conservaban los títulos de tan ingenie propiedad; pero la riqueza, como parte de la riqueza nacional, en lo que tenía de argentina y no de suya, era una parte de la vasta ilusión. No estaba trabada con un estado ecuménico de riqueza; en el mejor de los casos era un islote, y la suerte adversa con que se perdió, una resultante de ese estado insular, fortuito, empírico de toda la economía del país, manejada por jugadores de Bolsa. Podían ser, esos propietarios y acaudalados, buenos administradores, buenos hombres de negocios; pero sus bienes y sus negocios estaban asentados sobre terreno movedizo, contruidos sobre una falencia. El oro extranjero, aquí donde no lo había, hizo aflorar a ras de tierra la veta inexistente.

Sus bienes estaban hipotecados de antemano; formaban parte de una hipoteca general. Su fortuna era una ilusión; formaba parte de una ilusión general. Prueba de que era mal habida o mal consolidada, que no obedecía a un plan orgánico, es que cayó. Era un premio individual a su capacidad o su audacia. En manos de sus hijos, esos bienes en vez de lucir, se convirtieron en humo y les quedó, a lo más, un diploma, una ficción de otro orden. Hubo quien, para renegar del padre que amasó su dinero con su carne, se fue al extranjero, sin abandonar sus posesiones aquí. Las mujeres quisieron emparentar con la nobleza, y cada vez que se alzaba un nuevo edificio público o que cundía el oro de los empréstitos, el brillo de un apellido antiguo deslumbraba. Volvían a la tierra paterna como voces desesperadas del padre que quería reingresar al seno de una vida renegada y no olvidada. Lo que se iba a buscar y a gastar, lejos, socavaba el cimiento de lo que se poseía aquí. Pecuniaria y moralmente se trasegaba el rudo trabajo en las cubiertas de los transatlánticos de lujo. Así volvía el oro a Europa. Y cuando esta propiedad que aquí quedaba entró a funcionar con el hombre reintegrado al seno de una sociedad que cotizaba otros bienes, todo se desvaneció, como un sueño al amanecer.

### *Las rutas de las manos*

## LAS RUTAS DE LAS MANOS

De todos esos itinerarios, Buenos Aires era el punto de llegada y de partida. Las líneas quedaron establecidas entre Buenos Aires y Europa mucho antes de que las

hubiese con el interior. Puerto de embarque y atracadero de buques repletos de gentes en busca de bienestar, fue desde los comienzos la lupa a través de la cual se vio la República. Ese puerto estaba unido a Europa; había que unirlo al interior y para ello se trazaron las rutas de hierro, siguiendo en parte la dirección de las manos aplicadas al trabajo, pero mucho más principalmente, siguiendo la marcha de los buscadores de riquezas. Al establecerse con carácter permanente algunas de esas líneas de comunicación, el interior comenzó a moverse y las distintas regiones que forman la República, fueron colocándose en disposición diversa, según sus pastos, calidad de tierra y otros factores. Los caminos produjeron un desplazamiento de las tierras y de los ganados; a la vez que algunos puntos se ponían en contacto con la metrópoli, otros se apartaban hacia las regiones del pasado y de la soledad. La riqueza, la población y la cultura viraron, y estamos aún asistiendo al arrastre, hacia el centro y el sur. En tanto el ganado constituía un núcleo de aspiraciones y algo así como un tópic fundamental de la vida económica, las poblaciones se agrupaban a la vera de los campos feraces. El predominio de la agricultura, en los años de buena cotización para el grano, apartaba en un reflujo de anhelos y de brazos, a las poblaciones hacia otros terrenos preferibles. El movimiento de ese interior errante; inestable, obedecía a la demanda del producto en mercados desconocidos. Se iban organizando los pueblos y diseminando las vidas según las fluctuaciones de esos precios, al servicio de intereses cuya sede central estaba de aquel lado del océano. Cada vez menos podremos organizar nuestra existencia independiente, ni producir otras materias que las que demanda un mundo cuya necesidad de consumo determina nuestra necesidad de producción. El norte se ha desplazado, despoblándose y empobreciéndose; perdió su laboriosidad característica hasta el extremo de que la pampa, ese sur que Lavalle dijo que podía meter en un cuerno y tapanlo con otro, significa mucho más que las antaño celebradas «provincias de arriba». El puerto daba una nueva fisonomía al país, que no tenía que ver casi con su estructura geográfica. Córdoba Tucumán, Corrientes, San Luis, San Juan, Salta y Catamarca disminuyeron su población industrial de 1869 a 1914. Ya en Recuerdos de provincia se encuentran estas palabras: «La ubicación de la mayor parte de las ciudades americanas está revelando aquella preocupación dominante de los espíritus. Todas ellas son escalas para facilitar el tránsito a los países de oro; pocas están en las costas en situaciones favorables al comercio. La agricultura se desarrolló bajo el impulso de la necesidad y del desengaño, y los frutos no hallaron salida desde los rincones lejanos de los puertos, donde estaban las ciudades». La ancha faja litoral, que es la llanura, es fertilísima. Dehesas y chacras que producen para el mundo, atraen oro y trabajo; oro y trabajo que producen para el mundo. La República queda a la espalda y a los extremos de la llanura fértil, estableciéndose entre esas dos regiones, la extranjera y la argentina, la periférica y la interior, una competencia infeliz para la más aislada y pobre. Esta fertilidad era, según Alberdi, la causa de nuestro atraso; la tierra feraz acostumbra al hombre a esperar todo de ella y del cielo, que se convierten en divinidades propicias. Aunque

también fue esa fecundidad, causa esencial del atraso, el único incentivo para la inmigración de los brazos y del capital. La pradera es para la riqueza como la selva para la vida: un seno para lactar y dormir. La historia de la tierra árida es la de la civilización, y la tierra fértil da la historia de la riqueza. Sólo cuando el antropoide tuvo que procurarse el sustento y la vivienda, defendiéndose de un clima inclemente y de una naturaleza reacia, apareció en él el ingenio, que es la fertilidad en la cabeza. El progreso que ha de ir de las tierras fértiles a las áridas, del litoral al fondo, será muy lento, porque carece de las fuerzas auxiliares de la necesidad y de la fe. Esas poblaciones confinadas no le interesan al consumidor porque no producen para él; a nuestro productor le interesa el que consume y el qué le provee de medios pecuniarios para producir más. En muchos casos viene a ser su asalariado: percibe como rédito el sueldo que el comprador le paga, y la acumulación de bienes es el ahorro de su jornal. Hasta Rosas vio con claridad este problema, que es el de la vida total argentina, cuando se mantuvo, bloqueado, como un héroe. Desde 1852, fecha que cierra la época de las discordias armadas y abre el ciclo de las violencias políticas y jurídicas, comienza una nueva táctica en función de lo extranjero, Buenos Aires ha sido invadida; la República cae como presa del comercio y la banca europeos. Constituida la Nación, toda ella era un puerto seguro; afluyeron la inmigración y los capitales garantidos por esa misma corriente inmigratoria. La estabilidad del gobierno atrajo al colono; el trabajo que venía en los brazos, en la espalda y en el vientre de las familias colonizadoras, atrajo al capital, y el gobierno se hizo estable por el oro y el trabajo de Europa. El sueño se volvió hacia afuera y ya no era solamente el recién llegado que ponía su fe y su ambición en esto, sino todo esto que contemplaba su porvenir en lo que llegaba de fuera, en lo recién llegado. Se gobernaba poblando, pero esa población arribaba con una parte de gobierno propio, tras otra promesa que no se había de cumplir, porque ante las empresas colonizadoras, el Estado tomaba el papel pasivo de ceder tierras eriales, sin la responsabilidad de distribuirla, alentarla y educarla.

La tierra fue el problema y el escándalo. El Congreso de 1826, que necesita consolidar su crédito externo, sanciona la ley de enfiteusis; desde 1822 se vio que sólo la tierra podía ofrecer inequívoca garantía para los prestamos en libras esterlinas. La proclamación de la Constitución nacional exige que la Nación sea digna de ella. En 1853 el gobierno contrata con Brougues el transporte de 40 000 trabajadores, que habrían de introducirse en el término de seis años, y en 1854 desembarcan las primeras familias, reclutadas en Burdeos. En combinación con las firmas Vanderest y Cía., de Dunkerque, Textor, de Francfort, y Beck y Herzog, de Basilea, Aarón Castellanos va a sistematizar la colonización de Corrientes. Llegaron centenares de familias que no encontraron forma de trabajar, y Urquiza tuvo que ceder una parte de su latifundio, porque no había dónde ubicarlas. Todavía era Corrientes esa gran provincia culta, rica, en que Echeverría y Paz pusieron su esperanza de salvación de la República. La colonización regular, inteligente, fracasó. A Santa Fe, Entre Ríos y

Córdoba se pensaba encaminar una inmigración de decenas de millares de colonos sobre decenas de millones de hectáreas. Se formaron grandes compañías que especulaban con la contratación de brazos y cuyo único móvil era la obtención de enormes extensiones de tierra y el flete de la carga humana. Esto ocurrió hasta fines del siglo pasado con idénticos caracteres. Una vez desembarcadas en el puerto y llevadas a los campos, esas familias eran abandonadas, sin que los empresarios tuvieran solvencia para resarcir de sus inconcebibles perjuicios a los colonos, ni el gobierno recursos para ampararlos. Así se sembraba la soledad en los hombres desesperados e indignados. El colono quería libertad de establecerse, de residir o de partir, de aplicarse a lo más provechoso, de tentar suerte como hombre y no como labrador. Mucho después que Aarón Castellanos llevara a cabo su plan en Santa Fe con agricultores y en Tandil con ganaderos, los indios, irrumpían hasta Azul, pasaban a cuchillo y saqueaban los pueblos de La Carlota y Río Cuarto. No tenía el gobierno qué dar a los pobladores expuestos a tan horrendos peligros, pero en cincuenta años gastó cien millones de pesos fuertes para defender las fronteras. No había nada preparado para recibir a los trabajadores, que acababan empuñando las armas y dándose al abigeato. Se alambraron los campos y se establecieron comunicaciones frecuentes. De Azul se exportó el primer ganado en 1871; el primer cereal sale al año siguiente. Quedó establecido un intercambio de productos y de brazos; el trabajador tenía que improvisarse su trabajo, como afilaba su herramienta y levantaba su rancho. Lo único que tenía forma era la Constitución que lo amparaba. El campo no tenía forma, el gobierno y la Nación tampoco; la vida tenía esa misma inconsistencia. Vemos en Martín Fierro la suerte de esos colonos, que pararon muchas veces en pulperos y en vendedores de baratijas. Fue el destino del padre de Guillermo Enrique Hudson. Todavía el indio era una realidad más fuerte que la Constitución sobre la tierra ruda, inculta, salvaje, que sólo podían poblar los que habían permanecido renitentes a la civilización, en regiones bárbaras del mundo civilizado. Vinieron los más audaces, los más incapaces, los que traían en el alma un pedazo de naturaleza semejante a nuestro paisaje. Afincaron y enriquecieron los más aptos, según tales condiciones de lucha. La llegada de esos seres ilusionados dio la ilusión de una potencialidad económica muy grande, de que se apresuró el gobierno para sacar partido con numerosos empréstitos para obras públicas y de salubridad, que urgencias eventuales hicieron invertir en sofocar rebeliones, en comprar insurrectos, en destruir al indio y en contener al Paraguay, que se rebeló porque iba siendo lentamente absorbido por la pampa. Ése era el camino de los brazos traídos para poblar el desierto, hasta que de tal dispersión nacieron los pueblos, y de los pueblos la forma actual de la Nación, que es también provisoria.

## LOS TÉRMINOS DE LA MARCHA

El pionero era un hombre que se lanzaba a conquistar la naturaleza y que en cualquier momento podría decir «ya es bastante», o continuar, pues no iba solo. Mientras avanzaba tenía conciencia de su marcha y del sentido humano de su marcha. El poblador de estas regiones no era dueño de su voluntad; creyó avanzar y detenerse cuando quería. Y en realidad era la pampa vacía que le hostigaba a caminar o detenerse. Iba adonde le llevaba la naturaleza, aparentemente sin designios recónditos; iba sin plan, sin limitaciones fijadas de antemano, sin conducta. No adelantaba, pues, conquistando, sino siendo conquistado. Avanzaba siempre que no encontrara dificultades que se lo impidieran; cuando no podía seguir doblaba, o retrocedía. Todo ello era seguir adelante. Los obstáculos eran extensos, se le oponían al pie o a la mirada; nunca nacidos de su interior, de su conciencia, de la noción de la distancia ya recorrida y del alejamiento en que dejaba el punto de arranque, al cual había de unirse, naturalmente, por la vía regular de las comunicaciones. Todo regreso era para él desandar; su marcha no tenía fin ni destino. No necesitaba brújula ni mapa. Cuanto más se internaba más terreno iba perdiendo, puesto que el avance del aventurero no es más que la mitad de la conquista, cuya otra mitad es saber quedarse. Esa persecución del indio, que le sirvió más bien de pretexto para disimular su vagancia instintiva, era una fuga; la misma fuga del indio. A la vez que lo perseguía, iba arrastrado por él; marchaba a su zaga como la retaguardia de las hordas fugitivas. Al azar de tales avances sembraba de posiciones el trayecto y la victoria no significaba nada, porque era lo complementario de la huida del salvaje. Ese itinerario pudo ser otro, y entonces el trazado de los caminos, de las vías ferroviarias y del telégrafo habría sido otro. Al establecer un fortín, al acampar, no tenían en cuenta que ese punto quedara como eslabón de una cadena, para servir de nudo a una red. Faltábales la visión del conjunto y la idea de un plan. Eso no era conquistar sino ser diseminados en lo desconocido. Hecha la conquista, se la aseguró; pero todo ello era una construcción casual, en que no habían colaborado los accidentes geográficos ni la fertilidad del suelo. Era la ruta de la derrota y nada más. Según estos lugares fueran luego más o menos aptos para la ganadería y la agricultura, formarían sectores de relativa prosperidad pero aislados. Podrían progresar o ser despoblados merced a indeterminables circunstancias. Verdaderos oasis de ubicación caprichosa, que resultaban quedar a distancias mayores aun por la interposición de las zonas áridas, por el costo del transporte y la decepción del trabajador.

Ubicados así los pueblos, el ferrocarril vino a estirar tales distancias, porque el precio de los fletes por centenares de leguas deshabitadas, arrojaría el producto a una lejanía económica mucho mayor aún que la distancia geográfica. Los animales se distribuían mejor. Ocupaban los terrenos de pastos más tiernos y abundantes, y se trasladaban siempre con cautela. Nosotros poblamos siguiendo la fuga del aborigen desde Salta hasta Córdoba, «tras las huellas de la civilización quechua y fundando ciudades al acaso» (Mitre). Y del litoral hacia el fondo, en el movimiento arrollador con que expulsamos al autóctono dentro de cuatro grandes zonas: Cuyo, bajo la



capitanía de Chile, desde el oeste y tramontando los Andes; Tucumán, desde Perú y Chile; Buenos Aires por el litoral, desde España. Las regiones del litoral, las ricas, «no son más que Europa establecida en América» (Alberdi). Catamarca, Jujuy y La Rioja se mantuvieron únicamente en vista de sofocar los alzamientos de indios, mas sin ninguna previsión de orden económico o demográfico. Las ciudades nacieron de los fuertes y los pueblos de los fortines. Mediaba entre un fortín y otro, como entre una y otra toldería, la capacidad de resistencia del caballo en la jornada sin apremio de sol a sol. También era, de fortín a fortín, la máxima de la vista en los días claros y la facilidad de obtener agua potable. A lo largo del Colorado mediaban diez leguas; en las llanuras, cinco. Esa distancia mide al salvaje en el combate; es el perímetro de las maniobras de la caballería militar; no mide la industria de las manos. Hay, pues, una relación de pueblo a pueblo como de blanco a indígena y de indígena a paisaje, sin que ahora signifique otra cosa que un módulo sin sentido. Los jalones del avance marcaban las intermitencias de una fuerza puramente horizontal, rebosante católica; los pueblos creados en tal marcha quedarían aislados, con una ubicación estática y rígida, imposible de unírseles. Arrojadados sin método los pobladores, en trescientos años no alcanzó a ocuparse una décima parte del territorio. Cuando se obtuvo mayor densidad el mal resultó irremediable.

La naturaleza accidentada es, aun antes de poblarse, el esquema de lo que luego será la nación; indica los lugares en que habrán de levantarse las grandes urbes y los pueblos intermediarios, las capitales, las llaves de las comunicaciones, los sitios industriales y los de cría y cultivo. Pero es menester que en el alma del poblador exista la conciencia del sentido orgánico de ese paisaje, y que comprenda qué fines lo llevan a establecerse en él. En la llanura, la naturaleza no preforma la estructura política y hasta es artificial un gobierno inmóvil enclavado en ella. El hombre nada tiene que ver con la llanura en cuanto deja de andar; no tiene programa estando quieto, y la llanura es la marcha.

Vino a poblarnos un pueblo de llanura, andariego; de caballeros, de peregrinos, de mendigos; venían solos y de paso. En ningún lugar dejaron huellas de su voluntad de quedarse. La estructura que dieron a las instituciones, a la población, a la orientación de la vida es lineal y superficial, amplia y transitoria. Habría que levantarlas o destruirlas y hacerlas de nuevo. El afán de ocupar en poco tiempo lodo el territorio, de recorrerlo, de galoparlo, diseminó un número pequeño de gente en muchas leguas. De esa posición galáctica de los pueblos surgió una necesidad intrínseca que daría su norma a la vida argentina; la extensión, la superficie, la cantidad, el crédito. El latifundio fue la forma de propiedad adecuada al alma del navegante de tierra y mar, y la forma propia del cultivo y del aprovechamiento del suelo. El latifundio era una fatídica razón geográfica y étnica, agravada por la distancia y alejamiento del sur del continente con respecto a las regiones densas de Europa, donde se consume más de lo que se produce. Quedó así fijado el destino del sur y consolidado el del norte, en armonía con las leyes mecánicas que distribuyeron las aguas y las tierras del globo.

La necesidad del cultivo latitudinal y de la cría de ganado en cantidades concordantes con esa distribución planetaria, obligó al colono y a sus hijos a que tomaran posesión de extensiones enormes y las llenaran de ganado, sin pensar en los hombres; en el hombre pensaba Europa. Se acentuaba geodésicamente el tono pastoril y agrario de estas regiones, hasta sojuzgarlas en la economía al consumidor de la res, quien podría en adelante desentenderse de su cría para dedicarse a otras actividades, acentuando su sino industrial con idéntica fatalidad mecánica. El ganado no requiere población; él es la población; es contrario a ella y la desaloja como típico disolvente de la sociedad. El ganado no es sedentario, aunque sea lento; cambia de lugar a medida que va consumiendo el pasto; y como la posesión implica la custodia permanente, el pastor marcha a la par del animal. La vaca queda sujeta a la casa, pero la tropilla se lleva la casa consigo.

Cuando en *Facundo* se define a nuestros campesinos de hábitos semejantes a los del tártaro y del árabe, se atribuyen a la llanura; y era la llanura, pero a través del caballo y de la vaca, que siempre está con su hocico en tierra y andando como quieta. El caballo está en el huno y en el gaucho, como la llanura en el casco del solípedo. Hubo de difundirse, pues, y de alejarse, el hombre. El indio y el ganado también lo habían obligado a fijarse en los puntos en que aún está. Lo siguiente fue lo mismo, más grande. Vendría después el ferrocarril a consagrar la desunión, a fijar los pueblos y los caminos, a eternizar el error, a dar estructura férrea a la fuga del indio. El ferrocarril hacia el norte marca el itinerario inverso del buscador de tesoros; al sur y al oeste, el del perseguidor de salvajes y del cazador de ganados, que eran uno. No bastó que nuestra República estuviera mal hecha y en el confín del planeta; hubo de poblársela mal para que subsistiera. Mal hecha y mal poblada, sirve maravillosamente al capital extranjero y puede prosperar surtiendo los mercados remotos. Ya hubiera sido difícil rectificar a la naturaleza con la distribución racional de los pueblos; pero la distribución demográfica, que no tuvo en cuenta siquiera el dictamen de la topografía, fue violentando esa naturaleza en el mismo sentido de su connatural deformidad, hasta convertirla en un obstáculo de su marcha y en una inquietud de su reposo. Todas las dificultades que en la actualidad se oponen al desarrollo del interior remoto, a la educación de sus habitantes, a la movilidad económica de provincias y territorios inmensos, proviene de esa causa. Y por esa pobreza y ese aislamiento el litoral prospera. Todo lo que no es Europa es Argentina; por eso el Congreso del 62 declaró nacionales las tierras que estuvieran fuera de las líneas de fronteras. Esas regiones incógnitas que se dividían según los límites provinciales, constituyen ese Estado dentro de otro Estado que es el territorio nacional, la mitad bárbara y desierta.

El valor desproporcionado que la tierra vencida tomaba en poder de los especuladores, era una forma de aislarla del peligro de la tierra sin precio, en que hasta hace poco vagaba el hombre tabú. El valor caprichoso que se le asignaba fue otra frontera fuera de la cual se arrojó al pobre, para que poblara ese baldío económico según quisiera. Y el pobre lo pobló, naturalmente, con arreglo a las

normas del baldío. Alzó su rancho y más tarde eso fue un pueblo, o no fue nada, con igual razón. Todos esos puntos se unieron, sin que pudiera hacerse desaparecer las distancias de todo orden que se extendían entre ellos. Los caminos indicaban las rutas por donde no se debía andar.

## LAS VÍAS DE ACERO

Tampoco el capital llegó para servir al destino de las cosas oriundas de esta tierra. Se le atrajo ofreciéndole todas las ventajas posibles; todas las garantías y perspectivas que pudieran incitarlo a venir. Y bajo los mismos auspicios que impelieron a los barcos repletos de hombres, los caudales se hicieron a la vela. En 1857 hay diez kilómetros de caminos de hierro sobre tres millones de kilómetros cuadrados sin huellas; la máquina de vapor empieza su jornada con la misma incertidumbre urgida con que trescientos años antes el hombre se lanzó a la aventura. La locomotora representa, potente y dócil, un porvenir en que hace ya muchas décadas que se tiene fe, aunque todavía se ignore en qué consistirá. La máquina es imperativa y hace su recorrido con regularidad e inteligencia; parece estar al servicio de las poblaciones de los campos y de las cosechas, aunque en verdad ha penetrado a dominarlas y a echar sobre ellas una cadena. No encuentra obstáculos en su marcha; va por la llanura que desde su llegada no lleva sino adonde ella quiera, y ella quiere que todo venga a Buenos Aires, donde están anclados los transatlánticos, también al servicio de Europa.

El ferrocarril no atraviesa los campos más fértiles, ni los menos mal poblados; ni es el sistema circulatorio del cuerpo del país. En consecuencia, el rendimiento general es bajo; el valor de la tierra es arbitrario; la vida del hombre, un albur. Irriga un cuerpo que no existe, pero que mucho tiempo se creyó que existía. La misma exigüidad del rendimiento o su plétora, prueba que es una eventual estructura de comunicaciones sobre un territorio como ignorado, al que se tenía el deber de conciencia de darle forma. Hasta el cálculo positivo del dinero aceptó la trágica deformidad de la tierra y la representación ilusoria que de ella se tuvo desde el principio, cuando no se la conocía y se la ultrajaba. Al capital no le interesaba mayormente que las vías sirvieran para algo, y hasta tenía cierto interés en que así no fuera; tampoco interesaba al prestamista que los empréstitos se invirtieran en obras públicas o en guerras civiles, si las guerras civiles iban a asegurarle los réditos mejor que los canales y los diques. Las líneas extendidas en regiones de escasa producción obrarían como frenos para las regiones más próximas al puerto y más fructíferas. El tren es el vehículo de los grandes volúmenes de cargas y pasajeros; ha de servir de puente de unión entre el sistema geográfico y el sistema económico, si ha de ser otra cosa que un objeto de orgullo. Vale en primer término al comercio y en último

término al turismo. Un reparto absurdo de la población, que no coincide con el trazado que la naturaleza esboza con la montaña, el río, el desierto y la selva, hace fantástico su recorrido. Yermos y páramos son atravesados sin otra razón que la de llegar lo antes posible a otras regiones ricas y distantes. La línea recta, en estos casos, es la más larga y la más lenta.

A lo largo de latifundios despoblados, se tiene la impresión de que el tren patina sobre el mismo punto, y los coches van casi vacíos. Un vagón vacío es una mentira con ruedas, y los pasajeros que van dentro con pasajes oficiales, son fantasmas metidos en una ficción. El desierto que parecería no existir, pesa sobre el labrador por el aumento de las tarifas con que la empresa ha de equilibrar las pérdidas en bruto. Aquello que es una esperanza, gravita sobre la ganancia de lo que ya está produciendo. Los ferrocarriles forman una empresa financiera y no industrial; no están al servicio de los productos y de su traslación, cuanto del capital invertido en explotarlos. Más bien que servir al comercio, el comercio los subvenciona. Responden al número estadístico y no al impulso; y como sus intereses son muy complejos, porque están soldados a otros sistemas financieros, la razón de sus decisiones es casi siempre incógnita. Ellos tienen la clave de este juego que tanto nos apasiona. Nuestros ferrocarriles son equivalentes en acero de libras esterlinas que han de producir libras esterlinas, y no vehículos que han de producir riqueza. Se les pone en movimiento desde Londres; de allí arrancan y allí mueren estos ramales subsidiarios. Se trata de un capital estático, inflexible, que no sigue las curvas de nuestra economía nacional, sino de una vasta economía internacional. Va por sus rieles y no por nuestros campos respondiendo a móviles propios y sin ajustarse a un mecanismo industrial suramericano. Tienen por norma un dividendo fijo, un repertorio mínimo de utilidad pública fijo, constituyendo un esqueleto ortopédico al que se han de adaptar las demás actividades, que siempre dependen de él.

El trazado de las líneas no obedeció a exigencias económicas, ni al estudio de las necesidades del país; por lo cual los capitales no solamente hubieron de respaldar su ganancia en la garantía del Estado, sino de respaldarse, para no llegar a ese extremo, en los ramales más lógicamente tendidos con respecto a la utilidad. El ingeniero proyectista de los itinerarios fue el cacique, cuya toldería situó al pueblo; el ingeniero acató el veredicto irrevocable del cacique, y llevó el riel al pueblo surgido de la discordia. La red hecha con sujeción a un plan de transportes justifica la red hecha sin plan y por el simple espíritu de ligar localidades diseminadas. El trazado en tal grado adventicio, equivale al dibujo de las constelaciones en el zodiaco.

## LOS CANALES DEL ATLÁNTICO

El ferrocarril traía al país dinero en préstamo; con la garantía de ese dinero de hierro,

el gobierno concertó otros empréstitos que no iban a ser invertidos en los fines alegados. Quedaba dueño y señor de malgastarlo, como ocurría naturalmente. Pero se lo gastaba en el sostenimiento de milicias innecesarias y en la compra de armamentos, como si todo ello fuera a garantizar el préstamo en rieles. En el caso de que el capital, invertido en material rodante y en rieles, convertido en trenes, hubiera de responder al capital, pues su interés era trabajo, se reservaba el prestamista el derecho de administrar la explotación. La cantidad útil de trabajo a realizar, interesaba en segundo término. Mediante el ferrocarril bien administrado, se aseguraba la puntualidad del pago de las cuotas de los otros empréstitos en efectivo, que provenían de la misma mano y que iban a parar al mismo fin de solventar la explotación. Esto permitía al prestamista-accionista tener la llave céntrica de la riqueza nacional, abrirla o cerrarla y, al propio tiempo, regular los nuevos créditos conforme a la capacidad económica del país. El Estado se obligaba a servirla infaliblemente, porque había contraído deudas en otros conceptos, invocadas y justificadas por una prosperidad que se debía, casualmente, a los ferrocarriles. El capital, relativamente enorme, de dieciocho mil millones de pesos según el cambio actual de la esterlina oro, se invertía en dos terceras partes para estimular la producción, o, transitoriamente y hasta que la producción se bastara a sí misma, para dificultarla. Para un mañana utópico, porque el presente iba agotando la posibilidad de producción en el futuro. El carácter transitorio de turismo y fomento de esas líneas aniquilaba de antemano las probabilidades de un mayor rendimiento futuro. Echar locomotoras al albur equivale a esterilizar más los lugares estériles, a empujar al desierto la zona limítrofe de la actividad con la nada. Para el chacarero que se encuentra con una cosecha pingüe, que no vale lo que cuesta, el tren que se detiene frente a su campo es la miseria. Entonces el tren es una máquina mortífera y lo que en el cálculo de los bienes figura como factor de adelanto, en la chacra queda como un impuesto a la soberbia.

El ferrocarril acentuó la pobreza de las regiones distantes o de poco rendimiento, o ricas en rendimiento pero de productos únicos; porque llegó demasiado pronto y sin que lo distante de las vías pudiera andar a su velocidad. De ahí que la actividad y el optimismo se agolparan alrededor de los centros de consumo y de exportación. El labrador y el peón de campo buscaron la proximidad de Buenos Aires y Rosario como medio de obtener mejores recompensas a su esfuerzo, y era el mismo tren que los traía el tren de vagones cargados de riqueza. Llevaba el ferrocarril un progreso nominal, teórico, pero ocasionaba un retraso real. Pudo observarse esto hace relativamente poco en Salta, en donde la llegada de la locomotora segó de raíz industrias del transporte a sangre y abrió cauce a la consecuente fuga del campesino. Despobló y empobreció. Chascomús, Dolores, Mercedes y cien pueblos más se estancaron. Luego la migración de brazos acrecentó el aislamiento geográfico, económico y moral. Aquellas regiones distantes no pueden producir cereales ni ganados, porque cereal y ganado se dan en todas partes. No teniendo productos

regionales que no sufran competencia en los mercados próximos, no tienen productos. Esos trenes que no pueden traer su trigo, sus aceites y sus vinos porque costarían mucho aquí, les llevan géneros y objetos de la industria extranjera que desalojan a los elaborados en el lugar. Desconectadas las provincias, la población empobrece y degenera desde que el ferrocarril las ha puesto en contacto y competencia con mercados mundiales.

El caudillo dividió la República según los Cabildos; el ferrocarril según las tarifas. La configuración absurda del territorio quedó ratificada por las comunicaciones. Las vías representan en el mapa un diagrama de anomalías muy distinto al de la configuración anómala del territorio. Esta estructura defectuosa dentro de una estructura defectuosa, hace, además, que la agricultura vaya restringiéndose ante el avance de la ganadería. Su obra civilizadora contra el desierto depende hoy de los aranceles de los países que compran carne y de los adelantos de la industria del frío. El perfeccionamiento de las cámaras frigoríficas, o el aumento de la velocidad de los transatlánticos de carga podrían beneficiarnos en un sentido, pero en otro destruiría la principal fuente de riqueza. Ante la caída de los precios del trigo, considerables áreas han vuelto a ser destinadas al pastoreo; la baja del precio de las reses despuebla literalmente áreas igualmente extensas. Una regresión de tal significado trae a rastras, como cuantas afectan a una técnica de producir, de vivir, de negociar, el cambio de signo a un sector de la cultura. El predominio de la ganadería implica la victoria de las fuerzas inertes y antiguas de la conquista, que atajan el paso a las fuerzas vivas; una derrota de largos alcances. Las tarifas de fletes favorecen la explotación de rebaños, porque la carne argentina es preferida sobre la de Nueva Zelanda y Australia.

Buenos Aires no puede regular la economía de lodo el interior, que le es más extraño que Europa. Hay que renunciar también a la fantasía de crear puntos de intercambio por el norte y el oeste, los confines del mundo. El ferrocarril, que es un sistema cerrado en marcha, entorpece todo movimiento de liberación local. Ante la gravedad del producto que resiste la fricción del sistema cerrado en marcha, se produce la inevitable hemorragia de los hombres de talento y de acción. Soportan la estada los que se resignan a vegetar, y esta anemia es el peor gorgojo del grano y la más dañina epizootia del vacuno.

## LA RED DE LA ARAÑA

El ferrocarril hizo más vasto el territorio y lo fracturó para dejarlo reducido al dibujo lineal de sus vías. Alzó con sus terraplenes fronteras entre el riel, que es Europa, y lo demás, que es América. Lo que no está al pie mismo del terraplén, está a inconmensurable distancia; económicamente, fuera del mundo comercial. Juntamente

hace, el ferrocarril, imposible la explotación de las minas y de los bosques; metales y maderas no pueden llegar a las fábricas, deshaciéndose de valor en el trayecto. Selvas enteras y terrenos metalíferos no valen el flete. El trust de los transportes a vapor también imposibilita la existencia de caminos de tierra o de asfalto, interesado en que no los haya, o en que, de haberlos, sean exclusivamente de turismo, por la simple razón de que sus vagones realizan un servicio de turismo en dos terceras partes del recorrido. La ruinoso competencia que en Norteamérica, Inglaterra y Francia hacen al tren los camiones y ómnibus, aquí nunca existirá, porque el camino es nuestro y la vía de otros. Para tener treinta y ocho mil kilómetros de vía férrea hemos tenido que renunciar a centenares de millares de kilómetros de pavimento. Debieron ser, los caminos, doce veces más extensos que las vías, y lo son apenas poco más de la mitad de ellas. Sin carreteras, el auto es un dragón a nafta que se atasca en el barro, como un artefacto diabólico que el caballo del sulky ya contempla sin miedo al pasar.

Correlativamente a la disolución en distancias económicas del interior, el ferrocarril agudizó el sino umbilical de Buenos Aires; irremisible y progresivamente la hizo una cabeza decapitada. Es que la vía férrea fue un sueño de la metrópoli que tendió como tentáculos depredatorios a la pampa. Toda la historia política llevó a eso desde la Colonia y el tren lo consiguió, zanjando para siempre una vieja disputa, porque el tren es unitario.

Basta contemplar el mapa ferroviario para comprender el destino de Suramérica. A pesar de la ubicación marginal de Buenos Aires, forma el centro de una circunferencia; figura que se encuentra concebida en *Argirópolis*. A nada se parece esa red mejor que a una telaraña. El problema fundamental de nuestra vida económica es el transporte, porque el problema fundamental de nuestra vida son las distancias, las cantidades, los tamaños y la soledad. Cuando el gobierno, que es la estructura disforme por excelencia, participó en obras de comunicaciones, ha sido para demostrar que sus ideas al respecto concuerdan con un viejo sistema de ideas; y no es casual que las Reparticiones de las comunicaciones postales y telegráficas y la de los ferrocarriles fiscales, hayan sido las dos manchas velludas de sus antojos y los índices de su desquicio. Ha tendido líneas de lujo, de turismo, llamadas de fomento, por regiones que no solamente son estériles en la geografía sino en la economía política. El epítome de sus concepciones astrológicas sobre la materia, es el ramal de Huaytiquina, la única ruta que conduce sin recodos ni trasbordos a Trapalanda. Puede considerársela el apéndice al horóscopo del Conquistador, Porque Huaytiquina es un programa político, cultural, religioso y demagógico, viene a ser la palabra que caracteriza toda una época de grosera soberbia de progreso. Ramal a ninguna parte, sobre tierras de aluvión, que se desplazan constantemente y que sólo transporta familias de viajeros con pases y viáticos. La clausura del túnel y el regreso al transporte a lomo de mula, tiene en ese tramo la ceguera más disparatada. El Estado paga así para que sus funcionarios admiren sin desembolso un paisaje lunar. Esa miopía obedece al concepto político-militar que rige la concepción en bloque de

todos los problemas argentinos en el gobernante argentino. Huaytiquina es más lógico que cien caminos de tierra, como tres submarinos son más racionales que un buque mercante. Dreadnoughts y submarinos, fondeados, están dispuestos a emprender una ruta de carabelas, y no zarpan jamás. No son máquinas de guerra, a Dios gracias; son centinelas y escoltas de los trenes, puestos ahí, donde empalman los trenes con los transatlánticos y América con Europa. Nuestros ferrocarriles son copias de las líneas estratégicas antiguas, pero no son mercantiles, ni agropecuarios, ni comerciales. Poseemos vías que responden al pánico, productos del anhelo de grandezas y del miedo a perderlas.

Todos los días los trenes hacen el mismo camino que Rondeau, Belgrano y San Martín. Se diría que a cien años de distancia siguen sus pasos y, por tanto, que son cien años más lentos que ellos. El capital extranjero, que vino a servir esa vieja necesidad político-militar, y no a la verdadera necesidad económica, exigió además la garantía del rédito a sus empréstitos en materiales, en cláusulas que se aceptaron ante la urgencia de tender vías donde no había caminos. Porque las bases de las concesiones nos condenaban a perpetuar nuestra condición original de colonia. Exigió la donación de una legua a cada lado de las vías en todo el trayecto fuera de los ejidos o, en globo, determinada cantidad de leguas. Lo que llamamos progreso es lo que se ha producido en una legua a cada lado de las vías. La tierra cumplía otra vez el papel de sustituto del dinero, de una póliza para convertir mañana, de una moneda troglodítica. Y era, por otra parte, una caución análoga a la quita y al cobro anticipado de intereses por tres años, que exigió la firma Baring & Co. al hacernos el primer empréstito en 1824. Con lo cual el ferrocarril también establecía a sus flancos cierta forma de fronteras naturales, entre la tierra rica de la empresa con su canal de hierro y la tierra pobre del país, sin caminos. Como esa legua a lo ancho era la distancia de mayor valor, la valorización de la tierra que el ferrocarril produjo no servía al país, sino a la empresa, pues solamente alcanzaba a dos leguas laterales. Lo demás era el barbecho, la soledad y la ignorancia. El terrateniente, el colono, miraban pasar el tren a lo lejos pero elevaron los arrendamientos especulando con el bien distante. Desde ese momento el tren fue una rémora, un sistema apresado dentro de su red como el pez dentro de la nasa. Un tren cautivo. Estimuló la codicia del latifundista que alzó los arriendos y la ofuscación del colono que se aventuró demasiado lejos. La empresa asumió la dirección de la ganadería y de la agricultura; y la ejerció en beneficio de un capital que estaba en Londres, no junto al riel. Valoró las tierras según un patrón fantástico, como si la locomotora fuera algo fantástico; acució el ansia de rapiña del abogado y del político, como si la locomotora fuera una inmoralidad. Cayó el gobierno de bruces, como nadie, en el espejismo de ese falso valor; creyó que tender vías era poblar, sin advertir que podría ser lo contrario. Y cuando tuvo treinta y seis mil kilómetros de rieles dijo que la República estaba en paz y que la cultura había llegado basta el fondo de los campos. En el fondo de los campos estaba la miseria y la ignorancia, que es la verdad y no la mentira.



Desde el tren toda esa verdad parece un juego de palabras; hay que verla con los ojos del que se queda cuando el tren se va. Hay que mirarla desde afuera del coche, que es lo de adentro, las vísceras y órganos de un cuerpo de tres dimensiones, que parece en las cartas una red de líneas negras sobre un fondo blanco. La verdad y la vida están en ese fondo blanco que es nuestro interior, donde están las entrañas y los hijos de mañana. El progreso de la República está en oposición al interés de los que la hicieron próspera, y únicamente será cierto para nosotros cuando no resulte así por contraste con lo que yace muerto. Cuando sea el estado de salud de todo el cuerpo y no la euforia de una cabeza decapitada...

# SOLEDAD

I. AISLAMIENTO

II. DISTANCIAS

III. SOLEDAD DEL MUNDO Y DEL HOMBRE

# I

## AISLAMIENTO

### UN MUNDO SIN EXPERIENCIAS

América había existido y vivido en los diversos pueblos que la formaban, su vida americana. Algunas semillas, caídas de otras culturas, dieron frutos silvestres que no alcanzaron madurez ni sabor. Poblada desde la época preglacial, permaneció aislada, ajena a los demás movimientos ascendentes del hombre, sin unidad en sus costumbres. Era ése un mundo completo, antes del Descubrimiento: el mundo americano, el más antiguo, sin acumular la experiencia, sin amasarla con levaduras externas, sin encauzar en una dirección fija la resultante de sus energías. En términos generales, era un área botánica y geológica, detenida antes de que se abriesen los horizontes de la Edad de Hierro. Lo que ya había desaparecido en otras regiones, lo que en otros parajes se había transformado y puesto al servicio de la inteligencia, aquí conservaba su telúrica virginidad y su carácter mecánico de ensayo siempre repetido. Estaban intactos, cuando llegaron las carabelas, los hombres del Pléistoceno, con sus industrias de la Edad de Piedra y sus idiomas de la Edad del Bronce. Debajo de sus ciudades y de sus pies fugitivos yacían los restos mutilados de un capítulo entero de la historia del vertebrado; en cinco o seis grupos insignificantes sobre la vastedad del territorio, se debatían en la agonía de su esplendor, los naufragos de alguna cultura arcaica de gran estilo. Pero al entrar en contacto con seres destructores fueron extinguidos en masa, mientras las fuerzas de la tierra y de la atmósfera continuaban su trabajo secreto sobre los invasores, forzándolos a respetar lo que no era perecedero.

Lo que vivía en este continente tuvo su razón de ser, más poderosa que los trastornos que lo inclinaban a perecer. Toda América era la tierra del Terciario y formaba una unidad con sus vertebrados inmensos, ambulantes moles de huesos y tejidos. Relacionados en tamaño y forma con el paisaje planetario, los animales gigantescos fueron los habitantes autóctonos. Cuando las carabelas llegaron a las Antillas, no existían ya; había concluido desde muchísimos siglos el dramático interludio de esa vida deforme y titánica; empero, quedaban el suelo, el clima, como los moldes vacíos que dieron consistencia a los cuerpos desaparecidos. Y junto con

algunos ejemplares supervivientes de la fauna y la flora antiquísimas, sobre un terreno de los más ricos en fósiles, el animal humano empezaba el derrotero regresivo hacia el equilibrio total con el medio. Los seres vivos empequeñecieron o sucumbieron durante el transcurso de largos períodos y la naturaleza siguió inmensamente superior a ellos, destruyéndolos como los había creado; y la faena rudísima de hablar, de convivir en paz, de sostener sobre los hombros el peso de lo humano contra las corrientes magnéticas del Terciario, abatían a los últimos titanes, reducidos en ciudades enclavadas en medio de la soledad. Pocos pueblos: incas, aztecas, mayas, ocupaban zonas sitiadas por la naturaleza y América era todo el continente que se extendía a los lejos y en torno de esos oasis.

El territorio estaba dividido en grandes zonas naturales y no había entre esas zonas comunicación regular, como hoy no la hay entre los países en que se lo dividió. Entraban en contacto por el asalto y el cómbale; con el saqueo se concertaba la paz, y los pueblos volvían a separarse y a olvidarse. La selva era el dominio absoluto del vegetal; la montaña, del mineral; la llanura y la ladera, de los vivíparos. Los conatos de civilización se produjeron en los terrenos montañosos, en una vaga reminiscencia de olías, sofocados por el medio total refractario. La llanura se mantuvo en general en estado de barbarie. La selva era un mundo; la montaña otro; la llanura otro.

Esos habitantes vivían solitarios, flotando o enraizados, siempre alertas a peligros innumerables. Mayas, Incas, Pueblos y Aztecas, hábiles constructores todos, llegaron a la arquitectura y a las fortificaciones por la necesidad de poner una barrera al mundo que los rodeaba y de abrirse una puerta secreta al infinito, donde residían las divinidades no menos crueles. El miedo los hizo amurallarse; la muralla era un segundo aislamiento como la superstición en el recinto de los templos. Un pueblo era un individuo, un individuo era una mónada. Pero individuo y pueblo concertaban con la naturaleza, y el terror y el ansia de salvarse del mal que los amenazaba doquier, los puso en las manos del blanco, que los aniquiló. En Guatemala, en Colorado, Texas y Arizona, en Perú y México, esas civilizaciones tuvieron su apogeo en la época en que los moros entraban a España; únicamente la poética civilización caribe, de la que el español no dejó rastros, estaba en auge. La irrupción de los nietos del vándalo y del godo, que no se detuvieron a juzgar del valor de esas sociedades ni podían vencerlas sino por la espada, las exterminó o las descastó y corrompió.

América tenía civilizaciones, pero no tenía pasado, era un mundo sin pasado y hasta entonces sin porvenir; desenvolvía su vida en formas asincrónicas y asimétricas con el ritmo y la estructura de los ensayos conocidos y válidos. Su experiencia, desde la arquitectura y el arte, hasta el derecho y la religión, no sirvieron al gran ensayo que el hombre venía realizando sistemáticamente en otros puntos; por eso es absurdo querer revivirlos en su sentido arqueológico. Sin embargo, sirvieron para que en aquel gran ensayo se rectificaran errores muy graves. Fue el punto diplópico que permitió rectificar la visión telescópica, la perspectiva cósmica de ese experimento. Frente a frente el aborigen y el español no se comprendieron, y desde el primer

instante la conquista tomó senderos equivocados. Comenzó por juzgar al aborigen fuera de todas las leyes conocidas, porque lo desconocía, y le bastó ver que permanecía indiferente ante la cruz que ocultaba metales y pedrerías a pesar de su pobre desnudez, para acometerlo rabioso.

## HACIA EL REVÉS DEL TIEMPO

Cada día de navegación, las carabelas desandaron cien años. El viaje se había hecho a través de las edades, retrocediendo de la época de la brújula y la imprenta a la de la piedra tallada. A estas tierras detenidas en el umbral de las edades antropológicas, se las llamó *Nuevo Mundo*, y este nombre erróneo, como el de América, perduró. Desde entonces habrían de designarse por defectos de infancia los vetustos vicios de senilidad. Aquello que fue poblado y modificado se convirtió en nuevo; lo despoblado permanece todavía antiguo y va sedimentándose sobre lo nuevo por cierta erosión impalpable e invisible. Tendencias atávicas que empujan a los gobiernos a desaciertos sistematizados, a los pueblos a aberrar en sus designios como movidos por una fuerza libre interior y, en general, a valerse de la improvisación contra el cálculo, despreciando los auténticos valores humanos en beneficio de una tabla primitiva de valores, se suponen defectos de una sociedad de formación reciente. Sin embargo son defectos muy viejos, ya olvidados por otros pueblos; un recomenzar después de muchos siglos. Como en el niño, todas sus novedades son muy viejas. Es necesario no ver en sus yerros accidentales otra cosa que formas sistematizadas de una manera de gobernar, de pensar, de vivir, distantes hacia la lejanía de la naturaleza invicta. La barbarie no es estado accidental; tiene sus normas, sus leyes, moral consuetudinaria, sus arranques potentes de invención —muy viejos.

Es que no somos un pueblo nuevo, ni un paisaje nuevo, ni un ensayo último. Éramos antigüedad y fuimos poblados por una nación de tipo antiguo, que era ya arcaica en la Europa de 1500. Espiritualmente heredamos una cultura que permanecía estacionaria, y que carecía de poder íntimo para evolucionar con intrepidez en el movimiento general de la época, hacia formas civiles complejas. Véase lo que significa España en las postrimerías del siglo xv, comparada con los pueblos germanos, galos, itálicos, sajones; era un pueblo esclerosado, pétreo, rupestre. Era un pueblo «americano». Mientras en las naciones restantes despuntaban las formas insólitas de la Edad Moderna, henchidas de porvenir, España a floraba a la vida política desalojando una cultura de largo alcance. Enardecida por la victoria, conservó como rasgos distintivos de su raza todo lo que había utilizado como suma de fuerzas para su liberación. Hizo de los Pirineos un emblema, se encerró en su piedra y al borde del 1500 reanudó su existencia del 700. Su gloria estaba en ser arcaica, renuente al progreso, aferrada al fanatismo y al valor, a los prejuicios

morales, nobiliarios y religiosos; en negarse tercamente a mirar hacia adelante, en no dejarse invadir por otros estilos ensayados fuera de sus fronteras, en ser Virgen y madre. La misma extemporánea empresa del Descubrimiento obedeció más bien que a una voluntad intrépida de dar vida, al deseo de conquistar una reliquia: el sepulcro de Cristo, lo que era más material que su cuerpo, lo que tenía la estructura de su vida: la tumba. Siglos después de las Cruzadas, despertada recién y a deshora, quiso emprender una aventura anacrónica, con la voluntad de un ser Europa. La fuga de su invasor la incitaba a huir. En este sentido la Providencia es cierto que estaba de su parte, pues le deparó para que arrojara sus huestes quiméricas el continente que era también una tumba. Sus expediciones trajeron consigo una comezón de dominio material en el alma, que no podía satisfacerse con ningún botín. Aquí las esperaba el mundo «nuevo» petrificado en el fósil, en el salvaje y en los panoramas en escala astral, Cayó en su seno la Conquista como el didelfo recién nacido en la marsupia; a ninguna raza le fue tan imposible independizarse de América, porque ninguna se identificó tanto con ella, manteniéndola en su barbarie. Nuestros pueblos del sur eran viejísimos; pueblos, de la llanura sin esbozos ni residuos de cultura de estilo perdurable, productos connaturales del suelo. Sobre ese pueblo de Monte Hermoso se volcó el pueblo de Tartessos, sin fuerza para modelar ni crear, y sí en cambio apto para amalgamarse con él, transfundiéndole una sangre sin desbraven; en olía. Eran sangres de un tipo. La naturaleza conservaba aún la fecundidad inmarcesible de las eras primordiales, toda sin gastar; praderas silvestres cubiertas de vegetales cuyos idénticos ejemplares fósiles yacían a centenares de pies bajo los estratos de humus, intactos unos y otros. Naturaleza muy antigua con seres muy antiguos, a cuyas formas se acomodó el invasor en un simple fenómeno de simbiosis. Se aclimató; cuanto de ilógico, de censurable, de contrario a lo que se entiende por poblar, era aclimatación. Su pesado sopor, la rutina, la pereza, la ignorancia como estado de ánimo paradisiaco, son las pruebas inequívocas de que el pueblo de Tartessos había encontrado su paisaje. El sajón, el flamenco y el franco lucharon y vencieron, refractarios al medio; ninguna de las perspectivas americanas le incitaba a postrarse. En cambio, el lusitano y el hispano llegaron a descansar, al punto de partida.

Donde el hombre se desliza con júbilo por la pendiente de la primitividad, sujeto como el vegetal y el animal a la intemperie y a las demás fuerzas telúricas, reina un tono arcaico en lo que piensa y en lo que hace. Lo que más tarde se incorpore de otras influencias, se embebe de los jugos que lo han nutrido y loma el tinte de lo que el hombre había incorporado ya a su existencia, que es siempre lo esencial. Y al mundo viejo que obliga al hombre viejo a seguir sus pautas, en vano querrá adjudicársele los síntomas y los valores de la juventud y la salud, como si fuese un mero juego de palabras la diferencia que hay entre el adolescente inquieto y atrevido y el anciano egoísta y astuto.

## LA REGIÓN DE CADA UNO

Había ya en la conciencia del invasor una región inexistente, la tierra de nadie, aislada aún en este mundo aislado que comenzaba a poblar sin advertirlo. A esa región se confinó al indio y a lo indígena, entonces y después. Una vez el indio allí se lo consideró muerto, inexistente también. Lo grave estaba en que esa región del indio expulsado, era la tumba del hombre de América, región muerta como el indio, pero no demarcada con claridad sino intercalada por doquier y en todo.

En un tiempo fue necesario, para la seguridad del país, establecer líneas neutrales en las fronteras, y que éstas fueran tanto más neutrales cuanto más hondo se quería sepultar el peligro y la vergüenza. La frontera era el dique opuesto al peligro flotante indiscernible, no para contener una fuerza organizada, sino una fuerza ciega, salvaje, una fuerza viva de lo inánime, fantasmal, dentro y fuera; aquello que no pudo reducirse a términos concretos.

Esa cintura de piedra o de erial, de agua o de monte, creaba una distancia suficiente para hacer resaltar el aislamiento, la separación, que a la sazón se deseaban. Dentro estaba lo conquistado; fuera lo que no tenía valor. La necesidad de defender la conquista, llevaba a levantar terraplenes, a cavar zanjas, a construir trincheras, a vivir amurallados. De esa manera se creaba, al mismo tiempo de asegurarse el dominio, un complejo de conciencia intranquila, de odio y desprecio. La civilización es lo contrario del aislamiento, y el primer poblador trajo soledad a la soledad. Los pueblos retrasados viven en concéntricos confinamientos; los confina el idioma, las costumbres, la religión, la moneda, el estilo artístico, la norma industrial, hasta que se vierten al mundo o son absorbidos. Todo tiende en ellos a destacar de su existencia los perfiles genuinos y a circuirse de fosos, desde el tótem basta la ley.

América no había evolucionado a causa de su aislamiento; quedó incrustada en su medio, y el aislamiento es aún hoy la fuerza indígena que amenaza con destruir la civilización que se ha encerrado en recintos herméticos, creados así por el temor del conquistador, por la impericia del gobernante y, cu fin, por la proclamación de todas las independencias correspondientes a todas las repúblicas en que se dislocó ese imperio formado por el alma taciturna de España. Parecía unida la vastedad del dominio, y estaba separada en porciones insoldables: puso el aislamiento de su conciencia sobre la falaz unidad de la tierra. La unidad geográfica quedó fijada en las fronteras, a veces trazadas según los paralelos y los meridianos<sup>[4]</sup>, y cada nación estuvo incomunicada con las demás al nacer. Resultaron tantas partes desconectadas cuantas porciones se disgregaron, pudiendo haber sido muchas más o muchas menos. La soledad les era impuesta por el territorio, por la ignorancia en que mantuvieron la colonia, de modo que antes de la muerte de aquellos soñadores que se llamaron Miranda, Bolívar, Monteagudo y San Mallín, la libertad hizo que cada virreinato, adelantazgo, intendencia y capitanía, cerrara sus fronteras a los contérminos. Ni antes ni después el pueblo que flotaba en las colonias tenía que ver con el territorio.

Un pueblo vertido dentro de inconmensurables perímetros, que no se han ampliado progresivamente por exosmosis, cediendo al crecimiento en área según el crecimiento en número y en energía, no puede tener fuerza ni unidad. Queda ondeando en sus términos, si el territorio ha sido originariamente mucho mayor que el pueblo. Pertenece a su nación en el sentido en que las Pléyades están en Tauros. No tiene forma, porque no tiene unidad interior; habrá crecido para ocupar hasta el borde su recipiente, y todo lo que dentro ocurra se parecerá más a la aglomeración de un polímero que a la gestación de un cuerpo en el vientre de la madre. Aislarse y contemplarse con recelo es el gran mal de la soledad y de la ignorancia, y la clave para interpretar los enigmas de Suramérica.

## FRONTERAS Y PELIGROS

La falta de peligro en las fronteras, cuando se comprendió que en la tierra de nadie no había nada, derramó psicológicamente la tensión expectante del pueblo. Estar alerta sobre lo que nos rodea es estar despierto en grado sumo; la ausencia de motivos para esa inquietud, que marca el límite verídico de la unción dentro de la cual la fuerza se concentra y organiza, provoca el derrame literal de las fuerzas de la vigilia y la agresión en el vacío, a emplearse contra sí, en lo que nosotros llamamos revoluciones, guerras por límites y estado de beligerancia en la paz. Esas inquietudes no pueden ser artificiales ni crearse mediante las formas externas de la inquietud. Desaparecidas las causas lógicas de temor, por inercia se contempló los confines con desconfianza; detrás del mapa nacional estaba la tierra tenebrosa, incógnita.

Agolpar ejércitos en las fronteras, litigar por límites, romper las relaciones diplomáticas, celebrar congresos o tratados, como los postales y el A. B. C, no tienen otro sentido, en el fondo, que ponerse en contacto de algún modo. Requiere en cambio que desde dentro del territorio fluya hacia las fronteras la conciencia de la integridad nacional, como la vida toda del organismo se apresta en la vigilia a contestar al mundo. Por aquellos medios se enconan o apaciguan los ánimos, sin que la conciencia se convenza de un derecho o un deber. Lo demás es el sueño, la indiferencia, el olvido.

Un ejército no puede ser más que un falso movimiento de vigilia, cuando esa inquietud no ha surgido lentamente de la competencia ni en la mutua contención, en el roce y el choque imperceptibles pero constantes. El ejército apostado por razones simplemente estratégicas y de abundancia de materiales y tropas, es el centinela que permite dormir; y donde queda de vigía el desierto, allí termina el mundo. Ni en uno ni en otro caso un pueblo se robustece ni adquiere conciencia de sí.

Desaparecen los estados por causas mecánicas, ajenas a la voluntad de los hombres; así se forman y así se mantienen. No pueden sustentarse de su propia



sustancia, como animales invernantes; se mantienen de lo que pierden y de lo que ganan en el juego de sus fuerzas, oponiéndose o concertándose con las de fuera. Si permanecen iguales, están muertos.

El estado necesita fronteras vivas, no de piedra ni de agua ni de selva, así como el cuerpo necesita su frontera de piel para mantenerse con el mundo en un grado de relaciones benéficas. Esas fronteras, en pueblos nuevos e inhabitados, son siempre distintas de las que señala el mapa. Cada país suramericano tiene sus límites políticos y además los verdaderos. Nuestras fronteras reales, por ejemplo, son el linde de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y sus estribaciones hacia la vasta zona neutral. Lo demás es el umbral de la frontera desde donde repecha el mundo antiguo. Pero es cierto que la zona tangente ha de ser en cierto modo neutral, aunque no muerta. Límites de pobreza de inacción, de ignorancia, crean la noción de una vaga frontera más allá del territorio nacional, y ésta es ya una forma de invadir. Tras el Bermejo y los Andes parecería que sigue el mar y ocupamos por laxitud todo lo que no conocemos. Las fuerzas espirituales y dinámicas que no encuentran del otro lado de los confines, a la espalda de los hitos, una sociedad organizada, en competencia con la economía y la cultura, en lucha por la hegemonía en una esfera cualquiera de estímulos, se relajan y, satisfechas de la propia miseria, dan en convertirla, por ensueño ocioso, en valores positivos. El mayor daño para una nación no es tener vecinos más poderosos y adelantados en todo orden de potencia, con los que se halle en contacto, sino tener vecinos que hayan descendido a niveles inferiores o que se mantengan en ellos, y que sólo signifiquen nombres de estados inexistentes en la realidad de la vida, o puntos de referencia peyorativos. La causa de la inseguridad con que avanza la República Argentina, es esa parálisis periférica, ese vacío que hay detrás de sus bordes, desde donde nos llegan las emanaciones de un sopor profundo, de una existencia letárgica y cargada de amenazas. Es preferible para una nación ser vencida y absorbida por otra que la supera, que conservar la soberanía de su atraso.

Pues si es cierto que la caída de un estado puede ocasionar la disolución étnica, también la disolución étnica puede ocasionar la pérdida de la soberanía política. En el primer caso el fenómeno es rápido; en el segundo lento, consuntivo, apenas visible para el próspero. Decae y muere mientras desde dentro se le juzga vivo y pujante. Se convierte en un proceso catabólico de largo ritmo, y la descomposición cadavérica se interpreta erróneamente como hervor de una vida embrionaria que buscarse contenerse en un cuerpo sano y poderoso. Pero son las larvas de la putrefacción.

## INCOMUNICACIÓN

1. Los países de Suramérica no tienen comunicaciones entre sí, ante todo porque no

las necesitan; su interior está igualmente incomunicado. Se ignoran más profundamente en su inteligencia, en sus sistemas de gobernarse, de acrecentar sus riquezas públicas, de vivir, que si fuesen antípodas. Viven independientemente una vida apagada y opaca, aunque desde dentro parezca estar iluminada y ser dinámica. Sobre esta porción de América un gran silencio se extiende y el tiempo que transcurre la envuelve en mayores penumbras. Hoy se conocen, estiman y auxilian menos que hace cien años y significan una masa amorfa de nombres y datos, de ideas debidas al atlas, a los textos, a las sucintas informaciones periodísticas, sólo abundantes en los desastres. En esencia tenemos de ellas una vaga noción de su contorno y del color en las cartas de Justus Perthes, y de sus penurias en el color de los dictadores.

De Chile nos separa una lonja de piedra y desierto y, sin embargo, el esfuerzo de levantarse sobre la fatalidad de las leyes geográficas es del otro lado de los Andes semejante al nuestro. Chile es quizá la nación constituida peor ubicada y estructurada del planeta, semejante a la planta que brota en las juntas de dos piedras. A todo lo largo se extiende el Pacífico, que no conduce a ninguna parte, pues es necesario navegar evitándolo hasta el estrecho de Magallanes y el canal de Panamá. A su espalda los Andes cierran su expansión, y queda prisionero de la naturaleza, porque no es más que la junta del océano y la cordillera.

Excepto en algunos pasos que conocían y utilizaban los pueblos araucanos, la altura y el ancho compacto de la montaña vedan imperativamente el contacto de ambos pueblos. Solamente burlan la interdicción los contrabandistas que principalmente por la Patagonia hacen de la zona limítrofe una algarabía de nacionalidades, estampillas, productos y monedas. Argentinos y chilenos persiguen a estos traficantes clandestinos, como la Metrópoli persiguió a los que traficaban a espaldas de sus bárbaras aduanas: y a pesar de todo, ellos tienen razón. Mientras el aeroplano, que no es pájaro de estas latitudes solitarias, cruza esa franja de planeta a diario, el túnel que fue abierto para explotar un capital invertido en líneas férreas con su limitado repertorio de intereses, se vuelve a cerrar. Los intereses chilenos y argentinos no se habían puesto de acuerdo y cuando la ruina cundió sobre aquella república inexplicable, se encerró más, defendiéndose, y al fin la comunicación quedó interrumpida. Se volvió a la mula y a los caminos conocidos desde hace centenares de años. El ferrocarril Transandino tampoco servía a la clase de relaciones que debíamos mantener porque no podía soportar sobre sí el peso de toda la fatalidad geográfica y étnica. Si nuestra necesidad de contacto era sólo de orden comercial, porque por el túnel iban y venían las mercaderías de fábrica extranjera y los productos de igual origen, más los que viajaban negociándolos, el camino abierto en la roca servía para aislarnos más. Entrambos países no tienen recursos excedentes, ni curiosidad, ni simpatías, como para que ese túnel sea siquiera lo que las trincheras entre dos líneas enemigas: una cueva por donde, en una tregua del fuego, los soldados cambiaban cigarros y dulces que recibían de sus casas, en un acto de confraternidad humana muy por encima del odio de la guerra. Por ese túnel no nos conocíamos sino

que nos mirábamos con recelo, en una guerra sorda de intereses mercantiles; era todo lo contrario del canal de Panamá en su significado histórico, en su objeto y en su utilidad. Puso en comunicación dos vasos de diferentes niveles económicos, y el derrame sin valor humano produjo más bien el desequilibrio que el trasiego. Idénticas razones que probaron el absurdo de la adjudicación de las provincias de Cuyo a la capitanía de Chile, obstan hoy en la naturaleza y en la herencia a una unión espiritual. Cordillera y desierto interpónense invencibles mientras los hombres de acá y de allá no dispongan de las herramientas necesarias para vencerlos. Esas herramientas, costarían tanto como lo que ambas naciones poseen. La aridez de la tierra absorbe todo esfuerzo, y aún la cordillera intercala dificultades en la piedra con extrañísimos fenómenos geológicos y climatéricos. La Pampa estéril abarca la longitud de los Andes, desde el extremo del territorio de Santa Cruz por todo el occidente argentino, hasta más allá del sueño roto de Huaytiquina, comprendiendo Mendoza, San Juan, La Rioja, Jujuy.

2. La precordillera es un fragmento del planeta del segundo lapso de la creación. Se preludia al sur con nieblas hiperaustrales, como las hiperbóreas, que envuelven en un plomo transparente al mundo de las sombras. Personas y sus cosas tienen la vaguedad fantasmal del país de los kimerios. El centro y el norte son más claros pero igualmente áridos, en la amplia lista de la Pampa del Monte. Dentro de la cordillera están los planos geosinclinales, que conservan un ambiente antiquísimo en lo reciente. En el centro mismo de la montaña, el Notohyle, ofrece un compacto de árboles semejantes a la selva de Misiones; ahí, en el seno de la piedra, un bosque longitudinal, una faja húmeda, angosta y que emana un clima benigno de antes del hombre. Es una cinta de árboles gigantes, desde el paralelo 38 hasta Tierra del Fuego. Son árboles coetáneos del proboscídeo y tipoterio, o hasta de aquellos bosques fósiles del Antártico, que están bajo el hielo.

La cordillera de esta región está estructurada según un plan distinto que el resto. Mejor dicho, no tiene plan; es un desorden de piedra amontonada. Ese pedazo corresponde al continente antártico y es una espiga de polo inserta en la cordillera hasta detrás de Mendoza, en una superficie de más de treinta mil kilómetros cuadrados. Desde ahí hacia el sur, toda la cordillera permanece como en la hipotética época de los glaciares. En ninguna parte, excepto en los polos, el mundo ha conservado intacto ese fenómeno de hielo y nieve que tuvo su predominio hace quinientos mil años.

Todo lo restante es Pampa continua y montaña continua. El paisaje se ha dividido en esas tres partes constitutivas: el árbol, la piedra y el llano. Pero cada uno de esos elementos se ha aislado, diferenciándose en tres grupos grandiosos. La llanura, con pocas excepciones, no tiene selva ni montañas; cada elemento del panorama forma un bloque, concentrando características que, alternadas y repartidas, hubieran formado paisajes y núcleos de población. Pero ninguno de esos bloques es paisaje, sino un elemento del paisaje multiplicado por sí mismo.

Desde la Patagonia avanza el desierto, pasa a espaldas de Tucumán en un Sahara enclaustrado en la piedra, y por otro brazo muere en la hosca Puna de Atacama. Esa Puna está despoblada, con un habitante por cada treinta kilómetros cuadrados, y es posible que concluya por deshabitarse totalmente. El hombre es un ser muy nuevo, aun el indígena, para habitar esos lugares que se conservan tales como cuando no había sobre la tierra animales ni vegetales. Tampoco hay agua allí; la altura produce males endémicos que se conjuran con hierbas tóxicas, ocluyendo en la idiotez al habitante. Solamente el nativo, hijo del suelo, soporta adormecido las fuerzas telúricas ambientes. Grandes salares, arenales y páramos empujan hacia abajo al que intenta residir allí. Y sin embargo, allá están las más grandes riquezas metalíferas: oro, cobre, plata. Pero esa riqueza está defendida por la soledad. Vegetan sobre esas minas rebaños de cabras y pastores paupérrimos, en promiscuidad. Las mujeres se superponen los vestidos, desde el primero que usaron. Con el último se llevan a la tumba esa mortaja acumulada que vistieron siempre. El hombre no resistiría el trabajo de las minas de oro, cobre, wolfram, borato, de no ser un animal siluriano; y el transporte vale más que el metal.

3. La naturaleza primitiva es volcánica; la vegetación de las tierras volcánicas es agresiva; no sabe el vegetal cómo adaptarse a una tierra agresiva si no es imitándola. La espina viene a ser, en último término, un fenómeno mimético. Así la botánica fue modelada a imagen y semejanza de la tierra y no según el esquema del hombre, aunque haya un mismo plan en todo lo que vive. No produjo la fruta sino el tallo seco, la hoja metálica, la púa ponzoñosa. La vida en esas zonas neutras que nos separan de Chile, es dura, hostil, sin savia ni sangre.

Allá ha ido a refugiarse el indígena, en el seno de una naturaleza refractaria al hombre porque no pertenece a su época, árida y rica en metales, es decir, de riquezas en forma primordial e inutilizable, Vive pobre, ignorante, con el Código Rural en la memoria, para que no le quiten mañana su puñada de cabras y su pedazo de suelo, que puede representar una fortuna por el oro que existe a mil pies bajo su choza. ¿Quién codicia ese oro? Tendría que renunciar a las ventajas de la civilización, a los beneficios que la Tierra ofrece doquier y empeñarse en fertilizarla roca. Sería la lucha abstracta por la riqueza, en que la vida entera se usa como un pico para fertilizar el páramo. Cada día de trabajo es una palacra del grueso de una arveja; un año son trescientas sesenta y cinco pepitas de oro; una vida son cien lingotes de oro. No vale la pena venderla a ese precio y guardar arriba lo que la tierra guarda abajo. Empezar la conquista de la riqueza en estos parajes es la renuncia total a la vida. Sólo se ha conseguido sustraer a la estepa, que forma un continuo homogéneo con la patagónica y la que rebasa al otro lado de la cordillera, algunos espacios irrigados y sostenidos en fertilidad artificial a costa de sacrificios ingenios de vidas y fortunas. El ganado se cría enteco e insustancial; el hombre se hace áspero y no da provecho, Son oasis que, como el túnel, hay que sostener contra el cosmos. Para atravesar esas distancias topográficas la locomotora ni el avión tienen fuerza; necesitan la presión

de dos pueblos henchidos y pujantes. Cualquier tentativa que violente el dictamen de la naturaleza se pondrá al servicio de esa naturaleza y en vez de unir separará.

4. Chile estaba llamada a desaparecer del concierto de las naciones; la arrastraban al seno del planeta corrientes terrestres y oceánicas; por eso quiso hacerse fuerte, sin pensar que toda esa fuerza desesperada era la debilidad, los tentáculos digitales de la planta nacida entre dos rocas. Creyó que el peligro se cargaba de pólvora al otro lado de los Andes, y se hizo guerrera; el peligro eran su cobre y su salitre. Como Paraguay, imaginó que su fuerza estaría en el ejército y fue destrozada moral y materialmente por él. Formó a sus ciudadanos en la escuela del recelo, y ése fue el tercer obstáculo que creó para aislarse. Mientras su salitre y su cobre, los pedazos del planeta que formaban su caudal y su patrimonio, tenían mercado favorable, se armó hasta poseer la escuadra y la milicia más poderosa de Suramérica. Sea por la índole del pueblo bravo y entero, sea por el mal ejemplo que recibiera a través de los emigrados durante la tiranía de Rosas, dirigió sus ideales hacia el poder de las armas. El sostenimiento de esa defensa en pie de guerra, aleccionada por instructores alemanes, a ellos y a nosotros nos costó lo que no teníamos. Cuando el salitre y el cobre no dieron los beneficios de antes, el pueblo, que no tenía unidad ni fuerza porque creyó que bastaba que las asumiera el ejército, se deshizo. Cayó en el caos de la miseria y la violencia. Las crisis económicas de toda Suramérica producen un automático retroceso cultural, porque el dinero es el sostén de la familia, del orden, del respeto y del entusiasmo.

Esta caída sobre sí mismo, según el parámetro de sus fuerzas en acción, dejó aislado a Chile, frente a su problema geográfico del que dimanaban todos los demás. De modo que la clausura del túnel fue una consecuencia fatídica de la desesperada tentativa de triunfar en un empeño en que tenía el mundo de las cosas contra sí. Si ya no estuviéramos en la pendiente de un retroceso análogo, anunciado por los mismos síntomas de descomposición de una potencia ficticia y de una prosperidad basada en los precios de la carne y el pan, nuestro cobre y salitre, podríamos ver el presagio de inminentes males. Oíros países se lanzan a guerras absurdas como obedeciendo a complejos suicidas, a las energías orgánicas de disolución que desprende el Mundo Primitivo. Cualquier peripecia hiere primero los puntos vulnerables que no han cicatrizado aún. En las causas de la crisis económica chilena que ocasionó su desastre, operaron circunstancias debidas a la naturaleza y no al hombre, ni a la industria, ni al capital, ni al trabajo. Como son la planta, el metal, el clima, los verdaderos protagonistas de las guerras y motines con que los demás países se destrozan.

Nuestra crisis, repercutida en parte y en parte también consecuencia lógica de nuestro auténtico atraso, también nos lleva a defendernos con las armas de la naturaleza, y a buscar motivos de excusa en las perturbaciones políticas y sociales, que son su efecto. Una revolución puede cubrir un desfalco, pero pone a lo vivo las fuerzas ocultas que trabajan en la erosión del hombre.

Las demás naciones vecinas están igualmente a distancias telescópicas de

nosotros. Aun los accidentes geográficos que sirvieron siempre para unir a los pueblos, como los ríos, nos separan. Una naturaleza opuesta a la del oeste interrumpe el norte. Chaco, Formosa y Misiones forman la pelvis de la tierra enjuta y de la piedra hostil, fecunda y virgen. La selva, que viene extendiéndose desde Brasil, irrumpe oceánica y rica; pero se cierra como pelvis en repugnante castidad. Y esa riqueza de madera y de fecundidad es también aislamiento, selva en su sentido geográfico, nubilidad ilesa. Ahoga entre macizos de árboles los escombros arquitectónicos de un ensayo de conquista en gran escala, pero contrario a la vida y a las fuerzas leales del mundo. Los muros labrados de aquellas construcciones recordarán siempre la tentativa mejor organizada para explotar un emporio de proyecciones universales, vencida por la naturaleza del trópico y por la soledad. En esas ruinas hay más filosofía y más historia que en todos los libros escritos para explicar América.

5. Hasta los caminos que andan no llevan a ninguna parte cuando no hay deseo ni necesidad de andar. Se convierten en infranqueables cordilleras que desaguan greda, camalotes y víboras.

El Bermejo, el Pilcomayo y el Uruguay son cordilleras de agua, desiertos de agua, abismos de agua. Vierte el Paraná hasta 30 000 metros cúbicos de agua por segundo en el Plata, lo navegan barcos de alto calado y, sin embargo, es un río infecundo. Paraguay se desangró por él, dos mil kilómetros de costa no tienen más que a Rosario que se levante por encima de su sino hidrográfico, Santa Fe y Paraná están socavados por él. Corrientes y Entre Ríos son, porque las separa del resto de la República ese río, las provincias menos argentinas. Más anchos, más caudalosos, más extensos que los del mundo, nunca tendrán nuestros ríos de Suramérica el significado que el Ganges, el Eufrates, el Kin o el Danubio. Ríos de luchas y de civilización, de los que depende el destino de los dioses y de los hombres; porque nuestros ríos son distancia, aislamiento, confín. No tenemos caminos porque no tenemos necesidades humanas de comunicarnos y tampoco hemos contemplado desde otro ángulo los ríos, pues aun aquellos navegables, como el Bermejo, no son caminos sino fronteras. El indio no utilizó la navegación aunque la conociera, porque rehuía vincularse a las demás tribus, huyéndoles más bien. Las civilizaciones americanas han nacido al amparo de la piedra y no a las riberas de los ríos. Dejaron que el agua les asegurara su aislamiento, seguro como la roca, y así fue después. El Paraná y el Uruguay, que según Sarmiento se unen en el estuario del Plata de manera simbólica, tienen su historia trágica, desde que se fundó Santa Fe para servir de puerto de tránsito obligatorio en el Virreinato. Paraguay se agotó por ellos y el movimiento fluvial hacia el este y su desagüe en el Atlántico, que penetró por ellos antes, es efectivamente simbólico, y trágico. Defendiéndose del arrastre de los ríos, Paraguay quiso hacerse fuerte por las armas, como Chile, y su fuerza inmensa lo destruyó. Ahora lucha con otro país que también quiere defenderse con las armas de la funesta presión de las fuerzas geográficas; pelea contra Bolivia, que violenta la razón y la naturaleza en las mismas causas de que nació. Pues Bolivia nació de la separación y de la

desinteligencia de Suramérica. Esa lucha no apasiona ni conmueve a las demás naciones y a siete mil millas de distancia carece de todo sentido y se juzga ridícula: «En Europe, ce conflit endémique prête à sourire». Mueren los soldados cubiertos de gloria en las ciénagas, palúdicos y hambrientos, sin otras armas que el machete de monte; pero la victoria y la derrota no significan nada, porque no participan, uno ni otro país en guerra, de una existencia de contenido histórico. Nuestra simpatía es odio, nuestra compasión es humillante y circunstancial, porque con la paz caerán de nuevo en el olvido.

6. Con Bolivia no nos une ningún sentimiento de solidaridad, tampoco, y su pueblo es nuestro pueblo más lejos de Europa. Desmembrada de un cuerpo teratológico, reemplazamos las vías terrestres con una línea férrea, y eso bastó para despreocuparnos de que existiera o no. Más bien que para unirnos y comunicarnos, el tren tiene una función burocrática, como el tranvía que lleva al empleado a su oficina. Una función diplomática, porque esta clase de relaciones en Suramérica son las de funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto que residen en el extranjero. Todo lo demás que se diga es retórica o mala fe. No tenemos contacto a fondo con ese país, como con ningún otro vecino, y el tren suscita conflictos postales; allá donde empalman las vías se expolia la correspondencia; es lo que saben en Berna. Todavía ese ramal no representa para Bolivia el peligro que el túnel para Chile y no tiene por qué inquietarse, aunque existe. Es su vía de drenaje obligatoria hacia el mundo; cree que sólo puede defenderse buscando en el agua un sustituto del hierro. Un río, un brazo de mar no la unirán más que esas dos fibras de acero. Sobre todas las razones sentimentales y diplomáticas, Bolivia, es un absurdo, como Chile, Perú, Ecuador y Colombia. Sólo pudo existir en un cerebro que trabajaba incandescente a altas temperaturas, y en virtud de una concepción unitaria e interfuncional de América. Rota esa unidad y esa función viva, apasionada, febril, se embolsaría como un quiste. Muerto Bolívar, exilado San Martín, y descoyuntada para siempre en el cerebro y en la realidad la unidad de América latina, quedó sitiada por las fuerzas del Terciario, del Mundo Primitivo de en torno. Si Chile se concentra, Bolivia busca desesperada una salida al océano, y su ansia de verterse en él es un ímpetu suicida, como el de Chile aislándose. Porque si nunca buscó salir hacia las naciones vecinas, donde están los hombres que más se le parecen sufriendo idéntico destino, si ha dejado que las fronteras la apartaran de los países limítrofes interponiendo amplias zonas neutras de planeta, este movimiento automático hacia lo lejos es la voluntad de muerte que lleva dentro desde sus orígenes, pues el océano sería para ella el camino de la soledad nuevamente y otro eslabón de su cadena de tierra.

Tampoco podemos decir que Uruguay esté más cerca ni que nos separen menos obstáculos. Rivalidades que no se han paliado desde hace un siglo, lo mantienen a millares de kilómetros de nosotros. El deporte nos separa, la identidad de la faena rural nos separa, y todo aquello nos hace iguales en la sangre y en la cultura y todo aquello que materialmente nos diferencia, nos separa también. Está tan lejos como en

el orden de la economía nacional están de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe nuestras demás provincias y los territorios. Uruguay debería por múltiples factores y motivos estar más próximo al sector que llamamos República Argentina, que San Juan, Corrientes y Salta, sin duda muy remotas; y, no obstante, está más lejos. Mucho más poderosa que esa unidad geológica, crematística y política, que debiera hacer del Uruguay una provincia disidente, gobiernos y sentimientos que brotan del fondo del alma hacen que permanezcamos a distancias náuticas. Tales distancias, más bien imaginarias, se explican mejor que con otros países, porque están contenidas en la independencia de ese pueblo. Una independencia que hace un siglo era inevitable y hasta del estilo de las grandes ideas de los Libertadores, que ahora tiene su razón de ser. La misma razón de ser con que La Plata se hace lejana y autónoma para no caer en condición de barrio suburbano de Buenos Aires. Debe ahondar su localismo, retirarse psicológicamente, para no volver a anastomosarse en este vasto cuerpo de más volumen y de menos vitalidad. Afortunadamente Entre Ríos y Corrientes, cortados del resto de la República por el Paraná, hacen más profundas y más anchas las corrientes del Uruguay.

Levantando la vista, los demás países suramericanos se sumergen en un caos balcánico; cada cual puede decir lo mismo respecto de los otros. Aunque difieran mucho entre sí, los rasgos comunes de todos, de todos en conjunto, componen un territorio cultural y geográfico indiferenciado, semejante a una inmensa península helénico-turca. La característica fundamental es étnica: Iberoamérica; y de ella derivan otras relativas a la técnica de gobernar, obedecer, vivir y ser libres. Todo lo que entendemos por unidad es España o Portugal; y lo que nos diferencia es nulo en relación con lo que nos asemeja. El trazado caprichoso de los límites ha concluido por hacer que la naturaleza tome en ellos aspectos desolados, sin gentes, estériles, insalubres, peligrosos. Cordillera, ríos, selvas de indiferencia lo circuyen.

## DISCONTINUIDAD

Y lo mismo acontece con los hechos que llamamos históricos. Estos estados nacieron de un desmembramiento y quedaron con extensiones caprichosas, de ninguna manera relacionadas con su verdadera necesidad territorial. Colombia, Venezuela y Ecuador eran una sola nación; una debieron haber sido Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Si cualesquiera factores, siempre de muy escaso valor, hubiesen distribuido de otro modo el mapa, las divisiones habrían sido idénticamente caprichosas. La interfunción, que jamás existió, no hubiera podido establecerse entre los miembros separados; serían trozos amputados en que se habría deshecho un vasto cuerpo que durante la Colonia tampoco tuvo unidad.

Tales como resultaron, en fin, con Brasil y Argentina mayores que todo el resto, y



Paraguay y Uruguay inversamente exigüos, las cartas no están coordinadas con los pueblos, ni los pueblos, que constituyen una población en general muy afín, viven coordinados a ellas. Podrían cambiarse de colocación unas y otros y de inmediato seguirían siendo los habitantes naturales. Únicamente guardan su alma telúrica los que Frank llama «hijos de la roca». La vida de tales pueblos dentro de tales superficies es precaria y llevan una existencia de tipo cosmopolita, aunque sean incapaces de pasar de su persona al pueblo, del pueblo a la provincia, de la provincia a la nación y de la nación al mundo. Esa universalidad suramericana del tipo étnico somático y mental, da un tono común a medio continente; y sin embargo nada lo une, porque faltan los altos ideales que crean la confraternidad. De ahí que aún las guerras tengan cierto aspecto de revoluciones y que las revoluciones sean, a pesar de frecuentes e inútiles, las peripecias más cargadas de sentido. Pero ningún episodio se levanta en una curva de largo alcance, y su área de influencia abarca pocos kilómetros y pocos días.

Los sucesos tienen por borde irrebasable esa naturaleza neutra, planetaria, que se interpone entre país y país; de modo que su sentido es exclusivamente local para cada uno, dentro de sus fronteras. Cada nación con su héroe, y cada héroe con su personalidad. Aparte los caudillos que la tuvieron firme, como que obedecían a influjos limitados, todos ellos obraron en el seno de un mundo sin forma a imagen y semejanza de sus modelos. Nacidos de una disolución, perduran como dioses Términos, defendiendo su predio. Localidades, parajes y provincias enteras se vinculan a episodios de nuestra historia como palabras de un dialecto que no se comprende ya en la región con que colinda. De provincia a provincia, Urquiza, López, Rosas cambian fisonomía; Sucre, O'Higgins, Artigas, Alvear, no significan nada fuera de sus patrias.

Lo que han hecho interesa a su región y a su época. Pasaron ellos y sus hechos, en la marcha divergente al olvido. Vidas y obras, desligadas del conjunto, no se gestaron en un amnios rico de sustancias vitales y orgánicas. En la llanura el hombre que marcha es un punto quieto. El suceso se enquistaba y se congela sin recibir ni transmitir vida, como esos parajes solitarios, en cuyo interior se produjo, destácanse dentro de un área mucho mayor sin nombre. Se los ve agitarse, ir de aquí para allá, sin que lo que están haciendo interese más que al puñado de hombres que sigue al jefe; y hoy figuran en los apéndices anecdóticos de la historia. Aquí o allá ocurrió algo que un sinnúmero de interruptores encerraron en sí como las valvas a la ostra. Todo el mérito del historiador se reduce a la exactitud del dato; a trabajo de naturalista.

Las fuerzas que entraron en juego no tenían significado total y el hecho no sobrepuja su mérito intrínseco. Bajo la presión de fuerzas terrestres y demográficas, que la Conquista creyó que eran las suyas propias, la historia de los países de Suramérica ofrece en su conjunto el mismo aspecto de archipiélago de tierras firmes que da el mapa real: la desunión. No en todos los lugares que el hombre habita se produce historia, aunque suceda algo semejante a lo que la historia propiamente dicha

ha conservado en sus páginas y monumentos; también se produce etnografía. La historia de cada país suramericano hasta ahora es un evento y de ninguna manera el más feliz. Si la suerte de las batallas, que es a lo que se reduce, hubiera sido otra, la contraria, no seríamos menos ni peores de lo que somos; el héroe es el tiempo. No podría con sólo una de ellas reconstruirse las historias de los demás países, si se olvidaran. Cuvier y Goethe podrían decir una palabra contemplando esas piezas sueltas. Desde dos puntos de vista antagónicos, Cuvier y Goethe miraban en torno de ellos con la mirada del que sabe diferenciar lo que es «una vez más» en el ensayo de la vida y lo que es un salto fuera de la serie.

Es preciso que exista un estado de historicidad, una forma histórica completa, para que el hecho tenga un sentido vivo y no de complemento circunstancial. En tal medio histórico cuanto acontece es irremisiblemente historia, y hay lugares y épocas que la creaban simplemente existiendo, en representación del resto de la humanidad ausente. De ahí nace el interés que despierta más allá de su espacio y su tiempo, el hecho auténticamente histórico, con cuya suerte se decide, todo lo infinitesimal que se quiera, algo de nuestro propio destino individual. Son hechos o personas, finalmente, que vinculan lugares y épocas muy distantes, transportando sobre sí lo que ha de salvarse del desastre de la muerte.

Esos hechos y esos hombres no pueden imitarse sin caer en lo ridículo. Lo que nuestros héroes hicieron —se ve claramente contemplando el paisaje en que actuaron—, fue un episodio de sus vidas. Perdido el contexto, con ninguna de esas piezas sueltas se podría reconstruir el todo anatómico. Belgrano y San Martín eran para Mitre la historia argentina, desde la independencia proclamada hasta que se la consume. Él, que es la figura que lógicamente continúa a las otras dos, puso en ambas biografías lo que interesa de la historia argentina. Y así la tituló, con dos nombres. Hay que reflexionar en ello, porque es la advertencia más profunda que tenemos para penetrar el verídico significado de lo que ha sido y de lo que está siendo nuestra vida nacional. La inhistoricidad del paisaje, la enorme superioridad de la naturaleza sobre el habitante y de las fuerzas ambientes sobre la voluntad, hacen flotar el hecho con la particularidad de un gesto sin responsabilidad sin genealogía y sin prole. Técnicamente en estas regiones no hubo nadie ni ocurrió nada. Lo que habla a nuestro sentimiento nacionalista deja indiferente al que vive al otro lado de los Andes, del Bermejo, del Pilcomayo o del Uruguay, y lo que a él le emociona comprendemos bien que es el alarde y la proeza. Nada de esto es América; ninguno de esos gestos esporádicos entra a la mímica con que se desarrolla todo drama de bella unidad. Si la vida del indio es clandestina, la historia de Suramérica es apócrifa. O significa otra cosa de lo que creemos. Aun las guerras de independencia son episodios de la historia de España; a nosotros nos pertenece lo biográfico y lo pasional. Lo que juzgamos el prólogo es el epílogo de una serie de maniobras concluidas que cierra el capítulo de la dominación española en América. Vistos por la espalda esos sucesos gloriosos no son historia siquiera. Todo ha quedado de allí en

adelante en el obituario doméstico, tan muerto como en las guacas etnográficas o en el fondo de los pueblos actuales. Tucumán, Caseros, recobran en la inmensidad de este panorama vacío un sentido de hazañas personales. Cualquiera que sea el valor intrínseco de nuestras batallas, quedan desgajadas del árbol genealógico de la historia. Bastaría como prueba la decepción que acometió a los protagonistas, cuando reintegrados al sentido universal de las cosas y en presencia de su propio fin, contemplaron con amargura sus hazañas. Por mucho que rompa el ritmo y el estilo de lo histórico, Napoleón es un capítulo entero de Francia, mientras que Ayohuma es un mal día en la vida de Belgrano. Napoleón en Santa Elena redacta la historia que hizo; Belgrano escribe en el asilo su autobiografía. Lo mismo hizo Paz.

Así, pues, en esta tierra vieja, que no tiene pasado humano, no ha ocurrido nada nuevo. Hemos reproducido con variantes personales muchas historias que ya se olvidaron, cuentos omitidos en las crestomatías mundiales. El pasado geográfico de esta parte del continente, con las vicisitudes de los pueblos que la habitaron, forma un hiato en torno del hombre, desvinculándolo de la comunidad internacional. Toma el acontecimiento la configuración de la tierra. Las líneas divisorias del mapa: montaña, desierto, selva, océano, son los límites que cortan al hombre de la continuidad de la historia. De ese aislamiento proviene que no puedan las naciones de Suramérica desarrollar su vida con verdadera independencia, y que cada vez les sea más difícil entenderse entre sí y más fácil clausurar los túneles y buscar caminos a la ilusión, mar adentro. Suramérica es todavía un episodio subsidiario de Europa, pero tiene un alma americana, cerrada, muda, solitaria. Su historia de fuste mundial se limita a unas cuantas páginas de estadística, y no ha pensado aún cómo sepultar a los muertos en la tierra de nadie, que luchan constantemente contra lo extranjero y quieren otra vez quedarse solos con su nada.

## DESMEMBRACIÓN

Estas repúblicas de América Celtíbera cualquiera que sea su tamaño, naufragan en un territorio mucho mayor del que normalmente debieran ocupar por su estado de cultura, de riqueza, de producción y de población. Hay superávit de planeta. Despoblación y desierto son correlativos de la superterritorialidad; y viceversa. Las configuraciones de las masas de habitantes deben superponerse simétricamente a la estructura geográfica; los intersticios vacíos son ignorancia y miseria, zoología y botánica. El mal de estas naciones es, de consiguiente, la vastedad de la tierra, y esta vastedad sólo se comprende por su alejamiento del mundo. Razón que la ley de Newton da para la relación de volumen y órbita de los planetas. A medida que la tierra está más circuida por el agua y más lejos del hemisferio de luna compacta, sus dimensiones son mayores, y lo que es cantidad es lo que cuenta.

Sólo es grande una nación cuando está poblada, pues la superficie tiene sentido únicamente con relación al hombre que la ocupa y al funcionamiento regular, dentro, como órganos vivos, de sus instituciones. La superficie inculta es astro. Una nación apenas poblada, es ese *apenas* poblado. Estas tierras se hallan incomunicadas porque están vacías, y están vacías porque están confinadas entre dos océanos. Las personas posan sobre ellas sin arraigo, y no ocupan su verdadero lugar; ocupan el espacio que llenan, y entre ellas está la soledad. Los espacios físicos y psicológicos son, entre los individuos, cambiantes y vacíos, porque no se puede pensar en el espacio sin pensar en el alma, ya que la extensión despoblada es como verdad sensible, soledad.

El latifundio, la forma despótica de gobierno, el temor a lo imprevisto, el cultivo extensivo del grano, del ganado y de la inteligencia, son necesidades geográficas, económicas y psicológicas que podrían explicarse con fórmulas matemáticas de la gravitación. Todos estos islotes de las Antillas de Tierra Firme, constituyen algo que no quieren y que niegan, por tanto: colonias y dominios. No pueden ser otra cosa aunque lo digan las leyes escritas. Colonias y dominios que giran en torno de núcleos incandescentes de intereses financieros e industriales. La Independencia las privó de la unidad que les daba, sea convencionalmente, la Metrópoli, e implicó la servidumbre económica y cultural por cuenta propia. Con la autonomía vino el aislamiento. Los grandes soñadores de la América unida y libre, vieron la correlación y la unidad en este fragmento austral del continente, como única manera de romper la condición colonial que implicaba la vastedad del territorio, la distancia, la pobreza y la barbarie. Supieron que sin esa unión la libertad era una mentira. Pero la realidad planetaria y racial quebró para siempre esos hermosos sueños, y los que vinieron luego ya no tuvieron fuerza para oponerse a la corriente cósmica que vertía América en el Atlántico y el Pacífico, y se comportaron como los jornaleros de una sociedad anónima.

La tierra vacía requiere capitales y hombres en cantidades astronómicas. Capitales y hombres suelen ser energías concomitantes, mas no se asocian jamás si no llegan juntos. Entre un grupo de actividades fomentadas por el lucro y otro grupo de actividades fomentadas por la vida, aparecen esos vacíos imposibles de llenar, que es el desacuerdo en los métodos y en los fines: las formas de enriquecerse se vuelven incompatibles con las formas de vivir. Se rompe entre esos grupos el equilibrio natural que existe en tanto el capital no es rédito sino trabajo, ni título de renta sino movimiento circulatorio de riqueza, acción, gozo. Cada grupo se transforma en un órgano independiente, que tiende a crear en torno de sí una pseudoestructura, asumiendo una función que debe estar repartida y correlacionada con todo el conjunto. El capital viene de lejos a Suramérica; los centros de riqueza que crea son excéntricos al trabajo y generan un ciclo de actividad que conduce como fin a la salida del rédito en calidad de materia prima también: de dividendo. Bancos, industrias, comercio, trabajan en función del prestamista incógnito. Su actividad está regulada por la utilidad del usufructo, y no de la utilidad pública, de las necesidades

de la vida interior del país. Esa forma de gravitar alrededor de un centro remoto, está en la relación de satélite a planeta y de colonia a metrópoli.

El que trabaja está aquí, pero su salario o su ganancia se fijan en el exterior, y sufre una merma igual al interés y a la amortización que percibe el banquero que ignora que su dinero está en América, más la ganancia del intermediario a quien suponemos el dueño. Así el trabajo no alcanza a formar a su vez centros de fuerza, sino que permanece tanto más individual y gaseoso cuanto el capital más se concentra; hasta que puede decirse que no hay luchas de clases ni problemas sociales.

Todos los países suramericanos están sojuzgados por centros de energía económica situados en el hemisferio norte; trabajan con arreglo al mercado exterior, al que envían lo que aquéllos necesitan y de donde traen lo que a los otros les sobra. No pueden ser, por lo tanto, centros reguladores ni, aunque produzcan alimentos de primera necesidad, árbitros en la oferta y la demanda. Tienen que ser por fuerza zonas marginales de un centro de consumo y de explotación extraño, que necesita ciertos productos que nos obligan a cultivar. También en tal sentido resultamos ser factorías, colonias y dominios, pues producimos lo que ellos quieren y ellos quieren que produzcamos lo que no les conviene o no pueden producir. Esa constelación de intereses extraños desbarata los gremios y las cooperativas. Cada una de estas repúblicas tiene, pues, un problema interno con aspectos de dilema, un problema de organización, de intercambio: el del comercio interno, el de la cultura interna; y no es posible que entren a participar en un sistema de relaciones de orden internacional sin resolver antes esos problemas. Mientras la solución de sus problemas depende de la voluntad ajena, que tiene interés en no resolverlos, no pueden comunicarse entre sí directamente, porque la unión sería la verídica independencia de estas repúblicas. La desinteligencia pansuramericana es efecto del orden de relaciones entre el sur y el norte.

Quedan aisladas, sin amor y sin odio, con una franja adiabática que ya no son las fronteras de piedra, de agua o de yermos y selvas, sino Europa que se interpone entre ellas. Ninguno de estos países pudo haber logrado una mayor libertad en el juego de esas piezas rígidas de su mecanismo social, es cierto, va que nacieron a deshora; pero aparte diferencias de grado, de un poco más de crédito y de un poco menos de tierra, sus destinos son idénticos. La hipoteca que las grava es el precio de la barbarie que encontraron al nacer, y la anarquía mediante la cual sólo fue posible su emancipación. Organizado desde fuera el capital, el trabajo se disgregó sin que contara con operarios técnicos, ni artesanos. Cada trabajador sería el pequeño capitalista de sí mismo, quizá su peor patrón. Y a las formas crudas de la barbarie evidente y peligrosa, sucedió la disolución del alma nacional, del ideal colectivo y de la ley en la comunidad, bajo el predominio del oro humillante, que era la caricatura de la prosperidad.

Ese alejamiento de infinitas características en que las repúblicas viven, disfrutando de una soberanía nominal, resta todo interés humano al espectáculo, toda curiosidad. Guerras, revoluciones, epidemias, terremotos, apenas llaman nuestra

atención. No nos conocemos, pero nos comprendemos. Producimos las mismas materias primas que los demás, cumplimos la misma función de fincas suburbanas de Europa, todos estamos defendiendo al amo sus posesiones y embriagándonos con los licores clandestinos que nos manda: oro, revistas, películas, armas. Nos interesa Europa y estamos copiando de ella lo que ya es América allá. Un servicio telegráfico extenso, vuelca todos los días en medio continente los residuos de una vida que palpita a otro ritmo y que funciona a otra temperatura. Lo nuestro no nos interesa porque aún guardamos rencor a lo que somos de verdad. Lo que el telégrafo nos transmite es la superficie y la cáscara de los fenómenos sociales, políticos y artísticos de Europa; la vida intelectual de cada estado del archipiélago suramericano está en relación con la abundancia de noticias. Y en razón del consumo de cablegramas que cada nación hace, se juzga de su estado de cultura. El sentido de esas imágenes se nos escapa y toda incorporación de sus formas sin sustancia, desde el vestido y las leyes, hasta el *flirt* y el deporte, son remedios grotescos. Siete mil millas de agua refractan las figuras hasta darles la apariencia de que coinciden con las nuestras. Lo interior, que es lo que no queremos ser, prosigue su vida torácica, pausada, imperceptible. Y sin duda la libertad verdadera, si ha de venir, llegará desde el fondo de los campos, bárbara y ciega, como la vez anterior para barrer con la esclavitud, la servidumbre intelectual y la mentira opulenta de las ciudades vendidas.

## II

### DISTANCIAS

#### ESPACIO

La vista es el órgano de las distancias y por lo tanto, el más sutil tentáculo de aprehensión. La claridad con que desde un pueblo se divisa otro pueblo, fija una posición sentimental, y no podemos contemplar la aldea vecina sin residir en alguna forma, un poco, en ella. Así se descansa en la marcha que es vivir. Sobre las tierras pobladas desde siglos, los pueblos están separados por labrantíos, por bestias enyugadas o sueltas, por árboles; por espacios llenos, en fin, como se los ve en las viejas pinturas en que el cuerpo de la figura llena un sector amplio de la perspectiva. Hoy existen iguales. Entre ellos pueden generarse sentimientos de rivalidad intensa; mas ya sabemos que ésa es una forma paralela del amor, y hasta cierta oxidación normal del contacto de las agrupaciones humanas. La sociedad segrega tales diastasis. Esas rivalidades representan el otro polo del amor, Anteras, el amor contrario. La lucha identifica al hombre con el semejante; la rivalidad es, con los celos, un cariz que acaba por fundirse en el gran torrente de la simpatía. Sin embargo, a poco de residir en esos pueblos viejos, se nota que el sentimiento predominante, tónico, es de reposo sobre un orden, sobre un mutuo amparo, según ocurre con las casas en la ciudad y con los ancianos en el asilo. Esa situación, nacida de la contigüidad, crea con el tiempo afectos, y las rencillas encarnan el papel de percances familiares en la comedia humana. Mueren los hombres con su odio y el pueblo queda trabajando por la amistad.

Mucho peor es estar aislado. El morador de nuestros pueblos conoce los nombres de los inmediatos, pero no los ve; el campo y el cielo no ofrecen reposo a la vista, ni al alma un punto en que descansar.

La unidad de medida entre los pueblos aislados no es la vista ni el afecto, ni la rivalidad: es la medida geográfica, la milla, el kilómetro, la legua y las horas de viaje. Interviene una unidad de medida extraña al hombre, que hace advertir que hombre y mundo están contruidos a escalas distintas. Sólo conciertan con la posición: el hombre está dentro de ese espacio. Ese espacio no lo circunda ni lo contiene, ni lo atrae. Más bien lo expelle, impeliéndole a marchar. La desproporción que así resulta

es distancia pura en leguas, en kilómetros, en horas. Lo que se ha entendido siempre por Madre Naturaleza desde los Vedas y Homero, fue esa relación de hijo a regazo, de feto a placenta, que debe existir entre el hombre y su paisaje.

Un pueblo se forma por fenómenos cristalográficos, y en los orígenes de todos ellos hay, porque todavía es visible, la relación del lugar que el hijo ocupa cuando se independiza, según la cantidad de su rebaño, su capacidad de labrar y su voluntad de apoyarse mutuamente. Aun los que crecieron por ocupación militar tienen, en la distancia a que están del propincuo, su cordón umbilical a la vista. Hasta donde llegó aquella independencia del hijo, llega su fuerza hoy; lo que supera esos radios umbilicales son distancias de traslación o índices de capacidad económica con arreglo al cálculo; no amor.

Hipodamos de Mileto y Aristóteles fijaron los límites numéricos al pueblo. Homero significaba con el epíteto de «el-que-de-lejos-manda», conferido a Agamenón, un poder ya de signo jurídico que llegaba más allá de la acción inmediata, un poder jerárquico puro. Platón fijaba como capacidad máxima de población a las ciudades, la cantidad de gente que cupiera en una circunferencia cuyo radio fuese la audición clara de la voz del orador.

Por eso también los sistemas de medidas y pesos, para quienes el cuerpo era un módulo y el hombre la medida de las cosas, basábanse en las proporciones humanas. El pie, la yarda, la toesa, la libra, etc., toman su patrón, no de la diez millonésima de un cuadrante de meridiano terrestre, sino de las piernas y los brazos. Después de cierta magnitud, la distancia es geodesia y no sociología, medida itineraria y no vecindad. Aquello que supera la longitud de la resistencia del hombre en marcha está más allá de él, y sólo puede alcanzarlo agregando a su cuerpo la fuerza de la máquina y su velocidad. Pero si la máquina no atraviesa o no vuela por encima de las poblaciones así formadas, es un aparato de transporte y no de unión. El viajero se convierte en conductor de la máquina. Aquella razón sabia de estatura y de fortaleza corporal que dio base a los pesos y medidas, dio espacio intermediario a los pueblos midiéndolos y contándolos en el catastro.

Si las características de la vida moderna imponen otras formas a la vecindad, nunca pueden ser superiores a las exigencias del espíritu, en el afecto o en la razón. Los pueblos antiguos, es verdad, son de formación neptúnica y los modernos de formación plutónica, pero en ambos casos obedeció su ubicación a una ley orgánica del hombre y no de la soledad. Cuando Norteamérica, para tomar un ejemplo reciente, se pobló con escorias de una raza sedimentaria, lo hizo también luchando contra el salvaje y la naturaleza. Ambos le indicaban el método más bien que el itinerario. Cosa distinta, sabían aquellos pobladores, es vencer por presión continua que por asalto. Luchando el hombre, al par de la mujer y el hijo, no se apartaba de la casa que dejaba atrás. Volteaba la selva, tendía puentes, labraba teniendo en cuenta esa unidad social y religiosa que ampliaba y por lo que se internó concéntricamente con la propiedad y el primogénito, a medida del avance; alejarse no era separarse,



sino unirse. Pioneer equivalía a explorador que aseguraba su vida, y por eso llegó a ser feroz; el arma circunstancial era la herramienta del trabajo cotidiano. Pensaba Sarmiento que Dios mismo habría de emocionarse al ver cómo iban trazándose los pueblos, tomando un arco de meridiano, de modo que al establecerse otros intermediarios, todos formaban una red armónica y geométrica.

Cuando la lucha no se emprende contra la naturaleza sino contra el habitante, contra el ser que en ella vive, con el arma usada en tiempos de paz como herramienta, y no al revés, el trazado no puede ser grato a los ojos de un buen geómetra.

## LOS PUEBLOS

En viaje de un pueblo a otro, no hay nada en medio. A los lados del camino, osamentas pulimentadas, de huesos limpios y blancos. Es el esqueleto del cuadrúpedo —sobre el que se posa el pájaro— semejante a una jaula vacía. Sólo para el caballo que se encabrita y quiere disparar espantado, expresa algo el esqueleto que se conserva intacto como si durmiera libre, al fin, de la vida.

El camino no interesa como camino: es espacio a recorrer y se trata de llegar lo antes posible. La soledad, para que sea normalmente compatible con la vida del hombre, tiene que estar llena de sustancia humana. Llegar es el placer, y no andar; esta vez la posada es mejor que el camino, y lo anuncia a lo hondo del que marcha, la quietud de la pampa, el vuelo efímero y desolador del pájaro, la carroña supina.

La diferencia que hay entre el viajero y el viaje es infinita. Es muy difícil obtener cohesión en un país en que la población se parece mucho a pájaros asentados después de desbandarse. Porque dos terceras partes de la población están en las ciudades y la que resta en la campaña permanece confinada y sin contacto. El punto inmediato es la ciudad lejana. Se sale de un pueblo y se entra a otro borrando tras los pasos lo que se deja atrás. Se marcha sin recuerdos y es más fácil seguir adelante que regresar. El viajero nunca vuelve la mirada, si no es de temor, y lo que le atrae es algo que está más adelante del horizonte: el punto de llegada. Lo que recuerda: el punto de partida. Todo hombre de llanura es oriundo de otro lugar. El árbol de esta llanura, el ombú, tampoco es oriundo de ella. Es un árbol que sólo concuerda con el paisaje por las raíces; esa raíz atormentada y en parte descubierta, dice del viento del llano. Las ramas corresponden al dibujo de la selva. Bien se ve que es de tierra montuosa, quebrada. Ha venido marchando desde el norte, como un viajero solitario; y por eso es soledad en la soledad. Se vino con un pedazo de selva al hombro como un linyera con su ropa. Lo que rodea al ombú se expresa en signos de otro idioma; grande y sin igual, necesita del desierto en torno para adquirir su propia extensión. Acaso esa marcha del árbol hacia el sur, le haya sido impuesta por la exigencia de extender sus raíces; pues tanto pudieron éstas haberse fortalecido por el pampero, que soplaba en

contra, como haber sido la voluntad heroica que lo lanzó contra él. La raíz habría hecho de este árbol un ejemplar ascético. Pero sabemos bien que un viento menos fuerte lo diseminó y que se detuvo al borde de mi clima. Un poco más al sur hubiera muerto. Ahí echó raíces extensas y poderosas como el viento. Quedó convertido en pulmón, bajo un cielo inmenso de aire sutil y de luz.

El ombú es el árbol que sólo da sombra, como si únicamente sirviera al viajero que no debe quedarse y que reposa. Su tronco grueso, recio y bajo, es inútil, esponjoso, de bofe. Perfecto órgano del aire, respira la tierra por su parénquima vegetal. No se extrae de él la madera, y Virgilio no lo hubiera cantado en las Geórgicas. No puede hacerse de él vigas para el techo, ni tablas para la mesa, ni mangos para la azada, ni manceras para el arado. No tiene madera, y más que árbol es sombra; el cuerpo de la sombra. Sus hojas son tosigas, pero la raíz que es la tierra, suele ofrecer cavidades de gruta y asilo al que va huyendo. El ombú es el símbolo de la llanura, la forma corporal y espiritual de la pampa.

Tras mucho andar, el pueblo que primero se encuentra parece el último, como si después de ése no hubiera otro más. Nos invade un sentimiento de pena, y la alegría de la llegada se defrauda en un abatimiento de aldea chata, incolora, hecha a imagen y semejanza del campo. Las calles son anchas y de tierra, los frentes de las casas de ladrillo sin revocar, con terrenos baldíos entre unas viviendas y otras, separándolas. El crecimiento de esos pueblos es horizontal: un derrame por sus flancos. También hay ranchos de adobe o de chapa. Ese pueblo está envuelto por el campo; en la lucha que ha entablado contra la soledad, el vencido es él; está sitiado por el campo, enquistado y reducido a un curioso caso de mimetismo.

El campo entra por las calles y por los terrenos con los yuyos. Los yuyos son los heraldos con que el campo anuncia su lenta, infatigable invasión. Hay que estar cortándolos siempre y siempre crecen, hasta que por cualquier evento pueden invadir las habitaciones, que suelen ser de piso de tierra, o echar su ramita entre los ladrillos. El campo llega hasta el patio y el patio entra hasta la cama.

No es tanto que las casas sean pequeñas cuanto que parecen chatas por la inmensidad de la perspectiva. Su pequeñez es una ilusión de óptica; es la pampa que las achica. El transeúnte en las calles parece más pequeño de lo común, porque se lo relaciona con las cosas, que están relacionadas con la pampa.

Esos pueblos parecen aerolitos, pedazos de astros habitados caídos en el campo. Al llegar se diría que entramos otra vez al pueblo que hemos dejado, y que el viaje fue una ilusión. Cuando preguntamos por el nombre del pueblo nos sonríen, porque el interlocutor cree que ése es «el pueblo», las casas, un lugar que tiene nombre en medio de un lugar que no tiene nombre. No hay diferencia entre el pueblo y el campo: el pueblo depende de él y eso es todo. Está ahí, pero pudo estar más a la derecha o más a la izquierda; o no estar. Existe para proveer al campesino, que va muy rara vez a obtener vituallas y repuestos, y a beber sin moderación. Al finalizar el día se interna de nuevo en su soledad, llevando provisiones para largas semanas, y un

sabor acre en la boca. Ese pueblo no tiene vida propia, porque no apareció ni prosperó por exigencias que lo hicieron indispensable según la tierra en que está anclado. Existe para aquellos seres que desde las chacras aparecen y desaparecen. Por una parte está unido a esos hombres que no se tratan entre sí y que van directamente a levantar comestibles; y a Buenos Aires, o a otra ciudad, adonde envía la cosecha y los ganados. De Buenos Aires, o de otra ciudad, recibe mercaderías y productos elaborados, una vez que desde esa pampa han dado la vuelta al mundo.

La noche es la hora adecuada de esos pueblos silenciosos, entredormidos, quietos, saturados de lujuria, codicia y rencor. Las luces de las casas y de los lejanos ranchos, brillan como estrellas, a distancias telescópicas. Más lejanos que esas luces, se oyen silbidos de animales inexistentes y misteriosos; sonidos finos y sutiles que embebe el tímpano como una droga soporífera. La llanura que de día pareció no existir, recobra de noche una vida lejana, atenuada, persuasiva. Se puebla y se enriquece y cuesta trabajo no creer en las almas en pena. Esas voces hipnóticas son las voces de la sombra y el sueño que invitan a dormir y a morir.

Son los equivalentes de los crujidos nocturnos de los muebles, con que nos ponemos en contacto con fuerzas desconocidas del mundo; pero mucho más delicadas, infinitamente más penetrantes y que apenas dan miedo. Deleita escucharlas sin que se quiebren en el oído, recogiénolas con luda la pureza con que las emite la soledad, que mediante ellas adquiere su sentido perfecto.

Ese miedo de la noche, queda pegado a las casas al amanecer. Lo que tienen de tristes y hostiles se comprende recordando que el día es un paréntesis de la noche, el descanso de la fecunda noche.

La casa del interior es plana, chata, terrosa y parece disimularse contra el suelo. Es una casa sin adornos exteriores ni interiores, la vivienda simple y esquemática. Nuestros pueblos son aplanados y extensos, es decir, que ocupan más extensión de la debida según el número de habitantes y de edificios; y que tienen, como consecuencia, menos altura de la lógica. Un pueblo —cualquiera de cualquier paraje— parece dislocado por terrenos que se desplazan en un movimiento centrífugo. Están desmoronados; no tienen intimidad, quieren desbandarse. Las casas han ido construyéndose con ese espacio neutro que en toda propiedad se establece física y psicológicamente en los lindes. Esas familias parecen tener secretos pudores que las aíslan: temor de culpas, de deslices, de enfermedades contagiosas. Forman en torno de ellas y envolviendo las casas y el pueblo, un ambiente recogido, enigmático. A las afueras, la casa por antonomasia, la Casa Grande, con sus celosías cerradas, sin ruidos. Esa casa es el pensamiento reprimido de las otras, la casa mala, la casa tabú.

Fuera del pueblo, desde donde sólo se divisa el tapial que lo circunda, está el otro pueblo, más bajo, en silencio, muerto. No tiene que ver este pueblo con aquél; son dos mundos distintos. El cementerio en la campaña es el olvido y el abandono. Queda lejos y no se acostumbra visitarlo ni en las fechas consagradas; alguna vez se va, como a vigilar las lápidas y las cruces, expuestas en la soledad al robo sacrilego. Hay

por lo regular un guardián, que cuida las sepulturas y que hace de sepulturero. Pero en los pueblos chicos este trabajo se encarga al que cava los pozos de agua, y que suele trabajar de albañil. Construye casas o hace tumbas. El cementerio tiene un tamaño adecuado al pueblo; hay una relación de su perímetro con el del pueblo, equivalente a la de sus respectivas capacidades. Los comerciantes y los chacareros ricos edifican bóvedas, mas lo común es la sepultura en la tierra, sobre la que se clava una cruz de madera con el nombre. El pasto crece desde los senderos y las invade; la cruz desaparece pronto vencida por la intemperie o por las hierbas silvestres. La muerte es el olvido. Según el hundimiento de la tierra puede calcularse el tiempo; según la cantidad de pasto, lo que dejó el difunto. De todas esas sepulturas se piensa que son de seres sin familias, de transeúntes a los que sorprendió la noche en el pueblo.

El campo rodea al cementerio y circunda igualmente al pueblo. Una noche igual cae sobre ambos y el mismo sol los ilumina. El pueblo tiene algo de la tristeza del cementerio; la casa de los muertos es muy parecida a la tumba de los vivos. La población vegeta y parece nutrirse de la misma tierra, y de las casas.

A las afueras están los ranchos, que son casas más pobres y aún más aisladas. Las mujeres y los chicos casi nunca llegan hasta el poblado. Vegetan más lejos, y tardan un rato antes de salir cuando el viajero se detiene en sulky frente a la tranquera. Salen los chicos y los perros. Las personas mayores espían primero y se arreglan un poco. Cuando el viajero parte, vuelven a entrar al rancho. Las mujeres no miran al pueblo; no les importa. Esos ranchos están a mitad de camino entre el pueblo y el cementerio, cualquiera sea la orientación y la distancia. Los muchachos a veces ignoran el nombre de la estación o el del río próximo, aunque conozcan la dirección del camino como un nombre. El nombre de los pueblos que no se ven y hacia los cuales lleva el camino, es un nombre abstracto para ellos. Esas gentes de los ranchos no han podido siquiera llegar hasta el pueblo o han sido ya rechazadas por él. Otras han penetrado con sus ranchos, y son esas casas de material o de cinc que vemos a lo largo de las calles. Tienen la misma distribución de habitaciones, la misma sombría soledad dentro. Son células de un claustro destrozado, disperso, donde se engendran los hijos, donde se reside, se envejece y se muere.

Poco a poco se pierde el hábito de hacer visitas y las amistades jamás llegan a ser profundas. Hay fiestas que congregan a muchas familias, pero en esas fiestas cada familia parece conservar el mismo lugar que su casa en relación con el pueblo. La fiesta es el mismo pueblo que se reúne, el pueblo reducido a las personas, con las mismas distancias y baldíos alrededor. Si se baila, las parejas no hablan, atentas al compás. Y, sin embargo, algo se comunican, porque el amor no tiene otras oportunidades. Las mujeres ocupan un sector, en sillas alineadas; los hombres se agrupan aparte, beben y dicen picardías. La orquesta de violín, flauta y guitarra hace que los hombres vayan hacia las mujeres, y hombres y mujeres están juntos mientras lo quiere la música. Inmediatamente después de cesar, cada cual ocupa de nuevo su

sitio; ellas a un lado y ellos a otro. Las pobres mujeres están acostumbradas a contentarse con muy poco y a ser resignadas. De ese contacto fugaz, superficial, corporal, nace a veces el amor fecundo en hijos. El noviazgo se inicia así, de manera que nadie lo advertiría, y es curioso cómo ellas pueden adivinar en esos hombres que se avergüenzan de la mujer, que se las desea. Se diría que el noviazgo es entonces lo más natural, una necesidad inherente a ese estado de cosas. Mujer y hombre se aman desde tal fecha y ni el noviazgo ni el matrimonio tendrán después mayores complicaciones. Inclusive el adulterio, si sobreviene, será una peripecia sencilla. Las pasiones, como los vicios y virtudes, son fuerzas naturales. Por dentro de todos y por sobre todos está la naturaleza; ese campo liso, monótono, eterno. Y el ser humano vive en su superficie una existencia de geometría plana, hasta que la muerte lo lleva de un pueblo a otro, de la casa a la tierra.

## FISONOMÍA DE LAS POBLACIONES

Las ciudades se diferencian entre sí con arreglo al clima de la región en que están, y por su edad. Mar del Plata es una excepción por cosmopolita y bonaerense, de modo que siendo aquello que a Buenos Aires le falta, forma como una prolongación de su calle Florida hasta perderse diluida en olas y colinas.

Cincuenta años es ya mucho para cualquiera de estas ciudades y la fecha en que los cumple celébrase como sus bodas de oro; así se parecen a la vida del hombre. No obstante, las características que los años les dan se reducen a la cantidad de edificios y de habitantes; y cierta vetustez de los estilos arquitectónicos, que envejecen tan prematuramente, con el agobio de la construcción, en el marco de la puerta, la reja, si la tiene, la altura del único piso y el patio. El alma de todas ellas es idéntica. España permanece dentro, como enseres que se abandonan en la mudanza. Se la siente, en la abundancia de iglesias, en los lugares que ocupan las plazas, la municipalidad y el obispado, en la lobreguez espiritual de las noches que las sumergen en silencio sin rondas, en la taciturnidad de los rostros, en la dura inhospitalidad de los zaguanes, en el saludo sin franqueza del peatón. Por las calles no transita la vida, que permanece enclaustrada en las habitaciones de persianas furtivas. De Buenos Aires se pasa a Rosario, de Rosario a Córdoba y de aquí a Santiago o a La Rioja, o a Catamarca, o a Jujuy, o a Salta, y la impresión es de que Buenos Aires se hace retrospectiva, cada vez más chica y antigua. La Plata, Bahía Blanca y Mercedes marcan igual retrospección. Cualquier ciudad del interior, estancada a cincuenta, a cien, a doscientos años atrás, se parece a otra de igual edad. Les falta su alma y su expresión auténticas; en vez de buscarlas en sí mismas, procuran parecerse a un Buenos Aires de álbum. Esa aspiración es visible en los negocios, siempre de local demasiado espacioso, en los bares a ciertas horas, en el vestir y en el frente de los edificios. No

pasan de ser, en todo lo que loman prestado, calcos yertos, en los que sin embargo, se agita incómoda una psiquis local que no alcanzó a trasponer su ninfa. Lo poco que es de ellas, lo que nace de la naturaleza circundante, de lo interior de las habitaciones consecutivas desde el fondo o a lo largo del frente, de la experiencia vital de los ciudadanos, inclusive lo que recibieron ya de vivido, es apenas una fosforescencia. La soledad de los campos las ha penetrado y convive en los espíritus y las moradas. Han devorado todo a su alrededor para existir ellas y ahora tienen dentro el suburbio, la aldea y el rancho, todo mezclado.

El parecido que hay entre esas ciudades, aun entre Tucumán y Santa Rosa de Toay, es el alma de la pampa que pesa sobre la aplastada edificación, en el paso indolente del transeúnte, en la cautelosa curiosidad que el forastero advierte en los ojos. Todo forastero es descubierto de súbito por imponderables datos que captan esos ojos ávidos de mirar. Para el viajero que ha dejado otra ciudad antes de entrar a ésta, solamente han cambiado algunos signos externos y cuando mucho la ubicación de los negocios. El color edilicio, el ancho y empedrado de las calles y su infinita perspectiva, los rostros, los trajes, la pronunciación, el trazado de la ciudad, el alto de los edificios, son casi los mismos. Notará, acaso, un poco de mayor pobreza y más o menos cuidado en disimularla; pero él vuelve a encontrarse de nuevo extranjero en su patria. Es que los del sur no llegan regularmente hasta el norte, o viceversa, y muy pocos han podido conocer su país tan vasto, tan triste y tan caro. De modo que, sean los padres o los hijos, son siempre los mismos hombres en los mismos parajes. El que recién llega tardará muchos días en trabar trato con los demás, en hacer relaciones con los pensionistas. Se le contempla como a un extraño y es muy difícil desvanecer una reserva de varios siglos. Si no tiene dinero, las personas a quienes vaya recomendado tratarán de desembarazarse pronto de él; como los que van de América a Europa, los que van de Buenos Aires al interior tiene el deber de ser ricos. Hasta los parientes lejanos miran con disgusto al huésped si no pueden exhibirlo como florón del apellido, y la inteligencia es un desliz.

Todas estas ciudades insignificantes, ásperas, que leen los diarios porteños, a la mañana los de la tarde y a la noche los de la mañana, que no tienen sino un tinte cutáneo de cultura, poseen reductos infranqueables, relicarios con pedacitos de huesos de España. Ni el burgués penetra en lo que llaman los círculos sociales, que tienen sus registros genealógicos llenándoles la memoria ligera de otras cargas. Son los recintos sagrados en que está refugiado desde la Colonia lo que esas gentes gimnospermas llaman «la sociedad». Como en las comedias de Molière, cada ciudad tiene sus aristócratas que son los que llevan apellidos de abolengo y los que dirigen la política. Poseen fincas, desde el cuarto antecesor, que el abuelo hipotecó y que ellos perdieron; campos y propiedades se conocen con su nombre, que es lo que poseen de ellos. Paraná, Salta, Córdoba, cualquiera de más de un siglo tiene en su corazón ese núcleo prócer que mira con desprecio a la plebe, que de contragolpe no los respeta ni los envidia. Los varones pueden estar mezclados en negocios y empleos con el

populacho, porque al fin todos se ocupan aproximadamente en lo mismo; mas las familias no se tratan ni se emparentan fuera de su casta irrisoria. «La Comtesse d'Escarbagnas»; o más bien, «George Dandin».

Para comprender las ciudades hay que retirarse un poco al interior de la campaña, donde se las vuelve a encontrar reducidas a sus elementos, ya en el pueblo, ya en el villorrio. Es siempre lo mismo a una escala reducida; pero en estos lugares se puede ver cómo cristalizan los sentimientos y las circunstancias que constituyen después la ciudad y el ciudadano. En cierto modo quedan por los campos las etapas de ese proceso de cristalización. El hombre de la ciudad no tiene grandes dificultades que vencer si se afana en ser rico o en figurar; la inteligencia es un estorbo del que pronto acaba de desentenderse, si no es tan fuerte que lo arrastra a la metrópoli; las fuerzas que están en juego son muy simples, aunque por eso mismo indomeñables para quien no consiente en ser instrumento dócil de ellas. El campesino está en el centro físico de ese sistema de fuerzas, allí mismo donde se generan antes de acumularse y hacerse ciudadanas.

## PIONEERS QUE HACEN ALTO

Muy simple también el campesino, resulta siempre más complicado que el mundo sencillo que lo rodea. Por muy poca cosa que sea en resumen, en su medio es un semidiós. Encuentra en sí actividades y poderes que tienden a someter a su dominio lo que le circunda, como ocurre al niño, puesto que juzga sobre valores de existencia en un orden de ser o no ser. En primer término, significa la vida, luego la riqueza, después el poder. Hasta el más exento de complicaciones transportado a ese medio de bajo cifrado, desarrolla de su personalidad adormecida facultades de conquista que llegan a causar asombro; pero en la tumefacción de esas personalidades creadas por ejercicios de facultades muy restringidas, están siempre incorporadas las materias que ha dominado, las herramientas que inutilizó. Él es, por lo pronto, algo que vive y quiere; algo que puede influir sobre lo próximo de una manera autoritaria y con la razón siempre de su parte. Es lástima que no quiera nunca más que aquello que puede, porque en vez de llegar a ser el animal más adecuado al pueblo en que se hizo, podría haberse roto él y sembrar la inquietud por algo inmortal. Colaborando con las fuerzas ambientes es que llega a dominarlas, hasta que las fuerzas ambientes se lo tragan un día, pues era nada más que un juguete.

Sentimientos análogos del yo bravío y sin castrar, engendran en las colinas el característico amor al terruño, a la tradición vernácula y al mito heroico. En los llanos incuba la desmedida estima de sí mismo proyectada hasta lo que es suyo, la rebeldía contra el orden que se impone desde afuera y contra la ley. El ricachón del pueblo es siempre un poco matrero y prohija al guapo con recóndita simpatía. Su disidencia con

un contexto puramente sustantivo, le previene contra todo aquello que se le antoja una intrusión a su mundo en que se mueve sin tropiezos. En torno a sí congrega fuerzas afines y propende a dispersar las de una carga eléctrica contraria. Como agente catalítico, transforma determinada cantidad de componentes sociales y anula la acción de otros, para que al fin tenga en todo el pueblo un sostén y sea él el hombre representativo.

Al principio hubo de combatir trabajando, contra un medio cargado de hostilidades; mas en cuanto perdieron su virulencia las cosas circundantes, el pueblo y el poblador las tenían dentro. Restaron soledad a la soledad metiéndosela en las casas y en el alma, de donde ya no se la puede echar.

El montañés vive en una ausencia de todo y se ha rendido; apenas le alcanza su voluntad para proseguir adelante de un día a otro. Lo poco que tiene le basta, pues faltándole todo no tiene conciencia más que de su existencia rasgada en su película por los sentidos, y con alguna superstición que se da también por satisfecha con el escapulario y la imagen del santo venerado, vive. En cambio el campesino de nuestras llanuras donde la fortuna; antes fácil como el sol y el agua, atrajo a los más corajudos, vive con respecto al otro en una propensión de resorte y de gatillo amartillado. No porque si nuestra llanura es la levigación de las viejas montañas. Ha puesto la vida en sus manos y ya sabemos que la mano es una de las armas más antiguas. La soledad convierte al individuo en el centro de esa circunferencia infinita que es la llanura y en la llave de esa bóveda absurda que es el cielo. Produce en él un sentimiento de diástole hacia lo conviviente inmerso en su propia ignorancia, y de sístole que lo contrae frente a lo que, fuera de él, representa la coerción y exige disciplina. Se agazapa o se dispara en situaciones idénticas, según la mixtión de moléculas anímicas imponderables. Está latente en él la ingénita curiosidad del animal de rapiña, en un anhelo de explorar y prevalecer, que lo lleva a inquirir en lo que encuentra, esos detalles que sirven para el cotejo y la medida de la estatura y la fuerza de lo que oye y lo que ve. Existencia alerta y sin párpados. Le interesa la cantidad y el tamaño de las cosas, de las ideas, de los recaudos y de los riesgos. Inquieta del prójimo y de su vida sin otro motivo que el de invadir y penetrar un mundo que sospecha semejante, y que le está vedado por lo que desconoce. La mansedumbre con que averigua, es el movimiento primario de la vitalidad insurgente que en el niño despunta simultáneo con la capacidad estereoscópica de la vista, cuando destaca los volúmenes en planos de distancia y tiende a asirlos. El alma infantil del hombre maduro de la campaña argentina, y sin duda de las que se le parecen, ahí se detiene, transformando tal impulso en un complejo de curiosidad que suele confundirse con la ingenua entrega de sí. Como el animal, es curioso en su soledad; escudriña cuando parece interesarse en datos insignificantes, y el ojo tímido que echa la mirada a los pies está explorándonos.

Resulta de tales disposiciones, del corte en seco de la necesidad de trabar relaciones lícitas con el mundo, la tendencia a vivir metido, por decirlo así, en la casa



y el cuerpo ajenos. Todas esas tentativas de establecer una correspondencia humana a fondo, se le frustran porque es un ente solitario. Masía lo que es precioso en él de pronto cambia de orientación y se convierte en la defensa o el ataque por presuntos peligros imaginarios, muy en lo bajo de la subconciencia. La pregunta: «¿Qué anda haciendo?», es el tentáculo depredatorio que se esquiva elusivamente con la respuesta: «Aquí andamos».

Pero ese movimiento subconscientemente defensivo aunque más subconscientemente social, no va impregnado de amor, puesto que el prójimo sólo le interesa como objeto incógnito. Al contrario, da nuevas variantes al tema del distanciamiento, que aparecen en el recelo exagerado, entendido como mutismo natural del paisano, y en la falta de respeto a toda intimidad. La personalidad ofrece una corteza dura cuando se la aborda de frente; el hombre de la llanura es diestro en hallar los rodeos morosos que la dejan en descubierto, como sabe dar con un tajo en la coyuntura de la res. Representativo de este medio es el guapo.

## EL GUAPO

El guapo es un órgano atrofiado del pueblo, resumen de una época y albacea del indígena. Flota sin ser influido por ninguna de las fuerzas que acondicionan la existencia y rigen la sucesión de los seres. De manera que está cortado de lo anterior y de lo que sigue. Extrae de sí mismo las razones para obrar, y nada de lo que le rodea le enseña ni le modifica. Encórase en la dura piel de su temperamento y al uso del animal o del filósofo, obedece a un sistema propio. Cerrado, criptógamo. Desprovisto de todo ornamento didáctico o convencional, puede parecer próximo a un tipo esquemático, tal como el árbol seco al «árbol en sí»; pues sin duda tiene en dosis superlativa lo macho del hombre. Sin flexibilidad y sin ambivalencias no contiene ni rastros de la marioneta que en todos vive. De ahí la seriedad irremediable de sus gestos. Vive su drama engreído y de verdad, como si fuese el autor del asunto.

Bandolero suelto, sin afiliación, sin cómplices, avenido a tolerar hasta cierto punto el orden convencional de las cosas, de cualquier ángulo que se le observe se ve que una lógica masculina gobierna su persona. Es bravo por inclinación y no tiene relaciones con la sociedad, sino consigo. No participa como componente de ningún grupo, ni tiene que ver con nadie, semejante sin semejantes. Es lo masculino, a lo que amputó lo femenino y lo infantil: lo que no recibe influjos del mundo ni trabaja para el mundo. Por eso se le llama el «macho<sup>[5]</sup>». En consecuencia es un ser estéril, que no engendra y que se consume en su propia acción, independiente del contexto de las actividades sociales. Existiría así en cualquier isla. Individuo y no ser representativo, esquema y no hombre, encama su idea y no su ideal. Hagen, mejor que Sigfrido. El héroe tiene un movimiento parabólico, y éste se concentra en un remolino de sifón, lo

mismo que el animal de garra con su ineluctable soledad central. Como su acción no tiene proyecciones sociales, desborda con su cuerpo. No encuentra manera de influir sobre los demás sino atajándoles el paso. Mata, atemoriza sin buscarlo; su lenguaje de actos ignora la premeditación y el arrepentimiento. Nunca queda satisfecho ni colmado porque no se impregna, y en cada hazaña parece que recomenzara. Un prurito inextinguible lo espolea a injertarse en las cosas por lo mismo que no puede combinarse con ellas por otros medios. Considera a la mujer como un ser entre otros; no la compadece ni la desprecia: la usa. La posesión material lo exime de la responsabilidad paternal; su acto marital sin apasionamiento, no trasciende. Es un fantasma cruel, que pasa; un ser inferior, pues no se proyecta. Añadida a esa cualidad bravía, zoológicamente pura, el sentimiento de lo social, de la finalidad de la acción; creada en él la noción del deber, daría el adalid y, en la vejez, el patriarca. Pero la naturaleza le ha privado de órganos de relación y de comprensión, si es que no comprende en bloque lo que forma el horizonte vital del carnívoro.

El guapo es un ente solitario, el unigénito del gaucho malo, el hombre en la limitación de la fiera, rodeado de su propia figura. Su *hábitat* natural es el pueblo chico, donde es una fuerza del campo que circula sin saludar a nadie, y que no ataca si no se le excita, La maldad en él resulta como la abundancia de vello o el olor amargo en el animal montés: estado de naturaleza. Tiene la absoluta responsabilidad de sus actos. Cuanto hace es irremediable y no podría decirse que pudo suceder de otro modo; es fatalidad. Merece respeto, lo mismo que todo lo que no puede variar, ocurra lo que ocurra. En la secreta simpatía con que se le mira hay, pues, cierto acatamiento a las potestades inexorables que en él se han aposentado. Y también hay la secreta simpatía con lo dañino.

En una sociedad mal constituida, o constituida con descontento, el elemento antisocial representa una gran parte de los sentimientos reprimidos de la misma sociedad: la sociedad latente. De ahí el carácter heroico y simpático que en algunos casos recubre la maldad del guapo. Es una forma de tomarse venganza el pueblo, por delegación en ese infeliz. Con su coraje y su desafuero, con su paso silencioso hace que la masa honesta de vecinos recobre el sentido de su fuerza y de su protesta, sofocadas, contra el orden y la justicia.

En casi todos los pueblos existe por lo menos uno de esos hombres, espectro de la parte pretérita que ha muerto. En su calidad de prófugo anda en libertad; el sobreseimiento conseguido por el caudillo, sin que él lo gestionara, lo convierte en personaje cuya función está oficializada, integrándosele subrepticamente a la administración pública; y circula con el endoso del Tribunal. Aunque no hace gala de sus muertos ni gusta que se le hable de ello, superior a la ley, a la indulgencia y al miedo.

Naturalmente, es pobre y no conoce otros oficios que los del campo. A menudo vive a costa de alguna mujer de mala vida, que admira en él ante todo el alma de varón. Se reduce entonces a parásito del prostíbulo, donde su poderío es irrefutable.

Esta vez también la ramera toma sobre sí una carga pecuniaria y social, de que libera a la gente honesta; porque el dinero con que mantiene al guapo, releva al comercio del pago de tributos. Esa fiera tiene para comer y vestir y para sus vicios; con lo que rara vez exige la contribución en especie. Sin embargo, se le fía en un crédito que nunca se salda y del cual usa con prudencia: lo que necesita.

Contra él nada puede la policía, que paradójicamente lo toma por modelo de entereza, de rectitud, de autoridad sin ostentación pero absoluta, imitándolo en lo que es posible. En algunos caciques hay retratos antiguos de él y Moreira es su réplica romántica y literaria: Don Segundo Sombra es su Cantar del Mío Cid.

Producto connatural del pueblo chico o de crecimiento rápido, existe una cercanía de campo, y el rancho de las afueras para vivir. Degenera en contacto con seres sumisos. En las ciudades y poblaciones mayores decae en el compadre, ya retórico, burocrático y político. Y no es hijo del gaucho malo, sino del extranjero pobre que quiere hacer pueblo de la ciudad.

## HOSTILIDADES DE LA SOLEDAD

Las poblaciones pequeñas de las grandes planicies donde se encuentran casualmente seres de tan diversos orígenes y acaban por juntarse y tener hijos, más bien que tomar cohesión a medida que se hacen compactas, fermentan sentimientos disolventes que no crean odios fecundos, porque también son superficiales. La pampa es un lugar de dispersión. Contra toda voluntad, la soledad es más fuerte que el trabajo por ser un estado constante y estable, y éste un estado precario, que no coordina hondamente con un plan social, unánime, místico. La casa se levanta para que sirva de albergue mientras dura la faena y el agua y el viento son eternos. La llanura no les da materiales consistentes para edificar, y las gentes que se aglutinan en los pueblos se han encontrado allí en procura de hacer dinero pronto. En vez de hacer fortuna dejan hijos; los hijos se van y el pueblo queda siempre con sus habitantes. De todos los signos que integran la fórmula vital de cada uno, sólo son idénticos y se suman aquellos egoístas y desafectos. También en ese concepto nuestros pueblos son psicológicamente fortines. La fuerza que en el fortín se oponía a las asechanzas de fuera, se ha invaginado ahora que no hay peligros flotantes y trabaja contra el centro. De ningún modo querrían los habitantes perennizar el presente, volver a empezar otra vez. Están ahí porque coincide lo que han ido a buscar con lo que otros buscan, y su proyecto es permanecer hasta el hallazgo. El logro de algunos bienes acaba por someterlos, y entonces es la misma búsqueda, que se ha hecho más poderosa que sus propósitos, lo que les retiene, y buscan buscar. Quedan con la propiedad como cepo, mientras sus almas descontentas flotan fantasmales entre las cosas y los seres, Constituyen archipiélagos vivos, rodeados de indiferencia y hostilidad, dueños de una

fortuna que los aísla en el recelo y la envidia, de una casa que habitan como huéspedes, con hijos que prosiguen su vida moralmente emancipada, como hijos de la soledad. Estudian y entonces se quedan en Buenos Aires avergonzándose de los padres y de su apellido. El nativo ve con disgusto las bajezas a que se abandona el extranjero que se enriquece; el extranjero no comprende que se enriquezca el nativo sin sentirse despojado; porque, ignorante y pobre, todavía es un vástago de los conquistadores y colonos. Juzga que su pasaporte era el salvoconducto para triunfar.

Esos pueblos son tristísimos y no se concibe la aclimatación del hombre en condiciones de tal celibato espiritual. Podría mencionárselos a todos; todos son iguales y sólo difieren en los nombres y en el número de habitantes. Su configuración es la misma, sus personas y sus casas, pájaros asentados después de un largo vuelo. Se entra en ellos como a una cárcel con muros de campo, de donde es imposible evadirse una vez que se tiene algo, que la puerta se cerró. Nuevas gentes desalojan a las gentes viejas que se mueren o se van; unos a otros se conocen de vista y de nombre: conocen mejor lo que tienen y cómo lo hubieron. Siguen renovándose cual si empezaran a cada generación de nuevo, y nada hay que se transmita desde el pasado y que reste en pie más duradero que el transeúnte. Ni el recuerdo.

Tan difícil es llevar a cabo en esas poblaciones de tripulantes una obra solidaria, unir los espíritus y las manos, como fácil el encono y la pugna. Los comerciantes se juegan su caudal por arruinar al vecino y la quiebra de un negocio, la caída instantánea del chacarero rico, lleva un rayo de sol y un hálito fresco a esas almas oscuras. No son peores que otros hombres; son así. No se espere encontrar un artista, un escritor de cepa, un iluso de cualquier clase, un amante de los pájaros que viva y muera allí. Las almas de artistas acaban por naufragar en cuerpos y vidas miserables. Esos pueblos tienen, todos, sus vecinos inútiles, sus borrachos perdidos, que exhiben los órganos genitales a las criaturas y que blasfeman que da miedo. Destrozados por el alcohol, caídos contra la pared entonan a veces alguna canción escolar en su idioma, entre babas. Ésa es la deformación de los espíritus hechos por Dios para el canto. Tan pronto como despunta en uno alguna recóndita claridad, y el espíritu se le sofoca en tanta grosera sordidez, huye y no vuelve más, pobre pájaro sin consuelo.

En los pueblos se vive aún con el arma a la cintura. Desengaño y fastidio, resentimiento y apuro pesan sobre las almas; un difuso descontento se atrinchera contra algo invisible, en expectativas de agresiones imaginarias. Los partidos políticos inflaman los ánimos hasta convertirlos en fauces tremendas; las luchas electorales son el ejercicio calisténico en esos ánimos que no se asombran de nada y que comentan en tono jovial el asesinato y el suicidio. Agazapados, husmeando las noticias secretas que se difunden con saña, hacen presa del escándalo y le hincan su colmillo, porque éste es el pan de carne cruda cotidiano. La política tiene allá un sentido total y vital.

Viene a constituir la rivalidad el estado permanente, normal e inadvertido; el candidato, el nombramiento de médico o de comisario, la circunstancia, son meros

pretextos para que se manifieste sin escrúpulos la bestia embozada. Y sin embargo, tanta crueldad y tanto odio es sin duda una propensión a la simpatía y a la justicia, que encuentra cegados los cauces por donde correr sin obstáculos. Que el odio no es más que el amor malogrado. Por tal alotropía, asumir la defensa de alguien es descargar un arma contra alguien, y el júbilo casi siempre se manifiesta por disparos al aire. Se forman sociedades de fomento, centros atléticos y círculos de cultura que acaban en comité o se disuelven, porque la rivalidad es más poderosa que el propósito de solidaridad. Fúndanse periódicos que están al servicio de la discordia, porque son hijos de la soledad. Mal escritos, nacidos del encono o de la ambición, no saben entretener a sus lectores con materiales de información y cargan sus columnas con una dinamita inútil. Su virulencia es la falta de ejercicio, un lenguaje de constante oposición. No se busque en esas cuatro u ocho páginas infames otra cosa que la diatriba; defienden los intereses del pueblo y su director vive sentenciado a muerte. No sabe defender sino atacando, como no pueden existir partidos políticos sino como adversarios de un ideal. Los hombres que llegan al gobierno aprovechan esas cargas de caballería, las emplean para defender su persona y no sus ideales, que no tienen, porque también son hijos de la soledad. Cuando se cumple la sentencia y el director cae acibillado, el diputado nacional llega para asistir al sepelio y pronuncia un discurso infeccioso, para que nunca más cicatrice la herida. Después resta esperar lo que publiquen los diarios de grandes tiradas y poco más tarde el olvido. Porque el muerto formaba parte de un gremio; no era un caudillo de prensa sino un periodista, era un miembro aislado de un cuerpo de orgánica unidad. Por todas estas cosas su sacrificio fue, como lo dijo el diputado, «un tributo rendido a la causa de la civilización». Cayó peleando contra los espectros del indio, en el fortín del pueblo.

El animal es mucho más resignado en su aislamiento; vive encerrado en su piel y no tiene en su sangre gérmenes de simpatía y de altruismo que lo perviertan. Teme o ataca sin estar en todo momento a la expectativa de la agresión, sin elucubrar larga y sordamente la venganza. En la época de celo se acopla, defiende la cría y luego vuelve a su soledad.

Pero todo aquello es la llanura; y la lejanía de los pueblos y su violenta emulsión de pasiones, la victoria póstuma del indio desalojado por una fuerza anárquica, étnicamente más débil que él. Estos pueblos nuevos son reductos de viejas violencias, que se infiltran por sus porosas paredes de tierra. Cuando esa fuerza alojada carne adentro está en reposo, baja el párpado y pone en los labios la respuesta imprecisa y tímida. Mas despierta sin alzarse y desde abajo descarga su pregunta artera, que va hasta el fondo del alma, cargada de intención.

DESCONFIANZA

Los habitantes de esos pueblos que he conocido, son ingenuos y recelosos. Desconfían porque son ignorantes, y no se sabría decir qué resabios hay en sus fisonomías y en sus gestos, de la soledad hostil que los circunda. Su cortesía es prevenida y poseen fórmulas de saludo y despedida de un ceremonial que debió usarse, a no dudar, hace muchos siglos. Son seres incompletos, sin forma psicológica precisa, con la sola integridad y unidad de su cuerpo. El alma está cruzada de zonas estériles, de vegetaciones silvestres. Hasta lo que saben es ignorancia; hasta la honradez es un adorno fuera de moda. No viven en la plenitud de la salud, ni están sanos; ni en la plenitud de la inteligencia, si son inteligentes; ni en la plenitud de la riqueza, si son ricos. Fállales el desarrollo plenario que da a las formas su tamaño y su robustez adecuados. Han sido arrojados al lugar donde están, desde el abuelo, o antes, y parecen guardar un secreto rencor que ha perdido franqueza. Buscan en nosotros un secreto motivo de burla; nos examinan hasta que encuentran el punto vulnerable que les reintegre a la tranquila conciencia de la plenitud de su ser. Todo lo que sabemos, lo que moralmente somos, todo el trabajo que nos costó ser esto poco que podemos mostrar sin sonrojarnos, no significa nada.

Es que sólo les falta lo que al ser completo le sobra, aquello único que deja un saldo a favor cuando se compara lo que debiéramos de haber sido y lo que a pesar de todo hemos llegado a ser. Todo ese plus pasa inadvertido. Les falta el bienestar, la comodidad, la generosidad, la indulgencia, el oído de los timbres y la vista de los grupos armónicos unidos. Se han formado sin conjugar su persona en todos los tiempos y modos de los verbos amar y vivir. Saben muchas cosas que ya olvidaron los hombres de las ciudades; creen lo que ya nadie cree y desconfían por los mismos motivos que los inducen a amar. Es que permanecen impávidos como esa naturaleza, como ese campo, como ese animal que cuidan, como el pueblo.

Quieren divertirse y no saben; quieren amar y son grotescos, porque en las fintas más delicadas se ve el sexo desnudo. La soledad los ha defraudado, enseñándoles mentiras. Confunden los nombres y las lechas y cualquier respuesta les basta; leen diarios y revistas, están más o menos al tanto de lo que ocurre, pero les falta el sentido de la continuidad, el acorde en que se unen las voces dispersas que se les transmiten y confunden unas noticias con las otras. Saben hablar y sólo piensan palabras. Por esa circunstancia, los hechos ocurridos dos o tres días antes tienen para ellos la lejanía que para nosotros una página de Tucídides, que creemos entender y que no entendemos ya. La radio les lleva sonidos desarticulados de la garganta de las urbes cosmopolitas; y el vestido que encargan les sienta como a las madres los de antaño; admiran lo detestable e ignoran el resto. Para nuestros campesinos se imprimen páginas enteras de los grandes rotativos, y se las llenan de colaboraciones especiales; para ellos se carga con pólvora la noticia policial que abunda en detalles repugnantes; para ellos se destilan licores de alta graduación y se escriben y declaman versos cursis. La gran ciudad colabora de ese modo con la pampa; la inmensa distancia que han de recorrer y la amplitud de la difusión pone en las ideas dos

piernas poderosas. Puede el autor olvidarse de los lectores provincianos y el músico creer que no existen; desde el campo llegan sigilosamente, se le ponen a su lado y le exigen que pague su tributo a la tierra. A través de tales distancias de lodo orden, las imágenes se deforman y la identidad del idioma no basta para crear idéntica acepción en las palabras; aun ese vehículo nos mantiene incomunicados.

## LOS POBRES

Toda esa circulación de monedas falsas, que se acuñan para el interior, es pobreza espiritual. Las ricas voces de la música, las formas hinchidas de emoción de las artes plásticas, el pensamiento sereno o alto no valen allá lo que las monedas falsas y las joyas de chafalonía. El pobre sueña ricos sueños de pobre. La soledad es pobreza. Aunque posean campos y ganados, son pobres; aunque tengan comercios, propiedades y tierras, son pobres. Esos bienes significan el sacrificio de sus personas íntegras, una clausura en un medio dióptrico a cuyo través se deforman sentimientos, ideas y valores. Su fortuna no es llave para penetrar al mundo, sino fortaleza para aislarse de él. Se han retirado al fondo de los campos con su presa, tienen miedo y se agachan. Esa fortuna que no luce en nada lujoso, excedente, artístico, superfluo, que es únicamente riqueza, los aísla de los demás. No es un caudal que lleve a todo, sino un exceso que inspira piedad. El pobre en su banco de la plaza, es inmensamente rico en comparación del hombre de campo. Su dinero tiene el signo de la soledad y cuando viene a disfrutarlo a las ciudades, lo acechan y quieren robárselo, porque no es digno de lo que tiene. Una operación quirúrgica le arranca un trozo de la bola de estiércol de oro que amasó; un pleito barre con leguas de campo; un amigo se lleva lo demás. Su riqueza no se entiende mano a mano con nuestra pobreza ni con la riqueza de los verdaderamente ricos. Podría entrar al mundo y el mundo se echaría a sus pies, pero no puede. Cuanto le rodea tiene fauces abiertas de avidez y de befa. No puede gastar esa fortuna que es el precio de su vida, de la de su mujer y sus hijos. Lo ha devorado todo y por eso el mundo amenaza devorarlo a él, recuperando la parte sustraída. Además hay, naturalmente, los pobres verdaderos, los pobres que no tienen nada, ni la seguridad de su pobreza. Tienen también su vaga esperanza, aunque doblada por el infortunio y la indiferencia. Al interior hemos arrojado la pobreza para que no afeara las calles de las ciudades y para que no interrumpiera con su grito vivo un sueño de cinematografía.

Aun la pobreza tiene algo de seguro cuando lo que rodea al pobre está firmemente ligado al suelo y constituye la miserable mancomunidad del que no tiene nada. En los viejos países católicos el pordiosero oculta algo de Dios; y en un tiempo aquí iba a caballo y pedía con la exigencia de los elegidos, sin apearse ni dar las gracias.

Podríamos definir al pobre de las urbes como el ciudadano que tiene la ciudad por

casa, y al viejo en su rancho como al desierto mismo. La pobreza aislada lo es doblemente; queda reducirla a sí y hasta le falta la asistencia social de la edificación compacta. Ese pobre del campo es un ser aislado por la soledad y por lo que no tiene; se han roto los ligazones que unen al hombre con el semejante. Entre nosotros, el pobre es un desertor, un tráfuga que no tiene derecho a no tener nada, y causa vergüenza. Es nuestro padre que ha trabajado cincuenta años y no tiene nada; y nos da vergüenza. Recordad esos otros pobres que van con su bolsa al hombro, llevándose la tapera y la familia disuelta a cuestras, de un pueblo a otro, por los caminos o por las vías del tren. Van en busca de trabajo. No son vagabundos, son trabajadores. Ni tienen su pobreza, porque son peones sin pan, hambrientos, y con las manos encallecidas. No conozco nada más solitario, más sombrío que estos transeúntes de la pampa, que recorren distancias enormes, uno tras otro, alejados, lejanos. Acampan al pie de los terraplenes y entonces se ve que en la bolsa llevan los escombros de la casa: utensilios de cocina, mantas para dormir, platos para comer. Duermen juntos como las bestias, porque la noche es demasiado fuerte para el alma y la pena; pero a la mañana siguiente uno parte primero y los demás echan a andar cuando el anterior casi ha desaparecido. Parece que les falla Dios a su persona.

La pobreza en el campo pierde su aspecto de falla social y parece una incapacidad individual, el castigo por un pecado misterioso. La sociedad queda exenta de culpa, porque no existe; el estanciero, el chacarero, el acoplador de frutos, ¿qué tienen que ver con el pobre? Le dan albergue, y el espacio que va del que tiene al que no tiene es tan grande que no se sabe quién debería reprochar al otro, cuando el pobre se va. El indigente de nuestros campos se parece al animal mucho más que al hombre rico. El animal es el pobre por excelencia, privado de toda superfluidad por fuera y por dentro. No tiene, no pide y para morirle tampoco le basta. La miseria en el descampado es un accidente personal, y por lo tanto una incógnita, una amenaza. Está suelta y, además, no se ve que se haya producido, como tampoco la riqueza, por presión de lo circundante, según el funcionamiento de un organismo que segrega tales desechos. Estos pobres del campo, que viven de mate y galleta, procrean pobreza, exhalan pobreza. Como el pueblo y las gentes trabajan para sí, cada vez van quedando más aislados y siendo más numerosos. En tanto esa gente vivía en su soledad, formaba un sistema con el ambiente, sin grados ni variedades, porque faltaba la relación con otro estado mejor. La distancia los mantenía desvinculados de los demás y estaban cerca de todo, pues sus puntos de referencia, a los cuales estaban atados los hilos de sus vidas, eran el rancho, el árbol, el pozo, el perro, el caballo y su familia. Pero una vez que el pueblo y con él su rancho, el árbol, el pozo, el perro y el caballo se unieron a la gran ciudad lejana, entraron a formar parte de otro sistema mayor; todo alrededor se puso en movimiento y su quietud tomó rigideces cadavéricas. Entonces aumentó la soledad del pobre, cuando hubo distancia y diferencia entre ese mundo local y el mundo inmenso. Todo lo que sirve para unir: telégrafo, ferrocarril, automóviles, lo separaban más. La metrópoli comenzó a



arrastrar hacia sí toda la campaña, colocándolo a él cada día más lejos, en los confines del mundo primitivo.

### III

## SOLEDAD DEL MUNDO Y DEL HOMBRE

### EL MUNDO Y EL HOMBRE

Aun los túmulos y cementerios que en el Río Negro o en el valle Calchaquí o en Campana atestiguan de ciudades prehistóricas, no nos dicen nada, aparte la curiosidad o el estudio; porque el indio es por excelencia el hombre sin historia. Restos de ciudades y de cementerios han quedado unidos por signos terrestres al lugar y no por signos vitales al tiempo. El indio no tiene pasado porque no tiene porvenir; ocupa meramente el espacio que llena su cuerpo, vivo o muerto, y como el animal, aun en sociedad desarrolla una vida que no sobrepasa los límites de sus sentidos. Nace y muere clandestinamente. Esos cementerios, los pocos restos de viviendas que nos quedan, sus vasijas y utensilios, sus armas y adornos, que como ellos tuvieron nombres, pertenecen a la arqueología; son simplemente pretérito intransitivo. Forman el epílogo de otra serie que ya no interesa, y que queda al margen de la historia, fuera de su red, como la rama de los prosimios se desarrolla al margen de la humanidad.

La historia apunta cuando el hombre hace y trabaja coordinadamente y, más aún, cuando ese hacer y trabajar coordinados concuerdan con el estilo de hacer y trabajar en general el hombre. Historia, por tanto, es lo que adquiere vida independiente de las manos del hombre, y que existe tan fuertemente que llega a forzarlo a proseguir en el sentido de la superestructura social. Los seres laterales, que no colaboran en esa unidad de formas, caen en la etnografía: son naturaleza y sus restos también. Carecen de esa potencia de evocación sin esfuerzo, que en su sentido íntimo resucita y revive dentro de sí el pasado. Tampoco puede decirnos nada el fósil, que pertenece a otro orden de la existencia, mas alejado todavía, aunque en la misma dirección tangencial. El fósil cuenta la historia de la tierra y hasta la edad de la tierra más bien que la historia de la especie desaparecida. Es, en su cualidad de fósil, una pieza anatómica que no interesa tanto a la filogénesis de su especie como a la historia natural en su acepción lata. Es una pieza, única o múltiple, y sólo para la paleontología vale por un ejemplar. Dice de una victoria de las fuerzas todopoderosas de la naturaleza sobre las fuerzas débiles y frágiles de la vida, cuyo sentido es la pugna con ella. Hubo ahí una fractura a favor de la tierra y contra el vertebrado. El animal desaparecido con la

extinción total de la especie, supone un paréntesis en el dominio definitivo del cosmos inconsciente, todo lo contrario de la historia, que no sólo es sucederse y cambiar, sino sobrevivirse, salvar del cambio y del transcurso, un quantum eterno. En el fósil la tierra muestra su brutal victoria y que ese ente alzado transitoriamente contra ella, fue vencido. Tal ser fue un fugaz episodio en el largo monólogo de la materia accidentalmente viva. Y así como en la ringlera de piedra del edificio en ruinas se afirma una voluntad del hombre contra la fuerza horizontal de la naturaleza, en el hueso petrificado se afirma todo el peso inerte que lo ha hundido. La naturaleza ha vencido toda resistencia que se oponía a sus leyes y el resto zoológico es posición, menos que cadáver; es tierra con la que entronca en su calidad de astro. El fósil es un cuerpo astral.

En el proceso de la evolución, hubo entre esos seres y los que hoy viven, profundas roturas, desgajamientos que dejáronlos aislados y sin parentesco en el mundo viviente actual. Son la soledad en el hueso de piedra. Pero aquellas especies fósiles que tienen todavía por lo menos un representante, entran en la historia de la vida y salvan al antepasado de sumergirse en la historia del planeta. El indio participa, aunque más próximo a esa condición puramente planetaria y geográfica, de la historia; forma la historia de los bastardos o la historia apócrifa. Su cementerio es un resto etnográfico y erudito; su ubicación lógica, la vitrina del museo. Se concatena, como capítulo en la biografía del vertebrado. Las ruinas de los imperios azteca e inca, como las de Guatemala y Colombia, nos dicen menos que el más modesto cementerio de campaña y mucho menos que el tejido manual de la lana. No es la distancia en el tiempo; es la afinidad del destino de los que aquí vivieron con el nuestro. Lo otro corresponde también a la erudición y la ciencia. Para nosotros no puede ser historia nada de todo aquello que ha ocurrido fuera del foco de la experiencia aprovechada, nada que no esté en la dirección del *desde donde o del hacia donde* de nuestra trayectoria. Sobre este suelo sin pasado humano somos los primeros pobladores del mundo.

Esa soledad del paisaje implica otra, de la cual en parte se deriva. Porque aun la tierra más infértil puede dar impresión de estar llena, de ser habitable si en otro tiempo lo fue. A la aridez natural se agrega esa aridez que sólo el alma siente, pero que siente muy adentro, cuando bajo sus pies no hay más que el soporte físico del mundo. La soledad que se abre en el alma como una congoja inmotivada y que quita interés humano al espectáculo de la belleza panorámica, es la falta de historia. En esas regiones no ha ocurrido nada que hable hondamente al hombre, el que por tanto no se nota como imagina Spengler, impelido desde las huellas de sus pasos hacia adelante. Un hombre allí está solo, como en el campo visual de un microscopio o de un telescopio. Lo que hace, comienza por última vez. Frank sentía, bajo sus pies en el Colorado, tres civilizaciones superpuestas y desaparecidas subiéndole hasta el cerebro; y Barres expresó también esa contigüidad ininterrumpida sobre las praderas de Santa Odilia, como la «muda voluntad de sus muertos». Al atravesar nuestros

campos y nuestros pueblos, de nombres inexpresivos, nos sentimos como seres sin pasado, de paso, y hasta nos repugna la ostentación de apellidos huecos e insignificantes. Aun los nombres de proceres y de episodios dan a los pueblos novedad y los hacen recientes. En otras partes, los hombres tienen nombres de lugares, de ciudades, toponímicos, que van hasta las cosas más lejanas, aquí los pueblos tienen nombres de personas. En muchos casos son pueblos anónimos, con un apodo sin bautismo.

Se pueden cambiar casi todos los nombres de esos pueblos por otros, y seguirán siéndoles igualmente adecuados o impropios. Leídos en los letreros de los andenes o en las nomenclaturas, se ve que han sido puestos sin que presidiera a las denominaciones un alma de unidad lingüística o moral. Éste es el apellido de un guerrero extranjero que hizo campañas, arrastrado de aquí para allá, y que no figura siquiera en los manuales de historia; ese otro apellido, de distinto origen, lo llevaba un buhonero que enriqueció y obtuvo una condecoración de su país; aquel expresa sin duda algo en guaraní o en quechua o en tehuelche, pero no sabemos qué, ni interesa: es una palabra. Los nombres que llevan esos pueblos valen como cifras diferenciales, y no les nace de adentro o desde el fondo de la vida del contorno o de alguna peculiaridad del terreno o del pueblo que cambiará más que él.

Nuestros padres conocieron a las personas que evocan los letreros de los andenes y las guías: eran lo mismo que hoy, ya muertos de muerte. El dueño de los solares en que se levantaba una villa daba una hectárea para la plaza, mil varas para el templo, un cuadrado de dimensiones convenientes para el cementerio y el trecho de semáforo a semáforo para el ferrocarril; con lo que adquiría la inmortalidad tipográfica a precio módico. Pero los vecinos rara vez saben lo que quieren decir o a quienes rememoran las palabras y los nombres, ni les importa. De poblado a poblado puede haber treinta kilómetros y dos idiomas distintos de por medio. Jamás han pensado que ello pudiera ser de otro modo; permanecen a lo lejos de las vidas, de las obras y de los accidentes geográficos que puedan unir o separar a los pueblos dentro de una nación o entre dos naciones.

Con su nombre auestas, el pueblo permanece anónimo, ya que no es nada más que un conglomerado de casas y una cantidad de gentes psicológicamente de tránsito. Habitados y sostenidos en alta tensión por pasiones, odios y sentimientos de una unidad de tipo, son ya lo mismo que aquellos restos arqueológicos que ahora consideramos en desvíos del camino de la humanidad; bien que menos auténticos y menos ellos mismos. Si cualquier catástrofe sísmica los sepultara, quedarían como piezas etnográficas en el vasto osario común. Y su nombre sería el que después se les pusiese.

## LA SOLEDAD ANTIGUA

Nuestro territorio es muy antiguo y muy nuevo; el Mundo Primitivo, de la Soledad, es el antiguo; el muy nuevo, de la grandeza y servidumbre, el actual. El mundo actual puede circunscribirse en la zona de las lluvias frecuentes o zona de ganados y cereales. Desde sus bordes declina lo que pertenece al blanco y a la conquista humana, hasta penetrar en el planeta intacto, en la tumba del indio. Dentro de nuestro territorio también están los accidentes orogénicos extremos, con la Puna de Atacama, de los más antiguos, y con los Andes, de los más nuevos.

La Puna de Atacama y el grupo de los brasílicos son precámbricos, coetáneos del Escudo Canadiense, del Escudo Finoescandinavo y del macizo siberiano, en que pueden justamente ubicarse los vértices del tetraedro de Lowthian Green. Podemos tocar ahí la dermis de nuestro astro, con los misterios tectónicos y eclípticos en la disposición de sus moles y en el repliegue de sus laderas. Con los gondwánides y patagónides alcanzamos la época Paleozoica, casi en estilo cámbrico-silúrico puro. El viento y las aguas han desgastado las cumbres, pero el ojo reconstruye la línea rota del flanco y recorta en el cielo el perfil de los tiempos estelares; inevitablemente. En cambio los Andes que llegan hasta el cretáceo fueron vistos durante su formación por ojos completos como los nuestros. Entonces hundiéronse el centro y el norte, hasta el Brasil, y se formó el suelo de la pampa.

De modo que entre la montaña y las mesetas, que son dominio del indio, y las llanuras, dominio del blanco, hay intervalos de períodos enteros, de toda la Era Terciaria, como entre el aborígen y el blanco intermedian India, Egipto, China y Europa.

El océano que cubrió casi toda la superficie del continente, ha dejado rastros en distintos parajes: médanos errátiles que invaden los terrenos labrantíos y salinas extensas diseminadas por todo el territorio. Lo que todavía pertenece al océano, embota la herramienta y laxa el brazo. El paisaje adquiere tonos primitivos y bíblicamente lúgubres en la sal que se mezcla con la arena. Cardones, tunas y numerosos ejemplares de la ñora halófila, defienden su soledad de imaginarios enemigos que hace ya muchos siglos sucumbieron. La púa de espina evoca la piel de suela del gigantesco desdentado que no existe. En esos yerros se alzaron ciudades bíblicas; se las fundó en donde el pasto había vencido al salitre: San Luis, Córdoba, La Rioja, Catamarca, San Juan, Mendoza, San Rafael, Santiago del Estero. Quedaron rodeadas de desierto, y hay que trabajar e irrigar sin descanso para que no penetre desde el fondo de los siglos por sus calles y vuelva a sumir las casas en arena y sal, en un simple fenómeno de ósmosis.

La base, el plan fundamental, es la montaña. Debajo de la pampa está la montaña reducida a llanura; el Chaco y Misiones, que parecen hundir sus raíces hasta el limo del Génesis, tienen base roqueña. Del hundimiento de los antiquísimos núcleos continentales de Brasilia —desde el norte hasta el Río Colorado— y de Patagonia —desde el Río Colorado al sur—, anteriores al devónico, quedó bajo el agua en el oligoceno y bajo el loess en el cuaternario, la plataforma de piedra inmersa que

constituye la casi totalidad del territorio argentino. En el hundimiento del Chaco, que dio estructura continua a la Pampa hasta las mesetas patagónicas, se sostuvo el ancho macizo de Atacama, cuya Puna rompe la unidad geológica cortical. Con la Pampa del Monte y Patagonia es la tierra del primato. Cuando el intruso ocupó las llanuras fértiles, el indio se aventuró a llegar hasta ellas luego de exilado; pero una vez que fue repelido sin desquite, se refugió en la vasta zona neutral, en el seno de un mundo que no conoció la vida. Ahí está delimitada la frontera entre América y Europa, que penetró hasta los bordes mismos de los terrenos sedimentarios. En aquella otra zona están los fósiles más antiguos que se conocen, los yacimientos de petróleo, las minas metalíferas y las plantas xerófilas multimilenarias. Ahora es el mundo del indígena y el receptáculo de las fuerzas primitivas, cuyos hálitos cunden imperceptiblemente por las ciudades, derriban por sí solas, las paredes y avientan los yuyos preparándose el avance. El indio se confinó en esas regiones para morir, porque esa tierra es la muerte.

## SÉPTIMA SOLEDAD

Contemplar el mapamundi es como mirar al fondo de uno mismo, el esquema de la historia del hombre. Es ver el esqueleto de la tierra. Lo que se advierte es inefable, sin significado para el pensamiento y la sensibilidad, hondo y lejano hasta la sangre. La comprensión intuitiva de nuestra tierra en el mapa, desliga la mente del contexto de razón que nos vincula al mundo en nuestra condición de seres de espíritu. Esa desencarnación produce el espanto de la soledad, nunca sentida en el aislamiento voluntario ni en las representaciones imaginativas. Quien no experimenta esa impresión orgánica y cósmica de fatalidad examinando el globo terráqueo como astro, dentro de él sus masas sólidas como el soporte de una raza olímpica, y más adentro la vida como un fenómeno momentáneo en la existencia de un astro, no puede entender el verdadero sino del mundo y del hombre. Ni puede explicarse cómo actúan las fuerzas biológicas para determinar las regiones en que la vida sobresaldrá o quedará estancada para siempre. Se acentúa esa glacial impresión que penetra por el ojo, como órgano de sentir el espacio, al pasar del hemisferio boreal al austral. Viajar es algo así como estar en el mismo sitio que el cuerpo ocupa; pero tener en la mano la esfera es mirarla con los ojos de Dios. El hemisferio boreal aparece como un plano homogéneo de vida. La estepa rusa, los desiertos de India y China semejan escamas de planeta intercaladas en una pulpa pensante y doliente. En lo demás, sobre todo en los bordes mediterráneos, ricos de vida como pústulas, en el borde cálido del noroeste y en el levante de Asia, pulula una existencia compacta.

Encerrando en una circunferencia de máximo radio la mayor cantidad de tierra posible, con Europa, Asia, África y tres cuartas partes de América, la isla Dumet es

su centro geométrico. Los primeros hombres y los mejores aparecieron a las orillas del canal de la Mancha, muy cerca. Invirtiendo la esfera tendríamos un hemisferio de nueve partes de agua y sólo una de tierra, con Australia, Nueva Zelandia, Nueva Guinea, archipiélago de la Sonda y la restante cuarta parte de América, con Argentina y Chile íntegros. Su centro geométrico quedaría próximo a las islas Warekauri, en pleno Pacífico. Esta mitad del agua es la más antigua del planeta, el mundo siluriano. Europa es el polo humano; hay diecinueve probabilidades en favor y una en contra, de que a cada punto sólido del planeta corresponda un punto antípoda de agua. Por otra parte, el trópico de Capricornio cierra un ciclo morfológico; en su franja yacen los más copiosos depósitos de fósiles y aun viven los ejemplares de especies más antiguas que ellos. Patagonia, que hasta el Eoceno formó un territorio con la tierra polar, concierta geológicamente con el sur de África, la isla Tasmania y Nueva Zelandia. También una sorprendente identidad de formas estructurales resalta en los relieves gondwánides con que las sierras pampeanas se identifican a las del Asia británica y a los cápidos de Suráfrica; y correlativamente concuerdan las estructuras óseas de los seres que poblaron el trópico. De consuno han trabajado fuerzas análogas sobre la tierra y los seres del hemisferio del agua. Todavía son palpables las huellas del trabajo neptúnico; las hernias y cicatrices se pueden tocar. Asimismo la lucha entre el hombre y el mundo ha de ser aquí mas difícil que en el hemisferio terráqueo, que es lo que sentimos en el fondo del alma.

Patagonia, hasta Río Negro particularmente, pero toda la llanura que conocemos con el nombre indígena de Pampa, es también el lecho del océano, aunque sin recubrir, áspero, amargo. Es un cabo que se sumerge a partir de Tierra del Fuego, y que muy posiblemente estuvo unido al macizo antártico, Más tarde, cuando las aguas que cubrieron casi todo el territorio se retiraron, en las zonas ofelotérmicas, se agruparon tantas especies zoológicas ya extinguidas como en ninguna otra parte del mundo. Cambiaron los climas y hubieron de emigrar, a través del Arquelenis, si existió, o remontando hacia la eclíptica, todavía sin fijar. Otras especies, los cetáceos y pinnípedos, sobrevivieron acomodando su organismo a las fuerzas oceánicas que predominan aún: la pata se convirtió en aleta.

Sobre estas tierras del Atlántico y el Pacífico, no sería posible contemplar el mapamundi sin sentir ancestrales escalofríos a lo largo de la médula, donde las edades geológicas han dejado inscritas las peripecias de la forma humana. La vista comprende mejor que la inteligencia, que esta parte del mundo sobre la que luce el cielo más rico de estrellas y nebulosas, está en los confines del Planeta. En Ushuaia viven los hombres que habitan el extremo sur del globo; ahí está el presidio; el cielo es el lugar más próximo.

LOS DOMINIOS DEL AGUA

Desde el Atlántico hasta la cordillera, la Patagonia va trepando sobre sí en terrenos que forman las «pampas áridas», con profundos valles que descienden hasta mil pies. El levantamiento de esas tierras fue intermitente. En el Eoceno chocaban las masas de agua que retrocedían desde el fondo occidental con las que empujaba el océano hacia arriba. La formación santacruceña comienza en esas capas alternadas de agua marítima y agua pluvial. Quedan algunos lagos salobres, reminiscencias geológicas de un largo período oceánico, que conserva la tónica fundamental a la mitad austral y occidental de la República. Esos accidentes que estereotipan en la topografía particular del sur la lucha de las aguas, guardan a la vez en la planicie vestigios de la convulsión que hiciera, más lejos, emerger los Andes, también del fondo del océano. Huellas de esa tentativa de sublevación frustrada son las barrancas, las quebradas y los albardones. Es la postura en que quedó vencida. Subsisten como cicatrices y apófisis a flor de piel de aquella época que parece actual. En el fondo de los cañones, yacen los cauces de los ríos antiquísimos, que dejaron de correr hace millares de años, mucho antes de que el hominido buscara reparo de los vientos helados bajo los carapachos de gliptodones. Remontando lo que habrá sido el curso de esos ríos extinguidos y diluviales, se alcanzan las mesetas centrales de la Patagonia, interminables y estériles. El litoral, en amplias lonjas de playa que separan el océano que espera su represalia de las barrancas que lo han vencido es, como las salinas de la Pampa del Monte, de arena y salitre.

La vida en esos lugares exige un sacrificio que el individuo puede realizar en actos de suprema renuncia, pero que la especie tiene que rehusar al fin. Esa tierra pertenece al océano y no al hombre.

En esas mesetas no hay pájaros mayores, ni animales mayores, ni árboles. Los seres que las poblaron han sido absorbidos, incorporados a la tierra en que yacen. Los fósiles indican que hace muchos siglos que terminaron en ellas las condiciones propicias para la vida cuaternaria, y que ha vuelto a invaginarse en la Era Cenozoica. Ese paisaje, que es ahora más o menos como en el Eoceno y en el Cretáceo superior, conserva su fauna dentro.

Hubo también aves, pero aves enormes, de cráneos más voluminosos que el del caballo<sup>[6]</sup>. Ya habían desaparecido cuando el *homo pampaeus* emigró. Hoy por esos cielos densos, de invisibles cuchillos que hieren las carnes y las abren a tajos de frío, no vuelan pájaros y la absoluta ausencia de ruidos pone en los tímpanos una película de sordera y una opresión de campana neumática.

## LAS FUERZAS DE LA SOLEDAD

1. Sobre ese mundo del Eoceno sopla un viento que parece venir del fondo de las Eras geológicas. Un viento persistente, fortísimo, cargado de ozonos cósmicos, de



oxígenos químicamente puros, en corrientes semejantes a gulfstreams atmosféricos. Nadie puede resistirlos hoy; acaso empujaron en la dirección de su curso la emigración de los placentarios. Es un viento vacío, de cisterna y de glaciar, que arrastra las montañas partícula a partícula, frotándolas y limándolas como en los períodos iniciales. Impele aludes de polvo fino en remolinos y en nubes que ciegan al mismo tiempo que solivian los cuerpos con fuerzas levitatorias. Ese torrente de aire es la máquina eólica en toda su potencia primitiva, en pleno trabajo erosivo, fabricando terrenos cuaternarios, afilando los arbustos hasta darles el aspecto de madejas de alambre de púa. Ese viento está aún en la faena mecánica del Jurásico y por ello da a esa parte del continente semblante primieval, conteniendo el avance del tiempo. El Pampero no es más que un brazo delgado que se desvía y el Zonda un arroyuelo aéreo. No permite vivir al hombre, que acaba enloquecido si se empeña en resistirlo. Atraviesa el cráneo y produce el ansia de la fuga, una neurosis de soledad, un pánico que impulsa a correr sin descanso, o a matarse. El tránsito de carros y camiones es imposible; levanta las huellas de los vehículos que han pasado antes y vuelve a dejar el suelo sin rastros de las llantas ni de las herraduras.

Soplan esos vientos del oeste y del suroeste, tan violentos que impiden todo cultivo; no hay raíz capaz de retener al árbol, y no hay árboles; los animales mueren en rebaños enteros. Solamente la oveja resiste la intemperie. Se diría que el viento es el cuerpo sensible de la soledad: denso, como el que Dante puso en el segundo círculo del Infierno para que los amantes no se pudieran unir ni oír, o como el que separó las llamas de los cadáveres de Eteocles y Polinices según una vieja leyenda que Esquilo no conocía ya. Es el viento estéril como el mar, el viento del mar, el mar como viento.

Los animales presienten cuándo ha de llegar; levantan la cabeza y se azoran. Con muy escasas treguas, esos vientos comienzan en la primavera y se prolongan hasta después del verano. Corren a velocidades que alcanzan los 90 kilómetros, atraviesan la Patagonia a todo lo ancho y se internan en el Atlántico, desde el fondo del Pacífico.

2. Esa dirección siguen también las aguas. Los ríos se vierten en el Atlántico, como los vientos. Es la marcha de las fuerzas oscuras del centro y del sur: de la cordillera al océano. No hay cursos de mucho caudal; el verdadero centro hidrográfico termina en ramales absorbidos por la tierra hidrópica, que sigue siendo un lecho ecuóreo, ávido de agua. Casi nunca llueve y la sed es el otro enemigo invisible. No es ésta la región del agua dulce, de las frutas jugosas, sino del agua salobre, impotable; del agua química e hidráulica; o del petróleo. Los pozos que allí se perforan no van en busca de las vetas de beber, sino de la profunda corriente precámbrica. Y sin embargo, los descubrió la sed. Tampoco es el hombre quien los perfora; es la sonda eléctrica con millares de caballos de fuerza. Capitales fabulosos manejan esas barretas de centenares de metros de acero. La fuerza motriz del mundo de las máquinas, en cantidades sólo inteligibles en cifras, cavan esos pozos artesianos de petróleo, que es el agua de ese paisaje.

La fertilidad de ese mundo primitivo es el mineral; y la ingeniería y la sociedad anónima, como fuerzas igualmente mundiales, la utilizan; no el hombre. El hombre es una herramienta que se deteriora en este trabajo en que están asociados el capital y el subsuelo.

3. Sorprende que el hombre se aventure hasta estas regiones del primer didelfo; va en busca de fortuna. Pone a prueba la resistencia del cuerpo y de la razón a las dificultades del clima y a la dureza de la lucha por la vida. Es un individuo que va solo, desligado de todo afecto, sin escrúpulos. Va a luchar sin piedad contra esa naturaleza inmisericorde. Quiere tentar la suerte apostando su vida. Si fracasa, vuelve, deshecho, a vencer en la ciudad con el resto de las fuerzas que le quedan.

Otras veces es más cruelmente derrotado y permanece vegetando, junto a rebaños de ovejas ajenas, en una vida de pastor de renos. En este hombre se despiertan apetitos profundos y antiguos, como en el pozo de petróleo brota una vida profunda y antigua. Queda reducido a las formas mínimas de la existencia, distendido a lo largo de millares de siglos. Siente bramar en su carne un ardor sexual que lo conduce a todos los desórdenes imaginables. Hay por ahí mujeres que también han sido llevadas por la fiebre de hacer fortuna, que cobran su cuerpo al precio de la fruta. Horribles o hermosas, adolescentes o ancianas, significan lo mismo en ese comercio desesperado del placer: mujeres. El hombre no les exige que sean otra cosa. Su instinto de perdurar, de no ser segado de raíz se manifiesta en ansias insaciables de perpetuar su persona. La soledad lo espolea y se lanza sin freno al deleite; el miedo a la muerte total y anónima lo empuja a ese acto simbólico de la vida. El frenesí sexual es la fiebre de las llanuras áridas y frías. Otra fiebre de ese clima es el alcoholismo, bálsamo contra la soledad. El alcohol ofrece un modo de evadirse del aislamiento, de saltar al mundo, como el apetito sexual es el modo de entrar a él, de poseerlo, de quedarse. Ese hombre que con todas sus fuerzas animales desea procrear, con todas sus fuerzas humanas desea morir. Por ambas embriagueces arrebatada su persona a una realidad que anhela destruir y la sumerge en la dirección desesperada del futuro y de la vida.

Poblaciones enteras viven en el estado sonambúlico del amor libre y de la embriaguez. Tales son los estragos de la soledad. Mineros o pastores, esos hombres son un peligro; y cuando se sublevaran porque no tienen qué comer, o porque forman un número suficiente para sublevarse, se lanzan contra los pueblos y los rebaños al asalto, como penados evadidos. Entonces hay que matarlos a tiros, empleando, si es menester, la fuerza del ejército. Viven y mueren como lobos.

4. La perpetua sequía da a esa región las características de las zonas desérticas, en panoramas de astros viejos. Sólo en invierno llueve, muy poco tiempo y con gran fuerza. Entonces los cauces se hinchan y los ríos corren revolviéndose como serpientes sobre la tierra permeable, que pronto los embebe. Así se extinguen a poco de emprendida la carrera violenta. De consuno con la tierra anhidra, el viento del oeste apresura su evaporación; y un río es un sueño.

El lapso geológico que viene del Terciario inferior al superior, ha sembrado de cantos rodados el suelo. Desde el Mioceno, impetuosos torrentes precipitados de la Cordillera desperdigaron esos trozos de montaña que las aguas dulces luego acabaron de dispersar. Forman el piso tehuelche, desde el estrecho de Magallanes hasta el Río Negro; en la cordillera destrozada sobre un terreno más antiguo que ella. En ese pedregal crecen las plantas duras, de una flora de suplicios. Es la estepa argentina, tan igual a Siberia que no falta ni el ser humano que la padezca. Esa flora nociva, se extiende rala y acerada, desde la precordillera al Neuquén. Luego penetra por la Pampa del Monte y llega hasta las sierras pampeanas, hasta ese otro pedazo de planeta aún más antiguo. Son las plantas de los médanos y los salitres; enanas, sin frutos, sin pulpa y sin flor, aplastadas contra el suelo, de color de reptiles. Con sus hojas coriáceas semejan arácnidos y crustáceos de metal, en una vegetación como la del círculo de los suicidas. Tras esas matas se ocultaban las almas despavoridas, donde las encontraban las perras negras que iban a destrozarlas. Entre esas matas muere a veces el hombre, acosado por males terribles, solo, como un perro que se muerde su hígado o su peritoneo.

Algunos arbustos se yerguen hasta cuatro metros; pero son siempre las mismas plantas enjutas, de púas, de espinas, de tallo contrahecho y leñoso. Maderas combustibles que se evaporan en fuego, como los ríos en aire; «matas negras», erizadas de estiletes venenosos, de tallos apenas ramificados y que terminan en una lanceta; stipa, festuca, poa, sampa, el neneo, que es un erizo de mar. Hojas cilíndricas y filosas como gubias e instrumentos de cirugía, crecen entre las piedras, en extensiones infinitas. Sólo en los valles, donde el agua se concentra y forma limos húmedos o en los cañones, que son algo semejante a los fósiles de los antiguos torrentes, la vegetación se aprieta en una solidaridad de rebaño abandonado y abre una pupila de bondad al cielo. Son los oasis adonde acuden los animales y los hombres, a buscar un trozo de suelo cuaternario y un abrigo contra el frío y el aire, que tienen más de cien millones de años de antigüedad.

Todo ese dominio de la naturaleza, recintos en que la tierra defiende intactas su gea, su flora y su fauna, son confines a los que el hijo de la llanura fue arrojado y donde se extinguirá. Lo demás, la tierra plana, la pampa litoral y central, es Argentina, la tierra de Europa, la tierra del blanco. Pero entre esa pampa fértil, nueva, y aquel mundo oscuro, antiguo, está el hijo del blanco y de la india, que tiene que optar y que tardará centenares de años en decidirse, dejándolo todo en suspenso hasta ese día.

## FUERZAS PRIMITIVAS

I. FUERZAS TELÚRICAS

II. FUERZAS MECÁNICAS

III. FUERZAS PSÍQUICAS

## I

# LAS FUERZAS TELÚRICAS

## LOS MOLDES DE TIERRA

Cuanto más ansió el hombre de la pampa, más esclavo fue, encerrado en un círculo de alambres de púa. La ambición se le enredaba en los pies y las manos, aunque no le nacía como un hijo, sino como una tumefacción de su persona. Tiene el hombre de la pampa una concepción restringida del mundo, y está cautivo en los límites de esa concepción, en la jaula de su horizonte. Cree dominar un sector de la realidad, sobre la que acaso ejerce señorío, y está convertido en instrumento de esa realidad que no tiene salida al mundo. Pues no es ni siquiera dichoso.

Luchando contra el medio cambiante, variable y movedizo, que tenía la forma acabada de lo informe, adquirió esas condiciones de inestabilidad, de inseguridad, que por reflejo trasmite hoy al medio demasiado plástico que le rodea. Lo que le circunda expresa su natural idiosincrasia, es verdad, pues las cosas que hizo quedaron con la señal de sus manos; pero él es el exponente de lo que le circunda y ya tiene la forma acabada de lo informe. A esto podemos llamar un círculo de alambres de púa.

Todo hacer es un recomenzar, después de muchos siglos, de lo que millares de veces ya ocurrió, amasándose el mundo y el hombre sin usar levaduras.

El mundo primitivo imponía sus formas al hombre primitivo; empero, juntamente cedía con gran facilidad al modelado de sus dedos. Todavía el limo estaba fresco en su carne. Le bastaban sus manos; más tarde creó herramientas complicadas. Nada hay aquí que corresponda al esquema de una máquina, excepto las fuerzas anónimas que la oxidan. El gaucho, por ejemplo, no es un ser en vía de formación, sino el tipo concluido de una naturaleza que tiene en grande sus mismas formas. No es un germen nuevo de nada, sino un ser invadido y acabado. En nuestro mundo sin estructuras mecanizadas, el alma, lo más débil y maleable, es lo que cedió primero. Criando ganados, el artesano se convirtió en pastor. Vivió junto a ellos, apacentándolos, esquilándolos, desollándolos, aprovechándolos, vendiéndolos, como si estuviera aprendiendo a comprenderlos. Cuando Azara lo vio, jugaba y bebía; ahora negocia y se contempla con ufanía, que es lo mismo. Mientras pasten las vacas y las ovejas, jugará y beberá. Años después se había convertido en ser de limitada voluntad de

cierta unilateralidad pecuaria, en quien la bondad, si efectivamente la conserva, toma los visos de una virtud herbívora. No hace otra cosa, no sabe otra cosa. Pero el animal rapaz no se doblega al herbívoro, y de la mansedumbre del rumiante extrae su vigor.

El ganado en pie, que constituyó la base de nuestras grandes fortunas, fue el tendón de las guerras civiles, el esqueleto de la Nación y la piedra de escándalo de los gobiernos. Debajo y dentro de su cuero se vivió.

Hay una forma de comerciar, de contratar, de emparentar, de estar melancólicos, de amar, de bailar y de mirar las cosas, que tiene el estilo de esa materia viva o muerta. Entre el gobierno y el manejo de una estancia; entre el funcionario y el capataz; entre las ciudades y los frigoríficos hay estrechas similitudes. Todo ello se formó al mismo tiempo, diferenciada cada especie de una nebulosa hasta constituir constelaciones delimitadas en una misma figura zodiacal: Taurus. Mientras nuestros padres peregrinos creían que daban forma a este mundo, lo que ya tenía forma en él y lo informe, que era la rebaba de esa forma, los modelaban a su imagen y semejanza. De este proceso de formación de un temperamento, de un personaje, de un capítulo de historia, de un predominio de casta, condensándose todo de una Vía Láctea agropecuaria, tenemos un ejemplo en la capitulación de Buenos Aires frente a Santa Fe. No pensaban Dorrego ni López, Rodríguez ni Rosas, que estaban asistiendo a un acto simbólico, en el meridiano de la época del cuero. La capitulación, como se sabe, se formalizó con la entrega de 25 000 vacas, que Rosas se hizo garante de oblar, y que superó con una filigrana de opulencia en 5146 cabezas, quedando de ese modo vencedor por treinta años. Aparecía en las cláusulas de la capitulación como indemnización por los daños causados a Santa Fe; pero era un botín y un golpe maestro. A la derrota moral de López, aceptando la dádiva enherbolada, Rosas, muchísimo más hábil, le agregó una fiesta en Los Cerrillos, con malambo y sortija. En todo esto están complicadas la política, la economía, el arte, América, la prehistoria y la diplomacia; de otro modo no sería un hecho simbólico. Para el pago de la estipulada indemnización en especie, Rosas tuvo que recurrir a la suscripción de otros estancieros, pues su cabaña, para mayor suerte, había sido saqueada por los indios y diezmada por la sequía. Comprometió a los demás en un acto de honor, con maniobras de caudillo que concordaban con la política que había expuesto en su *Manual del Estanciero*, verdadero código de Hammurabi y Tablas de nuestra ley. Esa contribución era común además, y lo interesante estuvo en la estrategia de aquel grande hombre de la pampa, en quien lo informe tomó forma acabada. Como aquel episodio eran todos, aunque no manejados con tal maestría ni con el sentido de clave que tiene el Pacto de las Vacas.

Se combatía por ellas, contra ellas y para ellas; las indemnizaciones se pagaban y los daños morales se indemnizaban en esa moneda; y en el balance quedaban muertos algunos hombres de la tropa. Las fuerzas que entraban en juego, sin embargo, eran eternas; venían desde más lejos que los protagonistas y seguían arrastrándolo todo en su giro. Hombres e instituciones trasudan un vaho geórgico que llega desde las

llanuras pobladas y son penetrados por un frío milenario que arranca de la tumba del indio. La vida cívica íbase plasmando con la sustancia viva de la pampa; hombres, cosas y hechos podrían representarse en la forma alegórica de los bestiarios medievales; el Estado se encoró en un recio cuero crudo, como se embutía al culpable, exponiéndolo luego al sol; olor de sangre fresca y de frescos y lejanos alfalfares impregna la política, las finanzas, el ejercicio de los cargos, la enseñanza, la literatura y la amistad. Como Ajax del lomo de buey, instituciones sociedades, centros, clubs, extraen su fuerza de la pampa, del vacío y de la desconfianza del herbívoro.

Para el sostenimiento de los ejércitos, la campaña contribuía con su hacienda, y el alambrado fue la primera lección de derecho que recibió el cazador de reses. Las tropillas de caballos y los rodeos de vacas proveían al ejército de vituallas y pertrechos; la industria de la curtiembre, el saladero y la talabartería —ésta entre las mejores del mundo—, prosperó a la sombra de las guerras civiles, como en las buenas décadas de Roma. El dueño de las haciendas, para cuya defensa del indio y del rival se habían establecido cuerpos de milicias regulares, contribuía en especie a su sostén; con ellas se hacía luego la guerra para incautarse de otras haciendas<sup>[7]</sup>. Las guerras civiles son, desprovistas de su atavío historiciforme, cuatrерismo organizado según la indisciplina militar. En eso acabaron las tropas de Lavalle y las de Rosas y los expedicionarios de Alsina y Roca, quienes obtuvieron las tierras para la cría, además. Finalmente, la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras implicó la previa creación de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, sin la cual aquélla se habría considerado una entelequia.

Ya el pastor era un soldado; el soldado, un pastor. No hubo ninguna diferencia, durante mucho tiempo, entre la cacería de animales y la cacería de hombres, entre su *potlach* y su régimen de vida, entre su poligamia y su religión. La caza era una especie de guerra llevada contra seres cuya posesión se procuraba por razones de utilidad, de seguridad o, simplemente, de superstición. La guerra desarrolló ese mismo espíritu de dominio contra el semejante; por la ocupación de su territorio, por el despojo de sus bienes, o por razones supersticiosas. Estos tres móviles merecen en algunas historias el seudónimo de política, pero en las Etnografías reciben más modestos nombres. El pueblo de cazadores que vivía merodeando en los campos sin dueño reconocido las reses de quienquiera, era un pueblo guerrero que, naturalmente, hubo de ejercitarse en las armas contra otro, en seguida que adquirió la noción de la fuerza o de la riqueza. Nuestros hicsos de la pampa vivieron al acecho de una coyuntura favorable de llevar la guerra al ejercicio cotidiano del saqueo de rebaños y del degüello de vacas, caballos y ovejas. Formaban, sin que se lo propusieran, un clan, con un *mana* colectivo y formas más o menos claras de totemismo. Se agrupaban en pagos, según las características topográficas, en sociedad precaria muy inferior a la tribu indígena. Pero respondían a un mismo espíritu y eran capaces de solidaridad contra el prójimo. Cualquier residuo o resonancia de vida civilizada,

bastaba para dar a esa eventual agrupación bélico-bucólica, y a ese espíritu de clan la pseudoestructura del ejército y del ideal de partido; con lo que las fuerzas instintivas y geográficas se sublimaron a la potencia de empresas heroicas, comerciales y jurídicas. En el fondo subyacen los tres móviles primitivos.

La religión de tales agrupaciones aunque se le injerten inquietudes místicas, suele ser el fetichismo y el totemismo: el indumento, el objeto con que se arman en la tarea y la lucha (cuchillo), el culto del valor y de la libertad. El animal que cabalgaban, el que comían y el que los acompañaba se convirtieron en Noa, en espíritus propicios; los enemigos del rebaño fueron Tabú. Enemigos del rebaño y de la libertad eran primeramente el ganadero, después el saladerista y más tarde el estanciero; los tres gobernaron a su turno. Para esa política-religión, los pueblos aborígenes tenían disposiciones que acentuaron, sin duda, los animales corpulentos y resistentes que trajeron los Adelantados. En un medio tan predispuesto al totemismo transferido, si no franco, las misiones jesuíticas exacerbaron la tendencia desviándola por cauces artificialmente abiertos. Totemismo y fetichismo, latentes aún en el gaucho, se encauzaron, pues, por otros atajos, con la veneración de las cosas pegadas al suelo, y en lo alto con imágenes que convirtieron en payés. La credulidad en los amuletos de sustancia totémica y una idea borrosa y sucia de la religión y del gobierno libre; y por otra parte las misiones y las encomiendas como contraideales, produjeron ese otro aspecto totémico-comercial del estanciero y del cuatrero, cuya potencia económica y personal se acrecentaba tangiblemente con el degüello de las reses<sup>[8]</sup>. La montonera y la mazorca recogieron y elaboraron la sustancia máter. Convertido el degüello en tarea regular y en derecho de horca y cuchillo consuetudinario, con su técnica y provecho propios, transmiten al degollador su *mana* de razón, libertad, fuerza y fortuna. Esos instintos religiosos complicados con instintos económicos, sólo pueden ser transferidos, y Sarmiento calculó por lo bajo en doscientos años el purgatorio de semejantes faltas. Estas fuerzas primitivas actúan todavía al sesgo. Hoy en Mendoza y en San Juan, como los diablos en los cerdos, encarnan en las turbas que manejan los políticos totémicos.

El clan, con su poder aglutinante, los agrupó en la tropa campesina, que erigió de sus mismas filas al caudillo por una necesidad automática de coordinación y defensa; y por un imperativo idolátrico. El caudillo era el hombre-payé, que defendía los intereses del clan, como el político es ahora el pater-familias-payé, que defiende el hogar y los derechos conculcados por los funcionarios.

Más curioso es el abigeato y sus desarrollos melódicos, pues llegó a ser hasta hace pocos años una lucrativa industria en las provincias ganaderas, y aún lo es por tierras patagónicas y del noreste. Cuatrерismo y contrabando fueron también formas derivadas de un sistema legal de comercio<sup>[9]</sup> antes de la Independencia, y a la vez formas supervivientes y atrofiadas del caudillismo totémico y de la fe en sus noas. La elección de jefes por esas tribus de chiripá, recaía en aquel que poseyera más, o mejor calidad de ganado, o un recado de montar más rico. Lo que en la germanía de comité



se entiende por política, por democracia, por sufragio libre no es mejor ni peor: es eso mismo, y la Ley Electoral es la mitología de los vencedores de las ciudades en quienes encarnan los demonios de las llanuras.

Representativos de este período son el baquiano y el rastreador, cuyos avatares últimos pueden verse en los conductores de multitudes y en los improvisadores del saber.

## EL BAQUIANO Y EL RASTREADOR

El baquiano posee finos órganos de orientación y dotes de médium. En él parece haber tomado conciencia la tierra del secreto a que obedecen sus formas, colores, consistencia, distribución. Cada accidente está en la inteligencia del baquiano, ligado indefectiblemente con otros, de manera que le basta contemplar un limitadísimo trozo de paisaje para comprenderlo entero. Posee un don de pensar lógicamente, según las formas de los llanos, las selvas, las montañas, y de sentir intuitivamente la proximidad del agua, los árboles y los seres. Adivinación y raudomancia al mismo tiempo; y una infalible memoria estereoscópica, que se orienta por indicios apenas visibles, sin que empero llegue a convertirlos en datos sensibles ni en notas conscientes. Sin pensar, sin recordar, sabe cuál es el camino que hay que seguir, y de noche lleva en los pies la seguridad del sonámbulo.

En las guerras de la Independencia y en las civiles, fue el táctico y el topógrafo. Su palabra merecía ciega fe. Rivera fue un militar afortunado, porque conocía como la palma de la mano el litoral; Facundo y López sus llanos. Los generales, inclusive Güemes y Paz, tenían que entregarse a baquianos de las regiones. Sin planos, en tierras despobladas la estrategia quedaba subordinada al conocimiento de las regiones. Ramírez, Hereñú, Ibarra, maniobraban en sus pagos, seguros del paisaje como bandidos. Dorrego fue derrotado en Gamonal porque los tácticos de López, lo llevaron a parajes de pastos venenosos, y allí sucumbieron las cabalgaduras. Rosas conocía por el sabor los pastos de las cuarenta estancias de la provincia de Buenos Aires. Todos esos hombres estaban más cercanos a la realidad que quienes la estudiaban. Sabían dónde encontrar jagüeles, haciendas o tropillas de refresco.

El baquiano no necesita haber pasado muchas veces por un mismo lugar; puede no haberlo visto nunca. Pero por cierta experiencia de las hierbas, de los colores de la tierra, de las remotas cumbres; asociando presagios y sugerencias infinitesimales, liga el pedazo de campo o de selva que tiene ante la vista, a un todo inmenso, a la conformación de leguas y leguas. Conoce los vados y las épocas en que descienden las aguas, huele las tormentas a través de mucho tiempo, los peligros se le acusan con nitidez de neurótico varios días antes de presentársele; calcula las distancias con precisión de teodolito y sus dictámenes son infalibles.

Está dotado de esos órganos sutiles de los insectos y las aves, para registrar en su sistema nervioso vibraciones delicadísimas; pues todo su saber misterioso compete a los dominios de la sensibilidad magnética, sin duda. Más bien que en el conocimiento de las cosas externas, hállese en el secreto del *modus operandi* de la naturaleza; con esa clave resuelve los problemas. Es algo semejante al olfato del sabueso, en un orden más intelectual, más complejo. Interrogado, difícilmente podría decir por qué toma determinado rumbo y no otro, por qué sospecha que haya a diez leguas un río. Esas razones que puede dar nos resultarán ridículas o capciosas, pero acierta: por la senda que elige se llega a destino y a diez, leguas hay, en efecto, un río. Si quiere acorta camino internándose por senderos inexplorados y anunciará a qué hora hallarán plantas forrajeras o poblaciones. Le bastan algunas notas o el diagrama rítmico de una frase para comprender toda una sinfonía de colinas, repliegues pétreos, pantanos. Con un fémur o un diente de ese género de anatomía, reconstruye el esqueleto de un paisaje cuyas secciones se articulan a sus ojos con inequívoca naturalidad.

Tipo gemelo del baquiano es el rastreador. El rastreador tiene sus antenas en los nervios ópticos y está todo él en la vista. Si el otro es el intuitivo, el descubridor, el rabadomante, éste es el analítico, el lógico, la paloma o el pez al que basta un indicio apenas perceptible como referencia, para deducir un largo silogismo de orientación. Sarmiento lo presenta como personaje grave, circunspecto, convencido de su capacidad milagrera y de la autoridad de su palabra. En Calíbar están su figura y su dignidad lijadas para siempre. Darwin también ha referido extraordinarios prodigios de rastreador. El órgano supremo de palpar, oler, pensar, escuchar, imaginar, es el ojo; la naturaleza lo ha dotado de una pupila sabia, cerebral. Conoce la diferencia entre la hierba que se marchita sola y la que se marchita por presión de un cuerpo extraño; en la huella ve si la bestia va cansada, satisfecha o hambrienta, si cargada de tiro, si era macho o hembra, si era regida por mano segura o inexperta, si era guiada con o sin apuro. Mira la tierra y distingue los montones de polvo dispuestos por el viento, las aguas, o por el paso de alguien que se solivia. Por la huella del casco infiere toda una historia detectivesca, y el criminal deja escrita la marcha, a sus ojos, como en un plano. En las ramas encontrará pendientes partículas impalpables e invisibles de algún cuerpo que lo rozó, y en las hojas la señal imperceptible de las manos. No es posible apoyarse impunemente a descansar contra el tronco de un árbol, vadear un río, avanzar trepando de rama en rama largos trechos; en cada sitio queda la huella fresca por muchos días y él la ve. Aplica las lupas y linternas de sus pupilas y en seguida sabe adonde dirigirse, ganando tiempo. La naturaleza queda manchada y mustia en dondequiera que haya sido tocada. Sería imposible desintegrar ese instinto que tan cerca está de la magia, de la aruspicina y de la videncia onírica. Y sin embargo, todo es claro y lógico.

## LOS PLANOS INCLINADOS

El que viene a ganar dinero, sin pasado encima y sin porvenir dentro, se propone muy poco y puede triunfar. Lo que no puede es llenar un destino con dinero, y la persecución de la fortuna como ideal exige tarde o temprano que, así como el oro asume la forma de lo que no existe, lo que no existe tome la forma del oro. Todos conocemos a esos tráfugas de los ideales humanos en quienes la codicia reviste, en la vejez, pintorescos aspectos de altruismo. Es nuestro pionero, el propietario de la pampa, el actual buscador de tesoros, el que subvierte los valores y regenta el emporio de los bienes adulterados. Todo lo que de verdad parece que quiere el pionero de la pampa: adquirir, ser amado o temido, sobresalir, saber, no es más que un apetito de objetos mal saciado. Hay sólo un bien concreto, positivo y apetecible: la fortuna con infinitos nombres; y una disposición fagedénica: la forma cóncava de lo que no se tiene. El ansia de poseer ahonda más la oquedad que quiere colmarse. Muy grande es el vacío que el hombre de la pampa nota dentro de sí cuando quiere incorporarse extensiones inmensas de tierra, multitud de edificios, manadas incontables de ganados, títulos de obras escritas, mujeres, empleos. Eso que busca es un pretexto; lo que necesita es algo con que llenar el vacío. Aspira a lograr efectos espirituales por encima de los objetos materiales, y a lo más consigue multiplicar por especies iguales lo que consigue obtener. Aquello que logra es un sustituto de aquello a que aspira, y el logro le mantiene insatisfecho, con mayor sed.

Vive un estado difuso de inquietud, hasta de desasosiego por algo que no tiene, que no sabe bien qué es, en qué consiste, pero cuya necesidad lo roe incesantemente por dentro. Busca una cosa y precisa otra. Bastaría un poco de paz en el hogar, un hijo inteligente; y es preciso, en cambio, acopiar fanegas y fanegas de trigo, vender bolsas y bolsas de azúcar, edificar una ciudad. Todo lo que le falla en el orden social, todas las necesidades colectivas, las experimenta como fallas tróficas de sí; todo lo que no es nutritivo en la atmósfera que respira y que respiran los que ama, deja de alimentar órganos vitales que se empobrecen y buscan su alimentación en sustancias sustitutivas. Está desprovisto de esos elementos imponderables que ayudan a vivir, que hacen menos ruda la muerte y que permiten mirar al mundo con alegría sin rencor. Conforme triunfa en el orden de las cosas materiales (mayores emolumentos, renta, fama, bienes) esa parte del ser que no queda satisfecha, que no asimila, ni se tonifica, lo lleva a que quiera más de aquello que le es asequible. Lo que obtiene se sobrevalora entonces en razón de todo lo que no pudo obtener; y en eso que consigue pone su orgullo, enaltecendo el mérito de haberlo alcanzado. Y así, automáticamente, los ideales insatisfechos, los bienes ansiados, las fruiciones buscadas en vano, son desvaloradas y consideradas al fin como contraideales, poco a poco acarrea, como las aguas del declive, partículas de lo alto hacia lo bajo, de lo que le está vedado a lo que se le entrega. Aspira a ser rico, sin que piense para qué le servirá la fortuna; aspira a ser Presidente de 1.<sup>a</sup> República o de un Trust, sin que debajo de ese anhelo haya nada

que lo empuje y lo sostenga. La investidura o la riqueza de esa manera conseguidas son una ficción y el cadáver de una vida gastada sin cordura.

El espectro en que se descompone el haz de su visión, acusa sus rayas nítidas en los colores del poder y la riqueza.

Ambas franjas parecen la totalidad del prisma únicamente cuando la visión del mundo y de los valores es incompleta; porque los valores eudemonísticos del mundo no están localizados en franjas muy reducidas de la gama, sino en la total claridad de la luz; lo restante son reverberaciones. En el ansia de ascender y progresar indefinida y ciegamente hay una gran miseria oculta. Es un poco la fantasía de la mucama en el cine. No hay camino para llegar a esos extremos; por lo cual el salto puede ser la marcha lógica. Y en cualquier hipótesis la fiebre de tener mucho puede ser un reflejo del hambre y la sed.

En tanto no se han logrado esos fines, que avanzan como el horizonte delante de uno, se vive en perpetuo viaje, transitando días, en una extensión criminal, que acomete con los codos y los puños. La existencia que se consume en esa actitud tendida hacia lo máximo y lo óptimo, es un estorbo; por lo que en cada soñador bidimensional o cinematográfico está el suicida asesinándose a mansalva en lo que tiene y en lo que quiere tener.

Esos lugares de tránsito son peldaños de jerarquía y de poder por los que se trepa hacia una cumbre que no tiene sentido humano, porque no conduce al bien colectivo, al mejoramiento de las condiciones de vida del semejante, a la prosperidad de todos, al adelanto de la ciencia y el arte y ni siquiera a satisfacciones egoístas. La propia vida que está en juego se transforma en machete de abrirse paso en la selva, abriéndose paso entre los hombres. A través de la escala de los valores humanos, intelectuales y económicos, el individuo impulsado por esa fuerza suicida pasa como rayo catódico. A su alrededor produce un torbellino psíquico de temor y acaso de admiración, pues cierta resonancia íntima conmueve la materia viva que atraviesa y agita. Su atrevida trayectoria es un proyectil que pasa por los espacios intermoleculares de esa materia social gaseosa. Si en síntesis no es un disparo producido por las mismas fuerzas intermoleculares que hemos llamado espacios. El ideal restringido del soñador del poder y de la fortuna es la figura mental de este mundo de intersticios que nos rodea. Y las instituciones sin cohesión, la moral laxa, la falta de un contexto heroico y superior es el peligro que acecha al individuo, hasta que rotos los escrúpulos y ansiando lo mejor, cae dentro de su sueño y de la pantalla que se lo traga como a una víctima encandilada.

## EROSIÓN Y OXIDACIÓN

En la inmensidad del territorio, todavía en sus tres cuartas partes despoblado, vivir,

luchar y triunfar parece fácil. Ilimitadas posibilidades se ofrecen, como si ese mundo sin forma aún, pudiera ceder a la voluntad humana. Pero ese mundo ancho y largo, despoblado, tiene una forma dura como la piedra; ésa; una voluntad que se opone a la del que llega a invadirlo, mucho más vieja y segura. Acecha y deja hacer: pero por las dificultades que luego han de encontrarse como nacidas súbitamente más allá de toda previsión, la voluntad informe y estática afirma su poder ilimitado, lento, coordinado a fuerzas astronómicas, climáticas y geofísicas igualmente imperceptibles aunque en acción. Frente a ese espectáculo, el que lucha parece que triunfa; la existencia tiene algo de victoria; y sin embargo, deteniéndose a mirar, se ve que está sirviendo de pasto humano a las fuerzas ocultas. Del error con que se juzga esa ficticia carencia de forma de todo aquello que no tiene la forma del hombre, la naturaleza aparece traicionera, con impalpables redes tendidas. El hijo del país ya sabe que es muy arriesgado forzarla; por eso se conforma con su rancho o con su empleo nacional. Mientras tanto, la reverberación de la llanura sigue produciendo espejismos de mares de plata en los ojos que llegan quemados por la aridez de las campiñas europeas, semejantes a urnas cinerarias de trabajos y de siglos. En las poblaciones se tira a esos mares de plata reverberada; emprende, cae y se levanta; realiza cualquier trabajo, sofoca su conciencia y muere al fin, dejando lingotes de ese espejismo. Este mundo es libertad, falta de orden humano en las fuerzas imperceptibles; es capricho, falta de reciedumbre en lo que ya funciona autónomo; es posibilidad, falta de una dirección y un sentido íntimos.

El inmigrante que internándose contempla pasar leguas y leguas, siente que emprende una excursión abandonado a sus propios recursos; que se encamina al Lacio antípoda, sin penates ni lares a costas. Ideas y sentimientos de gozo le invaden en la melancólica visión de la soledad, si tampoco tiene ciudades dentro. Porque está libre; ha roto con un mundo que le observaba y vigilaba a cada paso, engastándolo en las pinzas de una vida regulada y mecanizada. Él también se coloca en situación de campo: sin límites, sin vallas, sin forma. Ahí puede desempeñar cualquier tarea de las que ofrecen lucro inmediato, Vencer es luchar a brazo partido, sin contenerse ni imponerse restricciones; para eso están las leyes; construir, hacer de lo informe una forma parecida como un hijo. Pero esa falta aparente de forma y de estructura y de fuerza de la campaña, del pueblo y del habitante, que rige desde los sistemas de cultivo hasta la manera de mirar, es una placenta inconmensurable de lo informe; los gérmenes que se depositan en ella son gestados y desarrollados con arreglo a ella; hay que vivir muchos años y poder salir luego y mirar a lo lejos para comprender que la carne y el alma han sido plasmadas en esa matriz de lo Informe.

Este medio sin fisonomía propia y aparentemente sin energía plástica, absorbe y comunica su sustancia agreste al individuo. Su fuerza plástica es la deformación de los caracteres y su revestimiento de vello. Lo que cae en la marsupia extendida de la llanura se nutre de los jugos anodinos de lo Informe.

El sentimiento de la impunidad de los actos, esa noción recóndita de estar solo

que se tiene en la pampa, aflora por los resquicios de la personalidad como de glándulas sudoríparas. Lo que se ve y lo que se oye no inspira respeto; es nuevo, no condice con nuestra índole, no es cantidad de vida, de ciencia, de fe; no es una estatua, ni un arco, ni una plaza ante los que el tiempo pasó dejando jirones, adheridos.

Carece el medio de vida propia, de función regular, de sustancia, de energía; el hombre no puede dárselas. El individuo es, ante el desfile multánime de cosas y de hechos, una incógnita de azar, de error, de crueldad y de egoísmo. Se mantiene enhiesto e íntegro hasta que puede; pero en cuanto actúan sobre él las fuerzas deformadoras y erosivas, cae roído y deshecho.

En el seno de un estado tal de indiferencia y de prevención, hasta los sentimientos más nobles: el amor, la amistad, el altruismo, se convierten en motivos de disolución, porque el amor no impregna lo profundo de los seres sino que se localiza en las zonas erógenas, porque la amistad es el pretexto para despojar al desconocido en sus derechos en favor del cómplice, porque el altruismo es la fórmula abstracta para dejar que el prójimo inmediato se debata en la pobreza y en la injusticia. Hasta el ímpetu que lleva al hombre a más allá de sus intereses personales, de familia, de clase y de nación, se encorvan y caen, abatidos por la inexpresividad de todo cuanto es de largo alcance, para pegársele al cuerpo. El amor es un contacto, el patriotismo un uniforme y la humanidad el horizonte en que se debilita la propia persona, es decir, que todos esos sentimientos sin los cuales la especie no puede vivir aunque procrea, se reducen a la piel del alma, a su epitelio. También en la llanura los pensamientos, como el bumerang, vienen a caer al pie del que piensa. En ningún momento caminamos envueltos por las ondas amplias de la simpatía, de proyectos eternos, de ideas imperecederas; fuera del contacto inmediato esas zonas son frías y estériles, por eso hay que vivir alerta: nuestros amigos somos nosotros y nuestros censores también. La sociedad no se ocupa de sus intereses, faltándole lo que hace la unión en las hormigas y los castores: la forma arquitectónica del instinto. Están juntos los seres porque ocupan un lugar próximo, como si viviéramos en el tren y en el teatro; no están en lugares próximos porque viven juntos. Más lejos de nosotros están los jueces verdaderos, accionados por los códigos en un mundo hermético que no tiene relación con las normas consuetudinarias de la existencia; y al otro lado, lejos, los amigos, movidos por propios, autónomos impulsos, en un ámbito que les devuelve sus propias imágenes. Aunque toda esa defensa sea inútil, la llevamos como Sigfrido su piel córnea y es por la piel que entramos en contacto con el mundo.

## HERRAMIENTAS ÚTILES

Para penetrar en tal naturaleza inexpresiva, debe poseerse de antemano una

conformación adecuada a ella, susceptible de deformarse, de aplanarse, de hacerse ancha, y silvestre, si ya no lo es. Las infinitas posibilidades de ser cualquier cosa con éxito, demuestran bien pronto al aventurero que sólo puede ser una; y ése es el momento de capitular o de partir.

Esa tierra tiene un dueño: es propiedad y no libertad; el propietario es también una fuerza oculta, lejana. Desde lejos impone al aventurero una manera de trabajar, de existir, de resignarse, de aceptar, aunque parezca que no ve ni oye, que no puede disponer de ese baldío, ni darle una forma cualquiera. Ganará poco al principio; podrá ser agricultor o peón, a jornal; vasallo de un señor ausente, a quien no conoce y que toma sus disposiciones con arreglo a números. Será el prisionero de la libertad, el esclavo del capricho y la ficha del azar. La segunda carta que escriba dirá cosas distintas que la primera; andando el tiempo no escribirá más y la puerta quedará cerrada a sus espaldas para siempre. La vergüenza de haberse equivocado lleva muchas veces a insistir en el error; pero ya no importa que triunfe o que fracase. El dueño que no existe de esa tierra, manda cobrar el arrendamiento y pagarle el jornal; tampoco tiene amor a esa tierra que para uno es sacrificio y para el otro renta. Desde lejos hace y deshace; su mayordomo recibe instrucciones, vigila, cobra o desaloja. Tampoco ama las posesiones del otro, que le administra desde el centro de su propia vida independiente. El chacarero, el peón, un buen día tendrán que irse, con su bolsa al hombro o con sus pesos en el bolsillo marchando sobre esa tierra triunfante con la que no han entrado en contacto profundo, como si nunca hubieran vivido. Con unos años más encima y con muchos errores cancelados detrás. La pérdida de la voluntad puede considerarse el primer síntoma de invasión de la llanura, el grado preliminar de todo mimetismo; y la partida sin volver el rostro, su última fase. No tiene ya secretos la tierra, es pura, es simple, es igual. El que vive sobre ella muy posiblemente ha dejado, también allá lejos, un mundo erizado de formas intrincadas y difíciles, que acaso no valieran esta simplicidad; pero ya le es lo mismo esto que aquello. Está entregado; o se embravece y resiste. Clava el talón y dice que no; se le presenta una dificultad y la atropella con osadía. Nadie sabe quién es, ni cómo se llama, ni de dónde viene, ni qué seres queridos dejó, ni si está solo. Hay que claudicar y claudica; hay que dejarse vencer para vencer y se entrega sin reservas en la punta del anzuelo. Juega a ganar. Al fin triunfa, después de haberlo sacrificado todo; ha logrado su ideal inhumano, como un Brand sin corazón y sin cerebro. Está vencido, destrozado; la pampa sube hasta él por su cabello, entra hasta sus entrañas, domina su voz, aplasta su mirada. Es pampa, cubierto de pampa, comprando animales, sembrando, vendiendo, firmando contratos, haciéndose temer. Algo más tarde, conseguido el propósito, vuelve a la nada, cae como un autómatas sin cuerda en el mundial anonimato. Y a su alrededor nada se ha tranquilizado ni asentado; hay más casas y más personas; las viejas fuerzas impalpables empujan desde afuera con la lluvia y el viento, caen sobre los techos, golpean dulcemente en las paredes, enmudecen las gargantas y afilan las miradas, susurrando en los oídos consejos de una vasta,

incorporal rebeldía.

Mejor es quedarse frente a Buenos Aires; penetrar en la ciudad y afrontarla. La ilusión de la campaña, la poética del oro ha perdido su fuerza hipnótica y repele al inmigrante. ¿Qué programa trae hoy el que desembarca atraído por un nombre sonoro? Ninguno. Cualquier cosa es mejor que lo que deja; es un prófugo. Llega tarde, cuando el territorio tiene el máximo de población que puede soportar, cuando aun en las provincias ganaderas y cerealistas no hay carne ni pan y tiene que acudir a las autoridades para que protejan las vidas; llega en el momento en que los campesinos se refugian en las ciudades y abandonan la soledad; cuando las ciudades están henchidas y no tienen trabajo para ellos, porque son lugares de alojamiento y no de trabajo. Esto es peor que aquello, porque está abierto a todas las posibilidades. ¿Traía algún plan? Vino a probar suerte.

Al pisar Buenos Aires despiertan en él ansias ilimitadas, con una energía que no sintió en la tierra natal, ni en la travesía del océano, tan propicia a los ensueños ociosos de poderío. Toda posibilidad se le ofrece, abierta, generosa. Recomienza su vida heroica, como si penetrase en la selva. Venía dispuesto a todo, ahora lo comprende bien. Por primera vez, acaso, entre seres que no le miran como a extraño ni como a inferior, con una indiferencia cosmopolita, se nota semejante entre los hombres. No hay barreras, no hay clases, no hay lugares a los que no pueda entrar, no se le exige contraseña de capacidad ni de honestidad, no hay normas de vivir que le impongan ninguna capitulación. Ingresa a la gran casa de juego que es Buenos Aires, y se queda. Si las condiciones de trabajo son malas, él se aviene a descender; si regulares, las rebaja con la oferta de sus brazos y de su inteligencia al mejor postor. Consiente en someterse para tomar luego su venganza desde cualquier posición en que haga pie.

Desde que comprende, el recién llegado es un adversario temible; ese hombre de la tierra exhausta y del barrio miserable, que saltó a la aventura dejando todo tras sí, renegando de su destino, viene dispuesto a la conquista hasta como represalia; tiene ancestrales agravios que vengar. Todas las actividades de la ciudad, el teléfono, el teatro, la administración pública, la fábrica, el inquilinato, son armas que empuña, porque él es igual a todos los desconocidos. Ignora, pues las tenemos, las convenciones a que ajustamos la mínima y la máxima de vivir y prosperar. Porque, en fin, nosotros hemos renunciado, como él allá, a muchas libertades al someternos a la ciudad, al Estado, a la amistad, al hogar; la ciudad nos adaptó a sus usos y funcionamos con toda ella. Él ignora también que renunciadas hemos hecho y sólo ve caminos expeditos y puertas abiertas donde frente a nosotros hemos convenido que hay muros y verjas. Encuentra la aldea en la ciudad, que nosotros ya no vemos; halla las hendiduras que no advertimos, se ve él mismo sobre los pedestales, en las efigies de los valores fiscales, en las placas que indican el nombre de las calles. Porque no ve sino la verdad que está muy por debajo de los edificios, de los vehículos, de los muebles y de los cargos. Le basta averiguar donde están las fronteras de lo tolerado,



para moverse dentro de su ejido; pasea por las avenidas de circunvalación de las cárceles y entonces el mundo oscuro, que no se ve, le acoge con secreta simpatía, porque es un destructor. Si no puede llegar de golpe a cualquier puesto de importancia, al directorio de la compañía, a la calle Florida, al cargo bien rentado, llegará tarde o temprano desde cualquier punto de partida; sólo necesita poseer la llave maestra, que es el dinero.

La mujer y el hombre pueden entregarse a todas las aventuras; una y otro pueden usar nombre supuesto, si quieren, porque la verdadera personalidad está abolida. Desde el andamio y el pescante, el forastero nos mira con desprecio; incorporado como miembro anónimo de una secta que reniega de lo que demanda paciencia y pulcritud, afiliado de hecho desde que hace amistades, tiene de su parte todo el trabajo endocrino de la ciudad. Si ese mundo que mide por su estatura y que contempla sin pudor fuera esencialmente superior a él, sucumbiría; y, sin embargo, triunfa poco a poco. Lo vemos que nos adelanta, que nos empuja hacia abajo, que tiene razón. Su alma reducida pero experta en contadas notas de valor zoológico para la lucha, ha captado lo tendinoso de este mundo en que buscamos la sangre caliente y el hábito sedativo. Para estos seres el mundo está connotado según sus órganos y sentidos; no los ha engañado el aspecto edilicio de la ciudad; han tomado posesión de sus baldíos. Vienen a demostrarnos que no éramos tan fuertes, que no estábamos tan unidos, que no era tan complicada la vida como creíamos.

Hacia arriba todo está vedado; los valores espirituales son, de inmediato, fuerzas negativas. Hacia abajo se extiende la posibilidad infinita, tentadora y atrayente, por eso flotamos como fantasmas durante treinta años y él se acomoda de súbito; es que existe un quantum universal que coincide entre el hombre ordinario y el mundo real, que no vemos. Lo que exige capacidad especial, aptitud determinada, aclimatación moral, dominio de técnica, regularidad de función, afinación, limpieza, transparencia, empieza mucho más arriba.

## II

# LAS FUERZAS MECÁNICAS

### ADAPTACIÓN DE INSTRUMENTOS

La versión defectuosa de la Constitución norteamericana, aclamada el 25 de mayo de 1853 bajo la dictadura de Urquiza, significaba en la realidad menos que cualquiera de los pactos preexistentes. Excepto Buenos Aires, que importaba más que las demás juntas en la federación, todas las provincias estaban representadas en el Congreso por hombres de talla tan alta como no sería posible, reunirlos hoy, ni mucho menos; alentábales en su inteligencia y en su corazón un fuego religioso por la paz y el orden; pero las provincias seguían gobernadas por los mismos caudillos de antes de Caseros, y el cuerpo de la República yacía mutilado en trozos esparcidos. Lo que no había podido lograrse en la realidad se dio por instituido en la teoría y la Nación nacida del caos eran los 107 artículos de *Las Bases*. Ni el dueño de los establecimientos de campo, ni los comerciantes, ni los afincados podían tener fe en una paráfrasis mal hecha ni en un Estado compuesto de Tres Secciones, y un Preámbulo. Pero los caudillos se declararon conformes con el ejemplar que se les dio y continuaron en el Poder.

Mucho antes de que el Estado apareciera asumiendo la dirección de las relaciones de derecho, eclesiásticas, jurídicas, militares y económicas, existía un estado con minúscula que se manejaba con arreglo a otros pactos consuetudinarios preexistentes, con más o menos buena fe. La Constitución creaba un Estado dentro de otro estado y en cambio dejaba afuera a la República de Buenos Aires y a Mitre. Religión, derecho, comercio, milicia, obedecerían desde ese momento a normas teóricas, mientras que hasta el contrabando y el abigeato tenían sus cláusulas empíricas y sus imperativos éticos. Pero la Confederación, en su papel de organismo central y regulador de esas relaciones, en las que intervendría para fiscalizarlas y reglarlas, retrajo a todos y los puso en guardia. Un nuevo peligro se alzaba de las cenizas de otro, y ese Estado teórico en que las provincias habían delegado inadvertidamente su autonomía y su vitalidad, era un Leviatán de 107 articulaciones y tres fauces. Esa contracción de la fe, llevó a los pobres y a los ricos a dar valores exagerados a cuanto primero estuvo amparado contra el indio y después amparado contra el Leviatán. Había que

defenderse de ese hijo del caos que iba a nutrirse de caos refugiándose definitivamente al lado de la Aduana, tras enormes edificios, junio al desagüe de la República en el Atlántico. Ese Estado, con su simple carta de ciudadanía, no tenía tradición ni solvencia de ninguna especie; era un entonado extranjero que entraba en posesión lisa y llana de tres millones de kilómetros cuadrados sin poblar.

Para agravar la natural desconfianza, sus primeros actos fueron extorsivos y violentos; despojó al poseedor pacífico de sus bienes, cambió de manos la propiedad de la tierra con fútiles pretextos, denominó barbarie a un período caprichoso que se clausuraba porque sí el 3 de febrero de 1852, y llamó civilización a lo contrario. Los desterrados volvieron a la patria y otros partieron de relevo. Si el pánico no dio al éxodo las mismas proporciones fue por la dificultad de salir del país; pues era tan arduo salir como entrar. Llegaba el momento de que la ley y el orden, la economía y la cultura organizadas en la Carta Magna y en el alma de cincuenta hombres extraordinarios, tomaran la represalia contra Rosas y su época, contra la barbarie. Éste ejerció la suma del poder público siendo un instrumento de las fuerzas anónimas; ya en el destierro, los mismos gobernadores, como la Legislatura en él, delegaron en un organismo forastero y perfecto los sumandos del poder público y siguieron en su papel de fuerzas anónimas. Todo lo que hasta entonces tenía un valor de poder, tomó un valor de precio; la tierra dejaba de ser señoría para convertirse en transacción y en dinero; se la compraba y vendía como un título al portador. Propietarios y chacareros obtenían, para sus cosechas, préstamos usurarios al 12 1/2% mensual, a real por peso. El prestamista era un intermediario entre el Banco que le daba crédito al 7% anual y el agricultor que se lo tomaba al 5% mensual, con el agregado de que se cobraría en productos cuyo precio fijaba él mismo. Pero la riqueza que genera en sus entrañas la tierra es más lenta que la que se produce por generación espontánea en las manos del usurero y en el mostrador del comerciante. Los especuladores enriquecían rápidamente; los chacareros y los hacendados vendían con holgura sus granos y sus haciendas, y mediante el dinero adquirían el poder que antes exigía la fuerza y la astucia. El gobierno se había convertido en especulador, que tomaba sus préstamos en el extranjero y los colocaba a un alto interés en obras que llamaba de adelanto; y a la vez poseía la máquina de emitir moneda y el ejército y la marina que daban curso legal a esa moneda, a esa riqueza de papel y simultáneamente respondían al esfuerzo del campesino y del trabajador como instituciones de paz. Campos, casas, tareas, bienes, adquirieron el valor de seguridad en los actos del gobierno federal después de Pavón; adquirieron valores superlativos y se ganaban y perdían como en una casa de juego. El aniquilamiento del aborigen y con él de las fuerzas aborígenes, que daban valores aleatorios a la propiedad territorial y raíz, era a un tiempo fuerza para el Estado y seguridad para el poseedor; la fuerza peligrosa que se disminuía en torno acrecentaba la fuerza patriarcal del Estado que convertía los valores circulantes en papel moneda con su efigie. Se echaban al Leviatán los combustibles de la barbarie y fabricaba edificios públicos,

obras de salubridad, ferrocarriles e instituciones; y sin embargo, la fuerza que extraían de sus alimentos era debilidad. El problema de la tierra fácil de perder empalmaba con el problema de la tierra fácil de ganar. Los peligros y los males que había en no estar seguro de nada, en vivir a merced del azar, se convirtieron en peligros y males de poder conseguir lo que se quisiera, con un poco de habilidad y de paciencia, y de vivir seguro de lo venidero. Es el inconveniente de dar vuelta a las cosas, poniendo lo de afuera adentro. Tener o no, dependía en mucho de que se estuviera en el favor de los gobernantes; la amistad o el parentesco confirmaban al poseedor en sus bienes, tanto como antes las buenas relaciones con el cacique. En su carácter de presa recuperada del indio, la tierra pasó en áreas inmensas a manos militares, a los héroes de la campaña y a los semihéroes del desierto, como verdadero botín de la barbarie y al mismo tiempo como ofrenda a la paz. Si no contribuyó a formar una casta territorial, concurrió al afianzamiento de una casta militar que representaba el orden y la garantía de la propiedad, porque poseía juntamente el poder del arma y la autoridad del propietario. Para los nuevos dueños del suelo, que lo obtuvieron a título de premio y condecoración, patria era propiedad. Por tanto, también los pensamientos de defensa de la propiedad se vincularon a los de defensa del territorio, y cada dueño de unos cuantos centenares de leguas de seguridad injertó en el concepto de patria sentimientos de terruño, de feudo, de posesión, de ley, de adelanto. La primordial fuerza de desorden se metamorfoseó en la fuerza primordial del precepto jurídico y de la autoridad del Estado, con lo que sus miras se redujeron a la defensa de la frontera, a la consolidación del orden interno y a la estabilización de un *statu quo* del presente. Desde ese mismo instante quedó privado el ojo del terrateniente y del militar, de la visión limpia de un destino parabólico para la Nación, de la necesidad de poner en movimiento lo que había quedado rígido y de parcelar, para que rindiesen para el país esas extensiones de campo sin vida que rendían por los patriotas para Europa. Nación fue extensión de tierra, cantidad de ganado, censo de población y de bienes, estadísticas de exportación e importación, número de funcionarios capaces de mantener la marcha de la administración pública, edificios. La ganadería y la agricultura, más que los gobernadores de provincias, habían delegado en el gobierno federal el manejo de sus intereses, y los intereses nacionales tomarían la forma y el sentido de la tierra. Colonos y operarios no tenían ningún derecho, aunque sus derechos estuvieran asegurados en leyes y códigos perfectos; no habrían de llevarles las vacas y las cosechas los indios, ni de servir de herramientas mudas al patrón; pero eran inquilinos y seres abandonados a su propia iniciativa, rompiéndose las manos y el alma en arañar la tierra que encerraba el único bien auténtico: la fortuna. Mil percances e insólitas circunstancias aumentaban el valor del suelo labrantío y pastoril, sin que compensase el dinero la labor inhumana, las tribulaciones de una existencia oscura, amenazada, solitaria, sin afectos, sin levantadas miras, lejos del hogar verdadero. La Confederación Nacional era vasta y baldía como un latifundio, poderosa en armas como arsenal de sables y fusiles

depuestos por las provincias; pero sobre las almas no tenía más que un poder de censura y de pavor. Porque aseguraba el bienestar, multiplicó el valor de lo que no podía ser arrancado y desatado, como si el bienestar fuese posesión de bienes raíces, y dejó mostrenco y silvestre cuanto no vale como un arma y una herramienta, todo lo inútil que en definitiva es lo eterno. Ni se preocupó de ello, porque la estadística le demostraba que exportamos lo que se engendra en nosotros e importamos lo que no podemos producir. Hijo del latifundio y del caos, amaba lo grande y lo confuso; y todo ello, provenía de haber dado valor tipo a la moneda, que fue lo primero que logró estabilizar en un mundo de fluctuaciones y catástrofes. En resumen, el latifundio había dado fuerza a la Nación, autoridad al gobierno y oro al erario. La finca del granjero y la inteligencia del artista iban a parar a las manos muertas del terrateniente y del Estado, los que las compraban con un sueldo mísero. Con todo lo cual el Estado adquirió, por la hipoteca y el puesto, su fuerza del desierto, de la tierra de nadie, de la tierra fiscal, hasta poseer como bien muerto casi la mitad del territorio y la tutoría del pensamiento, en sus universidades, en sus diarios adictos y en sus reparticiones comiciales. Los bienes de la sociedad y el intelecto pudieron cotizarse como las tierras libradas de los peligros del desorden, y la política dio y quitó según el saber y la conducta sirviera o no de carne a las tres fauces del Leviatán.

## INTEGRACIÓN DE IMPALPABLES

Hasta que Buenos Aires no obtuvo su victoria contra la Confederación y fue Confederación, dirimiendo en los campos una vieja cuestión de unitarios y federales y una cláusula del código político, la unidad nacional era un ideal de desterrados. Faltaba en la masa de los habitantes la unidad nacional; y tampoco la había en la cabeza de los que iban a llevarla a cabo. Valió lo que Urquiza en Cepeda, y lo que Mitre en Pavón, donde quedó victorioso casualmente aquello que no estaba contenido en ninguna cláusula del código político. A pesar de los esfuerzos de los buenos patriotas y de la pertinaz oposición de los otros buenos patriotas, el puerto libre, la zanja que entre Melincué y el río Negro dividía la llanura del blanco de la región del indio, las carretas y los botes, Gorra Colorada y el maestro rural iban constituyendo la Nación como Dios les ayudaba. Bastó que el gobierno federal absorbiera en sus reparticiones y en sus células el peligro suelto de la campaña, dándole una tarea en que ocuparse, para que se constituyera ese cuerpo despedazado en catorce trozos. La caída de Rosas valió también más que las cinco presidencias menos dos que abarcan de 1862 a 1880; la destrucción de Rosas en lo que permanecía en pie era civilización. Pero lo cierto es que Rosas cayó cuando fue incompatible con el estado y forma de las naciones de Europa; sus tropas, sus buques, sus diplomáticos y su oro no pudieron nada contra ese paladín de la pampa, y en cambio lo pudieron todo contra Mitre,

Sarmiento y Avellaneda. Porque el plan de éstos coincidía con el plan de Europa; y con sus armamentos, sus buques, sus diplomáticos y su oro reconstruyeron la nacionalidad que el bárbaro había querido sostener con los solos recursos americanos de su país. Lo que Rosas había hecho con tierra, aquéllos edificaron con ladrillos y hierro; lo que Rosas dio como capitalista de la empresa, lo dieron los otros como agentes y administradores de la Banca mundial. Los inmigrantes tomaron a jornal al gaucho, se organizaron la justicia, el comercio y la instrucción pública, se hizo respetar la propiedad según las escrituras y la vida en los cuerpos de los habitantes. Pero la Nación no existía aún. Los empréstitos, los capitales particulares que arraigaron con amplias garantías eran la entrada victoriosa de los invasores, que estuvieron esperando cincuenta años la hora propicia.

Rosas era la pampa, la Confederación era Buenos Aires; al gobierno de tipo pastoril seguía el gobierno de tipo municipal. Y las catorce provincias que se habían destrozado entre sí fueron aseguradas en su autonomía para ser subrepticamente reducidas a catorce suburbios del municipio federal.

De esa manera el Estado llegó a ser la integral de todas las fuerzas; la suma del poder público, el arsenal de las violencias sustraídas a la circulación; y sin embargo carecía de fuerza y de movimiento. No producía vida sino que la desbravaba por la parálisis. Se le creó para oponer una masa estática a un caos dinámico, para unir y henchir de salud un cuerpo despedazado, y no pudo. Ese Estado, que era todo lo que se deseaba que existiera, el orden y la armonía imposibles de obtener en la realidad, se atrincheró en la metrópoli y cerró los ojos a la verdad de los campos. Mejor dicho, no podía hacer nada; era un esclavo de su grandeza y de su poder, logrados por el oro extranjero, y no podía moverse. Sostenía inmensos ejércitos de empleados y de soldados; fabricaba universitarios como antes papel moneda sin control y sin solvencia; partió el Presupuesto en dos mitades, una para sostener a los que lo sostenían, la otra para que siguiera funcionando el resto. Su fuerza aparente provino de que había debilitado todo para hacer poderosos sus sostenes; pero no tiene sangre, ni músculos, ni movimiento, como una máquina que fabrica muerte y nada más.

## LOS MOLDES DE ACERO

Con la pérdida del poder central, el virreinato se desarticuló porque nunca había sido una unidad, en segmentos autónomos; y el ejército asumió la responsabilidad de servir de unidad y centro a la disolución política. Todo el peso de la tarea inmensa recayó sobre sus hombros: la de destruir y la de crear. Se organizaron tropas y los generales, en sus figuras más prominentes, ciudadanos diplomados y hombres de negocios, asumieron a un tiempo mismo el comando de ellas y las magistraturas inexistentes. Deberes urgentes les obligaron a que dejaran la toga y las tiendas para

vestir el uniforme, y a ensayar sin errores. Por necesidad implícita en la improvisación, diez años después se cayó en la guerra civil. Era la salvación de la independencia y aunque el medio más eficaz para desmembrar una nación organizada, el único posible para evitar la disolución moral de un pueblo sin arraigo, y para crear un núcleo central a los intereses disolventes. La guerra o la fuerza activa de los ejércitos habría de servir, a falta de guerra propiamente dicha y de unión nacional, para contener a la muchedumbre bajo la disciplina militar substituta de la identidad de costumbres, de ideales y de intereses. La ausencia de una nación geográfica preexistente y de una esquemática disposición de los habitantes a la vida social y al trabajo coordinado, llevó a la dislocación intestina y en seguida a la lucha por situaciones personales. Sólo mediante el derramamiento de sangre y el saqueo de los hogares podía alcanzarse la conciencia nacional, la comprensión de los fines patrióticos, ni siquiera claros en la tesis de la independencia, y el respeto de las magistraturas. Nadie creía en los bienes prometidos, y tuvo que obligárselos por la bayoneta a que los buscaran en alguna parte. Las levas se hicieron a viva fuerza, arrancando a los gauchos y trabajadores de sus ocios y faenas para convertirlos en soldados. Vestidos con uniforme o adornados con un simple distintivo, que una vez fue el chiripa rojo, o la pluma de avestruz, y otra el pantalón de franela amarilla, y provistos de las armas que se tenían, o sin ellas, los regimientos formaron corporaciones superpuestas a las demás instituciones nacientes, no vinculadas a éstas por funciones diferenciales. Formaron un cuerpo; pero un cuerpo teratológico y omnímodo, sin instancias superiores. Recurríase a los batallones para salvar la vida al traficante, al labrador, y para erigir en el caos un tribunal investido con los atributos de la fuerza y de la justicia. Como emblema del orden y de la seguridad, el ejército reclutaba a los hombres más capaces y mejor intencionados. Los aspirantes al nuevo estado de cosas que así alboreaba, se alistaron en las filas, convirtiendo más tarde la profesión abrazada por necesidades del momento, en un empleo, el más honroso y el único de finalidad práctica y noble. Paralelamente al desarrollo político y civil del Estado, el ejército se desarrollaba con la estructura de un Estado. Aquél, político y económico, surgió por fisiparidad del ejército que modelaba las instituciones de orden a su imagen y semejanza. Dio su forma ya adulta a las demás formas larvales; contuvo los excesos con excesos, compelió a las legislaturas a funcionar, a los congresos a dictar constituciones y al poder ejecutivo a gobernar. Los partidarios de una organización despótica se declararon monárquicos y unitarios; los que anhelaban la dicotomía de los poderes dijéronse demócratas y federales. Éstos reconocían la necesidad de fundar un nuevo orden; los otros creyeron que podrían utilizarse para construirlo materiales de demolición y los trozos que quedaron en pie. De ahí divergen los planes de Moreno y Rivadavia. Aquél quería cercenar el presente del pasado, negando su continuidad; éste quiso organizar las instituciones como si existiera en los hechos y en la teoría una nación llegada a madurez. Sólo existía una realidad, que era el ejército frente a todas las utopías de los discípulos de Story y de

Montesquieu. Aun hoy, junto a él, hasta las organizaciones calcadas en modelos capitalistas o vaciadas en el cuño popular, carecen de carácter y de fisonomía; diríanse artefactos ortopédicos en la carne viva de la Nación. Únicamente tiene estructura, unidad, sentido y función lógica ese cuerpo que tiene la forma del país.

Los ejércitos suramericanos se formaron antes que el pueblo suramericano, y de un conglomerado tan heterogéneo que se puede decir que en los ejércitos estaba integrada la vida de esa región a trasmano del mundo. La conciencia de país libre apareció en cada país libre con las primeras victorias de las armas, y acaso en razón directa de las vicisitudes a vencer. En la paz de las treguas se caía en tal laxitud que frente al ejército, que ya era una sociedad constituida y disciplinada, la vida pareció esclavitud, desorden y aventura. La guerra más terrible, el peligro mayor estaba en los campos y en las ciudades, sin que al hombre de iniciativa y de buena voluntad le quedara otro camino que el de las armas. A la milicia convergió lo óptimo y de ella emanaron las fuerzas patriotas que habían de llenar los alvéolos vacíos de las instituciones civiles. Formáronse en primer término las clases sacerdotal y militar, netas, y destacadas, para asumir la dirección del movimiento; y entronizáronse en los altos rangos de la política, hasta ser en toda Suramérica un fenómeno natural el gobierno por delegación de ellas, la regencia civil de la dictadura.

Entre nosotros la intromisión del ejército en el gobierno no es un acto de fuerza consentido por éste cuanto un acto de debilidad impuesto por aquél; de modo que sólo hay que levantar la película cívica para que aflore el armazón metálico de la estructura militar. Bajo la pampa, el subsuelo de roca.

Dentro de los cuarteles se instalaron las oficinas de la Administración, y desde la cultura hasta la garantía que los capitales obtienen para su aplicación en el país, obedecen a un estado de fuerza. Los cabildos eran cuarteles y los cuarteles consistorios. Pero ese ejército que servía de ejemplo y de arquetipo a la sociedad y a las instituciones, solamente era fuerte por carencia de toda otra fuerza gentilicia (religión, cultura, amor a la tierra, economía, política, simpatía) que partiera del fondo de las conciencias o, al menos, de la disposición de los objetos en el espacio y el tiempo. El ejército no era, pues, una entidad nacida de la fuerza superabundante del pueblo, sino una fuerza de hecho ocupando los intersticios vacíos y destinada a formar el pueblo y a inculcarle la noción de sus derechos y deberes.

Esa fuerza no tiene más que una aplicación lógica, que es la guerra. Reducida a funciones policíacas desborda toda su potencia superlativa como un líquido ardiente. Peores fueron los males de la paz que los de las luchas, porque fueron la oxidación de las armas en ocio. Si la guerra ha sido la plaga endémica de Suramérica, debe considerársela como un derivado del militar-profesional, del militar-patriota, del militar-rentista y del militar-juez. Máquina lanzada primero contra el continente y su poblador autóctono, se la utilizó después contra los últimos vestigios de la barbarie; y finalmente contra los gobiernos civiles, en cuanto éstos declinaban a tomar las formas del pueblo, la forma antimilitar o del desorden. Desde Pueyrredón hasta hoy, el



ejército actuó en paz y en guerra como gobierno de apelación, porque era inconcebible la idea de mando separada de la idea de arma, ni la colocación en industrias y comercios de grandes capitales sin la seguridad de que la fuerza bien organizada eran la palabra de honor, la buena fe y el imperio de la ley.

A la fuerza de los ejércitos que desde Caseros y Pavón dieron cohesión al medio hostil, siguió la fuerza de las leyes, que en el orden político y pacífico cumplieron la misma misión coercitiva de las armas. Pasado el trance, se volvió a la toga y a la tienda. Las leyes exigieron la ayuda del ejército para ser imperativas y, aunque ambos en colisión y desavenencia, la ley tuvo su imperio adventicio, mientras el ejército, que era unidad y base, manteníase a la expectativa, controlando la función de los tres poderes constitucionales. Del terror había nacido esa fuerza inconmensurable y ahora representaba la paz y la seguridad, el orden y la justicia. Pero un Estado que va afirmándose por sucesivas batallas y que entra con todos los pertrechos a la vida civil, como el héroe que se acostaba armado, tiene que luchar contra su disolución más que por su crecimiento y mejora; existe debajo de una espada pendiente y con un centinela de vista. Asimismo, compelido a la unidad y el orden por la fuerza de la ley, tiene que luchar contra su disolución moral más que por su perfeccionamiento. Porque no está controlado por la sociedad sino por el centinela que le permite dormir sin cargos de conciencia y sin inquietudes.

Las revoluciones endémicas suramericanas llevan todas el estigma de su pecado original; los gobiernos, aun de las épocas de abundancia, son derivados de las precedentes épocas de agitación, y su verdadero apogeo de salud, el estado de sitio. En latencia, un pueblo condicionado por los hábitos de la espada, pervive en estado de beligerancia, y su paz toma los aspectos de un vivaque. Poseemos todos los poderes —judicial, legislativo, ejecutivo— que requiere como organización teórica una nación moderna, y en cambio carecemos de un estado económico, de un estado religioso, de un estado de cultura, de un estado étnico y de un estado moral, que debieran estar implícitos como postulados previos a los otros. Los esquemas de las instituciones están claramente dibujados, pero obedecen al perfil de una nación ideal y no tienen la forma de la verdadera realidad. Pues para lograr aquellas estructuras teóricas hemos recurrido a las más nobles reservas vitales, como Bernardo de Palissy echaba en su horno de fundición la vajilla y los objetos de arte que encontraba a mano.

## CONVERSIÓN DE VALORES

Las vicisitudes históricas de donde salía el Estado, lo dotaron de un poder equivalente al que traía la misión de abatir; el modelo fue la organización político-jurídica, tomada de textos y tratados. De modo que arrastró a la esfera del poder constituido

las formas que eran válidas en los terrenos de las luchas, embebiendo en sus preceptos las fuerzas rurales que pudieran servirle en la práctica. Por donde los mismos recursos de que se valía el caudillo, el gobernador de provincias, el jefe de tropa y el dueño de pulpería y de estancia, sirvieron al gobernante en la era del gobierno constituido. Lo que antes era individuos y entidades simples, se convirtió en individuos y entidades compuestos; lo que se regía por la voluntad se rigió por la ley; lo que por la fuerza, por el derecho. En sustancia, la técnica con que el gobernante acometía la solución de los problemas de Estado era idéntica a la de años anteriores, y el ensayo hecho en la campaña daba su tabla de proverbios a magistrados y funcionarios. Económicamente, el Estado nacía pobre y con una herencia específica: la deuda. Indios, guerras y caciques de charreteras se llevaron gran parte de los fondos destinados a obras públicas. Para el manejo de las rentas, durante mucho tiempo reducidas a las de aduana, se tenía que improvisar; el erario subvenía a todas las necesidades; se acudía a él en demanda de concesiones, subsidios y puestos. Todo era lo mismo. Se creía y se fingía mucho más, que esa Nación surgida del caos era el orden y que todo fracaso en la lucha franca por la vida merecía la indemnización fiscal. La tierra pública había sido una mina inextinguible para socorrer al prójimo inmediato y para equilibrar las finanzas. Las emisiones sin respaldo, los juegos de bolsa, la especulación por cuenta y riesgo del porvenir, provocaron crisis que estallaban en los bancos oficiales y en las arcas del tesoro público. La prosperidad económica arrasaba con la razón, y la razón demolía las obras ambiciosas e imprudentes. Quedó fundado el gobierno como una institución de beneficencia, con su lotería y su asilo para inválidos.

## LA OCUPACIÓN DE LOS RECINTOS

En tanto iban tomando forma y solidificándose las estructuras sociales todavía cartilaginosas, el Estado y el Ejército llegaron juntos a la plenitud de su fuerza. El Estado nació provisto de las más filosas armas de defensa para arrostrar un peligro diseminado, que existía pero aún no se sabía dónde; en síntesis no era más que un descanso del Ejército, su cuartel de invierno. Y el Ejército quedaba instituido como Custodio de la ley y el orden. Fueron ambos cuerpos dimerosómatos, en medio de ese caos, una fortaleza de sólidos muros y anchas puertas, a la que acudían los ciudadanos en las borrascas; se llenó de fugitivos, y donde había un núcleo de necesidades se instaló una oficina. Proclamando liberal acogida a todos los hombres del mundo que quisieran venir, cubrió con sus atributos y sus espadas la vida y la actividad de los ciudadanos residentes y transeúntes.

El Estado ofrecía mucho, lo que sólo podría cumplir mediante actos de coacción; por eso comenzó a actuar desplegando su poder a mansalva. En un mundo que

carecía de formas, el Estado-Ejército-Patriarca tenía forma perfecta; donde faltaban los frenos éticos, mercantiles y religiosos, era dechado de orden y garantía del porvenir. La Administración pública, con su presupuesto elástico, que jamás ajustó el cálculo de gastos al de recursos, ofrecía mensualmente un estipendio a quienes se colocaron bajo su protección. El erario era la buena cosecha, la casa propia y el respeto. Comerciantes y hacendados buscaron remedio a sus males en la farmacopea del Estado, pues dispensaba beneficios y era la causa indirecta de los desastres. Los capitales no se arriesgaron sin estar en algún modo garantidos por él, y se le hizo copartícipe de toda empresa de resultados enigmáticos, como pone a Dios de su parte el que se abalanza en la proeza. Las iniciativas particulares se estrellaban contra él; cuanto iba naciendo y osificándose quedaba bajo su patrocinio, conformado a su imagen y semejanza, como el papel moneda. Frente a los caudillos de provincia, el Poder Ejecutivo ejercía un patronato omnímodo, como lo demuestran las sesenta y dos intervenciones federales realizadas desde 1862 hasta 1916, en que se pierde la cuenta. Los hombres de talento lo revalidaron en los despachos del gobierno, en las universidades y en los juzgados; los políticos predicaron el evangelio de esa tierra prometida como apóstoles de la ciencia, el arte y la fe; los peor dotados se pusieron a su servicio desde los ínfimos empleos empujando con los hombros y las caderas; y, al fin, la Administración quedó como el receptáculo popular del mana argentino, de donde los iniciados extraían potestades extraordinarias. Pero un Estado constituido como entidad jurídica y patronal respaldada por la milicia, no tiene fuerza; podrá servir de talud de contención y de cárcel correccional, pero está socavado y es un juguete frágil al servicio de sus servidores. Un puñado de hombres lo puede derribar; un puñado de adolescentes y de vírgenes. No existe en las almas. Y sin embargo, un Estado así es temible. Fuera de la órbita hasta donde alcanza su poder, reinan el recelo y la ruina. No se sabe dónde concluye su poder ni donde empieza su debilidad. Fabrica revoltosos y los encarcela; incita a la depredación y remata la finca del chacarero en desgracia; pone una corona en la frente del artista y lo abofetea; con la mano derecha le paga decenas de millares de pesos por su obra y con la mano izquierda lo amenaza con quitarle el pan.

Todo aquello que se hace depender del Estado es lo que razas agobiadas hicieron depender de la fatalidad. El que no está ubicado dentro de la Administración pública, no es fuerte, porque la fuerza está concentrada en los arsenales y en los despachos. Las posibilidades de vida respetable se reducen geométricamente en razón directa de la distancia al centro que él ocupa, hasta que en los alrededores de los dominios del Estado solo hay las anchas avenidas que conducen al desierto.

## FUNCIONES MECÁNICAS DE LA LEY

La descomposición estaba implícita en las fórmulas teóricas de la organización nacional; en la sofocada protesta de la muchedumbre y de las formas procreadas silenciosamente por la pampa. La organización jurídica del Estado pretendió hacer un recluta civil, burocrático y universitario de cada ciudadano; comenzó a funcionar sin simetría con la función caprichosa y antisocial de la muchedumbre; sus disposiciones, acatadas hasta que se descubrió el manejo secreto de las instituciones, revistieron el carácter de actos disciplinarios contra los que potencialmente estaban en sublevación los hombres. La interpretación del artículo 37.º de la Constitución condujo a Pavón, y fue de la suerte de las armas que la unidad nacional llegó a ser algo real; el artículo 6.º condujo al asesinato de varios gobernadores, al atropello de las provincias y al encono del interior contra la Capital, viejo como el Virreinato.

Las provincias hubieron de avenirse a un sistema funesto para sus libertades e intereses, porque siendo teóricamente pluscuamperfecto, no se adecuaba fuera de la gramática a las necesidades étnicas y geográficas. De hecho había triunfado el ideal unitario bajo un nombre, también equivocado, de Confederación. Si Buenos Aires hubiera declarado su independencia, como Mitre y Del Carril querían y proyectaron, cuando la provincia llegaba hasta el estrecho y la cordillera, ésa hubiera sido la Argentina; y el resto, admitiendo la natural secesión de Corrientes y Entre Ríos, una nueva Bolivia sin salida.

Subconscientemente, la muchedumbre llegó a comprender que los tribunales se regían por preceptos extraños a la vida y la naturaleza de las cosas; y aunque cediera para acomodarse a las exigencias de esa vasta realidad omitida, las fuerzas primarias produjeron invisibles dislocaciones en el sistema. Pues si se quiere, esa muchedumbre era también un pueblo, el que se invoca en el Preámbulo y en el Himno, un pueblo en la etapa embrionaria, sin la potencia transindividual que en los himenópteros da a la colmena más bien que a los individuos la fisonomía de la especie. Tenía una función, libre y sin coordinar; tenía leyes, tradiciones, costumbres, pero libres y sin coordinar. Con todos esos ingredientes heterogéneos se constituyó la sociedad artificial, la sociedad legal, una constelación, y encima se echó una vida de códigos urbanos y de ordenanzas de cuartel. Era el Estado intruso, con sus atributos flamantes y su rigor crudo aún; tenía una forma distinta de la forma de esa sociedad que no tenía formas geométricas sino biológicas, y entonces procedió al revés de como sucede en la formación de los seres vivos. La ley jamás podrá crear en el individuo la conciencia moral de la justicia, que tan fácilmente se aprende de labios maternos en los cuentos infantiles; no hará seres respetuosos de los derechos del prójimo ni de los intereses comunes; formó entre nosotros seres que examinan conforme a los códigos hasta dónde el prójimo tiene derecho a ser respetado sin que el exceso se vuelva en contra, y se mantuvo en la tangente de sus propios derechos. En un pueblo que no conoce literatura infantil, cantos corales ni dispone de tiempo para ocuparse de cosas inútiles, la vida, que es más bien una novela que un alegato, tiene que encontrarse incómoda fuera de su habitual laxitud; y la forma de expresar el descontento cuando intereses

inmediatos lo reprimen, es aguardar el buen momento de las vindictas. Se crea así una tendencia jurídica y una vocación revolucionaria. Mientras tanto, en la aparente paz forense de las ciudades y en la indiferencia de los campos prolifera, subterráneo y enmarañado, un arabesco de formas procesales, un laberíntico y erístico manual de procedimientos, de ordenanzas y de decretos aprendidos de memoria para no delinquir ni transgredir. Y aflora de él un estado ficticio de cohesión, de respeto, de convivencia consentida, que puede verse simbolizado en aquellos habitantes de la Puna de Atacama, pastores miserables que saben de memoria el código rural.

Las relaciones de una sociedad así constituida por la lógica y la conveniencia jurídica, pierden todo lo de generoso, amplio, desinteresado, fidedigno, y se convierten en reductos de defensa y en planes de ataque, en cerebrales litigios cotidianos que se dirimen ante el juez como casos de conciencia. Y si no se desprecia al juez y al comisario, se veja ostensible o hipócritamente lo que representa justicia y autoridad en la tabla de los valores morales; se desconoce la potestad del padre, la avasalladora primacía del talento, la potencia incontrastable de la honradez.

Si las instituciones no tienen antigüedad —por lo tanto, razón— que oponer al desbordamiento de los impulsos antiguos; si la ley-al-pie-de-la-letra no establece el orden psíquico de relación entre el individuo y ella, la idea de la justicia y la jurisprudencia entera son simples artilugios.

No hay pueblo que pueda seguir adelante exigiendo entre hermanos y amigos pagarés y recibos, desdeñando las obligaciones y las sanciones morales; la subordinación de la conciencia al precepto es el aniquilamiento del alma; y entonces la ley es el instrumento de la corrupción. En este sentido los sueños optimistas de nuestros mejores hombres nos han ocasionado indirectamente graves daños. Rivadavia y Sarmiento pueden ser vistos como genios diabólicos. Y Vélez Sársfield contribuyó con su obra a que creyéramos estar civilmente constituidos y socialmente organizados, y a que descansáramos nuestra conciencia en el código como nuestro carácter y nuestra iniciativa en las dádivas del Estado. A que nos sintiéramos preservados de un peligro que, no habiendo desaparecido aunque se contuvo y se escondió, podía tomar inclusive la misma forma del código civil. Si el conocimiento de la ley da siempre la razón, si la ley perfecta es un mecanismo automático, la norma se convierte en fraude y la ley lastima y encona.

Se ha hecho una vida que parece ordenada, pacífica y sin muchos peligros de bulto, porque el peligro que antes estaba en lo que se hacía, ahora está en lo que se sabe que no se puede hacer.

## LA DIVISIÓN DEL TRABAJO

Cada funcionario es una célula viva del Poder que, sin estar al servicio del todo,

encarna en su persona un fragmento de autoridad. El primer magistrado produce por cariocinesis el cuerpo administrativo. Mediante el cargo que desempeña, cada cual liberta en sí fuerzas de dominio individual y las pone en juego; por lo tanto, de la totalidad de esas células resulta un cuerpo ejecutivo, judicial, legislativo y administrativo de volumen mucho mayor que la suma de las partes. El diputado tiene sus lucros, el vigilante su uniforme, el ujier su librea, y son un pedazo de legislatura, un pedazo de policía y un pedazo de tribunal. Ese reparto del poder disminuye la fuerza del Estado, pero aparentemente parece mayor, más repartida, más mezclada a todo. Representado molecularmente dondequiera que sus funcionarios estén, el Estado encuéntrase siempre presente en todas partes, como un dios sin vergüenza; pero no existe más que como depositario de la fuerza armada y de intereses personales. Es un Leviatán macerado que lo llena todo con partículas de su disociación; de la suma de funciones que ejercen los que se sirven de él, toma la estructura de un esqueleto externo, de artrópodo, de tres millones de kilómetros cuadrados; mas no tiene vida por dentro, es un recipiente de corpúsculos de gas. La función pública no tiene servidores, da fuerza al ciudadano que se la incorpora como un maná: y a todos conviene que la fuerza individual de cada uno sea grande, para que la función resulte universalmente respetable. No se les respetaría si no, y el Estado sería afrentado diariamente en las personas de sus servidores. Debe consentirle que se excedan para mantener su equilibrio. El vigilante sabe que cuando el infractor olvida que está en presencia de la autoridad, debe sacar de adentro del uniforme su persona y llevarlo preso con ella; en presencia del juez advierte uno que hay algo por encima de las leyes y ante el funcionario de alta jerarquía se toca el apellido bajo la película del cargo. Sobresale ese plus como el cabo del cuchillo debajo de la blusa. Un Estado disuelto en sus componentes y esparcido sobre el haz del territorio, es temible, pero no tiene potencia cohesiva, simpática; puede proteger o despojar, puede invertir cien millones en una obra de adelanto, ciento veinte mil pesos por año en el fomento de las ciencias y las letras, acordar subsidios, sofocar motines y poner en armas cien mil hombres; no es más que un fantasma y un motivo de temor; con las mismas razones puede hacer todo lo contrario.

Donde el ciudadano aspira a la única posición respetable; la fortuna o el cargo, no tienen ningún valor la capacidad intelectual, la virtud, la tarea silenciosa, la investigación; no valen nada el espíritu y sus pobres enseres. Tienen que llenarse de esa otra sustancia que representa el ideal y el bienestar al mismo tiempo. Un puesto en la administración, en la judicatura, en la docencia, significa dinero, competencia, poder y honor. El Estado otorga sueldos como subsidios y además administra el saber, el respeto, la fama, la honestidad. Pero como el individuo elegido no tiene la culpa de que el dios le haya tocado en la frente para llamarlo a un destino excelso, y como esa función es una herramienta y no una rueda en un mecanismo, fuerza al puesto a que represente el summum de sus aspiraciones. Sabe que debajo de su nombre hay un cargo o una situación, que si quiere puede estampar en sus tarjetas; y también sabe

que sus actos han de responder ante el amigo que lo nombró, como el elegido ante su dios. Alcanzado el cargo, consigue automáticamente la impunidad, que siempre es inherente a Cualquier clase de posición destacada; impunidad es ponerse más allá de la sanción ordinaria, por arriba del silencio de los que aspiran a eso mismo. La carrera hacia el poder es la carrera hacia la impunidad, hacia la expansión de las fuerzas personales contenidas en el individuo por la sociedad, y como siempre cuenta con el acatamiento subalterno, librar en sí un poco del yo colectivo. Pues sin esa arrogancia que sobrepasa en unos cuantos centímetros la estricta órbita de su acción, se traicionaría un ideal de multitud: hacer fortuna y mandar. Todo lo que pudiera desprestigiar contribuye a prestigiar, porque aparece como una capacidad de poderío negada a los otros; el funcionario que hace lo que quiere, acaso con la conciencia de que cumple un deber, encarna un cierto poder encubierto y caprichoso que hay que atraer y conjurar. El cumplimiento liso y llano del deber haría despreciable la función; en cambio el fraude y el impudor son signos de fuerza, porque en ellos se ve al hombre más poderoso que la función y más temible.

El aparato escénico es un valor básico en esta comedia de las altas posiciones, con personajes primarios y asuntos primitivos; la dignidad del cargo purifica de la miseria personal justamente porque la pone a su servicio. Esa dignidad que rompe con lo usual y normal, es multiplicada por la afirmación categórica del acto arbitrario; con lo que se demuestra la capacidad de cumplir la función y de superarla con un plus inesperado. De ahí que el hombre del pueblo considere al empleado nacional como a un ser que tiene el privilegio de pasar a su servicio el servicio público, y de quien puede esperar o temer. Entonces lo acata. Sin ese acto arbitrario, la fuerza parecería disminuida y común; el usufructuario como servidor. Ahora es claro ver por qué el funcionario que inventa, el que quiere innovar, es entre nosotros el más peligroso; porque la innovación consiste en introducir su persona en la función a manera de novedad.

Al subalterno le queda en indemnización un recurso de la misma naturaleza fraudulenta, con el que mete su persona en el pleito y lo gana. Ése es también el plus inesperado. Si considera que se le perjudica injustamente, apela a otro poder extraño, ex machina, que es aún más poderoso que el funcionario; al funcionario oculto, al que puede llegar a serlo, al que siempre es algo en potencia: al político. Recurrir al político es demandar justicia en el mismo fuero en que se fue perjudicado, y al mismo tiempo ejercer una venganza de orden trascendental, rindiendo tributo al yo colectivo. Y, a pesar de todo, la usurpación del poder institucional por el poder personal, la absorción de la función pública por el individuo, a veces contribuye a enaltecerla. El juez, el legislador, el funcionario y el vigilante que hacen respetar la investidura por la agregación de un factor personal, hablan al incrédulo de modo que comprenda qué es una investidura. Hay en el conjunto de las fuerzas en escena cierta compensación que equilibra funciones y personajes. Y en definitiva, en esta comedia de equivocaciones o interludio de quid pro quo, se pierde a la larga todo, menos el

honor.

Esta modalidad típica del funcionario y del empleado público, que Agustín Álvarez conocía tan bien y despreciaba tanto, es una variante sublimada del compadre. Y el compadre uno de los personajes típicos que nos trajo y nos dejó la Colonia. En los sainetes españoles abundan, menos sombríos y perversos. De la galería de figuras bárbaras que le debemos, acaso el compadre es el más de sangre. Tipo muy difundido bajo los aspectos más inesperados, vale la pena de que se lo analice: porque su área de acción es vasta y su valor muy representativo.

## EL COMPADRE

Desde donde concluye el guapo hasta donde comienza el guarango, hay la octava del compadre. Por algunas notas confina con aquella zona del hombre bravo, íntegro, solitario; por otras, aparece como variedad del hombre sin carácter, facticio e incompleto que es el guarango. Desde el señorito que iba a desafiar a las lavanderas en el río, o a golpear a los serenos viejos; desde el montonero de la «indiada» y la «patota», hasta el funcionario que convierte una reglamentación en fuero de su rango, el compadre se extiende sobre esa región que es su octava. El valor personal, y, por consecuencia o viceversa, la depreciación de lo ajeno, lo caracteriza; como el guarango, se destaca por el esencial desprecio de lo exterior reducido a sus valores gruesos. Asimismo agravante, porque en este caso hace uso inmoderado de una fuerza de diferente signo de las que están en juego. Y como en muchas ocasiones la agresión lisa y llana a lo que le supera encierra un peligro, que su bravura o su posición no le permite afrontar, recurre al arbitrio de descargarla en un punto débil. Oscila entre el tipo que no tiene en cuenta a la sociedad y el otro que reacciona en razón de esa sociedad, el guapo y el guarango. En su seno aparece desacomodado, un individuo al cual excorían las formas concretas y concluidas de la civilidad.

Originariamente, el compadre y el guarango son pobres: su ámbito natural es la pobreza en que no falta el pan. «Compadre» fue un tratamiento que se daban las personas de la clase baja. Equivalía a camarada o amigo con referencia al parentesco político más bien que al lazo de simpatía. Asimismo, «cuñado» es un tratamiento familiar que se prodiga en la campaña entre personas de igual clase. Compadre fue el pobre; pero hace tiempo que los ricos han ingresado en esa familia inmensa de la plebe, en ese parentesco espurio del carácter: de modo que la palabra califica una especie de individuos linajudamente plebeyos. No podría decirse de él, como lícitamente del guarango, que los gérmenes de descomposición y de discrepancia con el ambiente que lleva consigo, sean antisociales; mucho más exacto es considerarlo un ser con retraso respecto a la marcha firme del cuerpo social: de manera que su actitud desafiadora y hostil conviene con las modalidades de quien empieza a tener



conciencia clara de un desnivel fatídico entre su altura y la talla media de las cosas y personas circundantes. Sabe, pues, que el ambiente ha cambiado, moviéndose hacia adelante, y que su relación antropológica con él está violentada.

Ser llegado a deshora, posee un orgullo absoluto que le inclina a tirar de lo exterior hacia sí, mejor que a acelerarse para alcanzarlo. Aunque no conciba intelectualmente, con la cabeza, la inferioridad en que viene a encontrarse con respecto a la realidad que connota, la conciencia orgánica de todo su Fulano de Tal percibe que en la marcha se rezaga, y hace esfuerzos inversos para ponerse al flanco la vanguardia de esa realidad que lo aventaja. El esfuerzo para no quedar vencido con que tira hacia atrás de esa realidad al mismo tiempo que la invade con su persona; el desprecio por el prójimo y el desdén por los valores de civilización, son los rasgos paladinos. Por anular la distancia casualmente queda en descubierto. No hay en ese movimiento un plan ni un ardid: son simples fuerzas orgánicas que encuentran en su ademán y en su palabra la forma de cortafrío con que descerraja lo exterior metiéndolo por los puntos vulnerables. Emplea la ganzúa para penetrar en la sociedad, que no le ha cerrado sus puertas sino que las tiene abiertas por el otro lado que él no ve.

La compadrada resulta, también, una actitud, una fórmula de resolver problemas de incompatibilidades con el ámbito, rebajándolos a conflictos y reyertas donde los puños dan la solución: una clave falsa porque tiene de antemano la solución para cualquier problema. Véase con cuidado: en toda compadrada hay un sofisma de hechos y de personas.

También es una forma del resentimiento. La diferencia entre lo que realmente se es, y lo que se cree ser, alza ese muro fuera del cual está el mundo y dentro el hombre. Dice Scheler: «... las grandes pretensiones internas pero reprimidas; un gran orgullo unido a una posición inferior, son circunstancias singularmente favorables, para que se despierte el sentimiento de venganza». Sobre lo expuesto y sobre todo lo demás que pudiera decirse entrando al subconsciente y al *humour*, además esto: los países que pasan muy rápidamente de un estado salvaje a otro civilizado, marchan con mayor celeridad que el ser humano. El hombre acompaña a las cosas: el ser humano requiere tiempo para aclimatarse al progreso, y la civilización, que ante lodo es una carga, quizá es ya incompatible con el estado fisiológico normal del ser humano. Cultura y civilización son estados de conciencia tanto como dominio de técnicas. El resentido que encontramos en el compadre, cuya definición casual da Scheler, puede ser un hombre normal, que va desarrollándose normalmente con arreglo a un proceso fisiológico de civilización y conciencia de ella; y a lo mejor el desequilibrio entre su metabolismo ético-mental y el desarrollo de las cosas no prueba su inadaptabilidad cuanto la injusticia que hay en querer hacerle incorporar con excesiva premura los elementos de un estado social que es, a su vez, un estado «precipitado» de formas convencionales. Sería en nuestro medio el hombre que tiene razón contra el que salta sobre los estadios intermedios: yerra en la reacción, pero en

esto es irresponsable también. El compadre como resentido, se opone pues, a un idioma de formas, no a un idioma de sustancias, y no puede menos que reconocérsele su derecho a la barbarie cuando está justificada por un contexto invisible, impalpable, intramolecular; y el veredicto espontáneo lo confirma cuando exclama: «es un producto del medio», o «el padre y los amigos tienen la culpa». De ahí lo que siempre tiene de genérico y representativo.

El yerro está en que el compadre emplea mayor cantidad de pruebas de las necesarias para convencer de que es un inadaptado, o mayor cantidad de fuerza de la que necesita para dominar «salvando su honor», para atemorizar o para que lo dejen en paz. Se hace inexcusable porque incurre en exceso y alarde desmedidos, como el que se tira de un vigésimo piso cuando basta con menos de la mitad. La arrogancia no resulta, por tanto, del comentario sobre los hechos sino de su actitud muda frente a ellos. Aun la jactancia verbal corona siempre una apostura corporal previa.

El *miles gloriosus* de la comedia siciliana y de los decadentes, como el de la hijastra en la farsa latina, es un personaje avanzado de este embrión; personaje dialéctico. La compadrada es eso mismo retrotraído a la acción, reducido de elemento imaginativo y psicológico a elemento corporal y biológico. Más que el concepto del mérito de la acción supuesta, el gusto de anunciarla y cumplirla, aunque sea por la espalda. O el lenguaje soez cuando acentúa algo cierto y verídico, un punto exterior indefenso; con lo que aquello que hay de tamizado en la sátira y en el sainete toma la forma del puñal verbal.

La agresión y la provocación acaso sean el acto usado como último término de convencimiento, como instancia convincente, cuando falta un lenguaje capaz de satisfacer con la excusa dada o recibida. El compadre, a este trasluz, resulta un ser de lenguaje reducido y deficiente que apela a la acción por falta de esa válvula que permite probar sin golpear, y satisfacerse en lo interno por la conciencia de que la palabra ha descargado ya su golpe. Hay senador, por ejemplo, que en una banca conseguida con fraude palmario, apela a la compadrada cívica para salvar su dieta, cuando no tiene razones que oponen al que le escarnece. La compadrada quizá es, en fin, un lenguaje complementario.

El fanfarrón que requiere la espada y cala el chapeo es una variedad teatral y gentilicia de este personaje auténtico, que no admite la posibilidad de una apostura en falso, que hace público de sí el teatro de los demás, porque se vuelve espectador de su propia postura. El compadre, igual que éste, no es tipo psicológico sino social; y su alma, la de una multitud. Necesitan ambos su espectador numeroso, no del teatro sino del circo, ya que el espectáculo está en ellos pero con la fiera y el arma verdaderas. Aparece en cierto sesgo como producto de una clase moral, de una casta de sudras morales, donde el teatro es todavía un grado de representación superior a las exigencias sociales de suyo; y produce para esa sociedad que aplaude en silencio. De ahí que el fanfarrón que hallamos en la literatura, que indiscutiblemente tiene parentesco con el que vive pie a tierra, no tenga que ver con éste, imposible de

transportar a la ficción, porque carece de sentido intelectual, teatral y es sólo un caso específico. Los seres anómalos tienen su lugar en la barraca, donde no desfiguran su monstruosidad: que ella es su arte. En la barraca, que es todo lo contrario del teatro.

### III

## LAS FUERZAS PSÍQUICAS

### LA UNIDAD DEL ESTILO

Sería difícil que hoy viera con claridad, alguno de nosotros, hechos al paso de las cosas, la sustancial analogía de valores en circulación, de técnica y de estilo, entre los sucesos de 1830 y de 1930; sin embargo esos últimos cien años encierran, en la historia universal, alteraciones más profundas que épocas enteras del pasado. Nuestro siglo avanzó conforme a su destino, por dentro de lo que se importó. 1830 es un momento en la disolución de un orden imperante por inercia y la exhumación de un cuerpo y un alma inmortales; 1930 también. Pero aquel período podemos verlo hoy reducido a su esquema, abarcado desde una altura de cien años; y éste lo contemplamos en el decurso de los días que forman nuestra edad, aparentemente más lógico y continuo y sin duda con más cantidad de materia en movimiento. Pero los hechos valen lo que los huesos y nosotros estamos viviendo lo que la historia omite. La unidad de estilo de un pueblo se percibe tarde y desde lejos. Será preciso esperar a que la actualidad pierda su carácter de fenómeno biológico y se convierta, como el pasado, en diagrama sinóptico para comprender que el presente que vivimos es un capítulo de la misma obra, y que a ninguna otra se parece tanto, por el tema que viene desarrollándose y por los personajes en escena, como a esa obra que parece cambiar de asunto al promediar el siglo XIX. Estos años que nos toca vivir no son de ninguna manera superiores a los pretéritos, aunque estén sazonados por los acontecimientos exteriores que entran accesoriamente en juego por el telégrafo, los transatlánticos y los aviones. ¿A qué fin sirven, qué fuerzas genuinas ponen en acción? Lo que entendemos por fenómenos de cultura, riqueza, por mayor cantidad total de bienestar, podrán parecer síntomas de decadencia y de retroceso cuando éste ahora que está vivo por nuestra vida, se retire y deje los hechos escuetos en su puro significado teórico, sin carne y en su hueso. 1830 es juzgado por nosotros con relación a una fecha universal; 1930 será después visto en cotejo con todo el ahora.

Los protagonistas de la historia que vivimos, no son más numerosos ni mejores que los que actuaron en cualquier instante del pasado. Tampoco son más de veinte pero han perdido, en desventaja, la visión nacional de los hechos, y proceden a la

sirga de un complicado conjunto de fuerzas ya mecanizadas. Aquéllos forjaban un estado de cosas, y éstos son arrastrados por un estado de cosas que escapa a su comprensión y pericia. El espectáculo no era entonces de un valor de civilización inferior, sino comparándolo con el resto del mundo; pero ahora lo es dentro del concierto de los valores de civilización circulantes, aun dentro de las necesidades nacionales. Estos héroes sin estatura y sin carácter, que vemos participar en la vida pública, cuyos actos parecen triviales, rutinarios, desconcertados y hasta insensatos, ¿serán quizá los héroes de nuestros nietos, como para nosotros aquellos otros llenos de pasiones, de crueldad y de atisbos geniales? Ellos verán la comba del descenso, la identidad de la materia histórica y el hueco que nos parece colmado. Verán que éstos ya no pueden manejar un sistema que los supera en complicaciones y que están imitando a los otros. Pues sin un pasado válido de experiencias, se entregan a él inconscientemente e improvisan, fallos de programa. Estos años acaso deban ser considerados como el capítulo penúltimo de la Colonia; y 1880 aparecerá como una etapa, en un hervor de sangre nueva, menos auténtico y argentino que 1930, con que la historia vuelve a soldarse a épocas anteriores en un plano continuo de sentido.

## LAS CURVAS DE APROXIMACIÓN AL VECTOR NORMAL

Puede caracterizarse lo que entendemos por adelanto en los últimos setenta años, por el crecimiento megalocéfálico de las siete ciudades en que se concentra más de la mitad de la población; y por el precio de la tierra. El nivel contemporáneo de lo que debemos de entender por estado intelectual y moral, ha descendido en una curva tan pronunciada como la que se eleva en las tablas de la producción y de los valores materiales. Con la diferencia de que el diagrama ascendente corresponde al tráfico del comercio internacional, y el descendente al rendimiento de lo argentino propiamente dicho. Cuanto mayor ha sido el crecimiento de lo que corresponde a la historia del dominio —político o capitalista— de Europa en América, lo intelectual, poético y emocional ha disminuido.

La grandeza y la decadencia de un pueblo cuentan por otros datos que por la expansión mecánica de la riqueza; resulta de un balance exhaustivo de los recursos y consumos, con inventario de todos aquellos elementos imposibles de encerrar en la estadística gruesa de la importación y la exportación. Un *plus* de economía produce su grandeza, y un *minus* su decadencia. No se operan estos procesos a la vista del espectador; quien forma parte de ese sistema que progresa o degenera, es envuelto por los cambios que se operan en él inclusive. Ocúrrele lo que decía Poincaré del habitante de un hipotético mundo que de noche creciera o disminuyera simétricamente en todas sus partes: a la mañana siguiente le parecería del mismo tamaño porque el habitante y el metro con que iba a medir habrían crecido o

disminuido igualmente. Esos procesos son comprensibles desde la distancia, y entonces se ve que la caída de los valores por entre la suma de los materiales ha sido vertical. Ese plus va acumulando un sobrante, el rédito de lo que no se necesita para la estricta conservación, o fondo de reserva. Lo mismo ocurre con el déficit que se acumula y que se cubre a expensas de sustancia de alta calidad. En los pueblos nuevos un crecimiento hipertrófico de la población, del rendimiento inmediato, de los aparatos mecánicos y de las formas superficiales del saber, puede encubrir ese déficit de sustancia vital. Y aun lo que en términos absolutos puede ser la curva de crecimiento material de una nación, puede dar un resultado negativo comparado con el ascenso general de las demás. En gran parte nuestro progreso resalta por contraste con el estancamiento y el retroceso de las naciones vecinas, y nuestra cultura por parangón con la caída en la barbarie de algunos pueblos vecinos. Pero, ¿significa hoy la Argentina más, por su producción intelectual, por su estado de organización, por su potencia económica que lo que en el concierto de los países mundiales significaba en 1870?

El crecimiento monstruoso de Buenos Aires, desde que se constituyó en sede y espejo de la República, ha colocado al interior en una dependencia de signo menos con respecto a su adelanto. Cada rascacielos que se alza en la planta central de la metrópoli hace más pobre, más ignorante, más improductivo el pedazo de tierra alejado en las provincias y da al desierto fiscal de los diez territorios, que son los baldíos de la metrópoli, aspectos de solitaria lejanía.

Hay, pues, una acumulación que concierne al hombre, a sus bienes espirituales: y otra que se refiere a las cosas materiales, que en cierto modo parecerían existir, crecer y multiplicarse independientemente de él. Estos dos factores suelen estar en oposición y hasta en pugna declarada, cuando la suma de la fuerza de las cosas sobrepasa la suma de la capacidad de dominarlas. Entonces se tiene que apelar al capital, a la cátedra y a la técnica extranjeras, trayendo profesores, especialistas y combustible fiduciario. Son la cultura y la civilización; el alma y el cuerpo, las formas del pensamiento contra las formas del cráneo. Y, en resumidas cuentas, el déficit moral con relación al superávit material. No puede juzgarse de un mejoramiento, de un cambio fundamental en la vida política, económica, artística de nuestro país por el uso de las últimas formas de los adelantos mundiales adoptados, por el depósito de los productos de la civilización. El telégrafo, la prensa, la radio, el automóvil, el cinematógrafo, las telas, los libros y el tabaco rubio son susceptibles de impuestos, engruesan la renta, pero pueden surtir efectos disolventes, ser usados y no asimilados. En algún sentido podemos decir que el hombre acumula, multiplica y reproduce rutinariamente, como verdadero mecanismo que tiene sus límites de los que no le es posible salir; y que las cosas, las herramientas, las máquinas, los edificios, las mercaderías que toman vida de sus manos, son las que crean, innovan y varían. El hombre se convierte en ser vegetativo ante la creación de ese mundo de objetos que nace, crece, se multiplica y muere. Civilización es el uso correcto de las

formas que ella crea. Hay que juzgar por lo que el uso de esos productos significa en el aumento de potencia y en el valor efectivo del progreso. Esas formas son los instrumentos, pero el país prosigue su lento camino utilizándolos con arreglo a su necesidad. Con un alambre se puede hacer un reóstato y Alberdi decía que el telégrafo y la imprenta podían ser vehículos de barbarie. Tómese la provincia de San Juan en las descripciones de Sarmiento, o la de Corrientes tal como la vio Echeverría hacia 1840, Salta en 1800, Santa Fe en 1780, Mendoza en 1900. La tradición sanjuanina de crímenes políticos, de atropellos, de exacciones tiene en la actualidad su valor negativo máximo. Corrientes, que inicia la colonización en gran escala y de la que todavía Pellegrini, en el discurso contra la federalización de Misiones pudo hablar con elogios, ha caído en la ignorancia, la pobreza, retrogradando a más de un siglo. Poblaciones enteras no prueban la carne; los niños se alimentan de mandioca, naranjas y mate; las tres cuartas partes de la población es analfabeta, el porcentaje de exceptuados del servicio militar, como en La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy, por insuficiencia torácica o por enfermedades endémicas, es pavoroso; la licencia concluye con lo que deja en pie la miseria. La historia de las asonadas, de los odios regionales, de las malversaciones, o de la persecución sistemática al intelectual de cepa, el desprecio a lo que no está orientado en la dirección de la fortuna pecuniaria, la hegemonía del ejército como única institución de orden y de poder, el sometimiento de la enseñanza a la política, demuestran que a través de un siglo se cierra un paréntesis y que la historia recobra su curso regular. Tómese como índice los diarios de las cámaras, las colaboraciones de los rotativos, los discursos que se pronuncian y los libros que se leen, las obras de teatro que se mantienen en cartel, la música y los espectáculos populares, el deporte y las demás expresiones de la realidad auténtica, y se verá que el nivel moral e intelectual nunca alcanzó las bajas actuales desde cincuenta años. Una depravación política sin antecedentes, el entronizamiento al gobierno de las muchedumbres ignorantes, egoístas, fanáticos, reemplazó al sistema perpetuado en la ineptitud y el fraude; echado abajo el que se llamó democrático, recuperó el poder su dueño verdadero, el que tiene títulos más añejos y derechos menos discutibles. Lo que llamábamos barbarie no había desaparecido, sino que se había refugiado en zonas neutrales esperando su momento propicio. Hace su aparición en los corsos, en los comicios, en los estadios. La crisis económica dio lugar a que resurgiera el bandolerismo y el contrabando, el soborno y la agresividad encubierta en agrupaciones y ligas. La Córdoba que vio Funes es la misma que vio Nicolai; esto es aquello, que estaba sofocado por los altos sueldos y la libertad con que cada cual hacía su juego en la buena racha. Sólo nos queda, en el balance, una gran ciudad, como fortaleza contra el azar, donde se ha concentrado lo que antes poseían repartido las provincias. Pero Buenos Aires ha crecido sin variar. La gran aldea de Lucio V. López es la factoría de Ortega y Gasset. En J. A. Wilde está descrita como en Hudson y Cunninghame Graham aunque sin subterráneos, sin luz eléctrica, sin teléfonos, sin avenida costanera. Y las provincias, con silos

cooperativos, automóviles, sucursales de banco y tiendas no han prosperado ni avanzado, por cierto, más que Buenos Aires.

## AMOR

Los nietos de los nietos tenían un alma cargada con todos los lastres del pasado.

El tiempo estaba de parte de los que esperaban. La carne del hombre envejecía y volvía al polvo de origen. La mujer humillada en la que se quiere borrar todo sentimiento de dignidad, retrocede un paso y en la misma mansedumbre con que se entrega y se resigna, ejerce su venganza. Tomada como presa, usada para el placer, deja en el alma del varón los signos materiales de su cuerpo. Pues lo cierto es que el alma del macho se iba prostituyendo al mismo tiempo que la carne de la hembra; el fraude, la codicia, el desprecio por lo que no morirá a pesar de todo, la falla de gozo en la obra del día y en la espera del mañana, el afán de cubrir con el dinero, el poder y la apariencia, los huecos que no se pueden llenar, es la forma espiritual de esa larga afrenta a la mujer, cuyo sentido humano es místico.

Un pasado semejante se olvida, pero no tiene remedio; se cubre de las últimas conquistas de la ciencia y del arte, y se levanta como un fermento y lo trastorna todo. Los nietos no saben ya nada de sus orígenes; el tiempo parece haber borrado la iniquidad y la oímos en la boca del escolar cuando se enoja con el condiscípulo, y en la sonrisa del adolescente que cala a la distancia una alusión del tabú femenino. Pueden mezclarse las sangres; esa gota ofendida es inmortal. Nuevos hombres llegaron de otras partes del mundo e importaron nuevas costumbres. La transfusión era lenta y entraba para perderse en el torrente circulatorio. Los aportes de nuevos contingentes humanos impulsados por los mismos móviles, urgidos y ávidos, no traían el amor, ni la resignada bondad de los consortes que se entienden: No traían amor, ni lo encontraban aunque el fuego encendido en sus carnes flageladas los iluminara efímeramente en el gran resplandor de una pasión sin control; y sus hijos quedaban junto a otros hijos trabajando en plasmar una realidad fría y sin forma.

Cuando la guerra del Paraguay, relata entre otros Pellegrini, las mujeres todavía acompañaban a las tropas, como en las guerras civiles y en las campañas contra el indio: Corrientes ha perdido esa guerra. De la posesión de mujeres en calidad de seres domésticos, nacían hijos que iban a criarse en hogares regularmente constituidos; en cada familia llegaban a media docena, pero el que más poseía criaba más. Santos Ugarte, en *El Ombú*, de Hudson, es de ese tipo de padrillo que poblaba y despoblaba la campaña; Entre Ríos tuvo el suyo. Esa subraza nacida de tales desórdenes; la siembra de parias como no hay otra en la historia del mundo, produjo al gaucho sin respeto. Las mujeres aborrecían al hombre, que en todo sentido les era inferior, y cuando se sometían y callaban, algo dentro de ellas se hacía fuerte y se preparaba a



levantar la voz.

Entre la separación espiritual de antes y la unión un poco precavida que siguió, existió la zona neutral, el terreno baldío que también separa las fincas. Una distancia psicológica que llegó a ser física, como se la ve en el esposo y la esposa que van del campo al pueblo y del pueblo a la ciudad. Entran a las calles, marido y mujer, como avergonzados de que se los vea juntos, acaso porque el sol no los sorprende nunca unidos; los trabajos rurales que dejan a la mujer en la casa y llevan al varón a su tarea, los une en la noche sin tertulias ni visitas, en la soledad, cuando se acuestan cansados a engendrar hijos y a dormir. Costumbres y reparos de seres disociados, que igualmente se descubren en algunos inmigrantes. Parecen desorientados y echándose recíprocas culpas de faltas inconfesables, que no existen. El hombre va delante; la mujer y los chicos detrás de él; él anda con aire de extraviado, de asombrado, atisbando indiscretas insinuaciones —que existen— como si lo que le sigue no le perteneciera; y son su mujer y sus hijos. Al desprecio natural por la mujer, cuya posición en la sociedad era inferior por un complejo de circunstancias, se unió el ancestral desprecio judeo-cristiano que la consideraba fuente de todo mal; la incitación de Eva y la caída del género humano cobraban evidencias teológicas. En el orbe católico, la mujer es el instrumento del goce, el artefacto del diablo, el pecado por antonomasia; si la vida no tiene una potencia orgánica capaz de eliminar el virus, se incauta de ella y la inficiona. Esa idea religiosa propalada sin que fuera resistida por un estado de hecho basado en el amor, llegó a dar un tono al idioma y a la vida; la idea perversa se agazapó tras la picardía, en la alusión, en el gesto y en el estado de ánimo propenso a tales juicios sintéticos de bajeza. Por fuera, una excesiva rigidez proscibía aún las más inocentes fintas eróticas; por dentro, flojedad y dehisencia. De ese divorcio y esa censura, la vida sexual constreñida, asfixiada, tendría que resumirse y aflorar con virulencia morbosa; de una parte en la casa del placer y de la otra en la casa del resignado sufrimiento de la vida sin amor. Sobre todo lo que acusara una procedencia de filiación sexual, se echaba la corteza de un austero repudio, algo sólido como la córnea transparente, a cuyo trasluz se mira el mundo del pecado. No se tenía ninguna compasión para la mujer; se le tendían los lazos más astutos y se vivía a la expectativa de difamarla luego. Camila O’Gorman, fusilada con su hijo en el vientre, es una de las pobres mártires de la inclemencia del censor público. El confesionario y la mirada a través de las celosías eran los fiscales terribles de esa vida encerrada en una cápsula de hipocresías. No había más que dos extremos: la castidad emparedada y la prostitución. En el teatro clásico español, sin madres, sin niños, con esposas como amantes y con doncellas de brutal virtud, se encontraban abundantes ejemplos de lo que se enaltecía y vilipendiaba. El sexo quedaba para siempre encubierto, pero haría sus estragos en las almas, corroyendo del espíritu porciones equivalentes a las que no había podido satisfacer noblemente en los cuerpos. Una pintoresca evasión encontramos en «las tapadas» de Lima, que se cubrían el rostro para evitar el escarnio, y en las máscaras de nuestro carnaval.

Produjéronse formas muy curiosas de libertinaje, bajo los disfraces de la más acendrada honradez. Fuera de su casa, la mujer quedaba expuesta al vejamen y al atropello, que aún después de las diez de la noche es la asechanza en las calles de Buenos Aires; el amor se redujo a los recintos prohibidos, como en el teatro clásico español a la alcoba. Esa disociación de una unidad que es indestructible, creó una población sin amor pero donde se fingía el amor; produjo un crecimiento canceroso de los tejidos enfermos de la sociedad. Para Bertrand Russell, es Suramérica de los últimos países donde la prostitución sigue siendo un problema social y municipal; aunque ignora que es un problema moral, como todos los nuestros.

La cantidad de instintos y expansiones relegados al interior de los lupanares, no disminuyó la virulencia del dilema, contribuyó a que fuera taciturno, fingido y tremendo. De esos lugares aislados como lazaretos espirituales, aunque diseminados por todos los barrios y por todos los pueblos, salían con los noctámbulos, hálitos de relajamiento, de laxitud, de altanería, que llegarían a contaminar los hogares y la infancia. El adolescente hacía en el prostíbulo su vela de las armas en la caballería de nuestro Medioevo. La mujer en abstracto quedó ocupando una posición ficticia, sin que se la respetara a fondo. Se la miraba con la malicia del que desde muy pronto conoce ya sus secretos anatómicos y sus genéricas funciones de menstruar y parir; demonios viejos y jóvenes que consideraban la nubilidad como una humillación fisiológica. La cuestión sexual se desplazó, pues, de la esfera de los sentimientos y cayó como bólido en la órbita de la materia; lo genital fue lo sexual y lo sexual lo sensual. Voluptuosidad, emoción, se fijaron en un sitio corpóreo, igual que la parodia del amor en los lenocinios. Inflorescencias genitales son las especies que sazonan las charlas de varones; forman parte integrante y parasitaria del lenguaje, de las ideas, como el fondo común de pensamientos e imágenes; cuando se las excluye es sensible el esfuerzo de eliminación. La vida gira en torno de lo que se evita decir; una vía láctea de alusiones vedan el uso de palabras y construcciones gramaticales. Aun la mujer más inexperta tiene gran agilidad subconsciente para interpretar las insinuaciones más veladas a la sexualidad; la suspicacia serpea por los meandros prohibidos, y aun los niños en sus juegos mezclan términos obscenos a gestos cuyo significado ignoran. En fin, lo sexual, reducido a sitios de retiro y a zonas suburbanas de la conciencia, no ocupó por impregnación todos los lugares que debía. Bajo la vigilancia religiosa y policial, el problema de la libido produjo fenómenos de perturbación moral; simple y sin neurosis, tiene sus leyes, sus secretos y sus ordenanzas.

FE

La religión que se trajo a estas tierras de mitos tan viejos como sus seres y sus

plantas, era a la sazón un instrumento de dominio complicadísimo y sin ningún contacto con la vida; una maquinaria que se pretendía hacer funcionar en el seno de la naturaleza. Pues la orden jesuítica era un sistema de ingeniería elaborado para convertir las materias primas del mundo salvaje en combustible y fuerzas apostólicas. Los encargados de inculcar la doctrina de Cristo no traían la esperanza ni la caridad; venían a reclutar espíritus y cuerpos para la guerra, a llevar a cabo el plan más atrevido que el despecho de un cínico pudo engendrar en el cráneo de un fanático. La doctrina que Maquiavelo concibió para la política, era el consuelo y la resignación que se predicarían a los hijos de la soledad por sus adversarios.

El catolicismo, que no había hecho presa de España hasta Fernando e Isabel más que como una coalición contra el árabe, encuentra su forma hispánica en San Ignacio de Loyola. Desde ese momento fue consustancial con su vida. El santo descubrió la manera de hacer que la religión que con el Renacimiento se despoja de durezas primitivas, recoja para transportarlas a la Edad siguiente, los contenidos místicos de la vida medieval española. Era también, el jesuitismo, España que desbordaba hacia países donde combatir por la fe y por la dominación. Convertir al mismo Cristo en Cruzado fue la idea genial, para que el amor a Él se transformase en lucha, y la oración y el éxtasis se concentraran en hipnóticas disciplinas de cuartel. La verdad absoluta del Dogma era indiscutible, los debates de la Teología, inútiles; había una verdad: la fe, y una fuerza para imponerla: el ejército. Con la Compañía de Jesús halló España el modo de hacerse fuerte ella misma, como cuerpo combatiente de la Iglesia, de poner su bravura y su ignorancia al servicio del Dogma, anulando la distancia entre ella y Europa, en cuanto podía oponer a los exegetas los soldados. Saldría la religión del claustro y se internaría en las selvas y desiertos del mundo salvaje, llevando su alma en la cruz y la espada. América figuraba con China, India, Polonia, Lituania, Rusia y África. La idea de San Ignacio llegaba en su momento, para sustituir en su pueblo la necesidad de razón con la fe, la necesidad de gobierno con la obediencia, la necesidad de orden con la empresa. La Compañía nació para salvar a España de un peligro inminente, proveyéndola de sustitutos sacados de su propia sustancia, para reemplazar las formas de alta cultura en que iba Europa haciéndose adulta. Halló cómo persistir sin claudicar en su naturaleza bravía, sin transigir con la Edad Moderna. El advenimiento de la Orden hizo posible continuar la conquista, cuyo objeto y posibilidad estaban de hecho agotados, porque el jesuita tenía un plan y el «poblador» no. Tomó ese carácter casualmente cuando España comenzó a hacerse potente y a poner en sus ejércitos la mira de su política internacional. Los ejércitos de predicadores y misioneros, conquistadores de cierto cariz, encontraron horizonte propicio en estas latitudes. Era más fácil y hasta más meritorio reducir al indio que a los pueblos que habían abrazado la Reforma. En vísperas del fracaso del catolicismo, aparecía otra vez el pueblo elegido en que tomaría cuerpo para salvarse. Desde entonces la Iglesia misma, en esas milicias, contaría con una fuerza digna de tenerse en cuenta para los tratados y alianzas.

Entre las promesas informes que América ofrecía al espíritu reducido del español del siglo XVI, estaba la posibilidad de formar un imperio con lo que habría de quedar, como de formar una riqueza con lo que habría de llevarse. América tendría su justificación: la leva de un ejército formidable para la fe y la explotación de la raza nativa para la riqueza. Los misioneros eran un complemento de la invasión armada, no con el propósito de legitimar ante el Papa y el Rey los despojos y la esclavitud, sino con el ánimo de fijar un reinado pacífico y seguro al Dogma. Fue una empresa eclesiástica y no religiosa, la evangelización de la América española. Se trajo el catecismo y los preceptos que exageró la Mónica, en vez del Evangelio y las Epístolas. El sacerdote era la encarnación de Cristo combatiente. Ese imperio que iba a extenderse con sujeción a un plan, para que fuese eterno e inexpugnable, habría de tener su sede en un punto estratégico de las posesiones, y sus órganos subsidiarios según la conveniencia del todo; cosa que no entendía el conquistador, que poblaba sin plan sirviendo ingenuamente a aquellos planes.

Misiones fue el lugar en que comenzó a elevarse la fábrica de los templos y a reclutarse los soldados de Jesús. Ese clérigo era hombre de conquista, de dominación; tomó bajo su tutela al aborígen y lo hizo trabajar con la promesa de un paraíso indígena tras la muerte, a cambio de su esfuerzo servil en la tierra. El clérigo ocupó un lugar de preferencia junto al corregidor; custodiaba la integridad de la disciplina de los espíritus, como el otro las fronteras. Tuvo que recurrirse a hiperbolizar lo pintoresco y patético de la religión para que conmoviera el alma del salvaje, y que poner a su alcance una creencia simplificada y materializada. El catolicismo hubo de regresar a las formas primitivas, de las doctrinas de Pablo, y consentir que se le infiltraran los elementos de la mitología autóctona, en lo que pudiesen casar unas y otros. En todo eso se convino por necesidad de que el indígena no rechazara, con la indignación de Atahualpa, la religión entera, y a condición de no sacrificar al catecúmeno lleno de repugnancias ante la nueva forma espiritual de creer. Se elaboró una especie de droga enervante y tropical con el nuevo culto y la antigua superstición. Las cátedras de teología y de derecho canónico, que formaban las asignaturas capitales de la instrucción, no tenían que ver con ese otro proceso inverso del fraile que se entorpecía cada vez más con un catolicismo mítico, bastardeado por la ignorancia del feligrés. Su recurso de última instancia fue entregarse a la política y buscar la fuerza que perdía con el trato de las poblaciones sometidas, en el claustro, en el parlamento, en el hogar y en el púlpito. La religión le fue suministrada al catecúmeno deformada y además él la aceptó deformándola. Hubo de reducirse los símbolos y la retórica de la mística, al alcance de esas inteligencias infantiles. Muy pronto desapareció cuanto tenía de espiritual para quedar en el rito, en lo ornamental, en un instrumento de tortura y predominio. Las formas arquitectónicas reemplazaban en el alma indígena la leyenda de los mártires y los santos. Francisco Solano tuvo que reducirse a la condición de indio errante, asemejándosele en todo lo posible, porque el indio no podía erguirse hasta él. En fuerza de poner al alcance del bruto los

misterios de la Trinidad, de la Concepción y de la Eucaristía, se caía en una forma materialista de superstición que a la larga el mismo indígena repelió, purgándose de ella con el retorno en masa al culto ancestral. No se puede hablar al indígena del misterio de la virginidad sin que termine en un culto priápico. El fraile gozó de predicamento absoluto como hombre. Valía por la cantidad de infierno que tenía a su disposición. Para un Santa María de Oro y un Mamerto Esquiú, tenemos diez Castro Barros, Aldao y Monterroso, exponentes clásicos de lo que llegó a ser el fraile en los campos. La tonsura desaparecía bajo el cabello al mismo tiempo que se borraban en el cuerpo y en el espíritu los demás signos que diferencian al sacerdote del seglar. Acaudillaba huestes, las azuzaba en el combate y las compelia al saqueo; jugaba, cortejaba y blasfemaba.

No encontró asilo en las almas, la religión, y se refugió en los templos y en los cuarteles. San Ignacio, Corpus Christi, eran los puntos de reclutamiento en la conscripción de la fe y el trabajo, para el imperio terrestre; Córdoba, elegida según el otro aspecto de la fundación de Colegios y Congregaciones, irradiaba la ciencia que justificaría la empresa como obra grata a los ojos de la razón. Asunción, llave central, fue la última cabeza que soñó ese sueño. Córdoba constituyó el alma como San Ignacio el cuerpo de la Orden; tenía su Universidad, que trabajaba de consuno con los seminarios, llevando a lo hondo la conquista de las almas. Ambos arsenales ocupaban lugares estratégicos, según la superficie del virreinato y la del proyecto de extensión por Suramérica. En Córdoba, centro onfálico que habría de absorber a Chuquisaca, prepararían la artillería pesada de teólogos y jurisconsultos; en Misiones, que habría de absorber al Río de la Plata, se alzaría el emporio industrial, agropecuario y mercantil que poniendo la conquista a su servicio, proveyera, como la Lubeck de un Hansa bárbaro, a las arcas y las tropas de la iglesia. Eran dos fortalezas construidas sin violentar la topografía y las líneas fundamentales de comunicación, teniendo en vista el mapa ideal de un imperio, por donde irrumpirían los ejércitos de colonos, soldados, teólogos y traficantes. Pero la religión quedaba excluida de esa táctica maquiavélica. Se la negaban casualmente con la difusión y el dominio de ese fanatismo ególatra, que se había propuesto a la victoria sobre el salvaje como punto de partida para la victoria sobre el mundo católico europeo que se apartaba de la Iglesia. La instrucción de esas fuerzas de fresco para llevarlas a Europa, brutalizaba la empresa, con medios como fines. La idea de San Ignacio de Loyola encontró su brazo en el Concilio de Trento; pero en América faltaba un estado previo de catolicidad exacerbada para que esa fábrica formidable de razonamientos crueles y de lógica química, pudiera llevarse a cabo sin que se pervirtiera. La conversión habría de ser a la inversa, como que el instrumento de dominio era infinitamente menos poderoso que la materia a dominar. Predicadores y soldados acabarían poniéndose al servicio de América, utilizando las enseñanzas de sus ejercicios y prácticas para rechazar una liturgia militar que, sin embargo, se destinaba a las almas.

El medio en que esos capitanes y generales de Cristo habían de desarrollar sus

actividades, les era hostil; refractario por todas las circunstancias imaginables. La fe ciega requiere el agotamiento de la razón, el suicidio consciente de la facultad de crear, de dudar, de buscar la íntima senda. Llega al espíritu después de muchos años de ansia estéril por encontrar las moradas interiores, en un supremo abrazo a la fe derrubierta. Predicada como dogma la obediencia ciega, la aceptación del absurdo acentuado ex profeso como mérito de la verdad, termina por desbordar en olas destructoras. Las tropas armadas al servicio de lo que por primera vez se piensa con libertad y de lo que por primera vez se ama a merced del albedrío, se sentirían a sí mismas como cohortes de Dios. El renacer de una insobornable facultad de pensar sin coacciones daba a la propia conciencia emancipada el arsenal empleado contra ella.

El sometimiento de los misioneros a las condiciones primarias del salvaje, para arrancar de ahí la catequesis, les impuso una primera claudicación. Habían de comenzar aprendiendo idiomas sin ningunas relaciones lingüísticas con las demás lenguas conocidas: aprendieron el guaraní y el quechua para enseñar a esos pueblos las oraciones y el catecismo. Era la primera victoria del indígena y el único recurso posible para que la doctrina llegara al catecúmeno envuelta en la palabra materna. Entraría a ellos la gracia con el verbo. Por inteligente que fuese el catequista, y por grande que fuera la voluntad puesta en la tarea, la pureza de la doctrina se corrompió al cambiar de idioma. Una religión es inseparable de un idioma, como lo prueba la adopción del latín para la liturgia. Mediante un vehículo inapropiado, lo sutil se evaporaba y lo sustantivo se hacía, por desecación, más material y didáctico, Esas gentes, que sólo tenían alma semejante al europeo por decisión pontificia, no estaban de ningún modo predispuestas a las disquisiciones anagógicas, ni a la concepción de un supermundo de categorías filosóficas. Era menester ponerles ejemplos groseros, consentir que interpolaran en la leyenda cristiana trozos íntegros de su teogonía. Predicadores y misioneros corrompieron su propio idioma, acabando por proscribirlo definitivamente en el habla y en los eucologios; el castellano en las misiones y el latín en la cátedra sufrieron por hibridación las mismas deformaciones que una religión que tampoco hablaba al corazón de un pueblo sino a su alielada fantasía. Para comprender una y otro era menester cerrar los ojos ante el pasado y el presente que destruían por simple acto de existencia la construcción de esas Nefelococcigias. Sólo afirmaba la credulidad en lo verídico de esas enseñanzas, por acto de potencia, el estilo y la ínfula que daban a su vida y a su prédica esos hombres de distinto color, que parecían traer consigo la verdad y la Fuerza. Creían en los hombres.

Todo ese sacrificio de paciencia y de perseverancia, de acomodación recíproca, tenía un móvil secreto, nihilista. Suavemente, inadvertidamente, la tarea titánica conducía a la edificación de un Templo, de un Emporio y de un Cuartel. Y con no menos imperceptible suavidad el indio atraía hacia su paisaje al perseverante trabajador. Se le hacía labrar y manufacturar, sin que en sus obras dejara la impronta de la alegría ni del amor. Luchaban dos mundos en la vasija que cocían, en el tejido que tejían, en la espiga que trituraban. También en esta lucha el indio, sometido a las

faenas rurales e industriales, reducido a servidumbre encantada de cánticos e imágenes, pero sordamente en rebeldía contra esa tarea cuyo sentido universal se le escapaba, y contra esa liturgia ornamental, iba dominando poco a poco al jesuita, transmitiéndole de su ínsita superstición y de su técnica de hacer, de pensar, de sentir, de acatar. Cayeron unos y otros en la adoración de los amuletos y en el temor de la magia negra, catequizados a la vez por la ignorancia y la ingenuidad. Los santos regresaban a la categoría del tótem, y el ajedrez de un imperio universal se embolaba en el placer glúteo del poderío material y en la soberbia de una victoria muy difícil. Desde entonces habrían de ser en estas tierras, el catolicismo del franciscano y del jesuita, una nueva secta cismática, con toda la pompa externa del culto, pero sin esa fuerza que la religión verdadera inflama en el alma del creyente. Ese catolicismo espurio no podría haber sido predicado, comprendido ni aceptado en ninguna otra parte del mundo. Finalmente, hubo que destruirlo, expulsando a los sacerdotes que renegaron del idioma y del acatamiento al rey, como a herejes ensoberbecidos.

El beato fray Luis de Bolaños y el santo Francisco Solano que hablaban ese idioma espontáneo que Dios milagrosamente hizo que entendieran de pronto, hubieron de recurrir a otros medios de persuasión. Crearon un método como los filósofos un sistema. Con la comprensión revelada de las lenguas indígenas, les bajó la gracia de ser al mismo tiempo entendidos. Francisco, a la manera del de Asís, con el que tiene similitudes paródicas, en lugar de la rama que simulaba el laúd, atraía al indio con su violín construido por sus manos. Modulaba improvisados aires y melodías, y el canto se mezclaba a la voz silvestre de su angélico instrumento. Otra vez el arte servía de lengua de dominación, más poderoso y eficaz que las armas. Lo que hizo, él solo, no lo hizo la Orden entera. Obró prodigios y dejó almas que aún lo veneran. Era la única manera de llegar a lo recóndito de los espíritus, de alzarlos a la luz. Pero para eso había tenido que reducirse a ser un transeúnte del desierto, un juglar de hordas, un violinista en estado natural. Sus milagros son tan groseros como su pobre vida, y en el cielo, aun junto al de Asís, estará avergonzado de su rusticidad y de las pruebas de su existencia que dio a las gentes de la tierra inculta, el Dios que lo inspiraba.

No todos siguieron ese camino de sacrificio y derrota, sino que prefirieron el otro, más afín con lo que el ambiente les incitaba a realizar y con los móviles que les guiaron hasta estos lugares: combatir con denuedo junto al caudillo. Se pasaba de unas filas a otras. Quiroga consideró a sus enemigos como ateos; Aldao y Bustos llamaban a los contrarios de su política, «innovadores peligrosos» y también «ateos», que era la palabra satánica. Se habían hipostasiado a una Divinidad mestiza, usurpando inclusive un mesianismo del que no tenían siquiera idea clara. Y la nueva secta puso en lugar de la Virgen a la Santa Federación.

Había servido la religión para mantener en la obediencia mientras no existía ninguna institución laica, y en ella se polarizó todo deseo de sofocar al adversario y de erigir la propia voluntad en principio incontrastable de gobierno, ad majorem Dei

Gloriam. En Entre Ríos, refiere Andrés Lamas, un fraile franciscano «había estado administrando justicia civil y criminal, pronunciando hasta sentencias de pena capital». Siendo refractario el ambiente a la absorción del alimento místico y aun religioso, la religión embebió, por simple fenómeno de capilaridad, las costumbres y las fuerzas sensuales y hedónicas de la horda y del gobierno de la horda. Era imposible llevar a cabo ninguna innovación sin que el tribunal del Santo Oficio no la juzgara sacrílega y opuesta a la ley divina con que se habían conculcado las demás leyes de la naturaleza y de la razón. Don Nicolás Oroño secularizó los cementerios e instituyó el matrimonio civil, en Rosario, antes de que existiera en otras partes de Suramérica; proyectó, también, fundar una escuela de Agronomía en los terrenos del convento de San Lorenzo. Tales impiedades desataron contra él la revolución del 22 de diciembre de 1867. Del norte de la provincia de Santa Fe llegaron a sitiar Rosario las fuerzas del jefe nacional de guarnición en la frontera, mayor Nicolás Denis, al que se unió con sus fuerzas el coronel Patricio Rodríguez. Encendidos de sacro fanatismo, gentes y tropas armadas recorrían la ciudad dando gritos de: «¡Viva Dios!» y «¡Abajo los masones!».

Se mezcló el fraile a la política y la guerra para acaudillar gauchos malos, definitivamente vencido por las fuerzas bárbaras circundantes. No era posible transformar por métodos persuasivos un mundo violento y reacio; había que sojuzgarlo y que hacerle comprender la suprema verdad de la religión por el fuego y el hierro. El más astuto formaba parte de los cabildos y congresos donde su voz tronaba, agotadas las razones, con increpaciones del Apocalipsis. Sarmiento perdió la fe oyendo predicar a un energúmeno que había sido congresista de 1816. Desde su parroquia el cura levantaba a los fieles, o publicaba infames diatribas, como aquel escatógrafo padre Castañeda, que inauguró nuestro periodismo innoble e inició la guarangada en las letras. Desde entonces el soldado religioso se convirtió en el caudillo del púlpito; cuando perdió su ascendiente personal, usó de su fuerza oculta por la intriga y la difamación encubiertas. Expulsado en 1767 se quitó los hábitos, intervino en el gobierno y proliferó ramificándose por dentro de la vida social argentina como un sistema de ganglios. Todas las prácticas y ejercicios espirituales se redujeron al culto; a la concurrencia material al templo, a la observancia de las fiestas rituales. Al despojarse de sus hábitos, vistió incontables disfraces civiles y docentes. Convirtiéndose la religión en una liturgia externa y en un aparato ostensible de la fe. No hubo, naturalmente, ni el místico teórico, ni el substrato de devoto concentrado, tan común en otras sectas fuera de la católica. Todo lo que había sido ejercicio espiritual se convirtió en milicia política y burocrática. Los colegios continuaron preparando sus huestes invisibles, como la araña que remienda su tela; y si no dio un solo místico, un solo grande hombre, se aseguró en la ley y en el Presupuesto una vida decorosa de incrédulo socarrón. Se vertió afuera ese íntimo fervor del corazón tocado por la gracia, en la extraversión característica del conquistador y el traficante. Anastomosada a la administración y al ejército, devino una religión reducida al culto



externo, a la ostentación de la piedad, tan contraria a su esencia misma. Sin arraigo en la fe verdadera quedó como una falsa estructura más. Si símbolo material son esos templos de Misiones, derruidos, de los que sólo quedan en pie bloques de su fachada invadidos y vencidos por la naturaleza tropical, asomando entre ramas potentes y vivas su arquitectura recargada de ornamentos de piedra.

El templo suntuoso atesora riquezas frías que se envidian como una fortuna en malas manos. La catedral y el seminario de Catamarca, cuya construcción costó tres millones de pesos, atesora riquezas superiores a los caudales de la Provincia. En todas las ciudades donde la hay, basílicas y catedrales son símbolo de ostentación material, no de vida espiritual. Los templos sin arte y sin antigüedad, alzados según planos antiguos y artísticos, ofrendados por pecadores arrepentidos y hechos por obreros que maldecían su destino, falsos en el revestimiento de mármoles detrás de cuyas lápidas está el recio bloque de cemento, quedaron como recintos que reúnen multitudes dominicales que luego se separan y hostigan. Desde el púlpito, el párroco imparte instrucciones electorales o flamea sermones de fanático incrédulo, levantándose a una fama de predicador, que se acepta dócilmente pero en la que no se cree. Ningún templo habla a la fe, ni conserva cenizas venerables. Los escultores no los han embellecido, los pintores y los tallistas no los han dignificado; la palabra de Dios no ha asomado en sus naves; y el alma del triste, más solitaria y afligida, vuelve a la calle otra vez, a mezclarse a una vida tan fría y hostil como ese templo sin Dios y sin locura.

## IDIOMA

Más que en las costumbres, en el idioma se trajo el acervo de experiencias de la raza. Pronto se habló en los confines del mundo como en España. Los pobladores traían un idioma de sustantivos bien concretos, que en las vicisitudes de las cruzas conservó tanta fuerza como en la Península. Y si durante la Colonia no encontró el genio de América la forma de expresarse mediante el uso de un idioma extraño, el siglo pasado tuvo en Sarmiento al más grande prosista del habla y en José Hernández al talento capaz de someterlo a los usos de la vida argentina. Lo demás fue, si no la retórica, una pugna por librarse del peso muerto que el idioma ponía sobre las ideas. Pues un idioma no se adapta sino bajo condiciones defectibles, ni sirve como verdadero lenguaje de un alma fuera de su paisaje y de su estirpe. Las palabras traídas por el conquistador no correspondían a la realidad americana; el despropósito que se advierte palmario en la nomenclatura de animales y plantas autóctonas según las formas aproximadas de Europa, tiene su correlativo en los sentimientos y los conceptos. Lo curioso es que en regiones tan apartadas y fuera del ámbito en que el español tenía su fuente, se haya conservado con relativa integridad; aunque la pérdida

de cantidad de voces corresponde en este caso a la deformación, pues sin duda los idiomas se reforman tanto más cuanto mayor es el caudal del léxico en uso diario. Esa relativa integridad del idioma, se explicaría en parte por ser éste tan poco flexible a la expresión de complicados estados de alma y tan sustantivo que puede valer para estados de cultura muy bajos; pero acaso, y es lo interesante de averiguar, la integridad se deba precisamente a la inadecuación perfecta de los elementos psicológicos y los verbales y a que entonces el idioma cumpliría un sistema de signos que no sufre las variaciones de la vida. Lo cierto es que desaparecieron del uso corriente aquellas palabras de mayor sabor castizo, de las pronunciadas con z; no podía hacerse más. Por el otro lado estaban los profundos observadores de la realidad, aunque no peritos en lingüística, que propusieron la adopción del guaraní o de otro idioma, sin que en ello pudiera verse, como en la alteración de la ortografía, otra cosa que un movimiento de resistencia, que sin duda les nacía del fondo de la misma entraña en que el idioma está asentado, y de donde sale con su forma a la superficie de la conciencia y de la voz. Más sorda y encubierta era la resistencia del alma a valerse del instrumento que hizo suyo en la necesidad de emplear uno. Aunque el idioma conservara su relativa pureza mucho más que en ciertas regiones de España, esa vitalidad siempre reducida a un léxico de utilidad manual, por decirlo así, obedecía a la imposibilidad de destruir algo que formaba parte integrante del vivir mismo. Con provecho podría el filólogo dedicarse a ver si no han desaparecido radicalmente los vocablos unidos a valorar cualidades hispánicas, peculiaridades de una existencia lejana y sin sentido, o que significaran estimaciones de orden espiritual. No se lo podía destruir ni alterar —faltaban energía espiritual y tiempo—; luego se lo rebajó, convirtiéndoselo en herramienta y en moneda, pues su sentido no sobrepasa en el orden de las ideas y de las formas que genera el espíritu, el de aquel otro en el lenguaje de las tareas y las transacciones. Bastaba con eso. Pero a la vez que en provincias, con un vocabulario más extenso y de fonética alterada por las vicisitudes propias de todo idioma en una región de caracteres topográficos acentuados, se mantenía en cierta abundancia, en las ciudades litorales y en las de fisonomía francamente cosmopolita, se bastardeó y empobreció. Todos los vocablos sustraídos al uso habitual murieron bajo la violencia de factores de sangre y de ambiente; amparados en los reductos de la escritura y del habla culta y hasta erudita, provocan una sonrisa despectiva en el populacho. Han muerto de ridículo tales voces y se las ha suplantado con otras de cualquier procedencia, más conformes a las reglas de las almas, aunque no a las del lenguaje. La proscripción de voces y la intromisión plebeya de otras de valor inferior a todas luces, como signos precisos o semánticos; la cristalización de la rama de Salzburgo de ciertas palabras anodinas que se revisten con irisaciones y fosforescencias en ciertos casos sorprendentes, es un resultado de la censura por odio reprimido a lo español.

Ante todo, un idioma no es instrumento de la mente cuanto de la sensibilidad, e inclusive de la sensibilidad orgánica o del subconsciente. Es la forma oral de la vida

en primer término y es tanto más precioso cuanto más se identifica con el transcurrir de la propia vida y el variar; mueren menos las lenguas cuyo uso no remueve la masa total de la psique, hasta que en el papiro se eternizan. Ni se habla pensando sino sintiendo, por lo cual el lenguaje —que retiene de preferencia los términos calificativos más que los sustantivos— es antes un órgano de las necesidades estéticas y luego de las necesidades lógicas. Hasta el pensamiento abstracto procede dando cuerpo a una sustancia vital orgánica, susceptible de convertirse en ideas, pero también en actos, o en canción. La comparación que desde Horacio hasta Darmesteter se ha hecho del idioma con un ser vivo, con metabolismos paralelos, tiene en el fondo de verdadera que su existencia está ligada de manera fisiológica a la raíz de las actividades del alma. Las modificaciones y adulteraciones, en voces groseras, que pueden percibirse en la corta historia del idioma que hablamos, tienen la señal fresca de la violencia y la repugnancia. No es extraño, por la misma razón que aquéllos entre nosotros, como Sarmiento y J. M. Gutiérrez o como Lugones y Banchs, cuyo idioma es típico de los intelectuales de conformación autodidáctica, manejen un lenguaje más rico y sustancioso, y a la vez más conciso y sobrio, que el de los mejores prosistas y poetas de España. Mientras el rústico se place voluptuosamente en el sacrificio de las voces no aclimatadas y prefiere otras bastardas y bárbaras, el culto busca la evasión de esa misma incómoda tutela insuflando al idioma una vida original, de casta única, que más que con la sangre del idioma se cruza con su apellido. La instrucción, el trabajo de selección y de cultivo de invernáculo, el conocimiento de la gramática en su acepción de rectitud y precisión y el enriquecimiento personal del léxico, no reemplaza esa pérdida de sustancia viva, la secreción interna del idioma amplio, habitual, que juega con la naturalidad y la vitalidad, un poco descuidada si se quiere, de las glándulas.

Psicológicamente puede ocurrir a un idioma algo peor que subdividirse en dialectos, y es cristalizar en formas latas al tiempo que se limita y amputa. En el dialecto vive el alma local, el paisaje vernáculo; en el idioma extenso y superficial, la palabra desfallece, hasta que a medida que se reduce el número de términos, cobran los supervivientes sentidos holofrásticos. Entonces sobre una palabra se superponen frases y juicios sintéticos, en un regreso paleológico. Funciones y órganos quedan inactivos; operaciones complicadas del cálculo diferencial de imágenes no se realizan, y la adquisición consciente de palabras y el ejercicio solitario del lenguaje en el diccionario o la composición, no dan al vocablo y la idea la resonancia y el perfume que tienen en el constante trabajo de vivirlos. Lo que hay de noble en todo idioma es aquello que remonta la acepción cabal y remueve una atmósfera superior, en la región de la belleza y la exactitud. Lo demás es la corteza, erudita o rústica, que no alimenta de verdad.

Todavía se da el caso, entre los escritores argentinos, de repudiar por instintivas incompatibilidades, la forma castiza y correcta. El estilo de Quiroga, enjuto y matrero, sirve de buen ejemplo; la corrección fría no puede significarle nada a un

hombre que piensa con todos sus nervios y su sangre, y que persigue otros fines superiores. Si Quiroga es un gran prosista incorrecto es porque la vida se lo impone. Él es un maestro a pesar de todo y por eso tenemos que llevar el caso al terreno de los escritores comunes. Se escribe mal porque secretamente avergüenza escribir bien; se adoptan modelos incorrectos porque no quiere uno someterse; desdénase, no la gramática sino las formas naturales de la construcción típica del habla que usamos, porque lo que tiene o quiere decirse corresponde a otra sustancia indómita, de aquí o de otras regiones del globo. Repúgnase eso que está anastomosado al mismo idioma. Quien escribe mal, si no es un torpe, es un descontento de su estirpe: y quien escribe —o habla— mal el idioma, tiende a no concederle sino un valor convencional: la exactitud, la elegancia, la fluidez, son suplantadas por la vaguedad, el abandono, la rudeza. (A esa altura el idioma-herramienta se transforma en idioma-arma). Es menester desentenderse de toda exigencia que ponga de manifiesto la voluntad deliberada de capitular, y la busca de la originalidad encubre con frecuencia el ansia de fuga de la opresión atmosférica del idioma y de sus formas naturales de ser. Más abajo de ese plano, la actitud desafiadora del compadre, el insulto, el neologismo de la jerga arrabalera, son formas vengativas, afiladas y secretas, de herir. En la formación de palabras espurias, hay algo de ignorancia y de pereza pero hay mucha más intención rebelde; esas palabras victimarías de otras que automáticamente se sepultan debajo, se propagan con facilidad aun en círculos superiores porque llegan como un hálito de la venganza anónima. Cuando hay simpatía, la conmutación tiene otro carácter y las palabras aparecen como los hijos para la concordia de la familia.

Ese oculto rencor contra una lengua de filiación paternal, que no nace con uno de la misma madre, puede haber conducido a dos formas típicas de escribir —y hablar— y de leer —y oír—. En el bajo pueblo, cuyo instinto va directamente contra las cosas con menos rodeos, más bien que la deformación —siempre lenta—, es sencillamente la inversión —inmediata—. Hablar al revés, el «vésre» es una forma patológica del odio cuanto de la incapacidad. No pudiendo hablarse otro idioma, desdeñándoselo cuando se lo habla, y careciéndose de recursos para dar escape a la resistencia vital, en el lenguaje que forzosamente ha de usarse en el trato social e íntimo de todo género, se opta por invertir las sílabas de las palabras: con lo que el idioma, siendo el mismo, resulta ser totalmente contrario, lo inverso. Mas en las gentes de mayor cultura, que notan ese malestar generalizado y difuso por zonas mentales y emotivas mucho más amplias y delicadas, porque no está localizado en las palabras mismas sino que satura un sector importante de la vida psíquica, la inclinación, también definitiva, es la lectura en otros idiomas. Es natural que el estado de cultura exige la introducción de otros climas en el alma, pero también es natural que se trata de una evasión. Por la lectura y el habla de lenguas extrañas, se deja un mundo de formas inflexibles y se penetra en otro. Lo que halaga esencialmente más que penetrar a lo nuevo es salir, irse. Aparte lo que haya de necesario para la vida espiritual, en muchos es un movimiento de repugnancia al idioma nativo; como en el que está descontento

de sus padres hay la tendencia al seudónimo y a la simpatía por nombres de estructura extranjera. (Rosas cambió la z de su apellido por la s, y le bastó). Estas formas de secreto resentimiento, que pueden en lo personal llegar a las formas suicidas, en lo social pueden llevar al derrumbe de partes fundamentales de la cultura, del progreso y del orden. Aunque, por desgracia, el alma tiene otros medios más expeditivos y eficaces en esa labor destructora y otras armas de mayor alcance y golpe más seguro.

# BUENOS AIRES

I. ARGIRÓPOLIS

II. LA GRAN ALDEA

III. LA CIUDAD INDIANA

# I

## ARGIRÓPOLIS

### LO NACIONAL Y LO MUNICIPAL

No es de ahora que todo lo que significa un problema nacional ha sido estudiado y resuelto como un problema municipal. Ni de ahora que las finanzas, el gobierno, la política, el arte, la cultura y cuanto se refiere al todo y a sus valores dígitos, se haya visto como problema porteño. Cuando la Independencia, Buenos Aires reemplaza a la Metrópoli. Separado el virreinato del Rey, Buenos Aires suplantó al Monarca en la defensa de los fueros hispánicos, en la administración, el arzobispado y el ejército. La independencia nació en los Cabildos; por eso fue urbana y municipal. Buenos Aires hizo el anteproyecto de la emancipación y más tarde se convirtió en enemigo de los ideales republicanos, federales y representativos. Hasta 1862 quedó fuera de los pactos y de la constitución; pero desde 1880 todo quedó dentro de él. En una época encarnó lo unitario contra lo democrático, y lo litoral contra lo interior. La ciudad donde ardió la chispa revolucionaria subsistió como un trozo de España en el virreinato, porque sus intereses no iban más allá del libre tráfico marítimo ni más lejos que la política aduanera. Lo que en realidad se hizo, en vez de desprender América de España, fue desprender España; y quedó, como un fragmento de ella, Buenos Aires.

El interior ha mirado siempre a la metrópoli como a la Metrópoli: sus planes nacionalistas y los del resto, han sido antagónicos y hasta disyuntivos. Es desde entonces, pues, que Buenos Aires ha sido el centro, en torno del que ha girado la vida argentina, la organización nacional, la cultura, la riqueza. Alberdi decía: «No son dos partidos, son dos países; no son unitarios y federales, son Buenos Aires y las provincias».

La ciudad fue creciendo en rivalidad con la república. Nuestros hombres clarividentes vieron que no era posible estabilizar un sistema de gobierno tomando como base la sede federal en la gran capital del Sur. *Argiro'polis* lo dice bien claramente, ésa era la opinión que auspiciaba el Congreso del 62, y lo que Mitre y Tejedor, que no podían ver con nitidez el problema, porque eran porteños en Buenos Aires y argentinos en el destierro, sostuvieron con otras miras. En el viejo pleito

unitario-federal, o Mitre-Urquiza, lo que hay es Buenos Aires por un lado y nada por el otro; pero un nada que aspiraba a ser la otra mitad del todo. A la ciudad-nación se oponía la provincia-república. Con una provincia rica, ubicada en la restinga del Mar Dulce y el desierto, con una ciudad monstruosa en el ombligo fluvial, no era posible la verdadera federación ni la unión y el progreso: se convino en una fórmula por cansancio de la revuelta. Buenos Aires, que sorbió en una lucha de puertos a la antes opulenta Asunción, cuyo debilitamiento se inició con la creación del puerto subsidiario de Santa Fe, absorbe igualmente toda la República y es la brecha por donde toda la República, corriendo por sus ríos y ferrocarriles, se echa al océano y se va hacia Europa. Al asumir la dirección del movimiento emancipador, quiso ser España, y desde ahí arranca esa incompatibilidad de todo género entre esta Danzig capitalista y libre y el resto del país yanacona y jornalero.

Hay que detenerse otro poco a mirar este aspecto urbano de la República, para comprender con claridad el problema argentino y para descubrir el rasgón del velo de Maya, por donde la ilusión desvanece su encanto. Terminadas las violencias postemancipadoras, en Buenos Aires se refugiaron los residuos de la reacción. Aunque peligroso para la constitución federal y aparentemente vencido, terminó por imponer su indesfigurable realidad geográfica, demográfica y plutocrática. De hecho sostuvo en la realidad de las cosas el unitarismo de la economía, de la salubridad pública, de la educación y del sentimiento de la grandeza, contra el régimen político, que es una falsa estructura.

La realidad, empero, quedó siendo el interior. Buenos Aires, que afirmaba su hegemonía contra casi tres millones de kilómetros, era el distrito federal que 14 provincias y 10 gobernaciones dejaban en pie como «la otra vida» o el «ideal». Se quiso hacer sede artificial de la unión artificial a Rosario (con el nombre de Rivadavia), a Villa María y a Fraile Muerto o Villa Nueva. En ninguna parte podía fundarse un centro del vacío.

Y Buenos Aires quedó como centro de una circunferencia formada por los puntos poblados y cultivados del interior. Todos ellos están a la misma distancia; son periferia, como aquél es centro. Igualmente, Europa vino a resultar el punto más próximo a Buenos Aires, y éste su ciudad más a trasmano. En ciertos sentidos espirituales, históricos y económicos, que son los que cuentan en definitiva, París está más cercano a Buenos Aires que Chivilcoy o Salta. Hay más diferencia de clima humano y de cronología, entre nuestro polípero monstruoso y un pueblo estacionario de La Rioja o San Juan o San Luis o Catamarca o Jujuy, que entre él y Nueva York. La estructura externa, la amplitud, las apariencias de la vida heroica y rápida, hacen de Buenos Aires una ciudad mundial cosmopolita, rica, de gran destino. Pero se parece más por dentro, en su sangre y su estilo, a cualquier pueblo olvidado de La Rioja o San Juan o San Luis o Catamarca o Jujuy, que a ninguna ciudad europea o norteamericana de su categoría: Buenos Aires es la capital federal de la República Argentina.



Se hinchó por el depósito y la agrupación de grandes contingentes de inmigrantes, atraídos por una fantasía, cuando no se atrevieron a seguir, después de acabada la travesía del océano, la marcha por el interior. El inmigrante que se quedaba en este foco, dominado por el temor, y el que desde dentro buscaba sus calles populosas, al agrandar la metrópoli la hacían un lugar de descanso o de evasión: «la otra ciudad», «la certidumbre de la grandeza», «la sede ideal». Era, creciendo sin medida, la medida de la verdad del interior vacío, hostil, incapaz de atraer, repeliendo y ahuyentando. El que creía en Buenos Aires y se confiaba a él como buen porteño, negaba automáticamente el interior, la República. La capital federal ha sido siempre provincia, ciudad y nación. La desproporcionada grandeza es la desproporcionada pequeñez de lo otro. Se quería apartar la vista de la verdad, metiendo la cabeza en la arena. El movimiento característico, esencial, ha sido el de formar tabúes de las cosas desagradables; lo cual iba creando el fetichismo de las apariencias y de la valoración de lo falso, con lo que aquellos resentidos de la esperanza convertían en ideal. Eso ha sido también el Estado, y lo demás la colonia, el desierto y la verdad. No ha variado esa desproporción, sino que se ha agravado, a medida que iba haciéndose más ineluctable, con aceptar la realidad; y se hizo más difícil remediar lo idealizado que lo despreciado. Werner Hegemann, que estudió como técnico nuestra ciudad-ideal, no encontraba sino tres extremos recursos para corregir sus vicios de conformación y desarrollo: «un gran incendio, una revolución o un gran terremoto».

En 1880 se cortó el nudo gordiano y la aorta. La victoria de Buenos Aires decidía la muerte del interior. Pero todavía, mientras se explica la hipertrofia de Buenos Aires como hipertrofia de una ciudad y se la considera como núcleo de absorción del inmigrante tímido y de los mejores paisanos de provincias, no se ha dicho toda la verdad. La opulencia de Buenos Aires fue un depósito bancario que en ella hicieron las demás ciudades y los campos. Toda la vida de la Nación fue la persecución de algo inmensamente bueno, fácil y glorioso, que no se hallaba. Conforme iba defraudándose aritméticamente el pionero, el ciudadano, dueño por la política y por las ventajas de la civilización, de las llaves centrales de toda la actividad, se potenciaba en relación geométrica. Buenos Aires es Trapalanda. Su crecimiento fue el hacinamiento de objetos y dichas de un sueño grosero. Ahora podemos volver a 130 años atrás. La Independencia quiso hacer España a Buenos Aires y por eso apareció como retrógrada ante las hordas de Artigas y de Güemes, los generales de esta tierra, del llano y de la montaña. Desde que la Independencia dejó de ser una aspiración y se convirtió en una realidad a la que no se podía renunciar, ante lo que no podía cerrarse los ojos, Buenos Aires quedó en su posición de contrario, y dejó de estar en contacto con el interior, declaradamente extranjero, encarnando un ideal mercantil y burocrático de vasallaje, de predominio, de Corona. Sólo así se explica que Rivadavia haya sido el hombre del Buenos Aires de una época, Mitre e Irigoyen los de otras. El Cabildo adquirió un poder inesperado; fue Nación. Rivadavia, que estaba a tono con la ciudad, pareció aún a Groussac, un funcionario administrativo.

Desde entonces, ningún gobernante consideró la República más que como a una gran ciudad de casi tres millones de kilómetros cuadrados, con catorce terrenos baldíos en pleno centro y con diez manzanas de circunvalación desiertas.

## PAMPA Y TECHOS

Los casi 189 kilómetros cuadrados de la ciudad de Buenos Aires están en relación directa con los casi tres millones de la República, pero no en su posición ni su desarrollo. La inmensidad territorial de ésta y la residencia en siete ciudades de más de la mitad de la población, hace que parezca el mapa de las Pléyades.

Buenos Aires es la capital de esa tierra a la que término medio corresponden 3 1/2 habitantes por kilómetro cuadrado, y tiene alrededor de diecinueve mil hectáreas en su perímetro; aunque en verdad más de setenta mil. Los pueblos suburbanos han terminado por amalgamarse con la metrópoli, invadiéndola, porque el movimiento general es centrípeto. No es que Buenos Aires se haya derramado hasta Témperley, Quilmes, Morón o Tigre, sino porque éstos han penetrado en el ejido antes de que se edificara en forma compacta. Hay dentro de lo que se entiende por la planta urbana, muchas zonas de baldíos mayores que las que existen entre la capital y Avellaneda o Vicente López. Ciudad y pueblo se han juntado, dejando en medio esos lagos estériles. Sobre esas setenta mil hectáreas, viven alrededor de tres millones de almas; una cuarta parte de la población total; y están instalados el 50 por ciento de los capitales comerciales y el 40 por ciento de los industriales. Ciudad amplia y chata; pampa. Pampa de casas bajas, de población extendida. Mendoza ni Garay hubieran supuesto que Buenos Aires llegaría a ser un virreinato; ni el expendedor de ultramarinos del año 1770, que un siglo y medio después los veinticuatro mil vecinos que eran sumaran cien veces más. Únicamente los intendentes y los concejales, porque ello ya compete al cálculo de los gobernantes edilicios, han previsto en ordenanzas y reglamentos de edificación, una ciudad de treinta y un millones de personas. El intendente de Buenos Aires siempre ha sido el maestro de ceremonia de este espectáculo metropolitano<sup>[10]</sup>. Cuando se haya cumplido ese sueño de ediles pampeanos, todo el interior habrá regresado a lo que era tres siglos atrás; tan cierto como que sólo despoblando Buenos Aires, el país entero recobrará su perdido equilibrio. Londres y Nueva York son metrópolis simbólicas de dos islas; Buenos Aires ha sido engendrada, concebida, superfetada por el llano. Superficie: ésa es la palabra emblema. Superficie es la misma ciudad, que carece de tercera dimensión: la que en este orden de cosas, como en las legumbres la raíz vertical, crea el arraigo profundo del hombre en la ciudad. Una ciudad no es tal hasta que existen los ciudadanos como unidad. *Urbis* y *Civitas*. Un banco coralino de casas no es una ciudad. Las ciudades mundiales de la Edad Media, y así la Roma imperial, eran

estratos superpuestos de viviendas, tal como se asientan unas castas sobre otras. El rascacielos de origen americano es una forma de echar al vacío la profundidad. Ese pedazo de colmena es un aparato aplicado a la industria capitalista; especie de máquina de hacer riqueza. El piso magdalenense de Buenos Aires habla de otra concepción agrícola de la máquina urbana. Los artefactos edilicios crean una industria de la vida, no sólo de la vivienda. Una factoría inmensa de construcción y población es menos lugar fijo de residencia que un pequeño pueblo: un trasatlántico anclado, dentro del que se viaja hacia el mismo sitio en que se está. El pueblo es una tumba y la casa en la ciudad una fábrica. Pero puede ser un vasto depósito horizontal donde estén almacenados los productos y las especies que procrea el campo y que no existen como cosas, como cuerpos, sino sólo como sueños y entelequias. Nueva York es todo frente, Buenos Aires es todo techos. Un plano en relieve para uso de ciegos parece la ciudad a vuelo de pájaro. Sólo andando por las calles se advierte que también está hecha de frentes; que donde estaba la reja está el escaparate. Y que excepto Florida, que es un estado de alma y no una calle, el frente, las aberturas inclusive, son el muro y la puerta de Tintagiles que separa dos mundos.

Comparada con Buenos Aires, cualquier otra ciudad: Bahía Blanca, Rosario, Córdoba, Tucumán, son campo, nada más que techos. Un aire campesino atraviesa las calles y se achata en las fachadas; pasa sobre los edificios sin silbar, el viento mudo de la pampa. Todo transpira un aroma rural, desde los programas de *broadcastings* y la velocidad de los vehículos, hasta el color de la indumentaria y el modo de mirar espionando, o de no ceder la derecha a nadie. Ninguna ciudad es otra cosa que un pueblo que ha prosperado más; pero ninguna ha dado ese paso con que el pueblo se desprende pujante de su estúpida rustiquez y toma los modales amplios y desenvueltos sin grosería de la ciudad. No ha de buscarse en esos pueblos hipertrofiados el alma peculiar que los distinga; silenciosos, tristes, tienen una misma alma, como los herbívoros. El trazado de las calles y el plano de las casas, gótico y vandálico a través de España, son formas de eludir los problemas de la perspectiva y de la línea quebrada, ondulada y rica de motivos hogareños: propias de un pueblo de jinetes. La forma de tablero es correlativa de la llanura y del hombre sin complicaciones espirituales. Sólo un ojo que se nubla para la percepción de los matices y de los tonos en las sinfonías panorámicas, tolera sin disgusto la sinceridad grosera de la calle perpendicular y la edificación de planta baja en manzanas enteras por las que sube el llano. El trazado gótico de las calles, las manzanas como losas, se dirían la figura geométrico-edilicia del tedio. La teja es igual a la baldosa, el cinc ondulado es el agua hecha canaletas; el techo es igual que el piso. Monotonía simétrica, típica de las ciudades de caballerías y de carros: Pompeya. Son calles para ver a lo lejos, hasta el horizonte, para otear peligros; no para ver frentes, arquitectura, rostros. La calle Rivadavia, larga como un telescopio. Por esas infinitas calles rectas, por esas canaletas el campo desemboca en las ciudades, las ciudades en Buenos Aires, hasta que todas se vierten en el Atlántico, siguiendo el movimiento de los ríos

y los rieles.

Para el porteño, mirar al interior es mirar hacia afuera; al exterior. Interior es para él Europa. Sabe que internarse es dislocar su persona del conjunto de que forma parte, y que tendrá que luchar con hechos distintos, no con la aventura sino con la ceniza de una aventura que se ha quemado hasta el fin. Ya el interior no le atrae, como en años anteriores, con la promesa de la fortuna o de la libertad; el interior ya está purgado de ilusiones: es el trabajo, la enfermedad, la ignorancia, el olvido. Nada de lo que allí hay nos interesa. El paisaje queda muy lejos y está vacío; la montaña es montaña, el lago es lago, el bosque es bosque. El bosque no es Guillermo Tell, la montaña no es el Juxthausen, el lago no es Wordsworth. Les falla la dimensión de la vida. Por esas calles rectas es imposible salir, como al agua le es imposible remontar el declive.

## POLIPERO

El dueño de una casa de departamentos es meramente el poseedor de la finca; un ente jurídico y no moral. Compra, alquila, vende, desaloja, habita; pero no está unido al destino de su propiedad ni de su ciudad como tampoco puede estarlo al de su familia y de su religión. Posee un instrumento de especulación, que ayer valía tanto y hoy cuanto; saca provecho del inquilino hasta donde puede. El dueño de la casa que él mismo habita, posee un instrumento de especulación que le costó tanto y que espera vender en cuanto; se considera a sí mismo como su inquilino ideal. Pero poseer una casa en Buenos Aires es haber logrado poner el pie en Trapalanda. Terreno y edificio pueden alcanzar valores insospechables en la conmemoración de los centenarios o a la llegada de los príncipes. La propiedad puede también convertirse en instrumento de especulación a torno; ya que es la tercera industria productiva aquí donde no existe la industria: la de la vivienda —siendo las otras dos: del alimento y del vestido.

El dueño de una casa tiene a su servicio tantas familias cuantas le arriendan; todos trabajan para él; la casa devora del 25 al 35 por ciento de los sueldos, y si se gana bien es porque los dueños de la ciudad de los césares han dado a su necrópolis valores exagerados. En consecuencia, si la casa es para el propietario la máquina de la tercera industria, la de la vivienda, para el inquilino es un lugar de enojo, de indignación y de incomodidad. Muchos han de conseguir empleos adicionales para sufragar tales gastos; el individuo cede bajo el agobio de la tarea excesiva, y las calles y los balcones tras de los cuales se apretuja una vida disgustada y sin gozo, emanan ese aspecto de tristeza, que también trasunta la pupila del buey, pero que es el desacomodo de la vida con su valva.

De este estado mercantil-industrial, que no respeta ni ama la vivienda sino que en un vasto desprecio comprende al dueño y a la propiedad, podrá acaso resultar una

excelente virtud; pero ni los pueblos ni las civilizaciones duran tanto como para alcanzar a ver que una forma defectuosa convierte las fallas en virtudes. Es como pensar que los pillos pueden ser larvas de seres superiores en el transcurso de los siglos: ese experimento no vale la pena para la humanidad ni para la historia natural de la moral. Mientras tanto, una ciudad de inquilinos y de propietarios de fábricas de viviendas, llaga las partes donde roza al que se mueve. El inquilino es una célula hermética. La casa está tan aislada como el habitante. Todo conspira contra la unión, desde los altos alquileres que establecen una jerarquía de locatarios, según el costo de la morada que habitan, hasta la torpeza en el idioma, que pone en guardia a los interlocutores. Hablar bien es entenderse sin precauciones inútiles, y gastar en alquiler una tercera parte de lo que se gana, un motivo de establecer diferencias de una a otra calle, de una casa a otra. Símbolo del aislamiento del individuo es el ómnibus, donde la contigüidad y la compañía no significan nada; símbolo de la vivienda incomunicada es la casa de departamentos. Cada departamento es una familia, y todos juntos mucho menos que una familia. La desgracia halla las puertas cerradas herméticamente y un elemental deber de cortesía queda cumplido averiguando en la portería la magnitud del suceso. Cada cual ha de contar consigo; la proximidad del vecino carece de sentido social, y el mutuo respeto que consiste en ignorar la vida privada se convierte en la indiferencia más cruel. Pero el hombre no puede permanecer indiferente: ama u odia. Puede amar sin saberlo y odiar sin darse cuenta de ello, aunque la pasión tome los disfraces más inauditos en la curiosidad o en la dificultad de recordar los nombres.

La casa de las afueras, que se comunica con las colindantes, conserva igual grado de hostil reserva. El cerco del alambre tejido o de ligustros, delimita la psicología del dueño. Desde el noviazgo, el sueño de la casa propia se edifica tomando como base el ideal ascético del alejamiento del mundo y el romántico del castillo en la isla. La tapia es la frontera que divide la propiedad y el peligro. Pero ese cerco no mantiene, por eso mismo, a cada familia en su solar; hay por contrario imperio una invasión agresiva de miradas, de voces y de actitudes vivientes que saltan el cerco y penetran hasta la más recóndita intimidad. Es una necesidad de vecindad, la visita, el trato, la amistad, hasta la cordialidad; faltando éstas en sus formas simpáticas, se tornan visita, trato, amistad y hasta cordialidad de ataque. Es forzoso entrar a la vivienda del vecino cuando las casas están juntas y el que no penetra por la puerta de calle entra por la ventana de los fondos. Esa necesidad de conocer ciertos secretos de lo circundante, que se ignora y que por eso supónese prevenido, es lo que da pábulo al chisme. El chisme cobra caracteres de secreto hecho presa, que se arranca y exhibe. El chisme resulta ser la visita clandestina entre quienes no se visitan y el hurto de bienes que no dejan dormir, para tirarlos por el suelo: y también, por tanto, un aborto del espíritu de sociabilidad cuando ha de nacer a la fuerza.

## LAS CARAS Y LOS COSMÉTICOS

Buenos Aires puede parecer una ciudad hermosa al que la contempla como molealzada rápidamente y en la soledad. En el hemisferio sur no hay nada semejante. Tiene cierto interés para el que llega de fuera, si no la imaginaba posible; interés que desaparece tan pronto como se admite que puede existir y ser como la vemos. Para el que ha nacido en ella, o la habita desde chico o la juzga unida a un texto conocido, no interesa como ciudad propiamente considerada, ni como portento. Buenos Aires es una ciudad sin secretos, sin vísceras ni glándulas, sin repliegues profundos ni caries. Todo lo que es está a la vista y una vez conocida por fuera, deja de interesar. Carece de ayer y no tiene su forma verdadera; cuando termine de crecer o de formarse, podrá tener otra muy distinta. Hoy posee esa belleza de los cuerpos juveniles, en que los miembros han tomado su tamaño definitivo, si bien aún no han terminado de adquirir la función total, la forma que empuja la piel desde dentro, la reciedumbre de la madurez. Los defectos pueden muy bien atribuirse a rebaba de fábrica. Pero, esta ciudad sin duda grandiosa y habitada, ¿tiene que ver con el lugar en que fue hecha, con la Nación a que pertenece, como París con cada una de las demás ciudades francesas, como Berlín, Londres, Amsterdam y hasta Moscú con las suyas?

Es hermosa porque ha surgido venciendo enormes dificultades, las peores debidas al trazado, al área, a la ubicación y al habitante. Es hermosa porque precisamente contra todas esas dificultades encarna una voluntad más poderosa que la voluntad de edificarla y poblarla; porque es una afirmación sin réplica en un paisaje que conspira contra todo lo elevado. Valdrá como una aspiración, cualesquiera que sean sus fallas. En primer término adolece de los defectos de la improvisación; y son por supuesto aquéllos más difíciles de ver por los que están asimismo improvisados. Todo lo que vemos que mañana no podrá seguir en pie o con la complexión que hoy tiene, repugna e indigna, porque se ve que hubo un derroche superlativo de fuerza allí donde se pudo hacer con menos, y una voluntad autónoma allí donde debió producirse ajustada al todo. La maravillosa aspiración está llena de grietas. Junto a trozos concluidos, otros bosquejados o apenas empezados a bosquejarse; dentro de los trozos concluidos los hay provisionales o sin terminar, y otras partes incompletas que es imposible concluir, Particularmente aquellas que quedan a los fondos o fuera de la vista, como el trasero del Congreso, el interior de los Tribunales o el desagüe del Palacio del Correo. Son las impresiones digitales, la marca de fábrica de la incapacidad y lo que diferencia una obra en que toda la ciudad ha colaborado, de otra que se hizo a sus espaldas. Para el que ve Buenos Aires como ciudad y no como esfuerzo, es fea. No ha sido concebida con belleza y hasta el derroche en que se tira el costo del embellecimiento global, todo lo que costaría, es fealdad y ostentación de parvenú provinciano. La belleza, ante todo, no puede colocarse en distintos lugares de la ciudad, en los postizos que son sus diagonales tardías, sus monumentos y sus paseos; también la pobreza puede ser hermosa en una ciudad donde hasta la ruina

dice de la vida, de las formas de la existencia y no de la fábrica apresurada. A lo largo de una cuadra los diferentes edificios hablan distintos idiomas de tiempo, de épocas económicas, de modas, y permiten ver, como en sus estratos la tierra, los cataclismos que han sufrido. Únicamente que esa diversidad perpetúa lo precario, lo fortuito, lo que va variando y ya pasó, y no lo que se eterniza al amparo de las catástrofes en la seguridad de lo que no se ensaya ni se yerra.

Junto a las casas de un piso, las de dos; y entre ellas los terrenos baldíos y los rascacielos de veinte o treinta pisos que surgen como la ambición predominante, como un triunfo personal que anula el esfuerzo de las otras y prueba la omnipotencia del baldío que queda a su lado. Un rascacielos en una manzana de edificios de planta baja, próximo a terrenos que aún conservan los pastos originarios, indica lo mismo y al revés que un hundimiento: la fractura de un trozo del suelo en que todo está asentado, sobre el que se construye la ciudad que no oscila ni cambia. El baldío se correlaciona con tres millones de kilómetros cuadrados y el rascacielos con la aventura y hasta con el sueño en alta voz. Esas casas menores son a la vez las más viejas; las nuevas han sido levantadas cuando se mejoró la visión económica de Buenos Aires más bien que la visión arquitectónica. Sobre las construcciones de un piso, que formaron la ciudad anterior, parece haber comenzado a edificarse otra ciudad en los otros pisos. Esos pisos que sobresalen acá y allá sobre el nivel medio, son como las casas de planta baja que antes se alzaban sobre el nivel del terreno, que es la más vieja planta de Buenos Aires. Los terrenos baldíos de ayer son las casas de un piso ahora. Al principio se construía sobre la tierra, a la izquierda o a la derecha, esporádicamente; hoy se utiliza el primer piso como terreno, y las casas de un piso ya son los terrenos baldíos de las casas de dos o más. Por eso Buenos Aires tiene la estructura de la pampa; la llanura sobre lo que va superponiéndose como la arena y el loess otra llanura; y después otra. Pero no ha ido formándose pareja y homogéneamente, sino con fracturas y por zonas. La diversidad de estilos y de cantidad de metros de altura indica la diferencia de métodos empleados en la conquista de la fortuna y la maleabilidad del medio al embate de la aventura o del azar. Aunque alguna vez alcancen las casas una altura más o menos igual, como en las viejas ciudades europeas donde las ordenanzas, la capacidad económica, la arquitectura y el talento de los burgomaestres van parejos, habrá una desarmonía de crecimiento, de estilos, de edades que se percibirá de inmediato. Los materiales envejecen pronto, los estilos pasan de moda y el transeúnte dura más que los edificios para verlos apuntalados o demolidos. Cada edificio es la forma de cemento que toma la táctica de adquirir su costo, de haber vencido donde es tan fácil vencer. Como los edificios, son independientes los estilos que muy pronto desentonan del gusto general, o de las facilidades con que unas actividades se cotizan mejor que otras en el mercado del triunfo y la derrota. Envejecen en sus ornamentos, en sus adornos y cornisas, antes que en su mampostería. Las casas de Buenos Aires, aunque relativamente nuevas, tienen el rostro marchito; son ensayos, casas provisorias para

ocupar el terreno y darle valor. No son las casas del Buenos Aires que quedará, sino la de este que pasa. Ni la fortuna de los propietarios, ni la confianza en el porvenir, ni el amor a la construcción del arquitecto, las han hecho para durar indefinidamente. Una ciudad como Florencia, en que están en pie mansiones alzadas hace quinientos años, es una ciudad honrada; pero la feria portátil de los gitanos es la estafa y la fuga. París y Berlín, aunque perezcan tan pronto como Nueva York, la ciudad construida para treinta años, tienen un sello de eternidad. El gusto del arquitecto, la norma edilicia, la práctica del constructor, la orientación de las actividades que hicieron rico al dueño, la mirada del que pasea, el cuidado del artesano, etc., le dan ese signo de perennidad, de estabilidad, de conformidad de cada casa con la urbe, de cada edificio con el conjunto, de cada familia con su hogar. En lo que quiere perdurar hay la alegría de lo que quiere seguir siendo; en lo que debe perecer, la tristeza de lo fugaz. «Sólo la alegría quiere eternidad».

El hombre que vino de la llanura, donde hizo dinero, que venció a la llanura, que doblegó las defensas de la llanura con sus tácticas y métodos, trajo a la urbe ese hábito campestre que no se advierte sólo en la chatura general de la edificación sino en la manera como se rompe de súbito, en lucha a brazo partido, esa chatura y se ostenta la presea de la victoria económica. Hasta Torcuata de Alvear el norte no era la zona aristocrática; ésa fisonomía opulenta viene del éxito de los negocios de exportación, y todo un barrio coincide en su antigüedad (¿por qué no en sus formas?) con la antigüedad de esa prosperidad, de ese afán de cambiar lanas por arquitectura. El sur de Buenos Aires, como antes de la eclosión económica de 1880, es actualmente más Buenos Aires; como 1800 es más Argentina que 1932. El sur o el norte de un piso tiene que servir de terreno a la edificación de dos pisos; irremisiblemente quedará como cimiento. La ciudad crece por encima de los palacios y de los tugurios.

## LA EFIGIE URBANA DE LA MONEDA DE CUERO

Entre construcciones compactas, en pleno macizo de edificios que ahorran el centímetro de luz y de aire, de pronto el magnate abre como un bostezo una cancha de tenis, para ostentar sus millones. Mete en la ciudad un trozo de latifundio, como antes se ataba al palenque el caballo, y en un pedazo de bosque afirma la nostalgia y el resentimiento de la pampa. Para abrir su parque, a lo mejor ha demolido algunas casas que penosamente cancelaron en veinte años un cuarto de hectárea de abrojales. Ahora el parque da la razón al pasado en las plantas y en el alarde señorial. El transeúnte desprecia una vanidad que se extralimita en el deseo de suscitar la envidia; y así la ciudad que es salvaje en sus baldíos, es guaranga en sus parques señoriales. Lo que en la ciudad se hace por capricho, por voluntad egoísta, es campo, en la edificación y en la conducta. Hacer la casa a su gusto quiere decir romper la unidad



edilicia y social, seguir imponiendo la persona al mundo. Porque no es sólo la afirmación del yo, la veleidad de mostrar el tamaño del bolsillo, sino la ruda rebelión. El propietario no quiere someterse ni siquiera a los cánones arquitectónicos; personalmente carece de estilo y concibe como sumisión personal el acatamiento a la estética. Por eso las ordenanzas han tenido en cuenta su capricho de gran señor de la pampa y se acomodan a su arbitrio incivil. Siempre encuentra el propietario un arquitecto que opina como él y que sabe darle a la fachada un aire de retrato, para que no se diga, como de los hijos sospechosos, que no se le parece. Esos dueños conciben la vivienda como un saladero o un silo; la idea que tienen de la belleza es como la rúbrica, y apenas saben dibujar su firma. Sería inútil que quisiera hacérseles entender que cuando uno llega a tener un buen estilo es porque en gran parte tiene el estilo de los demás.

Cada casa de la ciudad, representa la forma edilicia, arquitectónica, de una fortuna; cada fortuna, a su vez, la forma de una vida. De ahí esa diversidad de estilos, de alturas, de colores, que hace, en la heterogeneidad del conjunto, que el edificio parezca aislado, como personalidad huraña, con su idiosincrasia temperamental. Casas contiguas en que no campea a lo ancho de sus fachadas, de sus plantas ni de sus pisos, el alma colectiva de la urbe; rebeldes a integrar un grupo unánime y hasta de igual edad, aglutinan un caos de fragmentos inconexos en que es perceptible la diferencia de la década y del tono económico de la plaza en el día de ponerse los cimientos.

Las gentes que poseen esas casas, difieren en lo que han luchado; diferentes sistemas de vida, de moral, de comprensión de la realidad, han puesto en sus manos el caudal para alzar los edificios, que condensa sus propias biografías. Cada uno se parece más a su sueño que a la ciudad. Vestigios de esa lucha perduran en la fisonomía de los frontis. Se diría que cada casa aprovecha de la otra no solamente la medianera, sino el esfuerzo que la levantó, hurtándole la luz y el aire hasta donde le es posible. El que obtuvo más sofoca al que obtuvo menos, porque una casa de diez pisos dice desde más alto el mismo ideal que musita la de dos. No detiene al ansia de poseer la finca el respeto a las leyes de la edificación y del estilo, que hace de una gran ciudad la casa colectiva de millones de almas. En la edificación llega al máximo la ostentación del poderío, y porque la industria de la vivienda es, después que la del alimento y del vestido, la de más segura renta, los diez pisos afirman la capacidad, hasta el techo, de edificar. En bloque es la figura del capital, puesto ahí hasta el último centavo, inclusive la hipoteca que suele empezar desde el sexto piso para arriba. Los cuatro últimos pisos corresponden a la ambición desmesurada y a la confianza en el buen éxito de esa clase de negocios.

El esfuerzo del pobre que escribe, pinta o ejecuta música no puede reivindicar a una ciudad producida en la máxima tensión del poderío económico, sin reparos a la estética, del dictamen de barbarie que le corresponde. Cincuenta mil edificios que proclaman cincuenta mil voluntades ariscas forman una ciudad informe, el mosaico

de almas que trabajan contra la unidad del todo; es cosmopolita y políglota. Truécase la habitación en la celda de un alma cautiva cuyo anhelo es la emancipación. El conjunto de todas, más que un pueblo arquitectónico, que una necrópolis, y un demos, es una muchedumbre de ladrillo, hierro y madera, sin alma ni unidad. Por todas partes la ciudad está invadida por la pampa; las estancias vendidas y los campos bien arrendados se transforman en edificios. Al final de las calles se encuentra otra vez el cielo. Excepto el rascacielos que se encarama sobre el conjunto como el carnero en el rebaño, la única variedad dentro de esa edificación de planta baja es la balaustrada de las preparadas para altos. No tienen un nivel los techos ni un estilo los frentes, ni el material ha tomado uniformemente la pátina de la intemperie. Las casas preparadas para altos tienen casi siempre un balcón por cornisamento. El balcón de una sala superior que aún no existe, semejante al cuadrilátero de tierra que se deja para mejores tiempos al frente de las viviendas humildes. El proyecto del dueño iba más allá de sus fuerzas y ese trozo de segundo piso al frente, ese balcón del cielo, oprime con su peso inexistente, la casa. Una familia íntegra vive para el piso que falta. Con las manos y los hombros se sostienen los aposentos del cielo; y muchas veces hay que demoler la casa antes de que se los haya construido. Es un piso imaginario, con algo de desván y de postales de ciudades que nunca visitaremos; es una aspiración, pero también un agujero en el que se van echando muchas cosas útiles a la vida para tapanlo. Trabaja antes de ser, como un hijo que empieza a mandar desde los primeros meses de su gestación; hay que ponerlo todo a su servicio, sometersele, vivir en función de él. Es economía, ahorro, ignorancia, hostilidad; y a la vez años que transcurren, fantasmas de ideales, yerros pequeños, regulares y sólidos como ladrillos puestos sobre los muñones de las paredes para tapiar el cielo con muros que no existen. Suele suceder que ese anhelo se logra. Puede haber costado diez o veinte años de sacrificios, de esclavitud a la ambición. El padre de familia ahora es feliz; su casa en vez de un piso tiene dos.

## II

### LA GRAN ALDEA

#### OESTE CONTRA ESTE

Corrales y Mataderos eran los confines de Buenos Aires, donde estaba el orillero mediterráneo y el hombre del deslinde. Mucho tiempo estuvo la metrópoli contenida en ese perímetro, con el río a la espalda; todo aquel período de formación de lo que podríamos llamar el alma urbana. Hasta entonces, la ciudad era una masa indiferenciada.

Mucho antes, encerrábase el latitudinario Buenos Aires entre el río, los bulevares Entre Ríos-Callao, y las calles Independencia y Viamonte. Eran las líneas limítrofes más allá de las cuales las quintas, los potreros y las residencias estivales se extendían hasta San José de Flores, o Belgrano, por ejemplo, y de ahí hasta la pampa. La ciudad se concentraba en tales delimitaciones, hasta que venciendo el dique de las calzadas de piedra, se desbordó por los campos municipales. Boedo y Pueyrredón quedaron como aledaños mucho tiempo. La configuración de este cuerpo teratológico varió, no sólo de tamaño sino de forma, de estructura, como en el feto; a cierta altura de su desarrollo se produjo un cambio total. Jujuy-Pueyrredón marcaban un radio máximo para nuestros padres; mas allí quedó otra vez la pampa. Boedo era el arrabal cuando Corrales y Mataderos filtraban la pampa que entraba y se ubicaba a los mismos umbrales del poblado. Por Avenida Alvear, San Juan, Patricio, Montes de Oca, Paseo Colón, Canning, se abrieron nuevas vías de confluencia extendiéndose cada vez más dentro de límites más amplios la estratificación de la mampostería. Siguió desbordándose de uno en otro bulevar, por Triunvirato, por la avenida Parral, por Warnes, por Cabildo, contenida por el río. Y en lo que se llamaba hasta hace poco el bajo, quedó incrustada una población típica de las liberas, maleante y aljamiada.

Aquellas avenidas y bulevares no solamente eran límites en el sentido de la configuración municipal, del catastro y del ejido; eran bordes en que se agolpaba una vida peculiar, con las particularidades de la fauna y la flora de los climas fronterizos. En esas vías de contención agrupábase una población con el cariz distinto de cada época; pero que ayer u hoy, en Boedo o en la Avenida Alvear, resumía el pensamiento de la calle entera, con respecto a lo que venía a quedar a espaldas de la calle, en la

acera de la pampa.

Hasta la intendencia Alvear, el norte y el sur se parecían tanto como una hermana pobre a una hermana rica. Luego empezó a diferenciarse del norte burgués el sur proletario, hasta que el norte nada tuvo que ver con el sur. Desde Alvear todo lo que es edilicio se levanta y se alhaja; la avenida homónima es la cúspide desde donde declinan todas las cosas urbanas. Para profundizar más esa división que en la izquierda y la derecha iba a acentuar lo noble y lo feo, se abrió la avenida de Mayo, que fue un profundo tajo que extirpó una porción del Cabildo para unir la Plaza de Mayo con la plaza Lorea, o del Congreso, la Casa Rosada y el Parlamento, que se miraron desde entonces por el canal de las muchedumbres patrióticas.

Hacia el oeste y el sur, quedaba la pampa sin vencer; no se la desalojó al edificarse y echarse más allá del arrabal; quedó agazapada, y por encima de ella irrumpió la avalancha de las casas, en un movimiento de reacción.

Quedaron allí hombres del suelo más que de la pared, el compadre de pañuelo y cuchillo, que un buen día se juzgó ciudadano de la urbe, quiso entrar al ejercicio de ese derecho de ciudadanía y se afirmó como ente de la frontera. La pampa era irremediablemente invadida, pero el hombre de la pampa quedó apresado entre la expansión de la ciudad y la resistencia del campo. Restó como hombre del campo en la ciudad, y la edificación también a él le pasó, por arriba. Al escalio y el baldío se enfrentaron los comercios suburbanos. Cinematógrafos, tiendas de modas, cafés, joyerías, negocios que expenden tabaco, postales; libros de sueños y quinielas, toman el aspecto de una vindicta social, cuando sólo son una expansión étnica. El alegato reivindicatorio de la llanura es el pañuelo bordado; y su voz, el vilipendio al cuello duro. Hoy se resume ese rencor de la provincia, del gaucho y del mestizo en Palermo y Boedo, bajo apariencias múltiples, sean los negocios que compiten con los del centro, o las escuelas literarias que pactan con el malevaje en una guerra civil contra el centro. Absorbidas esas fuerzas centrífugas por la ciudad, reaparecen tras un largo curso subterráneo en la defensa poética del malevo y en la exaltación práctica del guarango. Es el barrio contra la city, campo contra ciudad, nacionalismo municipal contra snobismo. Proclama en la bastardía del idioma y en la arcaizante manera del traje y del gesto, las razones de la montonera, y si se declara bolchevique es porque está con el federalismo contra los unitarios.

Boedo es un bulevar amplio como un río, a cuyas márgenes se alinean casas bajas y de aspecto vívido. Se diría una avenida en la que hubo el día de ayer un corso que no ha dejado vestigios sino en las fachadas en la excesiva animación de aceras y rostros. El cinematógrafo exhibe parascenas con cromos enormes; detrás de los cartelones o enfrente, hay un pueblo de mujeres y chicos que sueñan por anticipado el argumento y los peligros de la protagonista. En los vestíbulos vuelve a verse a los desaparecidos, los *revenants*. Los peatones se derraman por la vereda ancha, mientras suena continuamente un timbre que anuncia que la sección empezará en seguida, y que sueños comprimidos se llenarán de luz. Esperan. No se comprende la luz de las

vidrieras, los transeúntes, los automóviles, el timbre perpetuo, los «affiches», allá, adonde hay que llegar después de atravesar cuadras y cuadras casi de tinieblas, de puertas herméticas, de silencio, de pampa. Boedo pretende ser la Florida del desierto urbano. Posee en campesino lo que Florida posee en parisiense; los mismos objetos de distinta calidad, el diamante de vidrio, el oro fix. Y, sin embargo, se comprende que Boedo es más Buenos Aires que Florida, y lo que allí ocurre y transcurre se comprende más fácilmente que lo demás, y es más lógico aunque no más sincero.

Iguales a Boedo hay muchas avenidas, como iguales al barrio en que está hay otros. Tienen de análogo ese aire de frontera que se nota en las personas y en las casas, en los árboles y en la velocidad de los automóviles. El centro y el norte quieren ser Francia, como Italia el sur del Riachuelo e Inglaterra los pueblos suburbanos hasta el Tigre. Esos barrios en donde imperó la pampa hasta hace poco y que se han formado no por un acto de decisión, sino por un triunfo paulatino, tienen cierta morbidez de venas como en quien pulsea. Lo antiguo y lo nacional aparecen en esos parajes nuevos, en que está latente otra vez el espíritu agresivo del interior contra la metrópoli, reanudando los viejos litigios no resueltos aún.

Florida no resistirá con los años el avance de esas legiones que se incuban en los barrios-fronteras; quedará en pie, reluciendo en focos y letreros, pero más falsa que esto que se apresta a recuperar una ciudad perdida. En la letra del tango, en la novela infame, en la crítica de cachiporra, en el desprecio por lo universal y lo bello, se está proveyendo de instrumentos de asalto. El manejo de las teorías estéticas de vanguardia para arrojar bombas de alquitrán, prueba que esa fuerza se genera oscura y húmedamente en los barrios de edificación discontinua, y que en el melancólico soñador de extramuros se preludia la revancha del gaucho que perdió su batalla con Tejedor contra Avellaneda.

## EL GUARANGO

Aunque se lo encuentre en pleno centro, el guarango es típico de los arrabales del centro de la ciudad.

De la misma matriz que el compadre, pero cansada ya, nace el guarango. Parafrasea al hermano mayor sin el arranque todavía atrevido con que aquél intenta un ataque a fondo, enconado y perverso contra la sociedad. Muévase éste a su placer en una esfera amplia, con un gesto sin reticencias, en perpetua invasión a los lugares vedados del prójimo. Puede verse en él al gracioso sin cultura, al actor que improvisa sin genio, resentido de alguna privación, de que es culpable mucha gente. No está satisfecho con su suerte, con su papel auténtico y busca una compensación mediante la mortificación de los demás.

El guarango necesita un ambiente mayor que el compadre, un público más nutrido

para que su agresión, bajo el aspecto de la broma, siniestra y sociable, resulte triunfal. Sólo se es guarango cuando hay quienes asisten a la guarangada; la grosería en particular, logra esa categoría de guarangada cuando se la proyecta al vestíbulo de teatro, al vagón de ferrocarril, al salón de fiestas.

El guarango falta a las convenciones urbanas, no a las sociales. Es incivil, basto, sin los pulimentos y desgastes que la sociedad impone a la pantomima del hombre; es un equívoco por donde como en el chiste malicioso, se columbra una perspectiva prohibida, recusada. El guarango trae a la memoria del hombre que vive en el centro de un sistema de cortesía, de convenciones morales, de respeto, un hálito paleolítico, un resabio amargo de animal de monte. Anuncia que está en el secreto de ese fondo oscuro del bímano al que puede apelar en última instancia. Es un ignorante que interpreta mal la realidad, como el casi analfabeto un texto que puede deletrear pero que no entiende. Y le opone su yo, no frente a frente como el compadre, sino al sesgo, como metiéndose en la tertulia sin permiso, o introduciendo un huésped que no se resigna a quedarse en la puerta. Hay malignidad, pero de ser inferior que ha perdido la crudeza de la agresividad y en quien el aguijón atrofiado conserva un veneno que sólo escuece. Es un primitivo que procede como si conociera las reglas de la civilización, y hasta como si las acatara y manejase con plena conciencia de su sentido, pero sólo conoce el fraude.

Su primer movimiento, el volitivo, el que sólo Dios puede juzgar, es de atropello; pero se aborta en una mueca que envuelve con toda la apariencia de lo inocente, la intención de ofender. Desde la guarangada en público al anónimo y a la molestia telefónica, hay la diferencia que entre una representación y un ensayo.

El guarango también quiere ser protagonista; ser persona importante que atraiga la atención; e incurre por incapacidad de gusto, en el error de hacerse una propaganda sin tacto que le perjudica. Hace lo mismo que el grande hombre, que el poderoso, que el fuerte, que el locuaz, pero sin grandeza, sin dinero, sin valor, sin elocuencia. En principio, en el guarango hay un eclipse parcial de las facultades de apreciación; fáltale cierto sentido de lo oportuno y de lo correcto, de lo culto y de lo civil. Psicológicamente y hasta clínicamente quizá no deba verse otra cosa que la insulsez de la prepubertad mantenida como gusto de fastidiar a los mayores. Su maldad insolente en esencia es pueril.

No es un degradado moral, el guarango, aun cuando de preferencia se ejercite en la ofensa que tiene encubierto un sentido picaresco; es simplemente un inconsciente de la cortesía, de la literatura, de la eurytmia, de la mímica, de la opulencia, y que sin los largos ensayos que el manejo hábil de estas difíciles cosas exige, improvisa desfachatadamente. En su burla del prójimo hay un desprecio que tiene escozor de la propia inferioridad. La guarangada es una venganza que se encubre en las apariencias de la irresponsabilidad moral: atropello de pobre que atribuye su déficit moral, pecuniario e intelectual, al bienestar ajeno. El guarango toma precauciones para que no pueda enrostrársele su actitud que pretende clavar como por inadvertencia. Aquel

otro que afronta con su cuerpo las consecuencias ya es un compadre. Ha de procurar que la intención grosera resulte una especie de anónimo de gestos y palabras en que el verdadero autor quede oculto tras el ejecutante; desdoblarse en dos, de manera que la parte que llega hasta el agredido parezca venir desde lejos y en cierto modo a pesar del agresor. Por eso la guarangada no es repelida espiritualmente contra el guarango en su persona, sino contra la familia, el barrio, la técnica, el país entero en que el guarango se inspira; contra el texto que él sigue al pie de la letra, reduciéndoselo a farsante de una comedia subhumana.

El lugar donde hay reunidas muchas personas, es el escenario propicio para este payaso, para este pícaro sin estirpe. También suele requerir la compañía de alguien, del escudero, de un testigo o de varios que le amurallen en su impunidad. El guarango, aunque solo, es un patotero. Ante el mismo trance donde el compadre pone su yo crudo e impúdico, el guarango se agacha inofensivo aparentemente. La serpentina y el piropo son sus puñaladas preferibles.

Generalmente el guarango presenta a quien reacciona contra él, una cara y una actitud neutras, de ausencia, de inocencia; puede disculparse bien como un ignorante o como un distraído. A cualquiera de ambas excusas puede apelar sin detrimento de su persona, porque sigue en su papel de farsante. Retira su verdadera persona del disfraz y se oculta detrás de su autómeta. Ente desvinculado de todo, como la máscara, adquiere en virtud del disfraz una personalidad nueva exenta de compromisos y responsabilidades.

Se advierte la vocación carnavalesca en el guarango; suele ser una máscara después de terminado el carnaval, que habiendo tenido éxito en su barrio, lleva a otro barrio en días de trabajo el esquema de ese personaje triunfal, sin careta. Por eso su cara tiene la impudicia de la máscara y es inexpresiva, de trapo y papel; se le llama en la jerga: «careta» y «cara dura». En la guarangada hay, pues, por partes iguales, de lo teatral y falso y de lo carnavalesco. Si se quiere, ese instinto festivo a deshora, es la apostura sucia y arrogante del rufián latino precipitado hasta la mueca y el esguince en el ser ignorante con afán de gloria. Después del guarango sigue el mono.

## FLORIDA

1. Florida es un estado de ánimo, como un templo o un lugar histórico. En su interior sólo se puede pensar de cierto modo, ver de cierto modo; Florida nos presta su alma mientras estamos dentro. Se penetra a ella en determinada disposición de ánimo, y hay días oscuros, evidentes, en que no podríamos transitarla sin cargo de conciencia. Tiene una personalidad muy fuerte, esa calle, porque es un templo, un rito y un dogma. Se camina más lentamente por allí que por otras partes; el pensamiento se modera, reflexionando con altura, abandona los pequeños cuidados a la divinidad y

sufre todas las influencias peripatéticas.

Como calle fue, hacia 1823, la única empedrada; de manera que su abolengo es añejo. Ya era entonces la calle limpia, cuando aún en otras se arrojaban las basuras, formando ese piso fofo que en muchas partes malogra el asfalto y el adoquinado. Atrajo la peregrinación de la hora del rosario, que antes desfilaba por Victoria, donde el salón de Marcos Sastre presidía la moda de las letras. Calle de librerías, tiendas y modistos, para vestir en inglés y hablar en francés. Calle del Empedrado, calle de la moda. Las piedras del pavimento, muy caras porque la pampa no tiene piedras, hizo posible transitar por la calzada, y la gente siguió andando por ella hasta hoy.

Florida es la fachada de la ciudad y el traje del transeúnte. Es un salón al aire libre, donde se hace sociedad sin conversar, marchando. No es que la gente que pasea tenga que ir a alguna parte, es que otra cosa es sentarse y hablar. Un salón de urbanidad y simpatía, donde nadie se conoce ni se fastidia sino de pasada. Florida deja sin asociados al club, porque satisface la necesidad de sociedad sin ninguna exigencia. Satisface la elemental necesidad de compañía, sin los compromisos y las molestias de la amistad. Así es el templo, que une las almas y los seres, sin compromisos. Florida no es siquiera la sala, ese lugar de la casa que da a la calle y que es el hogar argentino; no crea vínculos de mancomunidad, de solidaridad: es una feria de galantería y compostura. Todas las clases sociales desfilan, iguales en el aspecto, bajo la apariencia del bienestar. Sólo se exige que se conozca el rito y que se crea en el dogma.

2. El traje se convierte en uniforme de milicia en que se reclutan pobres y ricos. Los peatones de Florida parecen lectores de revistas de figurines; así la librería y la tienda transpusieron el umbral. El traje alcanza ahí, como en la vidriera, un sentido de fetiche. El traje es la persona y su «porte bonheur»; pero tan correcto que no tiene los pliegues y arrugas de la persona. Es el traje de cualquiera, sin las arrugas que enriquecen la fisonomía.

La falta de orientación en la vida, de sentido resuelto, de mesura espiritual, lleva al traje cuidado, que deja de ser una piel de género para ser un uniforme. Un pueblo bien vestido no es tanto un pueblo que ha resuelto sus problemas económicos, cuanto un pueblo que no tiene problemas interiores, ni arrugas. Un pueblo correctamente vestido puede estar en el tiempo etnográfico del tatuaje, que es un equivalente.

Aun vestir a crédito es haberse puesto por fuera el problema del costo; y en la casa del sastre. El vestido es para los demás, no un mero salvoconducto para circular por las calles, sino una fiesta que ofrecemos al transeúnte fuera de casa. Cuidar extremadamente el vestido a costa de otras necesidades que terminan por desaparecer, es vivir para la calle. El criollo se ve que proviene de hombres que han vivido muchos siglos en el café, que es la sala colectiva de los pobres. El traje es la vivienda que se lleva puesta. Acrecentar su valor hasta constituirlo rasgo fundamental, con detrimento de otros muchos más humanos, es vivir disfrazados. Es el otro sentido de Florida: un disfraz de lujo. El traje ha de concordar con nuestro estado económico,



con nuestro modo de pensar; no debe concordar simplemente con otros trajes, hasta que vestir bien sea una «reclame» de sastrería.

Florida es el traje de domingo de Buenos Aires, que usa todos los días. Como el que nosotros vestimos, adquirió la calidad de fetiche, desde que Rivadavia y Belgrano quisieron transformar nuestros hábitos a base del vestido; y el fetichismo es la religión de ese templo en que se marcha. Hay político, profesor o hijo de prócer que ya no podría cambiar su indumentaria sin que aboliese su personalidad, perdiera prosélitos o renegase del apellido. Están condenados a su traje, se han convertido en parásitos de su indumento. Pero todos vestimos bien; y entonces el traje es un dato inexpresivo. Ricos y pobres vamos, iguales en la fe, ostentando nuestra segunda naturaleza.

La blusa del obrero, el saco de lustrina del oficinista, el delantal de brin de la empleada, vienen a ser los trajes de las tareas que se usan en las horas de ganarse el pan. Con la blusa, el saco de lustrina y el delantal de brin acaba el duro destino, y acaba la tarea. Se dejan como máscaras de ficción, y el traje y el vestido de calle llevan a la realidad de una vida que se espera o que se quiere que sea más cierta que la otra: la otra vida. Por Florida se entra a esas horas religiosas. Pero el traje oculta la verdadera situación de la blusa, del saco y del delantal; oculta particularmente la pobreza, que es deprimente y que se deja encerrada en el armario; y viene a resultar así un disfraz verdadero, porque es lo que escamotea el signo del trágico destino. Despojándose de la blusa y del delantal, se despojan de su papel verídico, y vienen a vivir la ilusión arrastrados por la muchedumbre espléndida. Así se originó el teatro. Las figuras comunican de su ficción de personas de teatro y la ilusión es general porque todos creen en ella. El traje oculta la tragedia del destino y promueve al protagonista a la categoría de un soñador.

3. El comerciante alcanza jerarquía instalándose allí; la población que divaga se considera señora de las vidrieras, que son los frentes espirituales de los edificios. El comerciante que exhibe su mercadería en Florida, posee esos materiales con que se sueña en la calle, y los exhibe como iconos de la fe. Las vidrieras son también trajes; los trajes de las casas. Las vidrieras son todo; y los frentes de las casas, quizá de los más feos en el centro, no se ven. La vidriera no deja ver el frente. Hasta esa superficie que la casa viste para la calle, el frente, que es lo principal de la vivienda porteña, aquí cede su prioridad a la vidriera. Los edificios, grises, bajos, viejos no existen y si existen son arrebatados por los letreros luminosos en que comienza el sueño del cielo. Se mira hasta la altura de la cabeza y de ahí para arriba como en toda calle angosta no interesa lo que sigue. La realidad llega hasta la altura de las cabezas descubiertas. Mirar sin elevar la vista da una perspectiva familiar a las cosas, un ámbito reducido e íntimo, de sala. Florida acaso es Florida por su estrechez que nos impide retirarnos y ver sus vidrieras a una distancia conveniente, despegándonos de su ficción.

4. Como en el cine, se sueña con la fortuna y el amor. El lujo de las vidrieras, con alhajas, objetos artísticos, sedas, perfumes, libros, radios, aparatos de proyección,

hace de Florida el escaparate de nuestra ambición. Esos objetos son tan nuestros como del comerciante: son fragmentos de nuestra ambición. El verdadero dueño tiene juntos esos elementos que queremos tener, como símbolos de una opulencia que alcanza hasta para el derroche, según pasa en los sueños. Y así es Florida como el cinematógrafo, mediante cuya magia nos aposentamos en palacios de multimillonarios, en pobres piezas higiénicas de costureras ideales, en casitas de campo sin mosquitos ni aguas estancadas, y compartimos la vida azarosa de los hombres de mundo y de los reyes industriales, de los bandidos y de los artistas, o conseguimos a los treinta años un amor con que soñábamos a los dieciocho.

Esos escaparates nos ofrecen también la obtención en sombras de pantalla, de lo que está más allá de nuestras manos y de nuestro destino, detrás de sus vidrieras. Todo lo que ese público que transita al mediodía y al atardecer sueña de noche o en los intervalos de su tarea, todos los sueños concentrados en el brillante, en la mujer hermosa, en el libro célebre ahí están, accesibles como en las sombras y luces de la pantalla. Ahí está el Jockey Club, que es también el escaparate interior de Florida, donde se sueña con los árboles genealógicos, que han dado mil metros cúbicos de madera este año, y con los toisones vivos que han bajado de precio en Liverpool, y con el juego, que es la maquinaria de la esperanza. Ahí están los bares en que sueñan los artistas, las joyerías y las tiendas en que sueñan las mujeres, las librerías en que sueñan los escritores.

Lo hermoso de esta gran ficción es que todos quieren engañarse sin utilidad, que todos están un poco en el secreto y que admiten las apariencias como apariencias, concediéndoles un sentido de realidad. Y si alguien piensa, como en la iglesia o en el teatro, que todo eso es mentira, no lo dice; y Florida sigue existiendo en las almas de los fieles.

5. Una vez admitida la ficción, como en el film, lo que ocurre es perfecto, lógico y verídico. Así los chicos juegan a ser príncipes, generales y bandoleros, sin que a ninguno se le ocurra hacer notar al otro que no es príncipe, ni general, ni bandolero. Una palabra de franqueza que se pronunciara en esa calle, destruirá quizá la ilusión, si una palabra puede alguna vez ser más fuerte que cien años.

En última instancia, esos momentos de tránsito, como las horas que transcurren en el vestíbulo del cine durante la función, son impotentes para contrarrestar el efecto de la película, en el interior de la sala. Ese sueño de opulencia, de abundancia, de lujo, de un buen sueldo y buen dividendo, estimulado por la planta baja de los edificios, que en realidad no tienen otros pisos, ni los necesitan, es lo que soñamos contemplando un trozo de la realidad, el que ha llegado a quedar concluido, el que todos convinimos en no despertar ni someter a examen.

En Florida encontramos el día de fiesta en el día hábil, y nuestro estado de ánimo es suyo. El tema de las conversaciones está condicionado por el ambiente: se habla de proyectos y no de fracasos. Se habla de lo que la calle quiere. Florida es un espejo cóncavo, que nos devuelve la imagen agrandada de lo que pensamos que somos y

seremos. Se traga esto que somos hoy indefectiblemente y nos da confianza en lo que no tiene remedio. El estado de ánimo es optimista, porque hay más luz que en nuestra casa, porque la gente no es hostil si no va en grupos y porque nadie parece pensar en cosas reales. La ebriedad del éxito y de la fama acompaña a los que salen del bar y de la librería; el amor accesible aparece con las mujeres que salen de las tiendas. Un aliento de nuevas posibilidades trae cada uno que entra a la calle. Todos flotan sobre la realidad. Aun al oído se dicen cosas que no avergüenzan en alta voz. La conversación también es vestido en Florida. Basta entrar en ella de cualquier otra calle, para advertir que se habla de otros temas y que las preocupaciones dejan de ser triviales y se vuelven grandiosas en una intrépida perspectiva. Es un paseo de gigantes. Desde hace más de cien años en Florida se ha convenido en ser así. Por esa calle, que detesta la voz sincera, han nacido las utopías que han sostenido tantas ilusiones de riqueza, de cultura, de las que algo queda al fin. El gran argumento de esta comedia de lo que soñamos, se monta aquí con todo el lujo de las escenas bien cuidadas, y al cabo algo persiste del *maquillaje* en la cara del pobre que vuelve a su casa a encontrarse otra vez frente a frente con su vida.

## LA NOCHE

Al caer las tardes, Buenos Aires se impregna de una melancolía bucólica que, gradualmente, con la noche, se acentúa en pesadumbre. Buenos Aires no tiene noche, sino la que le llega desde la inmensa pampa. Parece penetrarlo desde los barrios suburbanos, a través de las calles interminables, semejante al sueño que comienza en las extremidades de los miembros cansados. Esa noche de los campos, taciturna, concentrada, lóbrega. Las luces y los ruidos del centro no son parte integrante de esa apacible noche campesina, sino espasmos para romperla y desbaratarla. Así es que se quiebra en los faroles, en las vidrieras, en los letreros luminosos; pero queda apretujada e intacta en el resto que se propaga al infinito.

Buenos Aires no tiene vida nocturna; quedan vigilando su sueño de burguesa impecable los *cabarets* y los cafés que destacan, por contraste, el sueño de lo restante. Son los sueños, de apetitos reprimidos, de ese sueño inmenso. La gente se recoge temprano y apenas hace visitas de noche. Cada hogar recobra su hermético aislamiento, y mediante tal quietud zodiacal, la gran aldea se recupera del engañoso tráfigo del día. A las diez, la noche penetra en las casas y ofrece descanso material al cuerpo y al alma. Reposo monacal para seres que tienen pocos pecados intelectuales y morales; reposo purificador que la Divinidad ha de recibir como los antiguos rezos de esas horas. De noche se advierte que Buenos Aires es una ciudad virtuosa y que su maldad es la mínima que la vida impone a cualquiera que vive, sin las complicaciones del intelecto. El santo sueño del animal cansado; sueño del cemento,

de la tiranería de hierro y de la conciencia sin reproches.

Los cafés recogen las almas pecadoras; esos cafés que ahora tienen salón de baile, formado en un espacio superfluo, con la pequeña orquesta que ejecuta el tango, la música del sueño. Quieren lanzarse a una aventura que les avergüenza; allí las mujeres sin empleo comienzan su vía crucis y ensayan la profesión de libertinas.

El *cabaret* es un café de mayor fuste. Es un salón donde las personas tienen el temor de que se las conozca. Parecen estar cohibidas porque todo el mundo pudiera saber que están allí.

Se bebe y se baila, como se podría hacer otra cosa; porque al *cabaret* se va a bailar y a beber. Las mujeres cumplen una tarea que no las divierte; se ganan su pan bailando y bebiendo. No tienen hombres que las mantengan y la vida es ruda, sobre todo si hay hijos que sostener. No tienen por qué estar alegres. Los hombres tampoco se divierten; simplemente van a divertirse. Y como se va a eso, todo tiene un aspecto de indiferencia, de cosas compradas y vendidas. Faltan las mujeres con vocación de cortesanas: la que gusta de gustar y goza como un sexo al contacto con la vida. Las palabras y las risas emergen de la superficie de sus seres que han errado el camino. Ninguna de ellas ha olvidado sus muñecas ni renunciado a la esperanza de un hogar feliz. Incitan a la virtud y casi siempre el joven incauto termina por preguntarles algo impertinente acerca de su vida privada, de los pormenores de su desliz. La letra del tango gira en torno a esos temas crueles y cursis. Es lo que sugieren al vérselas trabajar de bailarinas, ganándose el pan como vampiresas.

Tampoco el joven se entrega íntegro a tales diversiones. Se piensa que para él tiene la sala algo de hogar, o del lupanar, o que superpone estos dos mundos y le resulta del equívoco una impresión desagradable. Cierta respeto, cierta frialdad, cierta repugnancia psicológica que no puede disimular, dan al espectador la sospecha de que baila con la hermana. Son seres desconocidos y no parece que encontrarán placer en estar juntos. Y, sin embargo, no hay que creer que se propongan embellecer el ambiente y dar castidad a la comedia. Amor, compasión, pudor, están sustituidos por la incapacidad de aceptar con valentía esa realidad como lo que es.

Algunos se emborrachan y caen en el otro extremo de lo taciturno; se vuelven molestos o agresivos. No es posible estar alegre sin demostrar que se es valiente, que se ocupa un alto cargo y que eso es lo cierto y la borrachera un accidente. Puede no promoverse ningún escándalo, tener el protagonista suficiente dominio de sí como para tragárselo; pero es un hombre hostil, peligroso: un hombre que está fuera de la fiesta y que no fue penetrado por ella.

Por eso el *cabaret* es triste. Aun el que allí está alegre, denota una alegría de *cabaret*. Carece del hábito de entregarse, de tirarse a la vida como al agua; tiene el pudor del que nunca se desnuda frente a otros, y no sabe nadar mar adentro.

Las mujeres por su parte comprenden cuál es su obligación y no olvidan que están alquiladas para esa comedia apenas licenciosa. Saben que el amor, que es lo serio, no tiene nada que ver con ese simulacro de la crápula. El amor no es para ellas, ni para

ellos. El sexo no tiene complicados problemas fuera de lo que ya está convenido tácitamente por una razón de lugar. Uno y otro son reductos autónomos, que no tienen ninguna relación recóndita con el baile.

En las casas se ha guarecido la virtud doméstica y en las calles queda, a deshora, el hombre desvelado. La mujer que transita del brazo de alguien, el marido, el padre, el amante, recibe en plena faz el desafío de ese hombre de la noche. La noche es la hora de las suciedades secretas y cada transeúnte se comporta como un afiliado a esa secta de los que no se acuestan a las diez. Por eso es que en cada varón que se tropieza esa mujer que va del brazo de un hombre, percibe el ímpetu, dominado con grandes esfuerzos, de una palabrota o de un roce intencional. No es que sea ese transeúnte un fauno o miembro del hampa, sino que no puede dejar de demostrar que por lo menos es tan hombre como el marido o el amante. Cree que no puede pasar en silencio o con respeto sin renunciar a un derecho que le asiste, el de un condominio de la mujer.

Las calles de Buenos Aires son hostiles, porque la noche de la ciudad es la noche del campo invadiéndola y las cosas toman el aspecto de la tiniebla sin amparo. Las mujeres honestas que se recogen temprano indican que las que quedan fuera de sus casas no lo son. Las puertas abiertas proclaman la castidad de las puertas cerradas. Los hombres, si salen, dejan en sus casas a las esposas y se juntan a las queridas. Y las queridas, cree el hombre de la noche, son un poco de todos.

Hay también en el transeúnte, un alma silvestre que se estimula en esa noche de billones de años más que la primera casa de la ciudad, y que ha venido, poco a poco, dando forma a la vida nocturna. Para evitar toda responsabilidad, si se excede, puede fingir que ha bebido de más, o que está contento. Dos cosas fáciles de excusar.

El tango, la música nocturna, entristece estos lugares de diversión, porque trae en su ritmo reminiscencias del pasado abyecto y las voces sofocadas de la vida rehusada. Nació después de la jornada del negro arrancado de su tierra y metido en las plantaciones de tabaco, azúcar y café. Encierra en sus cadencias la esclavitud y la voluntad de hundir en la carne la propia fatiga hasta convertirla en placer.

## EL TANGO

Es el baile de la cadera a los pies. De la cintura a la cabeza, el cuerpo no baila; está rígido, como si las piernas, despiertas, llevaran dos cuerpos dormidos en un abrazo. Su mérito, como el del matrimonio está en lo cotidiano, en lo usual sin sobresaltos.

Baile sin expresión, monótono, con el ritmo estilizado del ayuntamiento. No tiene, a diferencia de las demás danzas, un significado que hable a los sentidos, con su lenguaje plástico, tan sugestivo, o que suscite movimientos afines en el espíritu del espectador, por la alegría, el entusiasmo, la admiración o el deseo. Es un baile sin

alma, para autómatas, para personas que han renunciado a las complicaciones de la vida mental y se acogen al nirvana. Es deslizarse. Baile del pesimismo, de la pena de todos los miembros; baile de las grandes llanuras siempre iguales y de una raza agobiada, subyugada, que las anda sin un fin, sin un destino, en la eternidad de su presente que se repite. La melancolía proviene de esa repetición, del contraste que resulta de ver dos cuerpos organizados para los movimientos libres sometidos a la fatídica marcha mecánica del animal mayor. Pena que da el ver a los caballos jóvenes en el malacate.

Anteriormente, cuando sólo se lo cultivaba en el suburbio y por tanto, no había experimentado la alisadura, el planchado de la urbe, tuvo algunas figuras en que el bailarín lucía algo de su habilidad; en que ponía algo que iba improvisando. El movimiento de la pierna y de la cadera, algún taconeo, corridas de costado, cortes, quebradas, medias lunas y ese ardid con que el muslo de la mujer, sutilmente engañada, pegaba en toda su longitud con el del hombre, firme, rígido.

Por entonces tenía su prestigio en las casas de lenocinio. Era música solamente; una música lasciva que llevaba implícita la letra que aparecería años después, cuando la masa popular que lo gustaba hubiera formado su poeta. Oíanse los acordes a la noche, en las afueras de los pueblos, escapando como vaho, del lupanar, por las celosías siempre cerradas; e iba a perderse en el campo o a destrozarse en las calles desiertas. Llevaba un hálito tibio de pecado, resonancias de un mundo prohibido, de extramuros. Después echó a rodar calles en el organito del pordiosero, para adquirir ciudadanía. Se infiltraba clandestinamente en un mundo que le negaba acceso. Así, a semejanza de la tragedia en la carreta, llegó a las ciudades hasta que entró victoriosamente en los salones y en los hogares, bajo disfraz. Venía del suburbio, y al suburbio llegaba del prostíbulo, donde vivió su vida natural en toda la gloria de sus filigranas; donde las síncopas significaban algo infame; donde las notas, prolongadas en las gargantas del órgano, estremecían un desfallecimiento erótico. Diluía en la atmósfera con él perfume barato, el calor de las carnes fatigadas y las evaporaciones del alcohol.

En el baile de «candil», untuoso, lúbrico, bailado con la ornamentación de cortes, corridas y quebradas, ponía en el ambiente familiar cierto interés de «clandestino». Todo eso era lo que le daba personería, carácter propio, y se perdió; pero en cambio apareció el verso para recoger, como el drama satírico tras la tragedia, el elemento fálico, ritual. Aun hoy la letra dice bien claro de su estirpe. En ella está la mujer de mala vida; se habla de la canallada, del adulterio, de la fuga, del concubinato, de la prostitución sentimental; del canfinflero que plañe. La joven más pura tiene en su atril ese harapo que antes fue vestido de un cuerpo venal. La boca inocente canta ese lamento de la mujer infame y no la redime, aunque ignore lo que expresa su palabra. Suena en su voz la humillación de la mujer.

Pero ahora es cuando el tango ha logrado su cabal expresión: la falta de expresión. Lento, con los pies arrastrados, con el andar del buey que pace. Parecería

que la sensualidad le ha quitado la gracia de los movimientos; tiene la seriedad del ser humano cuando procrea. El tango ha fijado esa seriedad de la cópula, porque parece engendrar sin placer. En ese sentido es el baile ulterior a todos los demás, el baile que consume; como los otros son los bailes premonitorios. Todo él es de la cintura para abajo, del dominio del alma vegetativa. En algún momento una pierna queda fija y la otra simula el paso hacia adelante y atrás. Es un instante en que la pareja queda dudando, como la vaca contempla a uno y otro lado, o hacia atrás, suspensas sus elementales facultades de pensar y de querer. Y de ahí el tango prosigue otra vez lo mismo, lento, cansado, su propia marcha.

Así está estilizado, reducido a la simplicidad del treno, que consiste en modular una sola nota que se afina o engruesa bajo la presión de un dedo deslizado en una cuerda. Tiene algo del quejido apagado y angustioso del espasmo. No busquemos música ni danza; aquí son dos simulacros. No tiene las alternativas, la excitación por el movimiento gimnástico de otros bailes; no excita por el contacto casual de los cuerpos. Son cuerpos unidos, que están, como en el acoplamiento de los insectos, fijos, adheridos. Pero las carnes así unidas, se embotan en su enardecimiento después de algunos compases; no hay roce, no hay rubor, no hay lo inesperado en el contacto. Es el contacto convenido, pactado de antemano, en la convención del tango. No es lo que precede a la posesión con resistencias, con dudas y reticencias; es lo que precede a la posesión concertada y pagada, con la seguridad de un acto legal. Más bien que el noviazgo es el concubinato que no violenta las normas sociales.

No tiene ninguna de las exquisiteces que están implícitas en la estructura de otras danzas, con su cortesía. No son hombre y mujer, según se destacaban en las danzas antiguas, donde cada cual, él y ella, conservaban lo peculiar de su carácter, además de cierta elástica distancia. En el tango es la igualdad del sexo; es lo ya conocido, sin sorpresas posibles, sin la curiosidad de los primeros encuentros; es la antigua posesión.

El baile en parejas puede ser incitante, sensual, una «transferencia» freudiana; el tango en particular es el acto mismo sin ficción, sin inocencia, sin neurosis. Es, hasta si se quiere, un acto solitario. Tiene algo de la rumia su música lamentable en el bandoneón, como hay algo del mugido en éste, su instrumento propicio. La segunda fase de la estilización del tango, para reducirlo a su puro esquema, a su sentido escueto está en el hallazgo del instrumento adecuado: el bandoneón, sucedáneo portátil del arístón y el órgano.

Desde otro punto de vista, es el baile humillante para la mujer, a quien se ve entregada a un hombre que no la dirige, que no la obliga a estar atenta a sus veleidades, a ceder a su voluntad. Es humillante por eso; porque el hombre es tan pasivo como ella y parece obligado a su vez. En casi todos los otros, es el hombre quien indica el movimiento y hasta se tiene la impresión de que, en momentos, la mujer es soliviada, invitada a volar. Tiene la posibilidad de una fuga. Aquí él y ella gravitan igualmente y ambos se mueven con una sola voluntad, como si esa voluntad

fuera la mitad de una entera en cada uno, falta de iniciativa, de inteligencia, cediendo al movimiento mecánico de andar y respirar. Tiene, en verdad, de la isocronía de la circulación, del acto mecánico por excelencia. Es un baile sin voluntad, sin deseo, sin azar, sin ímpetus. La mujer parecería cumplir un acto que le es enojoso o que para ella carece de sentido, en el que no encuentra placer. Nada en ella dice de la gracia, de la fragilidad, de la veleidad, de la timidez. Es la carne apenas viva, que no siente, que no teme. Segura, sumisa, pesada, a paso de mula con una sola dirección recta, como la ruta del animal cargado. No se teme por ella; no se ve que su capricho sea dominado a cada paso por una decisión que la gobierna imperativamente. Cede consciente, está conforme. Por eso no incita, al que la ve bailar, a quitársela a quien la lleva; no se la desea y su cuerpo está muy lejos del nuestro cuando baila, por lo mismo que está anastomosado al del compañero. Se pertenecen y son un solo ser. No asumimos, por lo tanto, ni el papel del compañero. Desearla sería cometer adulterio. Está cumpliendo un rito penoso y sin valor estético, un acto de la vida conyugal, que es entregarse, y otro de la vida diaria, que es andar.

Por otra parte, se advierte que forma una sola pieza con su compañero, y que de arrebatarla, algo de él quedaría en ella, como queda del marido en la esposa que se rapta. Son un solo cuerpo con cuatro piernas lo único que acciona, en la inmovilidad de los torsos, con una voluntad. Un cuerpo que no piensa en nada, abandonado al compás de la música, que suena, gutural y lejana, como el instinto de la orientación y de la querencia. Ese vago instinto, en la música, los lleva tirando de ellos.

Quizá ninguna música se preste como el tango a la ensoñación. Entra y se posesiona de todo el ser como un narcótico. Es posible, a su compás, detener el pensamiento y dejar flotar el alma en el cuerpo, como la niebla en la llanura. Los movimientos no requieren ser producidos, nacen automáticos de esa música, que ya se lleva en lo interior. La voluntad, como la figura de los objetos, queda desvanecida en esa niebla, y el alma es una llanura en paz. Muy vagamente, la mujer acompaña al bailarín en un deslizamiento casi inarticulado. Es el encanto de ese baile, en su sentido sentimental: la obliteración de la voluntad, un estado en que sólo quedan despiertos los sentidos profundos de la vida vegetativa y sensitiva. Propicio al estado de ánimo del crepúsculo en los prados, a la vaga tristeza que se presume en los ojos del animal satisfecho.

Terminado el baile, no es posible olvidar en la mujer ese acto frío, en que ha sido poseída como un molusco, en ayuntamiento recíproco. Queda flotando sobre su cuerpo un vaho de pesadumbre, de pecado; algo pegajoso y viscoso, como el eco de sus movimientos y de su entrega en un sueño trivial. Porque no ha sido poseída por su íncubo sino por su propia soltería.

## CARNAVAL Y TRISTEZA



Para estudiar lo que se ha llamado la tristeza criolla, que es un estado de ánimo muy complejo y que indiscutiblemente tiene la tristeza como epizootia e indiscutiblemente también de la verdadera tristeza humana; para estudiarla hay que comprender primero el carnaval. El carnaval es la fiesta de nuestra tristeza.

El centro psicológico no está situado en la tristeza, y sí más aproximadamente en la necesidad de alegría. Es tan sombrío, desde los colores del traje y los sabores de la existencia, todo lo que debemos al pasado, y se ha construido lo nuevo tan por encima de esos escombros aún en pie, que la sed de gozo es un movimiento potencial, pronto a dispararse contra algo en las circunstancias propicias. Puede decirse ley universal, la propensión de las almas sombrías a las explosiones del gozo, como en los perros encadenados que se sueltan al atardecer. Esa necesidad última de soltarse del dogal gris y taciturno de un mundo opresivo por el que circulan corrientes magnéticas de indiferencia y desconfianza, pone a los ciudadanos, particularmente, en trance de saltar jubilosos al atardecer. Se busca un motivo de fiesta, un pretexto para reír; y de ahí la guarangada, el temor al ridículo, manifestaciones con carteles y vítores, cualquiera sea el pretexto. Y, lo más corriente, el aspecto carnavalesco que adquiere en las muchedumbres cualquier celebración popular. Alegría que no es entera, gozo que no quiere mostrarse desnudo, sentimientos propios de un pueblo que no ha entrado en relaciones sexuales francas con la mujer, que no sabe hacer partícipe de su placer —y por eso se asocia en la algazara—; ése es el verdadero núcleo de la tristeza, lo que en el calendario se llama carnaval y que es un tratamiento psicoanalítico.

La alegría que se desata en ocasiones tan diversas es cruel, desesperada, hostil. No tiene el carnaval cortesía ni canciones; requiere la calle, la multitud, la ebriedad de las vendimias urbanas; porque el resto del año es triste y servil. Concentrada la orgánica necesidad de reír y gozar una existencia enclaustrada en problemas demasiado serios para nuestro verdadero estado social, entristecida por un peso de fórmulas que no podemos llevar sobre los hombros, se inflama en una represalia bulliciosa contra la seriedad contranatural de la vida cotidiana. La tristeza argentina, que desde los filósofos hasta los botarates han descrito, rodea al hombre, es lo que come. La alegría argentina, ésa es la que hay que estudiar, porque guarda la clave del humor sombrío, con sus corsos, sus festivales patrióticos, políticos y deportivos, sus picnics, y su teatro de agresión despiadada y sin ternura. El carnaval, como fiesta de la impersonalidad y del anonimato, de oprimidos y descontentos, es el estado alotrópico de la tristeza, su contracara, su antifaz.

En el interior hace muchísimos años lo adoptó de grado el indio, el hombre desnudo. De inmediato gustó del vestido que contenía en potencia el carnaval de los colores, de los ornamentos y de los ruidos; el vestido loco del blanco, del hombre vestido. Primero adoptó de las gentes venidas de fuera, el indumento vistoso (armas, ropas, polímitas, cuentas, penachos); a ello unió sus plumas y el alcohol, levantando al plano de la ficción descabellada la realidad humillante y ruda. Encerrábanse como

en cápsulas, las verdades amargas; alcohol y color fueron lujuria y alegría; contrarrealidad. No cambió en lo sucesivo lo sustancial. El catolicismo unió Carnestolendas a Semana Santa, como Dionisos la tragedia a la comedia. Liturgia y teatro.

Cuenta Lugones un carnaval en La Rioja. Nueve personas a lomo de burro, van por los pueblos, disfrazadas. Cantan; y con vejigas producen ruidos inefables. Corazones llenos de sangre se emplean como bombas de agua arrojadas. Todo esto era poco después que el farmacéutico Cranwell fabricara en Buenos Aires los primeros pomos de agua perfumada.

Carnaval y teatro fueron una misma cosa y recomenzarán cada vez que se olviden, como contraformas de trabajo, cálculo, lógica, honradez. Hace triunfar estas fuerzas sometidas: ocio, locura, regocijo, disparate, sensualidad. El teatro, por otra parte, monta su utilería con lo que imaginamos que hubiera debido ser y que no pudo. Como la venganza de otra norma que para siempre se perdió al encauzarse la vida por otros caminos. Lo que resta invicto en el hombre de sus ideales, de su comprensión profunda del destino, de su emoción por la virtud, la belleza y el dolor, ahí están representados, reducidos a un juego que desbaratan las manos en el simulacro prohibido de lo que pudo ser y no fue. El teatro es la función triunfante de lo que la vida malogra, la resurrección de lo que ha muerto definitivamente en el alma, la revancha de lo absurdo que tenía su pizca de razón y esa manumisión por pocos días que permitía al esclavo de Horacio decirle verdades calladas mucho tiempo. Como el sueño, es el teatro de los hechos reprimidos, a lo largo de las luchas en que los más poderosos marcaron la pauta a los más débiles.

Un pueblo de esencial teatralidad, un pueblo descontento con su destino, un pueblo que sueña desafortunadamente con el heroísmo, la santidad y la salud, es un pueblo teatral cuya impronta doliente deja en todas sus fiestas. El carnaval es la fiesta tipo de los pueblos latinos, una variedad mendeliana por injerto de cabra y vid. El fenómeno sexual sofocado suministra materiales primos a esa combustión; el orgullo vencido, la aspiración limitada por la propia ignorancia y por su misma impracticabilidad; la bacanal de los heridos y de los esclavos; vida, teatro y carnaval se continúan y mezclan indiferenciados. Nuestro teatro como escenario de esa vida crepuscular de lo que se es en secreto, es carnavalesco, trágico. Recoge del carnaval temas y tipos; otras veces los suministra. Pero carnaval y teatro conciertan con la vida real, seria, de días hábiles, y por eso las carnestolendas son la fiesta nacional y el teatro un espectáculo de público en proscenio para actores sin contrata en la platea. Al reflejar esos tipos caricaturescos, dionisiacos, refleja la verdad: un sainete transformándose en juicio oral donde la realidad se metamorfosea en ofensa sin dejar de ser lo que es. Atenas podía estudiarse en *Los Caballeros* y la vida argentina puede estudiarse en los sainetes que copian todo un sector de la realidad: el despreciado y que no se puede burlar en casa. Falta averiguar hasta dónde, por inversión o transfusión, la vida de la calle no se desarrolla en función de la vida del escenario,

hasta dónde no se vive parodiando la escena. El teatro es más carnaval que la vida y el carnaval más vida que el teatro; pero a través de estas tres etapas una misma alma tétrica, descontenta de su destino, incapaz de franqueza, confunde lo que es de las fiestas anuales y hebdomadarias con la comedia de los días de labor. Una alegría intensa, una situación inusitada en la que están en juego intereses graves, pone a nuestro hombre en trance teatral. Buenos Aires tiene sólo una cara para todas las fiestas populares; la misma que pone en las revoluciones y al regreso de los asuetos campestres. Tampoco la municipalidad tiene más que una manera de iluminar la Avenida y la Plaza de Mayo, que es su tinglado; cuelga sus luces y enmaraña un techo de candilejas. Le basta cambiar las caras grotescas por los nombres próceres; el armazón, el marco de las fiestas es el mismo y únicamente faltan las serpentinas. El viandante va a los mítines, al corso y a las procesiones religiosas y del 9 de Julio en el estado de alma de quien quiere divertirse sin tener la experiencia y el entrenamiento de la alegría. Gasta en las tres solemnidades una misma clase de júbilo sediento como gasta un mismo traje en su casa, en la oficina y en el café. Cambian las fechas y no las almas. Aun en los entierros hay algo de lo insobornablemente teatral y lo cómico puede ser lo inesperado de la parte lúgubre del subconsciente; la risa es un percance en los momentos patéticos. Ese sentido del ridículo, tan agudizado y extendido, puede ser el sentido vigilante de un acto que se mira vivir. Todo lo que pueda parecer tendencia al humorismo, suspicacia de crítico a la expectativa, es unicidad de postura ante situaciones que requieren distinta impostación.

La misma técnica del chiste y de la gracia, la técnica de nuestro gracioso ignorante, que es el guarango, es torpeza de *troupe* de barrio en que todos imitan al primer actor. Las frases ingeniosas de los corsos circulan a veces durante años. Los latinos heredaron de la farsa, los esclavos y germanos del teatro de ideas; y lo cómico en nuestro pueblo es una tragedia tan seria, tan natural, tan transparente al sino de la raza como la careta de tul sobre el rostro.

Pero ese carnaval de todos los días, que estalla en sus fiestas propicias, es sombrío, agresivo, de día de trabajo. Son fuerzas contenidas que se difluyen; no una disposición casual, sino un carácter. Somos teatrales por temperamento y no podemos jugar con la burla, como no podemos jugar con el amor. Nuestro carnaval es siempre contra algo. Sarmiento cuenta que una pobre máscara en provincia, fue quemada viva prendiéndosele fuego al disfraz. Lo quemaron en un alboroto. Luego lo enterraron sin que el pulpero pudiese delatar el crimen. Hace más o menos veinte años, en la calle Defensa, un ciudadano de humor sombrío, que volvía a su casa sin llamar la atención, decidió divertirse divirtiéndose. Se disfrazó de serpentinas; se cubrió de serpentinas simplemente. Entonces le tiraron un fósforo encendido y ardió y echó a correr hasta que murió carbonizado. Es el mismo juego de hace cien años, en la ciudad, como antes en provincias.

La parte sensual toma también caracteres de violencia y de exhibición. No es la oscura necesidad de amar lo que lleva a las máscaras al chiste obscuro, al roce

pelviano, al gozo de la sensualidad; en ello, como en el piropo y la frase ingeniosa, está el odio que arrastra por debajo de la cortesía la intención de herir.

Nuestro carnaval no tiene canciones, tiene insultos. No se juega ya con pomos perfumados ni con flores; no salen las rondallas ni se conciertan bodas en los bailes; la serpentina que se tira lleva, en su oferta risueña, la puntería de la pedrada. Es grotesco y serio, ofensivo y lúbrico con toda la tristeza de lo que se quiso y no se pudo tener.

### III

## LA CIUDAD INDIANA

### DE PASO

La raza que nos pobló no tenía hogar; residía en casas de piedra y era antigua, pero dentro no habitaba el ideal. El ideal estaba en la iglesia y en la corte. El padre no era el pater familias; ejercía su autoridad como el señor con sus siervos. La mujer y los hijos eran su honor y sus víctimas. Dios y el Hoy solamente estaban sobre él, más fuertes que él; su finca parecía por dentro un monasterio. Cuando aquí hubo de edificar la nueva casa, la dispuso de modo que las habitaciones encerraran en cada cubo de paredes el drama de cada huésped, según su papel: la mujer, los hijos, y la servidumbre. La sala fue el lugar de recibo, donde sólo platicaban las personas en día señalados y con arreglo a cierto ceremonial. Nunca en adelante cambió la disposición de la sala, los dormitorios, el comedor y los cuartos de servicio, ni las almas renovaron sus hábitos. La casa fue el reducto para el descanso y dentro de un cosmos variable no podía afirmar ningún ideal fijo. Los materiales que se emplearon, de preferencia el barro, la paja, la madera y el cinc, eran elementos correlativos al alma del morador. Hoy se han reforzado esos relieves de lo precario a lo transitorio. Los moradores han hecho inestable el edificio. El hogar, constituido por dos seres que hasta el día de unirse han seguido rumbos distintos, con sangre distinta, gustos distintos, dan origen a un nuevo ser que es distinto de los dos. La vida reclama del varón y de la mujer sacrificios irreparables. Hay que acomodarse a las exigencias de la lucha, como cuando no hay piedra debe construirse con barro a pesar de muy viejos instintos. La enseñanza que suministran las cosas cotidianas, propenden a destruir y a cambiar. Les faenas del campo fueron terrible costumbre de destruir y de cambiar, llevando la vivienda de un lugar a otro. En la ciudad de las llanuras, como en Montevideo, Buenos Aires y Santa Fe, esas viviendas al principio de cuero sirvieron de guaridas mejor que de lugares de comodidad. El amor igualmente adventicio vagaba como fantasma nocturno en torno de los lechos. El amor en casa de anchas paredes es más firme, serio y ginocrático que en la choza. En la choza el amor semeja una mancebía; requiere para sí la eternidad del mundo que le rodea, como que es la especie la que ha de habitar en el hogar.

Nunca se nos ocurre que podemos morir en esta casa que ocupamos de paso, como no concebimos que podríamos morir de viaje. Estamos de viaje en nuestra propia casa y este pavor a la muerte, que no nos encontraría en nuestro sitio, prueba que una casa no es vista como una tumba, con sus rasgos definitivos y perennes. Las paredes de ladrillos duran menos que nosotros. Las veremos decaer y ser demolidas, con regocijo, nosotros que somos tan frágiles. Los muebles que ponemos dentro siguen la moda, envejecen con rapidez y los miramos con frialdad hasta que los cambiamos por otros igualmente caducos. Ellos dan fuerza para salir nuevamente a la calle, pero no acogen con amistad. Sólo nos sirven cuando estamos cansados. Aun cuando la casa sea nuestra y tratemos de adornarla para siempre, esos objetos y esos muebles no pueden asirnos sino en lo superficial nuestro. Mañana podremos cambiar totalmente de suerte y dar otra conformación a la vivienda que convenga mejor o peor al hábitat del alma; mas será otra cosa, no esta misma. Habremos cambiado absolutamente. A la expectativa de ese cambio estamos, y en esa espera envejecemos y morimos. Con la mujer y los hijos pasa lo mismo; han aparecido de pronto y ellos tienen sus planes y sus hados. Ni la mujer ni los hijos parecen ser para siempre, aquí donde todo es tan para hoy.

## EL ESQUEMA DE LA CASA

La casa antigua, la pobre, está dispuesta como hace ciento cincuenta años. No ha variado su disposición porque su estructura obedece a razones vitales y orgánicas, tal cual la disposición de los órganos en el cuerpo. Esas casas tienen una función que se manifiesta en la vida de sus ocupantes. A la distribución de las habitaciones corresponde la necesidad de la familia, el sentido de la comodidad y del uso. La disposición consecutiva de las habitaciones tiene a la vez de la cárcel y del monasterio; es decir, que son células independientes, aunque se intercomunican por puertas interiores. Atravesándolas se llega por una parte hasta el gallinero, el w. c. y la cocina; por otra hasta la sala. Las piezas tienen un mero contacto lateral, aisladas entre sí; el contacto de la amistad y del amor, en la conversación y el trato francos, es de frente a frente. La concepción arquitectónica corresponde a la amplitud de espacio y está planeada para planta baja. Su modelo es el rancho, que se amplía horizontalmente. Construido de materiales poco resistentes y hecho conforme a las más elementales y empíricas leyes de la construcción se alza en terreno abundante, que no se escatima. De ahí proviene esa disposición lateral y lineal. La casa de poco frente y mucho fondo (10 varas por 60), tiene el plano del rancho. Ofrece un mínimo de superficie al exterior y se profundiza alejando la vida interior de la mirada sin recato del extraño. Su principio es una habitación a la que se le van agregando otras, de una en una. No crece la casa por expansión del conjunto sino por aditamentos

parciales, por yuxtaposición. El piso que más tarde se agrega a la planta baja es otra planta baja superpuesta. El movimiento que la genera es el de la línea que se prolonga o se dobla por encima, de modo que, rectilíneo, sus direcciones van a la calle, al mundo, y a los dormitorios, al secreto. Cuanto más alejada del zaguán, la habitación acentúa su rasgo monacal y toma del decoro de las alcobas de mujeres solteras. La sala en que se acumulan objetos inexpresivos y después las piezas en que la vida, la verdadera situación económica, expone los utensilios de uso cotidiano. No hay desván en esas casas. Los muebles, los objetos, los trajes y las cortinas en desuso no se conservan. La renovación de ellos es total, definitiva. Donde no hay desván la vida pasa muy pronto; pasa con lo que se cambia. En el desván queda, reunido en una nueva y caprichosa disposición, lo que ha ido desgastándose antes que uno, conservando no obstante la huella del mismo tiempo que nos desgasta. Es el archivo de la casa y de la familia en que los niños aprenden lecciones inolvidables de sentimiento, de emoción y de belleza. Las indelebles enseñanzas, más profundas que toda filosofía; de un buen sol dominical, de unas flores de trapo, de un libro con estampas y sin tapas, de un autómatas sin cuerda. En esos desvanes están los sueños que no se olvidan y algo así como el sedimento de los días, con sus buenas y malas alternativas, su salud y su amargura. En nuestras casas antiguas y pobres no hay desván, no hay pasado, ni ocio, ni niñez. Se vive cierto hospedaje familiar y todo parece dispuesto para la mudanza y el recomenzar de nuevo. Hay que pasar por ese pobre romanticismo para entrar a la vida íntegra. Sin embargo, la casa sin desván es solemne, como lo indica la austera afectación de la sala; las gentes son también solemnes, serias o superficiales, pero en cualquiera de ambos casos sin desván. El desván es la inmovilidad de la niñez, el ojo de la nuca y la memoria patética. No salen músicos ni poetas de esas casas frías y severas; tampoco salen inventores ni navegantes.

## LA CIUDAD FLOTANTE

Pobreza y fealdad se apelotonan a las puertas de Buenos Aires, como pordioseros a la puerta del palacio. Maderas y latas con charcas verdosas y basuras. Son los desechos de la metrópoli y al mismo tiempo un montón de escombros de sueños de opulencia; lo que no quiere ser ciudad y queda recalcitrante fuera del municipio; y al mismo tiempo lo que ya no quiere ser soledad y se apeñusca en los límites de la campaña. Por eso tales viviendas sórdidas y feas simultáneamente son las dos cosas: la ciudad y el campo. Mirándolas bien se ve que son ranchos que se han deslizado desde el fondo de las llanuras, amontonados a la orilla del mundo moderno. La casa de cinc que en una o dos habitaciones reúne a la familia numerosa es un rancho que ha cambiado los materiales de construcción; el barro por el metal, como antes el cuero por el barro. Al

adobe ha reemplazado la chapa, con lo que se ha hecho menos estable. Materiales heterogéneos, desperdicios arrastrados en la tarea de la hormiga y puestos ahí para llenar intersticios y aparentar solidez. La verdad es otra: un rancho provisorio, portátil, que puede desarmarse lámina a lámina, como se construyó, y transportarse. *Meccano* enorme, capaz de servir alternativamente para diversos usos. Sigue siendo, como en los tiempos del gaucho, el hogar sobre el caballo, el hogar sobre lo imprevisto. El hombre que ahí reside vive con la misma inestabilidad de su vivienda; puede desmoronársele y partir él; en tanto está allí, espera. Está de paso, a la expectativa, y se diría que tiene apostado su rancho a tener más o no tener nada. Su situación económica no se ha consolidado; mientras queda en pie la apuesta ocupa el albergue donde pernocta y engendra. Pero una casa construida así no es para residir; es un refugio y no un hogar.

Apenas arregla el interior con enseres y muebles, los exclusivamente necesarios, ese zoófito lacustre. Fuera, las plantas y los yuyos; lo que la mano plantó y lo que ya está plantado, en una pugna sorda y persistente. No adorna su casa porque sólo es un toldo levantado contra la intemperie y las miradas, en plena marcha. El hombre no es el molusco sino el inquilino de su propia casa; su huésped irremediable. Lo que habría de gastarse en un objeto, se ahorra o se invierte en mejorar el precio de la finca. Esto llega a ser un ideal con el tiempo. Quien vive en tal estrechez no puede permitirse nada superfluo, ni concebir cariño a las cosas inútiles. Está con prisa; su misma vida es una necesidad y no un lujo. La fealdad encarna la faz dispersa del disgusto de vivir. Es un ser apremiado que quiere salir pronto de ese lugar y casi nunca lo consigue. Entonces ve que su casa envejece antes que él. Se deteriora, se desajusta; los materiales ordinarios resisten menos que su organismo y el ladrillo se desmenuza antes que la carne.

No aspira al confort: la pobreza es crueldad, fealdad y rencor, hacia otros o para consigo. En ese hogar, que sólo tiene de tal el plano y el impuesto, no alienta ningún sentimiento eterno; no puede sugerirlos en su fragilidad: la religión, la moral, los vínculos familiares, la paternidad, la propiedad. Faltan las piedras donde esos musgos adhieren. La necesidad del confort nace de la dicha o al menos de la satisfacción de vivir; se genera de ella y la reproduce. Adornar es restituir al mundo con alegría. Pero a ese presidiario de un sueño anémico si se le ocurre poner algún adorno, es para afear y no para embellecer. Una cornisa, una pintura que no tienen que ver con quien allí vive, un altillo, una verja. Todos esos adornos grotescos significan torpeza y ansia de embaucar. Se pretende dar con ellos mayor valor a la propiedad y la mano rústica que clavó el postizo deja una miserable huella que da pena. El concepto venal de la propiedad es también una histeria de la conciencia de la fugacidad de la vida.

El pobre no es dichoso, porque sueña groseramente con lo que no tiene, con lo que no vale nada. La espera no está llena de esperanza. Tampoco el inquilino de su propia casa, que disfruta de posición económica desahogada, ni el rentista, tienen confort. No se conoce el epicureismo que el aristócrata y el burgués de otras latitudes



ponen en el disfrute del hogar.

## LOS PENATES SEPULTADOS

1. La casa está aislada porque ni siquiera luce en su exterioridad la franqueza de la vida despreocupada. Hasta el adorno adquiere la apariencia de un desafío. El pequeño jardín en que se edificará alguna vez la sala, tiene sus flores, su césped y sus caminos de ladrillo molido; sin embargo, más que la casa es todavía el campo invencible que acaba por interpolar sus yuyos cuando la espera es demasiado larga. En este sentido es la plaza un espacio invicto y no un lugar de reposo. Más bien que abierta en el centro de las casas parece que éstas se han contenido a su vera. La plaza es lo fundamental: el campo. Y el parque con que las ciudades europeas abren un paréntesis de árboles y pájaros a la monótona rigidez de la mampostería, implica en Buenos Aires, la cosmópolis de la llanura, la clave de su indescifrable tristeza campesina. Palermo, Parque Avellaneda y los demás, menores, son adoraciones urbanas de un interior indómito aún. La Exposición Rural toma posesión de Palermo, con sus conciertos municipales y sus certámenes de bovinos, con la misma tiránica legalidad con que en la plaza se erige el señorío de la estatua ecuestre.

2. La Exposición Rural es la gran fiesta argentina; del palacio que otrora ocupó se hizo el Museo de Bellas Artes, que mientras existió ostentó en el frontispicio los emblemas de la abundancia ganadera y agrícola. Nuestra Bayreuth está allí y allí el hipódromo, la acrópolis de una religión de esperanza sin fe. El alma de Rosas divaga por los bosques y el toro campeón y el *crack* son los ídolos de ese excelente jinete y administrador de estancias. Sarmiento hizo un parque de su solar y la selva botánica y zoológica completa en la fisonomía los rasgos esenciales del político bárbaro. Más tarde Pelligrini, el último de los gigantes constructores de mitos, fundó el Jockey Club, En el caballo está el héroe suramericano y el gaucho ostenta chaquetilla de stud. Las carreras son nuestra corrida de toros, nuestra fiesta trágica de la sangre, como la cancha de fútbol es nuestra fiesta circense. Tiene el hipódromo tres sentidos fundamentales: el aristocrático, que celebra en el pur-sang la casta genealógica; el nacional, de origen campestre, con su amor totémico por el caballo, y el popular, que entronca en la raza, con su afán de tentar al destino en la apuesta. Se celebra el rito, como en la iglesia, el domingo, el día de Dios. El hombre descontento, que vive su semana a redopelo y que aspira vagamente a violentar el orden universal, va a esa Delfos donde la respuesta no tiene anfibologías. El hipódromo reúne a los soñadores de la fortuna, a los que lucen su presencia y a los que arrastran un oscuro Fatum americano. Ya no pueden los hombres renunciar a las emociones profundas: esa energía que consume el arte, la vida intensa, la religión, la inquietud de la verdad, la vocación verdadera de los problemas sociales, cuando no halla su natural expansión

estalla en formas tan curiosas como el juego de sentido místico, sentimental y estético. Al hipódromo van los seres que no han encontrado la manera de encauzar por un camino leal y meritorio enormes fuerzas interiores que el ambiente sofoca y aniquila. Son entes de vocación fallida que recurren al juego y al placer visual de la carrera, como otros, más interiores, al alcohol. Juego y alcohol son dos salvavidas del naufrago que no quiere dejar morir con su persona una partícula inmortal que no encuentra el modo de manifestarse. Del hipódromo se regresa a internarse de nuevo en un mundo erizado de dificultades inhumanas, duro, mecánico, pecuniario; y a él se va, como al santuario el peregrino, en busca de solución a un problema irresoluble planteado en el alma. Pintores, poetas, músicos, amantes, apóstoles que no han sido estimulados en el parto de su verdadera personalidad, o que están en incompatibilidad latente con lo cotidiano, dejan allí el pan de sus hijos o el caudal de que eran depositarios. El ídolo que destroza a sus fieles no es horrible como el Vishnu de Jaganath; es una figura elástica, luciente bajo el sol, nerviosa, con ojos inteligentes, aliñada por incontables generaciones ejercitadas en esa clase de gimnástica; y de sangre de príncipes. Pasea exhibiéndose como una mujer perfecta o un efebo completo de belleza y salud. Es el momento de emoción religiosa en que el ídolo es visto en la plenitud de una obra inmortal, ávido de volar, como las lanzas de Homero. Después es un vértigo, y lo que ocurre no pertenece ya al mundo de las formas sino al más delicado aún de la conciencia.

3. Esos ojos pendientes de una hermosa fuerza en libertad, contemplan en las plazas al ídolo como héroe. En mármol o en bronce, el caballo es algo que nos pertenece, cuyo destino comprendemos más allá de lo hípico en una simpatía fraternal. No porque sí dijo Paz que el capitán argentino consideró siempre a su caballo como partícipe de la victoria, ni en vano el hombre del campo vivió sobre él y es su amigo. Aquí, en este panorama toma, en la estatua y en la pista, caracteres que no tiene en ninguna otra parte del mundo.

Pero nosotros, hombres de la llanura, en nuestro ambiente ni en la ciudad de la pampa, percibiendo esos elementales influjos de las cosas circundantes y profundas, no podemos mirar con simples ojos de espectadores las estatuas ecuestres. Para nuestra más íntima emoción estética, el hombre y su cabalgadura forman una unidad, independiente del pedestal, que recobra su verdadero sentido de mero intermediario entre la naturaleza y la obra de arte. El caballo parece desprenderse y aspirar a una unión vital con el caballero; por eso la actitud falsa del caballo encabritado, asentando solo dos patas en tierra y abalanzándose en la iniciación del salto es, aparte su valor estético y de empuje, puramente académica. Pero no es artística y repugna al sentimiento de lo eterno que hay en el cuadrúpedo cuyo equilibrio sobre el suelo es el de una masa de óptima movilidad. El caballo abalanzado absorbe autoridad a la figura principal y relega al héroe a un complemento pasivo. Compárese el respingo operático del de San Martín con la fatídica y sagrada sobriedad del de Dorrego. No hay figura ecuestre imponente y majestuosa, sino cuando el caballo asienta su cuatro

patas en el suelo, con lo que a la vez que da sensación de seguridad, equilibrio sin violencia y tranquilidad, despeja el campo de la emoción para que se sumerja íntegra en el caballero. Algo de esa preterición a segundo plano con que el caballo encabritado relega al héroe, advertimos en el grupo ecuestre más viva cuanto más vagamente los datos biográficos del héroe se obliteran en el fondo de la historia y de la vida nacionales. Para nosotros no es jamás el caballo el soporte decorativo del hombre; a los hombres de la llanura nos evoca un trozo de paisaje, de vida y de destino.

Nada de lo que concierne al caballo nos es extraño. El español puede contemplar en la plaza de toros la lucha entre ambos animales, y para él será el toro el elemento principal. El brío, la fuerza, la embestida ciega y total del toro coloca en lugar miserable al caballo vendado y trémulo, en que el zángano picador lo espera. El caballo puede ser un contrapunto patético y hasta piadoso a ese tema del ímpetu. En la corrida de toros la nota fundamental es para nosotros el caballo y el sentimiento que nos produce la cornada en su vientre es de indignación más que de piedad. Esta indignación no pertenece a la humanidad sino al hombre de la llanura. Vemos en seguida luchando en condiciones desventajosas a un cuerpo que parece organizado para embestir y a otro que parece organizado para fines más altos. La indignación, que eclipsa todo otro sentimiento naciente de conmiseración, es lo que nos distingue del africano peninsular, para quien el caballo era un arma de combate.

En el monumento, pues, el héroe suramericano adquiere sobre el caballo su cabal sentido histórico y humano. La indiferencia con que le contemplamos en el bronce dimana de que el escultor, aparte Yrurtia y Bourdelle, han traicionado la visión emotiva de su papel. Esta secreta apreciación es la que nos hace que despreciemos la estatua de Lavalle, a pie, él, que fue tan de a caballo, y que nos conmueva la de Dorrego, la única que, además, guarda proporción con el original. Porque esta estatua es en su noble sencillez y en su tamaño prudente, al menos para quien conoce la historia, la dimensión máxima del héroe argentino. Exagerada como en las de Mitre y Alvear, la figura histórica es devorada por el pleonismo de piedra y metal, como el jinete que galopa es devorado por la pampa. Se sabe el repudio de Paraná por la estatua de Urquiza, que estriba «a la gringa».

4. Si el hipódromo es el templo hipolátrico en cuyo rito dominical el alma argentina se pone en contacto con divinidades subterráneas de la sangre y la vocación, la cancha de fútbol es el templo del hombre de a pie, del hijo del inmigrante. Anfiteatro cosmopolita, plebeyo, anverso de la pista. En él el entusiasmo por el juego encarna, más bien que una tradición de sangre, un aspecto de la política.

Hipódromo y cancha de fútbol son dos partidos; el de la aventura, la inestabilidad, la ambición, unitario y monárquico; y el del trabajo, de la lucha apasionada, de la contienda de comités, caótico y democrático. Frente al Jockey Club las Asociaciones deportivas sostienen una tendencia opuesta, reclutan fuerzas antagónicas. El fútbol ha tomado las características de la forma de vivir; el juego en serio, libertando venenos

acumulados en los músculos en seis días de pesada tarea. Los partidos de fútbol son válvulas salutíferas para los jugadores que necesitan ejercitar sus miembros y para los espectadores que necesitan purgar sus almas sin otras salidas al mundo de la acción. Se asiste a un partido para tomar partido, y el espectador tiene sus intereses personales en el juego; la simpatía por determinado equipo es un ideal de tan baja estofa como de tan alta la pasión del turf. Victoria o derrota se convierten en peripecias personales, y se pone en ello cierto honor de barrio, de tribu, siendo el juego las ordalías en que se dirimen secretas rivalidades. En ese sentido el fútbol es un box colectivo. Todo juego debe apasionar, pero aquí el apasionamiento parece haber dado origen al juego, como si éste naciera de un estado de agitación sin escape. Nada más parecido a un comité que un club. El fútbol es el juego de gentes que han conseguido la jornada de ocho horas. Para que se deleite con él un hombre, tiene que estar fatigado en cualquier parte de su cuerpo y que amar el sucedáneo intrascendente de su esclavitud. Es el trabajo, o el sustituto de él, como dice Marañón. Y la esclavitud contemplada, algo así como el equivalente de una actividad que se economiza o se gasta en descarga centrípeta. Es la diversión dominical del obrero, que no sueña grandezas y que vende su actividad por el jornal; el fútbol resulta, como para el griego su teatro, una modalidad de su psique y de su destino convertido en juego. El cerebro ocioso tiene también sus exigencias de orden estética. El fútbol, como posición de lucha política, y de espectáculo, es un ideal para el cerebro que aprecia el peso de las cosas. Por eso los muchachos obreros, en la hora de descanso juegan al fútbol, como los estudiantes leen. No como ejercicio, porque entonces es común, sino como ocio. También en las tribunas populares de la cancha de fútbol se sueña y se ejercita una facultad de pensar que se satisface con la pasión y el arte de conducir adelante una idea con el pie y la pelota. Ese juego es la forma plástica, corpórea, de las ideas de los hombres que juegan y los hombres que miran. El espectador comprende con todo su cuerpo, y sólo con seguir con los ojos las alternativas, ese sistema simplísimo de pensar y obrar al mismo tiempo. Los demagogos saben que en los estadios están las fuerzas electorales y que la política no puede contrariar la índole ni la técnica de las grandes masas.

El deporte ha tomado en cada país la peculiaridad del alma colectiva. Entre nosotros el fútbol es el sur contra el norte.

## LOS DIOSES DE LA CIUDAD

El abigarramiento egoísta de los edificios, la cerrada personalidad del habitante, la activa búsqueda de un motivo para encauzar sus energías en la autodidáctica de su carácter, es también estilo. La religión no tiene fuerza en las urbes mundiales sin historia; el patriotismo es apenas un sentimiento de poder y de propiedad; ni raza, ni

idioma, ni tradición, ni geografía, reúnen las almas. Y sin embargo, no puede una ciudad tener dos y medio millones de habitantes, sin esos sentimientos fundamentales, Buenos Aires los ha reunido en la Política, que es la religión, el patriotismo y los demás ideales burocráticos y cosmopolitas. Aquello que no encuentra modo de abrirse paso en la vida, por dificultades del orden o de la naturaleza de las cosas, caen en la Política como en el seno de las fuerzas primordiales. Fenómeno universal, plenario, recibe el tributo de lo nacional que no consigue expresarse bajo otras formas igualmente colectivas. Toda manifestación colectiva de potencia es de cariz político. Ésa es el alma de la ciudad, el sistema subterráneo de sus desagües y de sus cables eléctricos, el estilo de su todo.

La divinidad que en ellos reside está integrada por infinidad de malentendidos, por ideas sin madurar, por anhelos ilegítimos; aunque también por una inconsciente sed de justicia y de fe. Impotente contra dificultades que nacen de un desorden íntimo de las cosas, el alma se entrega al saber y al poder fraudulentos, como al curanderismo y a la magia. La política ofrece al soñador indolente, al «raté» de cualquier género, un sucedáneo de la acción y de la idoneidad. Deja de ser una aspiración hacia algo concreto y bien definido, pero acumula energías que podrían perderse en el vacío o en la acción destructora. Cualquiera que sea su signo, reemplaza lo que no existe aún, anticipa estados superiores y acostumbra a lo bueno y lo malo en común. Sin grandes ideales, sin convicciones arraigadas, cierra en sí misma ciclos amplios de acción; y en vez de ser un vehículo para ponerse en marcha hacia algo, transfórmase en rueda sin dientes que consume trabajo generado en el sentido de la acción. Si la política puede ser en fases más avanzadas de la cultura popular, una tensión dinámica, donde la conciencia colectiva no sobrepasa sus individuales instintos, convierte su función en una finalidad concluida. Y al no tener salida hacia lo social bien estructurado, proyecta esas energías al plano de la magia, de las potencias misteriosas y arbitrarias. La política deviene, pues, cierta magia de influencias secretas, semejantes al curanderismo; y sus procedimientos son análogos en la esfera del bienestar económico. En el conocimiento de sus misterios adquiere prestigio el conductor de multitudes argentino. Su oculto poder de violentar el orden de las cosas usuales sin que aparentemente exista tal violencia, vibra al unísono de las voluntades afiliadas que encuentran la fórmula para conseguir lo que está vedado por las vías naturales.

En este aspecto la política no es solamente una magia sino una superstición y resume estados embrionarios de conciencia cívica, orientados hacia el bienestar, el orden y el progreso, aunque se ilustren en la complicada técnica de lograrlos por medios ilícitos. La práctica de esa superstición celébrase en los comités, que son los cuerpos domiciliarios de esa voluntad de acción frustrada. Sin esos templos donde se discute y se escucha la palabra del hombre que puede, la política dejaría hasta de ser una abstracción; se desharía en tantas moléculas como almas para tomar otros cauces de expansión. Si el comité como cuerpo viviente de una secta puede parecer indigno

de la divinidad, es porque olvidamos que esa divinidad pragmática está hipostasiada de residuos. Cada espíritu tiene el cuerpo que le queda bien. Los componentes de esos centros de acción frustrada son hombres de empresa frustrados, condottieri que acaban por cambiar el ideal por un ídolo y por suplantar al ídolo con su persona. A más largo o corto plazo sobreviene el cisma por fisiparidad y el ideal se desmenuza en tantos fragmentos cuantos núcleos disidentes de atracción. Pero aun así, los heterodoxos siguen fieles a la abstracción omnímota llamada Política, a esa fuerza en suspensión que impera como realidad absoluta. El cisma no se produce por apostasía ideológica, sino por condensación de intereses en un líder.

El comité da su forma al club, la asociación, el cenáculo, le sustrae sus adherentes y se los incorpora; o acatan ellos el dogma y sacrifican a la misma divinidad en ritos de arte, ciencia, filantropía, etc. La casa matriz de toda entidad corporativa, es el comité, cuyo carácter es el de sede de un gobierno clandestino que actúa paralelamente con los poderes constituidos y las comisiones directivas autónomas. Mientras el instinto de agrupación no pueda lograr formas libres, todo aquello que reúne a los hombres para hacerlos fuertes y benéficos, se embota en la acción frustránea. Del taller de pintura, de las academias, de las aulas, de los gremios y los círculos emigran los adeptos hacia el comité, como de la campaña a Buenos Aires. Atrae al escéptico que no cree ya en ninguna potencia mística superior a su voluntad y a su existencia, como el hipódromo atrae al soñador descontento que no quiere pedir y se entrega al azar. El jugador es un ateo y el afiliado un practicante de magia. Con el abanderamiento se cohonestan la desmedida aspiración, el que triunfa se convierte siempre en instrumento infinitesimal de la venganza anónima. Poco después es ya muy difícil distinguir al usurpador del legítimo habiente. Apenas es visible la señal que la divinidad política pone en los semblantes de sus adeptos; cuando mucho la frecuentación de los templos en que se sacrifica a la divinidad misteriosa, deja en los rostros la recelosa suficiencia de los lectores de libros de magia negra. Hay que observarlos de más cerca y entonces sí se advierte que están en posesión de un secreto de penetrar por puertas excusadas y que usan de cierta altivez desproporcionada con lo que son, como el fanático que tiene un dios aparte. No sé si ése es también el aura de todos los miembros de sociedades secretas. El daimón social murmura en su subconciencia que la política es de todas las organizaciones en que participan grandes masas humanas, la única que entre nosotros ha llegado a una estructura cerrada, compacta. Está de vuelta de los que hacen su camino en otras sociedades de cultura, de beneficencia, de investigación. Sus modales y sus palabras indican que lleva ventaja; porque ni el arte, ni la búsqueda de la verdad, ni el espíritu apostólico de la enseñanza y del bien, ni el deporte, ni la amistad subsistirán sin que a cierta altura de su crecimiento se les incorpore esa fuerza mágica universal, que él ha reconocido y acatado de corazón y sin pérdida de tiempo.

La política se dividió en partidos y nombres. Nadie ha encarnado mejor que Yrigoyen la voluntad de la masa anónima. Pero el irigoyenismo era anterior y

superior a él. Aunque haya encarnado la realidad trascendental y mágica en su persona, su mentalidad, sus actos, como apóstol y como mártir, quedó sin representar un sector de esa realidad. Por mucho que en él se hayan concretado tendencias latentes de las multitudes y que llegase a ser el paladín de un ideal de limitadas perspectivas, Rosas lo precedió, y la mayor parte de su obra es la vigencia de cuanto desde la organización nacional había quedado proscrito con la condena del pasado. Fuerzas no extinguidas, aspiraciones concebidas y gestadas en la sombra esperaron el momento propicio para su alumbramiento; y este hombre, sin duda señalado por el destino para cargar con los pecados de su pueblo, los representó en la conciencia nebulosa de la turba para exaltarla al poder como vindicta de los desterrados, y para sucumbir al contragolpe de ella misma. Porque menos dudoso es aún que el irigoyenismo fue vencido por el irigoyenismo. Los que lo subrogaron llegaban por un atajo al gobierno, impulsados por un movimiento que nació en el mismo vientre, y muy pronto hubieron de amoldarse a las prácticas de rigor desde las guerras civiles, asumiendo la representación de los que militaban en el sector que Yrigoyen no pudo representar también en su gobierno. Los que echaron abajo a Yrigoyen no solamente habían militado en las filas del partido que a él lo hizo y deshizo, sino que obedecían en su conformación mental, en sus vicios originales a la misma fuerza plástica; llegados al poder resultaron igualmente incapaces por las mismas causas. El ídolo quedó levigado en el amnios en que se lo engendró, pero sus ideales seguían en pie. Representó una dirección, y sus adversarios representaban otra, como delta de un río que habría de unirse después, soldando 1830 a 1852, en que con Urquiza y los desterrados la historia sufre una conmoción y un desvío de ochenta años. Los dos brazos del irigoyenismo dejaron esos ochenta años como un paréntesis y por dos flancos ciñeron de nuevo la realidad. Aquellas fuerzas que se dijeron anárquicas después se dijeron políticas. Uno gobernó con las mayorías y otros con las minorías, siempre fieles a la voluntad superior, a una divinidad sin nombre y sin forma. Quien no queda pleno de su gracia es contemplado en seguida como traidor. Yrigoyen ha sido no solamente el hombre de su pueblo, sino la conciencia y la voluntad de su pueblo. Y la crucifixión del ídolo fue el sacrificio de su Hijo, a quien negó a pesar de que traía la Ley nueva y el trágico destino de cargar con sus pecados.

## EL POLÍTICO

Son muy estrechas las similitudes entre nuestro político profesional y el curandero, el brujo y la comadrona. En diferentes tiempos diferentes nombres.

Ningún beneficiado —con empleo, exención de impuestos, concesiones— puede del todo reconocer públicamente el favor, porque siempre hay un padre desconocido en el nuevo ser que el comadrón trae a la vida. Esa infatigable diligencia del político

que ayuda al parto y a veces da su nombre al feto, es la actividad subrepticia y profesional: ostensiblemente inviste el papel de concedor de lo que se llama ciencia y arte de gobernar.

El primer paso en la carrera es tener una casa cómoda. La casa del político es una casa pública, a la que tiene acceso la parroquia. Van llegando hasta la sala, adictos que adolecen de alguna incapacidad o mengua. Vestíbulo y sala de recibo tienen algo de consultorio, y la recomendación es la receta para la dolencia.

El político se debe al comité y a sus amigos; aquél es el local adosado a su casa y éstos la prolongación de su familia. Sabe que su misión es dar, servir a su votante, y cuando no se le pide nada está intranquilo, como el médico ante un paciente que tiene apariencias de perfecta salud. En esa sala donde ausculta, interroga y asiste, despliega un complicado psicoanálisis de chamán. Es un gran señor de plebes postulantes, un proxeneta de rango que está en ciertos entretelones del gabinete y administra la noticia inédita con parsimonia y con arreglo a la posología del chisme. Vive en el centro de las noticias de la calle que recogen los adictos y que le entregan como pago de la visita. Luego las llevará a las reuniones de dirigentes, según convengan o no a sus proyectos; porque el arte de la comadrona tiene sus exigencias sociales. Su papel es hacer promesas; hablar del porvenir con seguridad de profeta y tener confianza en algo; en el gobierno o en la caída del gobierno. Trasmite fe. La magnitud de las promesas varía conforme aumenta su poder, y viceversa: concejal, diputado, senador, ministro, presidente, como círculos concéntricos desde donde se reparte la dádiva en mayor o menor cantidad. Pero el verdadero político no es el que da, sino el que cambia de mano la dádiva. Cuando alcanza la más alta magistratura adquiere categoría de ídolo, pero se hace en él más visible lo que no puede dar: mientras que disponiendo de la promesa como programa y recetario, la faltriquera mágica resulta inexhaustible.

El político se conserva en el auge de su prestigio mientras dura su habilidad de emplear frases ambiguas, abstractas; mientras usa lugares comunes y frases hechas, sin arriesgar opiniones a fondo. Mas ha de saber transmitir fe al adicto. La fe se conserva pura cuando demuestra que sabe de todo un poco, muy confusamente, pero con un gran anhelo del bien. Saca partido de lo que ignora, y el manejo de los nombres y de las cifras, los olvidos intencionales, los rodeos y circunloquios le dan, a los ojos del truhán, aspecto de presa fácil; porque ningún necesitado deja de creer en sus adentros que con un hombre así se puede hacer a la larga lo que se quiera. Y se equivoca —ésa es la trampa—, pues esa aparente debilidad es casualmente su fortaleza.

Más que al abogado, ábrese al médico un horizonte de éxitos, porque ejerce de mistagogo, y el dominio de una fuerza X le agrega el prestigio de dotes adivinatorias. Jakob Larrain, hablando de Rawson con el natural respeto que ese hombre merecía, descubre que en nuestro ambiente el médico tiene para el vulgo una doble personalidad salutífera. Muchos líderes son médicos, aunque se comporten como



magos. Nuestros males son misteriosos.

## EL ALMA DE LA CIUDAD

Frente a la política, el arte queda como una manifestación esporádica y subsidiaria, como un fenómeno restrictivamente porteño dentro del otro metropolitano. Las inquietudes espirituales dan su brote, su flor y su hoja amarilla en Buenos Aires; y ha de considerarse la cultura como un caso particular de urbanismo. Al talento no le queda otro camino que aquel de los productos en desagüe de la periferia al centro y del centro onfálico al exterior. Fuera de la capital arrastra su existencia parasitaria de lo que aquí se produce, y emigra o sucumbe. Sin embargo, el talento no es oriundo de la metrópoli, también como en los buenos tiempos de Roma. En provincias no se escribe ni se lee; la llanura inmensa es refractaria a la intensidad de cualquier cultivo y los artistas que fatídicamente nacen en ella, tienen implicado el trágico destino de ser una negación en diversas formas, de la llanura; de no aclimatarse acá ni allá. Diarios, periódicos y libros se imprimen en Buenos Aires, con vistas al consumo rural. Los que se editan en el interior cabestean su existencia baladí de pordioseros del gobierno comunal o provincial, con sus eternas cuatro u ocho páginas de avisos interpolados de las clásicas cursilerías y lugares comunes del periodismo y la tipografía de campaña.

Pueden llamarse los órganos paródicos del periodismo, aunque como ninguna otra forma de publicidad expresa con ingenua pretensión, la fusión simbiótica de la política y la literatura, del alfabetismo y de las artes gráficas. Aquello mismo que los periódicos de campaña revelan sin saberlo, puede aplicarse a la gran ciudad, y bastaría buscar, como en el gaucho urbano, cuáles son las transformaciones que ha experimentado al crecer en tamaño y en número de ejemplares. Cultura y política son una misma cosa; gobernante y pedagogo, institución artística o científica y autores entran en una coordinada acción de recíprocos derechos y deberes. Un gobierno quiso caracterizarse por cierto filisteísmo augusteo, precisamente porque era oriundo de la masa refractaria a la cultura, e incurrió en actos teatrales de mecenismo. Hizo repartir, por ejemplo, entre los campesinos una traducción de las *Geórgicas*. La transfiguración de elementos de la cultura más auténtica en ese renacimiento, sirvió para corroborar un plan de urbanismo romántico y como el autor de la *Novela Cómica*, dio su *Virgile travesti*. Llévase, si se quiere el caso a las sociedades artísticas y turfísticas que protegen las artes y las letras, como órganos representativos de la ganadería y del pensamiento. Ésa es la suerte de la inteligencia que huye de la llanura y es en pleno centro recapturada por las fuerzas eternas de la pampa.

Ningún órgano que en la ciudad dé forma para negar la realidad del campo niega la realidad del campo. Más que el gobierno paladinamente oriundo de la masa

refractaria de la cultura, el gobierno nacido de la negación de ese tabú político quiso consumir la obra devastadora de la pampa; negó al intelectual, prescindió ostentosamente de él y además lo persiguió hasta donde pudo. Privando al intelectual de sus legítimos derechos, acorralándolo en un brete sin salida, completó aquel programa. Y sin embargo, Buenos Aires, la obra más extraordinaria de la política argentina, atrae al artista, lo seduce y lo corrompe.

Es verdad que en Buenos Aires hay lo que podría llamarse estructuras concretas de ciencia, de arte, de profesiones liberales, pero no son autónomas de la ciudad y obedecen a la política que hizo a la ciudad, dependiendo indirectamente del erario. Todos ellos son fenómenos municipales, patrocinados o subvencionados en última instancia por la comuna o el gobierno, un poco en secreto. Para abrirse paso en la maraña de los intereses que monopoliza la política, ha de ofrecer su talento a los dos únicos postores: el periodismo o la administración pública. Sin poder sacar provecho ni regocijo de su obra, que nadie lee, reclama el subsidio y ya está vencido; ya no es él sino un colaborador de las fuerzas de la llanura que se refugiaron en la aldea. Simulacros de escritores, de artistas, de sabios han ocupado mediante la entrega condicional de su persona los altos puestos. Enseñoreados de los diarios, las cátedras y los cenáculos, defienden con uñas y dientes su empleo. Aquellos apóstatas que claudicaron en su fe son los apóstoles de ese ideal urbano, los herejes sublimados del contraideal. Diarios, universidades y salones se sostienen por un complejo sistema de intereses cruzados; unos amparan a los otros y a lo largo de los personajes encadenados circula una sola sangre y un solo fluido vital: la política. El método de la «cadena» descubierto por los tahúres de comité es antiguo y continental<sup>[11]</sup>. Ese sistema de la «cadena», de la complicación en serie, es el esquema de las actividades lícitas que se basan en la política y lo practican sin saberlo todos los que anhelan por encima de sus fuerzas. El artista honesto está predestinado a sucumbir porque está solo, y su rebeldía o su renuncia contrasta con el canevá de los intereses en juego. No tiene compromisos recíprocos; es un eslabón suelto.

La ciudad es de una textura homogénea aunque parezca abigarrada y cosmopolita; tiene un alma en bloque. Los trabajadores solitarios son hijos de la soledad; y veinte hombres libres son los que llevan sobre sus espaldas el prestigio de la Nación. Si murieran de pronto, la Nación caería por su propio peso en las tinieblas australes a un nivel a ras de toda la latitud suramericana. La ciencia se recluye en gabinetes y laboratorios; la literatura se ofrece al periódico y la revista para morir finalmente en el libro. El Estado que no cree sino en el peligro, concluye adquiriendo los libros y los cuadros que nadie compra y los distribuye en las bibliotecas y los museos que nadie visita. La vocación del artista y del sabio es un contrasentido con la realidad profunda, y el crítico que pasa en silencio las obras de envidia y trompetea alrededor de las mistificaciones, está inconscientemente al servicio de las fuerzas oscuras de la pampa. Sobre los que se mantienen en pie trepa la hiedra de los que han fracasado hasta que los cubre como el pasto. Los muertos matan a los vivos, como en el palacio

de los Atridas. Formas abortivas y monstruosas, nacidas de cópulas gubernamentales, engendradas con los logos espermáticos de la política, se multiplican por sí mismas en pululación de bacterias, en obras completas de treinta títulos. El Congreso vota fondos para que se escriban obras o para adquirirlas. Son fantasmas a la rústica. Las Plazas están llenas de simulacros de bronce y de mármol; los museos atestados de simulacros; los programas sinfónicos mechados de fantasmas. Todo ese mundo de los abortos inmortales nace de la política y es hijo de las cámaras, de los gabinetes y de los comités. El público está complicado en el sistema de la cadena y aplaude; llena los teatros y repite los gloriosos nombres de los espectros. Pero con socarrona picardía guiña el ojo; porque miente mucho más que se equivoca. Espera la muerte verdadera y olvida. Dramaturgos, poetas, músicos y pintores: todos amortajados en la misma tumba continental del olvido, han muerto. Los muertos de ayer parecen antiguos y distantes. Es la política, que empuja con todas sus fuerzas hacia adelante, que teje de día sus telas y las desteje de noche. Mientras vive el defensor de sus intereses, mientras puede hacer daño o bien, es respetado, como el político en auge; cae y se le olvida. En esa nefanda obra de cremación y aventamiento de las cenizas están complicados el gobierno y el pueblo, que prefieren al impostor vivo y no al talento muerto. Los monederos falsos de la cultura se nutren de cadáveres; aquel olvido es este renombre.

La falta de estados verdaderos de cultura se suplanta con estados ficticios de cultura; empresas poderosas de publicidad y de noticias sostienen la política de la literatura standard. Si el periodista tiene las ideas de la administración, ésta tiene las ideas de los anunciadores de página entera, que casi siempre coincide en el mismo universal sistema de la cadena, con lo que se lleva y se consume con mayor cantidad. Centenares de cerebros trabajan diariamente en la misma tarea, modelando y puliendo con arreglo a un canon periodístico del mayor consumo. La personalidad del autor, incluso cuando le permiten que firme, se disuelve en una liga de plomo fundente, y toda la redacción es una masa gris de ideas y de renglones de linotipo. No tener qué comer es peor.

La suerte del escritor es todavía más triste que la del periodista; tiene que transigir con el lector de diarios, o tener fortuna. Los mejores son pobres y viven de otra cosa. Persisten en su trabajo porque Dios lo quiere así. Los intelectuales libres de la política de las empresas de prensa son destruidos de cuajo. Quien tiene dinero tiene fama; sus libros circulan al amparo de una firma bancaria de reconocida solvencia, y entonces puede cometer las mayores indignidades sin que se afecte su prestigio. La reputación es una incansable paciencia. El mismo lector que se pasma del éxito de su novelista predilecto, gusta pecaminosamente de las ediciones clandestinas, como si realmente estuvieran prohibidas.

No menos tiránico que la prensa, el comité político-literario y la administración pública acogen con reservas al hombre de acción fracasado y al idealista a ultranza. El autor costea la impresión de su obra con el sueldo que le paga el Estado y el

Estado le compra el libro, devolviéndole su dinero. Devuelve el costo y recupera las ideas, retirándolas de la circulación. Una vez hecha la fama se respeta hasta que la muerte barre con todo. La cadena queda soldada entre autores, impresores y consumidores.

Lograda una buena posición, ahí termina toda inquietud, se echa viento y se espera la jubilación o las palmas académicas. Y entonces con la muerte llega la inmortalidad mientras se vive.

# MIEDO

I. LA LUCHA

II. LA DEFENSA

III. LA FUGA

# I

## LA LUCHA

### PANORAMA DEL MIEDO

Este hombre vino a los veinte años y ha trabajado entre gentes desconocidas con las que emparentó. Lo alentaba una enhiesta voluntad de triunfar, porque ignoraba las peculiaridades de la tierra en que venía a fijarse y los laberintos morales de la mujer en quien había de tener hijos. Ahora está rico; tiene una fortuna y está viejo. No vale la pena conocer los capítulos de esa historia común, puesto que un triunfo de esa especie tiene casi siempre las mismas incidencias. Si le es posible contemplar hacia atrás y verse en un mundo que recomienza donde él concluye, siente que ha vendido su vida. A los veinte años no habría aceptado la vejez con ese dinero. Ha vivido en función de ese dinero, se ha privado de goces, de la amistad desinteresada, de la ternura, del placer de contemplar el cielo sin pedirle lluvia ni calor, de ver transcurrir en torno la vida henchida de su propio sentido. Esa fortuna, sépalo o solamente lo presienta, es su vida transmutada en oro. No puede ser magnánimo, ni generoso, ni altruista, aunque quisiera poderlo. No puede desprenderse de esa fortuna que es el pago de una venta simoníaca, sin comprender que el objetivo único de su existencia, tomar, tenía otro aspecto de perspectivas más amplias y vitales, dar. Está atemorizado; las tierras que posee, las haciendas y las propiedades son temor.

Pero muchas veces se llega a la vejez sin encontrar postor, sin que Mefistófeles venga a sellar el pacto de «la vida por la fortuna». Ha fracasado y tiene consigo la ancianidad, la privación, el desamparo. Sus hijos le reprochan la pobreza, sin comprender que también esa pobreza es el resultado de cuarenta años de afán por la fortuna, de trabajo sin placer, de lucha solitaria. El hijo no puede ver en el rostro del padre la tragedia de la búsqueda infructuosa. Que mire más hondamente. Llegó a conquistar un mundo que no le ofrecía más que la riqueza; no le atrajo la curiosidad, ni la voluntad de unirse a seres que aquí vivían ni la resolución de entrar a una sociedad que podía darle en pago de su actividad la simple satisfacción de vivir. Pobre, es psíquicamente igual al rico, ha luchado lo mismo por lo mismo, y sólo se diferencia en que él no tiene nada. Acaso en cierto momento, como el jugador en la racha propicia, poseyó más de lo que esperaba; mas como no había un proyecto

superior en la empresa, ni poseer era un medio o un ejercicio, la pobreza vino a coronar en él un error que no es de detalle ni de capacidad, sino de orientación, de organización. Su situación espiritual es asimismo idéntica a la del que tiene; comprende que este mundo no está regido por leyes inmutables; que es frágil, inseguro; que el azar reemplaza al destino y que está aislado, sin la amistad del amigo ni la piedad del hijo. Entonces le acomete el temor y la vergüenza de quien lleva en la sangre una enfermedad mortal y contagiosa. El sentido de la realidad que creía conocer, se le hace patente y siente en la esterilidad del esfuerzo y en la magnitud de las dificultades que cobran a su vista una evidencia que es tarde para aprovechar, un miedo que se comunica a cuanto le rodea. En torno de esos ancianos pobres, el que está en plena labor de enriquecerse se hace despiadado, rudo, feroz. Mira en él un ejemplo escalofriante: sesenta años de vida es el monto de una apuesta y el que no gana no ha vivido; y el que gana, tampoco.

Este miedo que siente es viejo, mucho más viejo que él. No lo experimenta por vez primera; es un estado de ánimo producido por un estado social nuevo y no una peripecia inadvertida en el contexto de su existencia. Es el mismo estado de ánimo que se produjo en el conquistador y en el colono que vino luego, lejos de su tierra, ante la soledad, el desierto y los hombres desconocidos (con un pasado desconocido). El pobre entre nosotros no tiene el derecho de su pobreza, sino que es mirado como un ser que defrauda, que transmite la mala suerte. Con su presencia rompe, como el indio desnudo ante el conquistador, un supuesto previo de la riqueza como pago del riesgo. Si recibe ese aprensivo desdén, es porque vive como llamada intempestiva que rompe un sueño. El pobre es el destructor de ideales, y la muerte, infinita, como la del que cae en la trinchera. Por eso el pobre es siempre nuevo en el seno de una sociedad que vive violentando su verídica realidad. Forma parte de una realidad que no se quiere mirar como realidad, de esa realidad que se teme pero frente a la cual se encuentra siempre, tarde o temprano, el que no tuvo para su conducta móviles humanos.

El miedo estaba esperando al primer soldado. Su propio temor lo amenazaba, y llenó de fantasmas la soledad. La naturaleza se mostraba en su abierta sencillez y él traía una complicada imagen de ella. Vio al indio sumiso que llegaba hasta él para adorarlo, y lo sacrificó de miedo, pareciéndole humillante que uno de los peligros que imaginaba dejara de serlo de modo tan sencillo.

No contento con despojarlos de sus tierras, con arrebatárles sus mujeres y esclavizar sus hijos, quiso exterminarlos como a espectros. Sintió miedo en las travesías por rutas vírgenes y desconocidas, con la mirada en el horizonte días y noches, en el acecho del peligro y del prodigio, como si anduviese hacia la muerte. Rezaba en alta voz. Apenas salía de una aventura, y no podía concebir que hubiera cesado de pronto. La aventura del mar resonaba todavía en su alma. El mar amedrentaba; el escorbuto hacía estragos en días de tempestad, o cuando la costa ansiada no se divisaba a los lejos. Pedro de Mendoza y muchísimos otros padecían de

alucinaciones horribles, mezclándose la fiebre, la sífilis y la mala alimentación en la procreación de fantasmas que iban a encarnar en los cuerpos verídicos. El indio reconoció bien pronto al enemigo y encontró que era vencido con armas diabólicas. Tuvo miedo y se hizo feroz para defenderse: las cosas conocidas, el paisaje que le infundía ancestral seguridad, se pobló de diablos furiosos. Desde entonces fue la ley del odio, por recíproco temor, la que imperó. Huir o acometer, como entre las bestias que están siempre rodeadas de soledad y de espanto, era lo mismo.

El soldado recurrió a iguales medios de ferocidad, Sus hazañas, tan fáciles, eran un sacudimiento de nervios; el espanto les daba valor. Morir en lucha contra el indio, era morir sin gloria; pero no se combatía por la gloria sino por la victoria. Vencer era matar sin provecho.

Vinieron después las dificultades de ocupar un territorio cuyos confines eran para ellos ignotos y tan vastos como los del mismo mar navegado años antes. Esta tierra era el fin de ese mar, y el comienzo de la aventura verdadera. Trajeron la guerra, cuando, de tenerla, hubieran podido traer la civilización. De esa manera se exterminó las civilizaciones chibcha, azteca, inca, maya y se malogró la semilla, horadada de un gorgojo mortal. Esos hombres primitivos, cargados de lacras, llegaban huyendo; los expulsaba la Edad Moderna de Europa y, reclutados en las cárceles y los lazaretos, venían a consumir su propia condena capital. Eran bravos y por eso mismo su miedo era bravo. Se los había engañado, prometiéndoles un paraíso que confundieron con aquél de que habían oído hablar, desde niños, en las iglesias y en las plazas. Optaron por el destierro prefiriéndolo a la cárcel. A lo largo de la travesía marítima iba incubándose en la imaginación de esos onanistas ignorantes, un ensueño de Eldorados bestiales. La ambición los encegueció y fue más fuerte que las otras voces que los instigaban a huir; por otra parte, toda huida era imposible. Ambición y miedo eran superfetaciones de pobreza y coraje. Al final del camino emprendido estaban otra vez la cárcel y el lazareto, la sumisión y la vergüenza. Decidió extinguir el peligro de una vez y con eso lo creó aun donde no existía, hostigando a las hordas. La victoria sobre las hordas le distraía de advertir su engaño, y en vez de rebelarse contra el que lo trajo a morir en vez de a enriquecerse, se rebeló contra el indígena. Fundadas las ciudades, que eran fortalezas al principio, el peligro no había desaparecido. Quedaba latente como una amenaza alrededor de las empalizadas y seguía dentro, viviéndose en la misma inminencia del asalto, con la armadura puesta. Ésa fue la ciudad, ésa la vida, ése el hogar y el molde en que se fundiría la sociedad de estas latitudes oceánicas. Tal estado de ánimo perduró durante siglos; puede decirse que hasta nuestros padres alcanzaron a sentirlo. El silencio, la noche poblaba de ruidos lejanos y sobrenaturales, en que el salvaje y la bestia formaban un homogéneo macizo de amenazas, acrecentadas por la superstición, que es la forma sublimada del miedo, crearon el infierno mental. El crimen, el robo, el vicio, la ambición frustrada que iba encendiéndose en ansias de venganza, modelaron al hombre colonial y al emancipado. Quien recurría a las fuerzas armadas, quien a



refugiarse tras la propiedad o el poder político, de miedo de ser aniquilados. No había gradaciones entre estar asegurado contra el riesgo y quedar abandonado a cualquier contingencia. Todo iba tomando el aspecto del espanto, desde la casa apenas visible sobre la tierra, de paja brava y barro, y desde la mirada caída del gaucho, lacónico y siempre agazapado tras su voz, hasta la aclamación de una carta orgánica, la posesión de una numeraria flota de guerra, la Caja de Conversión respaldando los actos del gobierno y el anhelo tumefacto de obtener un título universitario.

Todo dependía del capricho: la aventura y también la ley. La ley podía forzarse y el código quedaba resquebrajado de brechas por donde el despojo y la monstruosidad jurídica podían entrar más fácilmente que el camello por el ojo de la aguja. Nada tenía forma estable, fija o, por lo menos, de una oscilación previsible. Lo que ayer merecía premio hoy se castigaba con el patíbulo; lo que ahora se ganaba se perdía mañana. Un gran azar había nacido de un gran caos y lo que iba a quedar en pie era el miedo.

Las condiciones de la vida eran las mismas condiciones de la lucha, y la paz estaba impregnada de los horrores de una guerra de exterminio. Los cautivos quedaban en condición de siervos que no merecían indulgencia; el encomendero los trató con saña bestial. Más tarde la independencia renovó con las luchas el viejo encono y las poblaciones se formaron en la inseguridad y la desconfianza. Las mismas fuerzas organizadas para la defensa representaban el mismo peligro contra el que combatían; el saqueó se realizaba de antemano por los mismos defensores de la ciudad. Los atropellos sembraron la epidemia del miedo en algunas provincias, como dicen las páginas de *Facundo*. La disentería era la enfermedad del terror. No sólo estaban atemorizados los que huían sino los que perseguían. Esa historia de revueltas y asesinatos dura como estado normal desde 1810 hasta 1820, y de 1820 a 1860 que comprende la dominación de Rosas, en un frenesí. La delación ponía sobre aviso al hermano contra el hermano; la mazorca era la nueva Hermandad del Santo Oficio que en juicio sumario arrebatava de las casas a los sindicatos como enemigos del régimen y los sacrificaba en el corral. Las escenas de horror que nos relatan las crónicas y las obras literarias de la época, son páginas en que el crimen forma sólo el elemento anecdótico, siendo el *leit motiv* fundamental el pánico. Familias en masa emigraron a Chile y Montevideo, éxodos en caravanas interminables, mientras quedaban los que no podían huir, a correr la suerte de todo el país. Los veinte años de dictadura y los veinte que la prepararon y continuaron exacerbaban la vida familiar en el fondo de los campos y en las ciudades, de donde acaso partió la persecución a mansalva como una violenta reacción a la hostilidad campesina. Todavía pueden verse en el sur de la provincia de Buenos Aires, cerca del zanjón que se prolonga desde Melincué hasta Río Colorado, ruinas de casas que los inmigrantes construyeron, la mitad hundidas en la tierra para resistir los malones del indio. A ras de tierra quedaban las pequeñas ventanas, desde donde se veía el desastre de los ganados y el tumulto de los salvajes. Si el indio no podía echar abajo las paredes de barro a pechadas de su cabalgadura,

tampoco las asaltaba. Fue costumbre de ellos, impuesta por la experiencia, no descabalar. Aun en sus tropelías, que emprendían casi siempre impulsados por el hambre, observaban la necesaria precaución. Tampoco encendían fuego sino bajo los toldos, como el carrero bajo el carro. Los hijos de esas gentes crecieron en la inquietud, pegando el oído al suelo y mirando a la distancia. Aún espían la llegada del forastero. El comerciante colocaba una verja en torno del mostrador; en el cajón está el revólver junto al importe de la venta de yerba, azúcar y fideos. Gaucho, peón de chacra o hijo de estanciero, el arma lo acompaña al pueblo. Algunos llevaban en el tirador toda su fortuna, para comprar campos y haciendas; la mujer se dejaba seducir en presencia de sus hijos; el fogón quedaba encendido, de noche, en un alto del camino; ninguno pensaba en mejorar su casa con tal de que tuviera lo que bastaba al hombre prehistórico, ni intimaba con sus vecinos. De rancho a rancho nadie se visita. El padre de familia construye su casa lejos, aislándose en el aislamiento; su hijo es reservado, astuto, mentiroso, porque todavía tiene miedo.

En esa tensión de nervios se vivió hasta hace poco, hasta que el indio fue desalojado y la tierra, toda la tierra, librada a las faenas agrícolas y pecuarias. Pero aún después de las campañas de Roca, Victorica y Alsina, el peligro subsistió; quedó el azar, la codicia. El peligro había sido exterminado por absorción y ahora se mueve dentro de todos. La población se desplazó hacia los litorales y huyendo cada vez más de los campos vacíos, se refugió en las siete grandes ciudades que hoy albergan a más de la mitad de los habitantes de un país que tiene tres millones de kilómetros cuadrados. En esas ciudades vive el miedo.

## EMPALIZADAS Y ZANJAS

Esas ciudades modernas se han edificado para sustraerse los habitantes a los peligros; en su perímetro se libran rudas batallas y todos los amagos de las campañas parece haberse guarecido en ellas. Contrasta ahora la agitación interior con la quietud de los campos, y la tensión con que se vive dentro no tiene parangón siquiera con el ritmo *pianissimo* de la choza. Los altos edificios, los paseos, la acumulación de bienes y hasta la ostentación de poder, declaran la valentía con que se afrontan los problemas relativos a la sociedad. Los habitantes se custodian a sí mismos. Pero antes la ciudad era un reducto fuera del cual estaba el mundo salvaje, la vasta región de los bárbaros. Era una fortaleza de cuerpos y propósitos contra lo exterior, contra los asaltos que venían de fuera y una sólida muralla invisible la circundaba, como a Troya y Tebas las de piedra y bronce. Esa cautelosa mirada del ciudadano antiguo tiene nuestro porteño al contemplar el interior. En siete ciudades como en las siete puertas de Tebas están de pie los centinelas. Despoblado, pacífico, inmenso, el campo es inhabitable y muy rudas deben ser las condiciones que impone a la vida cuando es preferible el

trabajo asalariado, la vida estrecha, el destino conocido y aceptado. Los edificios son voluntades alzadas hacia la dominación de un espacio que llenan totalmente; pero esa voluntad está fija y esa dominación se ejerce en un orden vegetativo. Es una fortuna de piedra y acero, de ladrillo; mas al mismo tiempo un rédito seguro, un bien raíz seguro, un quantum asegurado. Entre la población de las ciudades y las poblaciones de la campaña hay una relación que responde a las leyes estáticas que mantienen el equilibrio de la producción y el consumo, de las formas típicas de la ciudad y de las formas típicas del campo. Una campaña desierta, con tierra fertilísima y desierta, con capacidad para centenares de millones de hombres pero desierta, no está en equilibrio con siete ciudades que conservan más de la mitad del total de habitantes. Alguna razón ha de existir para que en una lucha despiadada las gentes se refugien en ellas con la misma apeñuscada decisión que en los países superpoblados. Fuera de las ciudades no hay clima humano en que el hombre pueda vivir. La salud queda expuesta, la instrucción se mantiene en un nivel inferior y acaba por pesar como una cadena, las condiciones de la lucha por la vida recrudecen bajo el influjo de fuerzas primitivas, y éstos son los males peores que la certidumbre de la pobreza. Adquirir un terreno, edificar una casa y hasta levantar un rascacielos es adquirir seguridad. Puede perderse en un juicio sucesorio, pero queda en pie. La ciudad es el Estado, en que gobiernan las leyes de la edificación y en que todos los habitantes han celebrado un contrato colectivo de alquiler y de mutuo amparo. Los inquilinos, las autoridades, las normas de la colmena están en vigor y en paz. Buenos Aires se acrecentó desmesuradamente con el aporte del extranjero y del nativo que huían de sus respectivos perseguidores. El recién llegado, que no venía dotado de bravura suficiente, quedó aquí mirando a lo lejos la vastedad del campo, sin atreverse a emprender su conquista de nuevo. Del interior llegaron de regreso, colonos que habían perdido todo después de veinte años de labor. Los hijos comprendían que la tierra prometida era la tierra de las promesas simplemente. Tras el rudo trabajo se desvanecían las hipotéticas posibilidades de enriquecerse, que eran el único premio que se esperaba a cambio del embrutecimiento. Los hijos salvaban del desastre la última voluntad de vivir. Del fondo de las llanuras llegan anualmente familias que se acogen a un resignado puesto público. Hasta hace pocos años se oía decir, señalando a los que se refugiaban en las ciudades, que sólo renunciaban al porvenir los abúlicos y rutinarios; mas la jubilación es la tabla del naufragio y ya nadie se expone a las contingencias de sembrar y criar. El que ya tiene algo que perder se guarece en las ciudades, y sin peligros indígenas, sin la muerte violenta y el despojo a boca de jarro, el campo vuelve a ser el ilimitado dominio del miedo, de la pobreza, de la enfermedad y del esfuerzo inútil.

## INQUIETUDES

El que mira la pampa sólo contempla una cosa inmensa que está quieta debajo de las otras: la tierra. Todo aquello que se mueve, acciona, pasa, es inseguro. El ladrón de ganado, el viajero de incógnita intención, el carancho que atisba la carroña, el granizo, el viento, llevan consigo la destrucción y la inquietud. Sólo la tierra que invita a descansar y a morir permanece inalterable y fiel. Incita a contemplarla como bien definitivo y a desconfiar de lo restante. En el alma del chacarero, inclinada a la rutina, a la perpetuación del presente, a la inmovilidad, produce una cantidad de ideas parasitarias, que en el transcurrir del tiempo, con sus formas místicas de fatalismo y de perecimiento, llegan a embargarlo inutilizándolo para toda concepción dinámica, atrevida, emprendedora, viajera. El campesino de las viejas campañas sedimentarias está engarzado en una lentitud cósmica: lo que cambia y se altera obedece al ritmo de su raza. Los campos de América tienen todas las incertidumbres del poblador, y la experiencia que éste posee de su vida de jornalero, con los peligros inherentes a un estado de cosas poco fijas y seguras, le priva de amar lo que es suyo. Nada de lo que en el país se produce le interesa más allá de sus bienes; vive en el seno de la soledad. Cielo y tierra son los dos horizontes en que está encerrada su vida, y los acontecimientos que trastornan al todo de que no es parte, la marcha de la vida, se convierten para él en lo que le favorece y en lo que le perjudica. Lo que amenaza a la tierra, amenaza a su familia. Aspira al aumento de lo que tiene por intususcepción y no por irrupción; como el árbol, extiende sus raíces y sus ramas. El terrateniente es una superfetación lógica del chacarero, porque la tierra produce para un mundo que cotiza su producto sin tener en cuenta los sacrificios ni las distancias, y el cultivo en grandes áreas derrama la voluntad de poseer. Extendiéndose por centenares y millares de hectáreas, los campesinos creen tener mayor seguridad en sus bienes, en su porvenir; y toda esa extensión sin sujetarse a un estado económico sólido, es una superficie flotante, mucho más fácil de perder que el predio mínimo que está sostenido por otros adyacentes, como la casa por su medianera. La base de toda concepción, de toda empresa, de toda evaluación, es la tierra. Se cotiza lo que está quieto, lo que se sustrae a la aventura; y el deseo de aumentar, es el miedo. En la llanura el movimiento siempre es un peligro. En torno de esos temerosos todo se hace amenazador, y hasta parecería que el superlativo valor de lo que difícilmente puede ser hurtado obedeciera, también, a un resentimiento contra una existencia que ha sido privada de los estímulos de la vida en común.

Sin embargo, hay que mirar despacio para ver, dentro de un mundo que parece estacionario, fijo y estático, el movimiento depredatorio en potencia. Esa tierra abierta y lisa nutre de energías primarias lo que se posa en ella; y objetos y personas aparentemente quietos en la lejanía, andan y se agitan con fuerzas interatómicas infinitas. ¿A qué leyes obedece esa energía encubierta que torna peligrosas las manos y los ojos? A leyes de casualidad y de temor. Son partículas meteóricas dentro de un recipiente sin forma, que se entrechocan o unen, se suman o restan, pero de cuya totalidad de movimientos resulta un aparente equilibrio. El temor impulsa a echarse a

tierra. Causas fortuitas se llevan lo que no esta enclavado, como un viento que se levanta de pronto. Es preciso que la tierra sostenga sobre sí, con su inequívoca inmovilidad, lo que las personas, las instituciones ni la sociedad tienen poder para conservar. La naturaleza aún no ha tomado los hábitos del hombre, no adquirió sus usos, costumbres y normas; conserva resistencias prehistóricas y contra ella se estrellan el malhechor y el pillo.

## AZAR

El percance forma parte de todo desarrollo temático de la prosperidad y de la dicha; en cualquier sentido que se orienten las energías y por mucho que se proceda con arreglo al cálculo y la precaución la peripecia infeliz puede malograr un largo esfuerzo. La inteligencia y la voluntad suelen construir su albergue según reglas en teoría correctas; la realidad de las cosas no se sabe cómo propensas al desastre de lo imprevisible sopla y lo derriba. Son mayores las fuerzas no sometidas aún a función regular que aquellas indómitas que en ocasiones parecen unirse a los designios de la razón. Juan Álvarez dijo que la naturaleza ha hecho jugador al argentino y sin duda esa sentencia a todas luces fidedigna expresa sin pretensiones un acaso cósmico frente al cual los proyectos del hombre revisten el carácter de una apuesta.

Lo que se ha sustraído al azar está encerrado en las ciudades y dentro de las ciudades en recintos aún de muy escasa área; las fuerzas libres y circunstanciales deforman y desmoronan en un trabajo sin descanso los terraplenes de contención. Todo eso que hay que temer, que está suelto, infiltrado en lo que tenemos seguro, son hálitos antiguos que llegan desde el fondo de las tierras despobladas y de las distancias del hemisferio sur, y que hacen que la lucha y el botín conquistado revistan las características de un telúrico azar. La palabra del amigo, la autoridad del jefe, la fidelidad de la esposa, los edictos y las costumbres son avanzadas sobre terrenos cenagosos, y la vida es la marcha sobre un tremedal. Documentos escritos y timbrados, garantías de terceros, contratos y recibos son las cuerdas de que vamos asidos a través de este limo fecundo en cosechas y rodeos. Anhelando el orden, el hombre que aquí lucha, pionero o epígono, vive sin saberlo con arreglo a un desorden más poderoso que él; y si actúa con éxito sobre ese mundo caótico y sin forma, es sólo en virtud de que actúa como herramienta inconsciente del desorden. Mejor que nadie entiende la técnica de ese mundo el advenedizo, el ser sin forma, sin fe y sin cultura. No sé si esto es lo que Keyserling ha querido significar al hablar de Suramérica como de un mundo reptiliano. Por todo ello, lo que está organizado ya, lo que tiene función regular, encuentra, sin advertir concretamente por qué, resistencias incomprensibles, atracciones malévolas, cierta brisa de frente que lo entorpece y lo hace recalcitrante: hasta que fracasa o se desvía y acepta con denuedo las tácticas del

desorden y el azar. No tener un carácter rígido, una conducta y una opinión inflexibles, no saber a fondo sino la técnica del reptil que se escurre y fascina, es aumentar las propias fuerzas obedeciendo las externas, como el que nada a favor de la corriente se suma todo el río a los brazos.

Los trofeos de esa victoria no se ostentan con tranquilidad. El que hace fortuna y logra fama se apresura a colocar sus bienes a resguardo de toda contingencia, en cédulas hipotecarias, en bienes raíces, en sitios académicos. Parece que hubiera robado lo que posee, y lo ha ganado en buena ley; pero en una buena ley fundamentalmente fraudulenta, y si no lo enclava en la tierra o en lo que está en alguna forma adherido a la tierra, sopla el viento de la pampa y se lo lleva.

Puede afirmarse, pues, que todo lo que tiene una marcha resuelta, franca, lo que destaca el cuerpo mientras anda, está expuesto a riesgos anónimos; y por lo contrario, que aquello que reptaba, que se aposenta en cuevas, que toma el color y el aspecto de las cosas de la tierra, está protegido por alvéolos transparentes. Todos los valores se potencian hacia lo estático y se marchitan hacia lo dinámico, cuyas leyes infinitamente más complicadas sólo dejan de ser temibles para el ojo de la serpiente. Como el primitivo recurría a la caverna para evitar las acechanzas de lo imprevisto, el primitivo de hoy se guarece en lo que podríamos llamar las cuevas de piedra del mundo dinámico de los bienes de cultura y riqueza. Adquiere cédulas, casas en ciudades populosas, hectáreas y leguas de campos, empleos nacionales, títulos universitarios. Todas éstas son formas de poner la vida a resguardo de contingencias, y significan lo mismo que la compra de bienes raíces. Desde la casa en la avenida de Mayo hasta el dominio de una técnica especulativa, hay la degradación de valores de mérito, en razón directa de los valores de seguridad. La inteligencia queda a la distancia de las tierras fiscales y significa lo mismo en la bolsa de los valores inmuebles. El capital circulante en el comercio y la industria se invierte en empresas que se asemejan teóricamente a bienes raíces.

Por una parte, la especulación con los artículos de primera necesidad, contando con un consumo fijo tiene una mínima indefectible: molinos harineros, refinerías de azúcar, las industrias del inquilinato, fábricas de zapatos y tejidos, elaboración del pan y proveeduría de leche.

Y por otra parte, los grandes capitales invertidos en frigoríficos, transportes, casas cerealistas, combustibles y demás ramos de primera necesidad social, que cuentan con un mercado también de mínimas indefectibles. Comercios e industrias que no están ensamblados a estas fuentes vitales, quedan librados con la inteligencia y los productos inútiles de la cultura, a peripecias desastrosas. En esos renglones el capital adquiere su máxima fuerza extorsiva y recaba el amparo del poderoso. Inclusive la ganadería y la agricultura dependen de factores imponderables; el que cultiva o el que cría no tiene ni una idea vaga de lo que valdrá aquello que posee. Los contratos de arrendamiento de campo a los agricultores contienen cláusulas propias de un juego, decía una publicación del Ministerio respectivo; la venta de los productos a fijar

precio y los mercados a término en general, son instituciones de un cósmico azar.

La seguridad relativa en los negocios de primera necesidad y en la producción de materias primas, retrotrae involuntariamente los capitales de aquellas inversiones de dudoso éxito y los aglomera en torno de las formas inferiores de la producción y el tráfico. Hay que descontar las necesidades absolutas del consumo. Cuanto más asegurado el mercado para la calavera de la vaca, menos seguro para la muselina y el algodón. Acentuándose la primitividad de los productos, simultáneamente se acentúa la primitividad de las necesidades del consumo.

Pero un país en que no tiene alicientes la iniciativa, la invención, el arrojo altruista, y en que el pensamiento y la buena fe figuran entre los obstáculos y los riesgos, será primeramente llevado a explotar la materia prima, a la especulación con los artículos indispensables, y, en seguida, a caer en el juego de otras formas superiores, bancarias e industriales, cada vez más extrañas al medio y supeditadas a las centrales mundiales. Nuestro pueblo no sabe producir porque no sabe consumir; el problema industrial, comercial, cultural, es un problema de consumo. Al menos en lo fundamental, se produce porque se consume. Produciendo de preferencia materias primas, que exige el mercado internacional, vivimos alrededor de las formas típicas de los países productores de materias primas. Walter Scott decía que nuestros gauchos, al rechazar las invasiones inglesas, habían optado por los asientos de calavera de vaca contra los algodones y muselinas. Ese rechazo de las invasiones inglesas era, mejor dicho, una consecuencia del previo rechazo de las muselinas y los algodones. El índice de lo que puede llamarse el grado de civilización, está en lo que se malgasta y se derrocha con fines de utilidad espiritual. La alimentación, el vestido y la vivienda son comunes al hombre y a los animales más bajos. Aquello que se consume para el sostenimiento de la vida, o como lujo adicional del sostenimiento de la vida, cuenta en los números gruesos de la estadística, que es nuestra obra política en volúmenes oficiales. Producimos esto porque consumimos esto, y somos esto que consumimos. Tenemos nuestras casas sin cuadros y sin libros, los muebles dispuestos como en las vidrieras y los anuncios, cuidamos que el vestido corresponda al figurín, hasta que sea nuestra fotografía, y no podemos comprar un objeto de arte, un buen cristal, porque gastamos en bloque la vida y no nos queda para lo superfluo sino el rencor. Es culpa de todo un sistema comercial basado en la calavera de la vaca y el rechazo de la muselina, el que nuestro rico tenga exceso de incomodidades, hasta que su riqueza nos inspira asco y piedad. El hombre de la clase media vive con un presupuesto desarreglado, saltando entre trampas abiertas, y el pobre hace un ahorro que da pena. No saben gastar, ni guardar, porque no viven su vida definitiva, la que termina en la muerte, sino una vida provisional, que termina en lo imprevisto.

¿Es racional que ese hombre economice? Cuando muere deja una casa a medio pagar, un hogar a medio hacer, hijos a medio instruir, hijas a medio casar. Ese desequilibrio de la vida, que lleva a mirar con ojos de serpiente lo que vuela, es un desequilibrio terráqueo; algo parecido al péndulo de Foucault. Lo que cae en el

dominio de lo azaroso toma tal configuración. Azar-temor-ficción son los tres términos de casi todas las ecuaciones. En su última fase, de la mentira superponiéndose como traje y cultura, da variaciones complicadas y pintorescas al tema: el crédito. El crédito es la forma última de evolución del comercio; pero puede ser también una forma elemental de especulación con un artículo de primera necesidad: el orgullo. En cada pobre hay un soñador de riquezas malogrado, y al mismo tiempo un jugador fullero que espera sacar ventajas del mañana, o de Dios. Descuenta un documentó que está garantizando el azar, y es la forma de cobrarse de antemano algún premio que no existe de alguna lotería que no se juega. Todo viene de que se ha soñado una situación mejor. Comprar a crédito es descontar algo de lo que creemos que alguien nos debe; gozar por mensualidades de una porción de bienestar y holgura que pertenece a otros. El consumidor que compra a crédito, barrunta que se cobra una deuda que el vendedor representante de lo que no posee, tiene con él; y es la forma de pagarle sin que parezca que se paga, de adquirir como de regalo y de terminar por creer en esas ficciones y no pagar. Crédito y estafa andan muy juntos y forman un circuito, un sistema de cadena y de francmasonería sin estatutos ni sede, en que están complicados el que tiene y el que no tiene nada. En último término el dueño de las mentiras, el que tiene la linterna de nuestros sueños y el despertador, vive lejos de aquí. De esa manera el comercio a crédito que puede considerarse con el sistema de cheques las formas óptimas de las transacciones, conviértese en una falsa estructura de la responsabilidad y en la forma hasta cierto punto legal de la estafa. Es el miedo a la sinceridad, a pesarse en público, lo que lleva a estas formas indignas del bienestar. Los fanáticos del crédito son bebedores de alcoholes desnaturalizados que huyen de su destino trastornándose. La verdadera víctima no es el proveedor, que no bebe, sino el amigo que firma el documento como garante.

Colateralmente hay quienes descuentan de modo más exquisito el porvenir con documentos falsos. El título universitario, la carrera administrativa, la ambición política, la publicación de libros y, en fin, una técnica de serpiente y de calavera de vaca, se aplica a la explotación de la inteligencia y de los bienes del espíritu, complicados en el negocio de los créditos. En estos órdenes, el crédito se transforma en promesa: entra a circular el honor en lugar del dinero, cheques en descubierto y fuerzas ocultas, vientos alisios de la llanura. La obtención del diploma, para el que puede empeñarse peculio y honor, confía un bien que debiera ser devuelto a la sociedad pero que no se restituye; es la primera cuota, con el puesto consiguiente, de un derecho de ser alimentado por el Pritaneo. La candidatura del político concede carta blanca para operar con impunidad, a cuenta del gabinete y la banca que no se tienen pero que se esperan; y una vez obtenidos se descuentan los sueldos y dietas por todo el lapso del mandato. El primer libro anuncia al genio, y ya gira en descubierto sobre la imbecilidad del cuarto. Mientras tanto se ha vivido una fama y un respeto en préstamo, y es muy natural que se caiga en la tentación de no hacer, en adelante, las



cosas con rectitud.

Para servir a ese sistema de comercio, se ha formado un sistema de procedimientos que se basan en él. Tal vez lo que califica de factoría a una ciudad, más que su tráfico, su uso del crédito y su propensión a la compraventa, es la cantidad de mala fe encubierta o el número de traficantes de cualquier especie obligados a entenderse. Factoría es donde se vive alerta de especular con la necesidad del prójimo, con lo que se hace negocio; o, en términos generales, allí donde los vendedores abundan sobre los compradores. El hombre de la factoría no es una persona sino una firma, la autenticidad de una firma y no el prestigio de un nombre sin mancha. En tal sentido puede ser factoría una sociedad de cultura y de beneficencia, y una iglesia también. Asambleas, congresos, tertulias y fiestas bien puede ocurrir que no sean otra cosa que ferias en el Ágora. Que el dinero no tenga olor, es cuestión de narices. Hay diferencia radical por razón análoga, entre la honestidad y el ejercicio de una profesión: si no hay que hacer negocio de la honestidad tampoco hay que hacer virtud del oficio. Se abre el Foro a los expendedores de drogas adulteradas; el pillo que se queda con el campo del vecino porque puso una cláusula capciosa sobre la plantación de arbustos y frutales, obtiene dinero, compra con el dinero su propio apellido y con su apellido de gonzúa abre una puerta respetable a la política y el gran mundo. A los cincuenta años los nietos caen en la miseria del bisabuelo. También una tintorería puede nacer por fermentación de un frasco de bálsamo de Fierabrás para quitar manchas, de hiel de buey, jabón y agua, como una reputación literaria viene de veinte leguas de campo y una devoción política del misterio y la glosolalia. Estos hechos, la aceptación silenciosa de estos hechos, la jurisprudencia y la clínica de estos hechos dan a una ciudad, a un país, a un continente, el carácter de una feria de gitanos. Los premios literarios y los de pedigree se adjudican en esa feria: valen hasta que los dueños se los llevan a casa, y después se mueren y nadie se acuerda. El profesional y el intelectual ejercen su comercio con la misma avaricia de dinero que el comerciante de capital reducido. Aunque tenga universidades, tribunales, cámaras y teatros, una ciudad de tales huéspedes es una factoría. No es una vocación en la mayoría de los casos, lo que impulsa al maestro y al escritor, con la fatalidad que el pájaro al canto, a obtener su título y a publicar sus obras. Tampoco es la estructura escalonada de profesiones y méritos, lo que en el delta de las carreras de cultura, inclina a tomar un ramal y no otro. No escoge; es arrastrado por la de más porvenir, por la medicina y la abogacía. Hijo o nieto de aquel hombre desgajado, de quien siente vergüenza, va impulsado por un mismo anhelo de poseer el futuro, asegurándose con créditos. Sus movimientos son fuerzas inertes, ímpetus galvánicos. Lo ingente es lo que concierne a la seguridad de la vida, como en plena jungla. El mañana es la incógnita y no hay posición estable, lucrativa, honorífica donde todo cambia de manos; lo mejor es lo más firme y, aquí también, lo que más se parece a la tierra.

El estanciero quiere que su hijo estudie medicina; sospecha que el título

universitario se parece al de propiedad, que guarda consigo. Un título, imagina, es un payé, un amuleto para triunfar en la vida; y se lo pone en un cuadro como al santo patrón en el nicho.

Por eso el hijo, cuya vocación auténtica, cuya tendencia atávica es llenar la hucha, estudia, obtiene después el título y luego se deja llevar, ya inmune, a donde lo orienta esa propensión sofocada. Con el doctorado ejerce venganza en nombre del padre; será una runa inscrita en el puño de la espada. Medicina, ingeniería, derecho, filosofía, diplomacia, son instrumentos de cerrajería. Veterinaria y agronomía, por contrasentido irónico, son novias de juventud. Pero más allá del título están las fuerzas regresivas que lo empujan hacia la juventud del padre. Es doctor; obtendrá cátedras, una banca, un estrado, o un puesto burocrático en que el Estado le pague el rédito del capital invertido en el diploma-finca.

Destruir el ideal de fortuna, la instancia suprema tras los honores y los respetos, sería declarar el error de una empresa de hace cuatro siglos, proclamar la esterilidad de la vida del padre. Si esa fortuna representa el envilecimiento, ha de respetarse el envilecimiento: ha de dignificárselo por lo que representa de error, precisamente. Intelectuales y comerciantes han sido engañados por el demonio de la codicia o de las apariencias, y conducidos como Turno a la nave, por el espectro de un héroe. Y mientras buscan en qué coronar su esfuerzo, oyen los cantos de los que no mueren ni tienen apuro, tarde ya para arrepentirse y para comprender; solos con el pobre borrico enfermo que han comprado a los gitanos en la feria.

## II

### LA DEFENSA

#### PELIGROS Y TEMORES

Durante muchísimo tiempo hubo que poner la función a la altura del funcionario; el oficio al mismo nivel del aprendiz. Las fábricas y los negocios tuvieron que conformarse con el obrero y el empleado que se improvisaban en su labor como podían, sin cariño por su tarea, pensando en otra cosa. No era posible exigir especialización donde no había especialidades, y cada cual miró la obra de sus manos como faena eventual, desvinculada de su destino. Si no se enriquecía con ella la abandonaba pronto; y si enriquecía la consideraba digna. El que hoy trabajaba en un oficio, mañana ensayaba en otro; el que permanecía uncido a su herramienta renunciaba de hecho a la aventura. Sin artesanos ni operarios, la tarea se mantenía en las mínimas de su complicación técnica, rudamente comprometida cuando valía la pena. Talleres y escritorios eran asilos de claudicantes y una esperanza sin forma, grosera, milagrosa, rondaba por las calles. Cualquier trabajo parece provisional mientras no llega el momento de la emancipación por la lotería o el puesto público. Pues el trabajo en principio es homologado con una condena *sine die* y el que lo acepta con humildad no tiene su nombre insaculado en la tómbola del dinero y del honor.

Cada cual tiene aquel oficio en que se gana más y se exige menos; y por sobre todos, como punto de mira por elevación, los boxes de engorde del Estado. En la espera de la manumisión la tarea es aborrecible y vergonzosa, como en vísperas de Navidad la pobreza tiene un poco de la altivez del premio gordo. Comparada con la decepción del obrero que lo es fatídicamente porque no sabe otra cosa, la decepción de no mejorar indefinidamente resulta peor. En torno de la máquina el timbre de los ideales mineralizados solivianta los ánimos, y un taller es un cuartel de rebeldes en acecho. La tarea, por simple que sea, usa al hombre; las máquinas se alimentan de su sangre y de su entusiasmo, devorándolos a pedazos. Carece de alegría porque todavía cree que una Trapalanda incógnita existe en alguna parte muy cerca de él; la ruda necesidad de ganarse el pan no cree que sea la exigencia de su destino y rehúsa unirse a los de su clase, como si negándola dejara su clase de existir. De las fábricas, de los

corralones y de las tiendas desertan los más constantes en la súplica y llegan a los refugios de la Administración. Ignoran su oficio y entran con un pasaporte de comité a la función pública donde no existen las exigencias técnicas, pues la Administración pública es el mundo de la técnica informe y la ruinosa rival de todo cuanto la exige más o menos a fondo. Cada evadido de la fábrica es el más terrible ejemplo de subversión contra el orden estratégico de las capacidades; trabaja inconscientemente contra la estabilidad, contra toda jerarquía. Mientras tanto, la inteligencia libre y cuanto significa una forma capaz de andar por sí mismo, mendiga su mendrugo por las redacciones, los bufetes y las antesalas. En el local que abandona el prófugo queda una crispación de rebeldía, y en donde penetra también. La posibilidad de que quienquiera pueda ser cualquier cosa no es tampoco un camino democrático hacia el mejoramiento de las clases inferiores. Cada obrero que penetra al mundo de la técnica informe es un traidor a su clase y un negador de su sangre. Ese mejoramiento que obtiene el individuo, contra los intereses del cuerpo, en la escuela de la indignidad, no es el triunfo del gremio, sino la apostasía y la traición. Cuando en la huelga o en el mitin se agrupan los que fueron aún redimidos por la política, los desertores de sus filas hacen fuego contra ellos, amedrentados de que mañana puedan perder lo que tienen hoy. Es menos temible el sistema de castas y clases superpuestas que el régimen liberal movido de abajo arriba por el ansia de mandar y poseer. Lo que en todas partes se entiende por proletariado, en el caos de las ambiciones burguesas existe pero negado por sus mismos componentes. En trance de pasar a las huestes contrarias, los trabajadores están vendidos por ellos mismos y lo que los hace morir en las plazas es el miedo a renunciar a la aventura personal. Y, en resumen, lo que se entiende por ilimitada posibilidad de medrar es un desprecio oculto por la excelencia del hombre superior, una infame promiscuidad de apetitos. Sin líderes que encarnen un ideal humano, los campeones electorales especulan con el rencor, y la masa acaba por olvidar que su manumisión verdadera está en no transigir, en combatir codo con codo. Depravada por sus adalides que se benefician de las dietas, sobornados los mejores de ellos por promesas y dádivas, la lucha que debiera tener un fin es una guerrilla por una banca o por un puesto.

Un mundo mirado como una llanura de horizontes sin límites, por la que es posible ir a cualquier parte, no tiene salida. Es la jungla donde el hombre es el lobo para el hombre. Cada apóstata del destino es una fiera bajo sumisas apariencias, que espera oprimir y sojuzgar en cuanto se levante del suelo. Mundo rico de pitanzas, pero terriblemente peligroso. Lo que se aprende en la experiencia del cotidiano vivir es la disimulación de la auténtica personalidad y del ineluctable destino. Y sin embargo, es el miedo lo que nos da fuerza, como a los animales de garra. Existe un temor climatérico, una tendencia a escamotear los actos y las opiniones categóricas y en cambio a representar papeles de leones satisfechos, que toman a veces la apariencia de la simple verdad. Dentro del cordero está el lobo. El misterio rodea los hechos, el que asalta y estafa es amigo y pariente, y hay una confabulación contra la

verdad, la belleza y el bien en que nosotros mismos estamos ya complicados, y en cuya obra colaboramos quizá como bandidos que en el delito han llegado a la conciencia frustránea de la justicia. El hombre es animal de dominio y de esperanza. Quiere la posesión del presente y concibe sus derechos al porvenir con arreglo a lo que domina de inmediato. La esperanza es el dominio futuro. Pero a medida que decaen ambas potencias de poseer y conservar por la simple acción mecánica de vivir, brotan en él sentimientos diametralmente opuestos: la impotencia y el miedo. Se correlacionan estos sentimientos con la conciencia de la fuerza desaparecida, o con el aumento avasallador de cuanto se opone a su libre y dominante actividad. Igualmente, de la impotencia y el miedo suelen brotar por reversión, con la apariencia de estados superlativos, la esperanza y el afán de dominio. En un medio indiferenciado, las posibilidades de triunfar son más amplias, pero menos intensas; plurales y aleatorias. Entonces deja de ser el hombre señor de un círculo que le está sometido, cuyo manejo conoce, para convertirse en siervo de un complejo a veces indiscernible de fuerzas adversarias. Capacidad, competencia, significan un orden de sujeción en que quien las posee cuenta con disposiciones para vencer; su señorío puede no ser extenso, pero en aquel radio en que se ejerce no encuentra resistencias insuperables. Sabe, y saber es estar seguro. La lucha en este caso se ha circunscripto a términos concretos y contra la modalidad de las dificultades, el hombre desarrolla fuerza concentrada, a la que puede llamársele idoneidad, coraje, pericia.

La necesidad de afirmarse en la vida y de resistir las asechanzas, tornan al hombre hostil y cruel. En tal disposición de ánimo vive quien no ha clasificado las dificultades que le circundan y actúa un poco a ciegas. El peligro existe dondequiera que él está, en un estado difuso y pulverulento porque no sabe y desordena. Los estímulos superiores se truecan en una actitud defensiva, y entonces la voluntad, no es un sólido dirigido a un punto, sino un inquieto mirar en todos sentidos a la espera de que ese vago peligro coagule en un punto concreto su amenaza. Bajo esa presión del temor la posición que puede llegar a ocuparse se convierte en un puesto de avanzada, en una solitaria excursión sin valor de conquista. En torno de sí, el advenedizo siembra el desconcierto y no puede esperarse que dé formas concretas a nada de lo que toca ni de lo que hace, porque no siendo él una fuerza organizada, sólo puede conservar su dominio durante el statu quo de las circunstancias que hicieron posible su advenimiento. En el ejercicio de una función pública o en la posesión de la fortuna, difunde inquietud: es alarmante como persona y como método. La fuerza agresiva se inserta en una estructura y se disimula bajo el nombre de autoridad, fuero, jerarquía, Ley, mandato, reglamento, autorización, facultades. Pero todos advierten que no hay otra verdad que el hombre inseguro que se parapeta en esos conceptos, como Baco bajo los atributos de Hércules. El caos y el azar que lo hicieron fuerte, son por él más fuertes. El especialista puede ser desalojado por el improvisador, el oficial por el aprendiz, el hombre honrado por el corruptor de menores. Ciencia, oficio, dignidad, meras herramientas de poder, pueden ser anuladas por cualquier

sustancia en disolución de las que forman el vago peligro circundante, con tanta facilidad como el padre de familia puede ser herido por una bala perdida. Pensar cómo se triunfa es renunciar a toda esperanza.

En tanto hoy se espera que mañana ha de traer algún cambio fundamental en la posición que se ocupa, ese mañana está elaborándose ya con inesperados anticipos de la espera; a la misma distancia está la pérdida total de lo que se tiene.

Un mundo donde es fácil prosperar fuera de todo cálculo racional, está lleno de peligros, Así como no hay un contexto rígido de circunstancias que impidan que el acceso a las esferas inmediatas superiores requiera vencer determinadas dificultades, así no hay un contexto rígido de circunstancias que impidan la caída a las esferas inferiores. El azar de conseguir es el mismo azar de conservar, y aquellos que triunfan aumentan las dificultades para los que les siguen porque su victoria no es una conquista que pasa al haber común, sino el botín individual de un desertor que ha borrado las huellas.

## FORTALEZAS

La única estructura solidificada, el único segmento de la esfera en que las tierras aparecen diferenciadas de las aguas, es la Administración pública, las restingas del Estado. Sus perfiles y relieves demárcanse con nitidez, ahí pueden hacer pie los que temen la vida; pero es la masa de un camalote, sin consistencia interior. Tiene la forma de los componentes caóticos que lo integran, y por eso mismo depende de circunstancias fortuitas que tal como lo hicieron una figura concreta, lo pueden deshacer. Frente a los preceptos constitucionales y las normas jurídicas, está la indómita voluntad de la muchedumbre sin forma y las concupiscencias y baraterías de sus parásitos. Quienes recurren a la tutela del erario desconfían de sí y de lo demás que les rodea, hasta que un estremecimiento en masa de los corpúsculos que forman esa figura falente, derrama el pánico en olas centrífugas. Un cambio súbito de las personas que gobiernan, la rebaja de sueldos y las cesantías, estremecen a los millones de hombres trémulos que somos, porque la suerte del que no tiene más que sus brazos o del que no tiene más que su fortuna, descubre una contingencia inmanente en lo que parecía asegurado contra los riesgos del azar. El ejemplo de la seguridad personal contra los peligros indiscernibles —el indio, las quiebras bancarias, las condiciones de la lucha por la vida—, era el Estado; como la institución tipo de la fuerza, el Ejército. Su desmoronamiento o su debilitamiento ocasiona la caída de todos los valores fundados sobre ellos.

A medida que el Estado aumentó su fuerza aritmética por absorción de los intelectualmente más capacitados y, por ende, más temerosos de la realidad, perdían los individuos de su energía viva y valiente, de modo que cuando quedaban

incorporados al erario, estaban ya privados de las iniciativas y de los bríos fecundos del talento. Toda idoneidad y toda condición de lucha reclamaba el amparo gubernamental, y en adelante, castrado y ahído, era un funcionario más pero no un pensamiento libre y creador. La seguridad que se presumía dentro del recinto de la Administración pública, aumentaba la inseguridad de lo que estaba fuera rodeándolo. Los habitantes de extramuros quedaban sujetos al más duro destino. Faltando recompensa liberal a la pericia, en los órdenes de la inteligencia, de la acción o de la técnica, cualquiera de esos movimientos hacia el foco central del poder era un movimiento de temor. Universidades y comités aleccionaron para huir del mundo aleatorio de extramuros del Estado y para penetrar a sus recintos en conocimiento de una táctica fiscal. La ciencia se convirtió en un salvoconducto para aproximarse a los círculos más próximos al centro; el saber era el vehículo para las canonjías. En esta forma el Estado vino a ejercer el monopolio de la inteligencia, a patrocinarla, a marcarla con sus atributos políticos.

Excluida la perspectiva oficial, que da dinero y honor, la investigación científica, la especulación filosófica ex cátedra y el cultivo lujoso de las artes, son hoy aberraciones y gimnástica en el vacío; porque si al final del estudio no están el puesto docente o administrativo bien rentados, esas actividades calisténicas que no tienen aplicación, llegan a trabar el libre juego de otras disposiciones de mayores ventajas para la lucha grosera por la vida. El profesional no puede resignarse a buscar su fortuna detrás del mostrador. Aquellos que llegan a los círculos más cerrados del poder, o a los amplios de la seguridad fiscal del pan, contemplan con altivez a los que aún están afuera; el desprecio hacia lo especulativo y desinteresado, a lo que no lacta de las hinchidas ubres del presupuesto, es temor encubierto y necesidad de potenciar los valores de lo que se posee al amparo de los peligros indiscernibles. En el arte y la ciencia se ve una atrevida renuncia al éxito, el incendio de las buenas cosechas del espíritu; y ese mismo temor que llega hasta la burla, arrastra a la juventud a elegir la única profesión lucrativa fuera de los recintos del Estado: la medicina.

En torno de sí el Leviatán que devora corazones y cerebros, promueve una vida rica y sustanciosa, que carece en sí de ningún significado. Recibe seguridad y trasmite seguridad. Las corporaciones culturales procuran subsidios, sus sueldos colectivos; las organizaciones comerciales e industriales obtienen concesiones y facilidades en sus programas; las grandes empresas financieras y mercantiles se vinculan a él por los funcionarios de alcurnia. Dependen del listado las dos terceras partes más significativas de la población y de la riqueza. Más allá está el desierto. Y esa riqueza asegurada por concesiones y privilegios; y esa población de los empleados públicos y sus familias, dan la norma a las restantes actividades. Las aparentes facilidades y garantías de éxito que ofrece el patrocinio del Estado se traduce al fin en el caos de que sacan partido los capitales asociados también como los empleados y los políticos, o la acción frustrada y el pensamiento sumiso confederados. Protector del menesteroso, del inválido y del capital que no se arriesga

sin su amparo, arroja contra todos al peor enemigo, al peligro indiscernible, que es la falta de organización y de solidaridad entre los grupos sociales. Gremios, colectividades, cooperativas e institutos delegan su fuerza de cohesión en él, que represente la cohesión y la fuerza, y al fin se encuentran desorganizados y sin recursos. El temor que los empujara a solicitar el auxilio ahora es la temida realidad que los debilita y los dispersa. Los ideales dinámicos que sostienen a los individuos y a los grupos colectivos, quedan obliterados por el miedo a lo inmediato; su ideal de postulantes los coloca en el trance de acogerse al mismo refugio que ya ha ocupado con derechos electorales el empleado público, y una sociedad de artistas o de granjeros entrega su vida a quien no puede auxiliar sino desorganizar, porque su fuerza es la suma de nuestras debilidades.

¿Qué es lo que en definitiva constituye la potencia del Estado al que todos recurren evadidos de la realidad? ¿Por qué, si sólo es fuerte en razón de lo que debilita fuera de él, se acude a su protección? Porque el miedo primitivo, el que se entró hasta los huesos del primer poblador, del primer hacendado y del primer artista, no tuvo oportunidades para ser reemplazado por la seguridad, y la muerte, la ruina y la vergüenza quedaron dentro de la nueva estructura, como sentimiento que una censura y un anhelo demasiado vehementes enterraron en la subconciencia, donde está más vivo que nunca.

## LAS DEFENSAS ORGANIZADAS

Sin duda, el Ejército tiene como ninguna otra organización, una estructura definida; mas de tal modo dispuesta y tramada, que es un organismo formidable de defensa convertido en formidable organismo de peligro. Concreto, rígido y omnipotente, recibe prestigio y poder del hecho de constituir una casta, una nación, un gremio, un estado, una religión. Es la Fuerza en el seno de la Debilidad, la disciplina y el método en el seno de la improvisación y del capricho. Dotado de la vitalidad que debieran compartir todos los órganos de la nación, asumió funciones de órganos inexistentes o extirpados de cuajo. Toda la historia argentina es una historia militar, y puede decirse de la civil y política la historia apócrifa, o sus libros legendarios<sup>[12]</sup>. Alzaga, que era defensor de menores, decíase general; y hasta Sarmiento se enorgullecía de su generalato *honoris causa*, equivalente a su doctorado de Michigan. Los administradores de estancias eran comandantes; y los dos hacendados más ricos, Rosas y Urquiza, fueron las dos figuras prominentes en la guerra y en la paz fecundas. La carrera militar reemplazaba, al mismo tiempo que los títulos nobiliarios, los títulos de renta, pues aparte del prestigio de los uniformes que cada cual realizaba a su gusto, culminaba con los ascensos y las condecoraciones y con la donación de haciendas y tierras, que eran los premios en especie. Los títulos de propiedad,



particularmente de los latifundios, se remontan hasta los cazadores de indios. Jinetas y entorchados se obtenían combatiendo en cualquier bando, y como el botín que se arrebatava al indígena no tenía valor, el Estado cedía leguas de su tierra. De ese modo resultaba que las batallas se hacían por la conquista territorial del propio país; y cada victoria costaba al fisco la amputación de centenares de leguas, como si hubiese sido invadido el país. Lo que perdía de su patrimonio iba a convertirse en el equivalente de las condecoraciones, en certificado de coraje y de dinero, y muchas veces en boletas de compraventa.

Rivadavia se estrelló contra el ejército y contra el clero, porque cuanto intentaba instaurar significaba para ambos un despojo de títulos legítimos, y una desorganización. En verdad, desorganizaba lo único que estaba organizado y pretendía sustituir el armazón de acero por la medula oblongada. Por eso Rosas e Yrigoyen, los dos más genuinos representantes del pueblo, y los que quisieron darle al pueblo fisonomía y estilo auténticos, armas para su mano y evangelios para su fe, encontraron en el ejército la derrota. Sin duda su despotismo oclocrático era oriundo de la plebe armada; pero la institución que vela por las instituciones, comprendió en ambos casos que se trataba de una conspiración encubierta contra la dignidad de la profesión, y los deshizo.

Siendo función constitucional del ejército la defensa, a falta de peligros verdaderos asume la defensa de las instituciones, más decididamente de aquellas sobre las que ha perdido su tutela moral. Está montado a la expectativa de acontecimientos que no ocurren, y mientras tanto insume en su sostenimiento sumas ingentes que se sustraen a las demás actividades. Consume en estado de sitio. Un gran ejército en país pacífico es su orgullo y su ruina; cada año de paz es una batalla económica que se pierde. Todo parece desvalido y pobre en comparación con su voracidad. Para sostener ese cuerpo inmenso y oneroso, ha tenido que abandonarse las industrias a sus propios recursos; el territorio ha quedado sin poblar; las fuentes de producción cayeron en manos venales, y los transportes, la fuerza motriz, los teléfonos, la luz eléctrica y los depósitos de granos, responden a intereses extranjeros. Desparecidas las causas que justificaban el sostenimiento de grandes divisiones, continuó como en pie de guerra en la paz<sup>[13]</sup>. Se puso al servicio de esas explotaciones que no eran nuestras, y asegurándoles sus dividendos aseguró el progreso. La cuarta parte de la recaudación total se invierte en la burocracia honorífica de los defensores de principios, mientras los agricultores y comerciantes abandonan los campos y cierran sus negocios.

Ese ejército mantenido para eventuales necesidades de defensa, no puede mantenerse en inactividad; hasta los que se acogen al retiro y a la jubilación se dedican a otras funciones civiles. Cuanto más remotas son las posibilidades de entrar en las actividades propias del arma, son mayores las actividades extraordinarias. La función puramente burocrática es incompatible con la idiosincrasia del militar y con su pundonor. Un ejército inactivo es un ejército en guerra subrepticia que en alguna

forma está combatiendo contra algo. Reducidos los jefes a cobrar altos sueldos, con que se mantiene el prestigio de la institución y el respeto a sus miembros, aun por decoro han de mantenerse en inminencia de ataque. No se sabe contra qué se descargarán. Ya un conflicto de límites, ya de jurisdicciones políticas, los pone en acción; y la guerra acaba por dar la razón de su existencia. En tesis general, ésa es la índole del militar-profesional en todas las partes del mundo. Pero la función extraordinaria, la función civil ad honorem y con buen sueldo a la vez, es una especie originaria de las latitudes suramericanas. Motín y asonadas son formas de justificar sueldos suntuarios, simulacros con bala, de la guerra, y acaso el pudor de no permanecer en absoluto inactivos. Los militares que incuban revoluciones quieren comer su pan sin remordimientos. A falta de conflictos internacionales, y ante el sopor y la pobreza de los países limítrofes, hundidos en sus pantanos y en sus dilemas geográficos y étnicos, esos cuerpos bien nutridos tienen que volverse fatídicamente contra el interior y hacer de la revuelta y de la usurpación del poder político sus maniobras de invierno. Contenidos por límites de desierto dentro de las fronteras astronómicas, su natural desbordamiento es hacia adentro, especie de inervación con que han de dar escape a energías vitales superabundantes.

## DEFENSAS CONTRA DEFENSAS

Una inmensa cantidad de habitantes de las provincias sin ejércitos andan descalzos, sin tener que comer muchos días, privados de la instrucción más elemental; cuando se los recluía se ve que son los sudras y los parias, y hay que darlos de baja, pues sus cuerpos no sirven más que para conducirlos y para ser contados en los censos. Sesenta mil hombres en armas y un presupuesto de ciento ochenta millones son los lujos del país que no tiene pensadores, sabios ni artistas. El alimento natural de las instituciones armadas que operan en el interior de su propio tórax hueco es la pobreza y la ignorancia. Los fusiles y las mochilas son los brazos de esos jóvenes de veinte años que apenas tienen brazos y pulmones; la ciencia, la ingeniería, la estrategia, es el cerebro de aquellos analfabetos. La pobreza trajo el aislamiento rencoroso; el aislamiento rencoroso revoluciones y amagos de guerra; y se cerraron las fronteras. Enemigos sin razón de amarse ni de odiarse son estos países que todavía no tienen más que ejércitos, y que no han aprendido a tirar su dinero en otros lujos que el de las armas. Civilizadamente, esos países sólo son peligros para sí mismos, de la frontera para adentro; pero viven en trance de invadir. Hay que temerlos porque no están conformes con su destino. El menester huir de toda realidad dolorosa y la negación de la triste verdad interior puede ser una evasión-invasión. Movimiento para negar la incultura es la fundación de universidades; para negar la pobreza, el crédito; para negar la debilidad, apelar a la fuerza violenta. La desconfianza con que Argentina

mira a los demás países se debe a que los considera como residencia del indio que no existe en su territorio; como el desván de sus tabúes. Era el indio de la frontera el que hizo necesario mantener ejércitos de dimensiones astronómicas; murió el indio y el miedo armado localiza los peligros en la incógnita. Ese ejército desquició nuestras finanzas y las de los demás países, porque en su sostenimiento se invirtieron los empréstitos destinados a obras de adelanto. Así se vengaron los penates del indio. Con el ojo receloso del chacarero que miraba desde los fortines, miramos la frontera. Por ahí residen los peligros indígenas. Los peligros sueltos que no se pueden graduar, sopesar, calcular. Con arreglo a lo que son, a lo que pueden y a lo que significan en la escala de los valores de civilización y cultura, no existen; pero existen como ejércitos, como fuerzas explosivas, como incógnitas, como espectros del indio. Se admite que puedan levantarse en armas de la noche a la mañana, enajenar la soberanía a cambio de proveerse de armamentos, agredirnos sostenidos por trusts de petróleos, de salitres o de metales que pondrían en sus manos irresponsables armas de último modelo. Las fuerzas con que cuenta no son fuerzas naturales, sino debilidades censuradas. Se reconoce, puesto que nos prevenimos en desafiante demasía, que cuentan con la posibilidad de ser fuertes, aun a costa de la indignidad, que tienen una elasticidad grande de relajarse y envilecerse, y que por eso son peligrosos.

Pero juntamente con la elevación pirotécnica de un país que asciende por el predominio del ejército y la armada, está la decrepitud de otro que desciende en la otra punta del balancín; hasta que el uno queda convertido en el miedo armado contra el peligro y el otro en condición de peligro armado contra el miedo. Mediante la localización del peligro, en conceptos tan groseros como franjas de planeta con nombres de países convecinos, y de los motivos de temer bajo los aspectos de la agresión inopinada y nocturna, se aparta la vista de los verdaderos peligros interiores y se juzga de los propios valores por contraposición con los del prójimo. La degradación de unos destaca la elevación del otro, y parece grande todo lo que se opone simétricamente a su pequeñez. Nuestros enemigos internos son infinitos, desde las enfermedades endémicas, la pobreza, la soledad, la distancia, el desierto y los capitales que explotan las industrias nobles, hasta la política, la cultura oficializada y superficial, en la otra punta del balancín. Nuestros enemigos externos son aquellos países que producen lo mismo y que llenan en la economía universal y en la historia idéntico destino: Canadá, Australia, Nueva Zelandia, África meridional. Los cañones no alcanzan hasta allá, y es más cómodo temer a los muertos que a los vivos.

### III

## LA FUGA

### LAS ASTUCIAS DEL MIEDO AVERGONZADO

Vida que no necesita satisfacciones intelectuales ni emotivas costosas ni lujos supernumerarios, se sacia con poco. Pero no nutre la totalidad de sus tejidos, y aquellos que no se impregnan de gozos profundos y serenos, segregan internamente un amargo humor de orgullo. Proyéctase la existencia al exterior, como la casa a la fachada, y la conciencia intranquila por todas las deficiencias trágicas se precave en suspicacias refinadas, acumulando cátedras y empleos para hacer respetable la fealdad raquítica.

Apoyada en las robustas piernas de dos empleos y en las coimas con que la influencia política es un valor oro, puede sostener esa vida enjuta una casa bien instalada y realzarse con trajes de legítimo casimir. Bien poca cosa es la conquista de superficies, que ya no es siquiera de hectáreas de tierra.

En la sala se filtra la amistad y en el traje la personalidad; lo que hay dentro de la casa y del porte difícilmente lo percibe el ojo del más sagaz inquisidor. Veinte años de trabajo en común no bastan para descifrar el enigma de un presupuesto ni de un carácter. Queda como misterio la personalidad hasta que se suelda a su tegumento y la piel se convierte en género. Concebir un ideal de traficante porque cualquier ideal humano de alto fuste no pasa de ser perjudicial fantasía, se presta al lucro del traficante verdadero, del que comercia con los figurines de trapo. Aprovechan directamente de la manía de fingir el bienestar, los dueños de casa que perciben, como impuesto a la vanidad presuntuosa, termino medio el 30 por ciento de los ingresos nominales del oficinista, del funcionario y del obrero. Socialmente ése es el resultado práctico del temor al desnudo, a mostrarse como el hombre antiguo. Sastrerías, tiendas y demás negocios de la materia prima del temor al ridículo, recaudan otra buena parte de esos réditos, como se ha llamado oficialmente al producto del trabajo, a efecto de la aplicación de gabelas y para que el rentista de su cuerpo las pague sin resistir. Alquiler y vestido son los polos de las preocupaciones de un pueblo cuyo sibaritismo está en no comer carne.

Orgullo excesivo basado en el haber y el debe y ausencia de un canon en la

conducta (de respeto por la humildad limpia y sana y de metas precisas para la marcha disciplinada de la vida), llevan a ese aislamiento, concéntrico de otros, en los muros de la casa y en el paño del traje. Corbatas y guantes suelen ser las respuestas categóricas a las preguntas indiscretas, que es otra vez la empalizada que divide el terreno cultivado de la zona de los peligros sueltos. A esconderse tras las apariencias, a poner centinelas en torno incitan las fuerzas geográficas, psicológicas y tácticas de la llanura que entran de tan extraño modo transfiguradas al juego de la vida urbana. Son las *dramatis personae*. La erección de una apresurada Babel de valores pone en cada albañil de su propia vivienda la actitud desconfiada que escamotea al prójimo la persona veraz y lo invita a que responda a nuestra mímica estudiada con su títere. Todo ello puede decirse el temor a ser descubierto desprovisto de defensas, sin cuchillo; miedo a que después del festín la sombra de la pequeñez escondida proyecte en la pared su Mene, Mene Tekel Phares.

Se transfieren los sentimientos de inferioridad al plano del rango y de la prosopopeya, y el miedo a la verdad, a la realidad censurada, a no poseer los productos de cotización estable en la Bolsa de los valores circulantes, lleva a rehuir la pobreza como infamante, a contrahacer los aprietos económicos y la ignorancia ingénita con las frágiles apariencias del bienestar ostensible y de la pericia falsificada. De una posición tal, la conciencia conviértese en un nervio vivo para toda alusión al secreto humillante, y la existencia entera reacciona por un complejo de inferioridad, amagada por el descubrimiento de las habitaciones que no se ven desde la sala. El sentido morboso del ridículo con que el farsante de su destino vive en permanente vigilancia de sus defectos, indagando en el transeúnte y el interlocutor los juicios mudos, dan una fisonomía peculiar a nuestros gestos, tan acentuada que el forastero la percibe al desembarcar. No estamos seguros porque los tacos son altos y esto se ve cuando se mira por la espalda al que marcha.

Toda conciencia intranquila de sus fallas y renuncios, cuando brota de un subconsciente inclinado al gozo de los disfraces, aparece como pozo de rencor en el temor del ridículo. Afectación, compadrada, susceptibilidad, provienen de la caducidad de las formas que martirizan las carnes y los huesos. No basta que la convención sea aceptada por todos, que la clave de ficción sea conocida por todos, para que puedan vencerse escrúpulos muy profundos; esa ocultación no conduce en resumen a nada, sino a las ilusiones escénicas —*idola theatri*— que decía Lord Bacon. Se teme en primer término lo que se parece a la lámina fisiológica tabú, a la propia persona despellejada, y en segundo término lo que se parece al mapa indígena de la tierra que nos nutre.

La verdad es terrible donde el que tiene y el que no tiene fingen su revés, pues el juego de los fanchos corrompe la esencia misma del argumento humano y trágico de la vida, como la moneda mala desaloja a la buena. Hasta la desnudez llega a ser un nuevo disfraz con que se tapa algún vestido subcutáneo. Los sentimientos sinceros descansan en la superchería, frangibles a un golpe de aire. Quizá en ninguna otra

parte la amistad esté, en el grado superlativo que en estas tierras de la fortuna urgida, tan expuesta a desoladores percances. La amistad y el respeto se extienden como meras películas sobre el yo, y no se entra nunca hasta el centro de lo que se siente y de lo que se es a través de ese superficial yo postizo. Expone cada cual lo que desea que se vea y huelen a plática de feria los tratos de la tertulia, del círculo social y de la reunión familiar. Todo lo que atribuimos a falta de sentido moral dimana de la valoración mercantil de los afectos y de la repugnancia instintiva por lo que no es válido para el trueque en especie. En un saludo de presentación se estrechan dos manómetros de lo que cada brazo puede. Se intima luego hasta un cierto grado, hasta la sala, y de ahí para adentro comienza el dédalo con que se oculta la verdadera posición económica, el verdadero saber, la índole; y el contacto de la simpatía no es fecundo, como el amor no tiene más conjunción que la copulativa.

De adularse cada cual su propia personalidad, se alcanza cierta conciencia de actor que se mima a sí mismo sin advertirlo, a cierta maestría de estilista que se imita sin quererlo. Conviértese el mundo en un ombligo cuya contemplación explica la variedad de los destinos ajenos por los métodos del mesmerismo. Pasión, franqueza, arrebató, exaltación hacia las alturas diáfanas, se traban en gestos automáticos de precaución, y lo que acaba funcionando es el muñeco de la escondida personalidad, en escena y en entretelones. El «hombre a la defensiva», el «ser reptiliano», el «gaucho ladino», el «narciso», son inveteradas formas de mimarse convertidas en hábitos vitales; algo así como una impostación de conservatorio sobre el registro normal de la laringe. Pueden los peligros ser de tal naturaleza que sólo esté comprometida la parte vestuaria del yo, su rostro escénico, y entonces el actor teme al ridículo gesticulando en solemne su papel. El «narcisismo» tiene también un aspecto distinto del gozo ufano de verse vivir: el temor de verse descubierto. La satisfacción de sí que demuestra *prima facie* es un exagerado miedo a darse vuelta.

En consecuencia, el atento cuidado con que se evita parecer débil, desaliñado, *inferior* y que impele a ostentar un tren de vida impropio del sueldo, a engañar al amigo en los usuales fraudes del crédito, a lucir una existencia caudal sin profundidad y sin lo que los viejos alemanes hasta Goethe llamaron *des Lebens ernstes Führen*, juzga sobre valores de riqueza y no sobre valores morales; toda su filosofía es la del *Sartor Resartus*.

Agustín Álvarez se complugó en hurgar en esta tumefacción del orgullo del analfabeto pobre; ha demostrado que el prurito de aparentar lo que no se tiene, inclusive gloriándose de vivezas de estafador, es un desenlace de la comedia; aunque tiene otros. En eso termina el pseudo-Narciso. Porque se considera menos denigrante la posición desahogada mediante el delito que la escasez honesta: «sin honor pero rico» sería el lema del ingenio indecente.

Es común que el funcionario y el obrero —porque así envilece jugar al duende—, alegan, cuando se conoce lo que ganan y no cómo viven, que tienen otras ocupaciones extraordinarias, viáticos o extras, que reciben subsidios más o menos afrentosos, o que se las arreglan como Dios les ayuda. El miedo a la pobreza como ridiculez se transforma en desvergüenza y después en crueldad. La renta o el otro puesto es la mujer maestra, o la hermana que cose, o el concurso civil, o el garante de sus créditos. Todo lo cual es la técnica de la máscara, contra cuyas demasías no hay sanción en el código ni repudio siquiera. En la comedia de fingir para esconderse, el ser más débil fue otra vez el personaje dramático. Posición falsa y deprimida por excelencia, es la de la mujer que contribuye a sostener su hogar: maestra, empleada, obrera. Considérase vergonzoso reconocer lealmente a la compañera su calidad de contribuyente, sin consentir tampoco del todo que sea la fémina hacendosa que cuida de los hijos, cuece, asea y recibe en su cuerpo el amor. Porque se teme no ser suficiente marido. Su posición equívoca proviene de un complejo en que también ella está complicada, por amalgama de estos sentimientos; desprecio-vergüenza-necesidad. Se la necesita, se la aprovecha sin reconocérsele derechos en pie de igualdad, y se quiere que en el taller y en el escritorio proyecte a sus ocupaciones los deberes propios del hogar.

A la mujer le cupo, junto al hombre, un lunar vergonzante frente al temor. Despreciada primero, considerada después como el anexo incómodo, ahora sale de su casa a ganarse el pan sin que su último sacrificio inspire respeto. Hasta hace pocos años se le exigía un recato servil, para que se diferenciase netamente la esposa de la concubina. La mujer casada encomiaba siempre un Goha qué, si caía en sus brazos, estaba pronto a denunciar el adulterio; y si no caía un censor. Su profesión era la castidad y sus derechos se reducían a cumplir sus múltiples deberes. Más adelante la vida fue haciéndose también áspera para ella, en la disputa del salario, y tuvo que entrar a donde trabajaban los hombres, a competir con quienes no le concedían ni siquiera la clemencia que merece la bestia cargada. Se ganaba su pan y se la consideraba una pobre hembra sin familia, con los estigmas de la pobreza, de la soltería o del matrimonio infeliz. Entraba con valor a los talleres de máquinas para hombres, a los estudios y escritorios de negocios para hombres, a las oficinas de anécdotas para hombres. Se sentaba junto a ellos, percibía un sueldo miserable por la misma faena; era cortejada por el capataz y el jefe que se creían con un derecho intrínseco a su honra, y no se la consideraba obrera ni empleada: se la consideraba mujer. Exigíanle belleza, un cuerpo esbelto como si fuese una mercadería de lupanar. Las feas iban a las fábricas. Paulatinamente fue apaciguándose la mirada del macho, se dejó un poco de lado la buena presencia, que era el certificado de idoneidad, y porque el ser humano no puede ser menos que el perro, se comprendió que una necesidad imperativa las arrancaba del hogar y las ponía, como a ellos, en una silla frente a las máquinas, encorvándolas sobre los libros de contabilidad. No conspiraban contra ellas los hombres, sino el armazón metálico de la sociedad; ella no había

acabado de despojarse de su antiguo papel de animal de carga, ni cumplía su función con aire resuelto y convencido. Dudaba, como el pájaro viejo encima de la jaula. Nada más tristemente paródico de la *flapper*, de la taquidactilógrafa que esta mujer, de manos curtidas de lejías, en la oficina. La ciudad entera no era una fábrica, para que ella pudiese estar en el escritorio como en su casa. Llegaba avergonzada, como si robara a los otros su pan, como si todo lo que le circundaba no fuera una casa inmensa donde estuviera como en su trabajo. Insegura de su nuevo papel, concurría a la tarea como a una cita. Faltábale la conciencia de su capacidad como instrumento de acción aplicado al mundo; y el mundo rechazaba en ella un insólito avance, desde siglos contemplada como instrumento de placer. Ahí está todavía, sin haber claudicado del todo de sus tremendos deberes de antea. La humillación del hombre la llevaba en su cuerpo y su carácter. En la lucha por la vida, en el viaje de su casa a la fábrica y en los días de descanso, se le exige que retorne a las antiguas costumbres y que el domingo conmemore su viejo cautiverio. Los días de fiesta y las horas de descanso la retraen a sus compromisos antiguos: no tiene libertad, poniendo las cosas en orden para la nueva semana. Síguesele imponiendo la misma conducta irreprochable desde el punto de vista de la moral común; no se la dejó libre para que viviera, como se la dejó libre para que se ganara su pan. Independizada del hogar hasta cubrir el déficit del ingreso del varón, se la mantiene sumisa, censurada, con la cadena de los prejuicios sexuales al pie. Se sancionan leyes que la amparan, pero no tiene amparo. Mañana podrá divorciarse y volver a casarse, podrá votar, pero no será libre. Cien mil ojos la vigilan cuando sale de su casa, cuando se sienta en su silla frente a las máquinas o se encorva sobre los libros; y cuando vuelve. No es en la calle ni en su casa más de lo que fue ayer, aunque ahora regrese con su salario en la cartera.

## CORAJE Y TEMOR

Estas formas de hipocresía y de orgullo, concuerdan con otras más complicadas. El haz en que se reúnen forman el temor, el miedo a una realidad que no ha muerto. La evasión de la propia persona concierta con la simulación mimética y con el desafío que consiste en exhibir con descaro los ímpetus antisociales, como defensa blindada del yo. Se completa así el cuadro de las clásicas reacciones miedo: la acometida, que caracteriza al carnívoro; la parálisis o cataplexia, que caracteriza al pájaro y al insecto; y la fuga, que caracteriza al herbívoro. En el insecto hay una imposibilidad de movimiento que parece una simulación con todo el cuerpo, hasta que todo su cuerpo y sus movimientos, toman las apariencias de los objetos que le sirven de amparo; el pájaro queda atónito en una fijeza cadavérica que destaca la vida del ojo redondo y la titilación del párpado lateral. El carnívoro no ve el mundo desde el foco



desvalido del animal inerme, sino desde el conjunto de sus músculos y de sus necesidades orgánicas; su experiencia de cazador afortunado le ha dado una unilateralidad de movimientos hacia la presa, y acorralado o enfrentado por una bestia que le acomete, él, que no tiene espalda porque todo está construido hacia adelante y proyectado hacia afuera, embiste. La embestida es el miedo que no encuentra otro camino que a través del enemigo; la ferocidad del carnívoro corpulento, de hábitos solitarios, cuando no está punzado por el hambre o el celo, es de la misma especie que el valor del héroe en el momento de peligro: una reversión instantánea del miedo. El herbívoro huye porque tiene su fuerza en las patas, adaptadas a la marcha, y porque es el movimiento psicológicamente más simple. En cambio, el hombre reacciona según todos esos modos, física y psicológicamente. Según los temperamentos, plantea en forma terminante el problema, arrostra una a una las dificultades oponiéndoles simétricamente razones o recursos de contención: o permanece neutro, con una indiferencia de la que saca partido, ajeno al sentido humano de los hechos que presencia: o vuélvese evasivo, hipócrita, mendaz, cínico, sin que ninguna de esas actitudes corresponda a una concreta postura. Estas reacciones preventivas suelen ser desmedidas por influjo del orgullo, de la pasión, del interés, y hasta de la timidez, tan astuta como Nietzsche ha visto. El militar, el juez, el sacerdote y el capitalista, se encuentran poseedores de un poder desproporcionado con relación a su biografía, con una capacidad de acción demiúrgica, que sólo entra en función total en cuanto ejercen un poder por delegación que aprovechan en beneficio personal. El primer movimiento se dirige a aumentar en proporción a la eficacia de ese poder, la resistencia del medio en que ha de ejercerse. Pues nadie satisfaría su conciencia ejerciendo un poderío desproporcionado sobre súbditos imbeles. El tirano empieza por conceptuar las fuerzas vivas de su alrededor como dotadas de cierta peligrosidad de cualquier orden. Cualquiera de los investidos con una cantidad de poder, han de conservar en torno la necesaria tensión y hostilidad. El militar concibe peligros de invasores, y la defensa nacional deja de ser un miedo a fantasmas para convertirse en algo corpóreo, sin cuya existencia verdadera desaparecería automáticamente la razón de ser de todo el cuerpo. De donde los armamentos crean el peligro y justifican por petición de principio el peligro contra el que se los adquiere. Por la misma razón el juez necesita considerar la sociedad como una organización secretamente juramentada contra el orden y la justicia. Todo movimiento de vida libre que no coincida con los códigos de mensura de Procusto, adquiere caracteres de transgresiones que repugnan a su más íntimo sentido profesional de la justicia, hasta que se convierte en un fiel servidor de viejos prejuicios que acaban por constituir la verdadera armazón jurídica de la sociedad. Asimismo, el sacerdote tiene la obligación de ver el pecado en vez de la injusticia, y por necesidad del oficio, por desarrollo gimnástico de esa facultad de descubrir al diablo, convierte el mundo en un infierno plagado de asechanzas y males. Y así se justifica, porque su razón de ser es el expurgo de un mundo diabólico.

## LOS MIEDOS EUFÓRICOS

### I

El dueño de su vida, que no amenazaban contingencias de bulto, quiso la posesión de la fortuna a breve plazo. Ahora tomaba el aspecto del apuro, su temor, de ganar y escapar. La sensación de vivir sin mayores obstáculos generaba la conciencia falaz del poderío. A todos acometió la fiebre palúdica de enriquecerse sin trabajar. La manera más rápida de lograr fortuna era el juego, y mil circunstancias ofrecieron pábulo a la aventura. Cosechar, comprar títulos, invertir fondos en hipotecas, ahorrar, adquirir propiedades, todo era como apostar en un gran garito sin paredes.

Arrojado el miedo de un lugar a otro, sacado de las casas y puesto en transacciones y especulaciones de Bolsa, era exactamente el envés de lo mismo. Quien poseía un terreno soñaba con la fábrica del vecino; todo se vendía y se compraba mediante operaciones bursátiles; la tierra era como la moneda; la moneda era como el billete de lotería; y grandes fortunas se esfumaban o multiplicaban como sueños. Documentos, escrituras, boletas, contratos, pólizas, parecían naipes, y la riqueza a nada se asemejaba tanto como a una baraja de abundantes oros y espadas en manos de una cartomántica. El dinero no tenía un valor fijo, y la danza macabra de los valores y títulos era el *delirium tremens* de la ambición. El oro surtió el mismo efecto del alcohol. El gobierno que obtenía el empréstito caía en un estado eufórico que transmitía al pueblo, porque las operaciones financieras tienen carácter mágico, como la compra a crédito, y las esterlinas eran la lluvia de maná en el desierto. Para el pueblo ese alcohol era confianza, fe, entusiasmo; y emprendía con intrepidez todas las obras propias del entusiasmo y el coraje. A cada remesa subía el precio de los bienes raíces y de las mercaderías, y aumentaban los sueldos. Ingresaba a la circulación un tóxico que relevaba de responsabilidades y preocupaciones, pensándose que ese estado de euforia transitorio era la realidad, el estado definitivo. En manos de gobiernos cartománticos, del oro maná podía sacarse partido hasta para los fraudes electorales. Se pensaba que fuera el advenimiento de la realidad latente, y toda Trapalanda tomó el engañoso aspecto de la inflación, las escrituras, los títulos, los precios, los ferrocarriles, el telégrafo, los libros y los edificios públicos. Naturalmente, ese inverecundo frenesí de grandezas provenía de la abundancia cretácea de la tierra, de la fecundidad de los ganados y las simientes en contraste con la esterilidad de las mentes, con la aridez humana y con la holganza que se complacía en contemplar un adelanto general que no era obra de sus manos sino dádiva. Fue otro aspecto del fruto adulterino de la pasión del hombre estéril y de la naturaleza fecunda, especie de arrebató místico con que la realidad se engrandeció. Si ésa no es la reacción del miedo colectivo, es la conciencia que teme despertar y se lanza a la

mentira y al fraude. Nada más cobarde, pues, que soñar con los ojos cerrados frente a la realidad conminatoria, urgente, fuera de la lógica y del cálculo. Todos tenían la intuición de que se vivía al borde de un cráter, y aun aquellos que llevaban sus ahorros al coloso de Suramérica, subconscientemente procedían contribuyendo con su óbolo a contener el desastre del despertar. Entonces como ahora, proclamar la grandeza, el progreso, la potencialidad económica, la excelencia de nuestras obras literarias y artísticas, eran transferencias de un orden muy complejo, relegándose al subsuelo los pensamientos tabú, aquellos pensamientos que tenían voz potente como para pronunciar la palabra que destruiría el encanto. Estadistas y legisladores, comerciantes que giraban a crédito, empleados que adquirirían a pagar por cuotas, terratenientes que habían hipotecado sus campos; y todos, en fin, los que poseían bienes sujetos a quiebra, eran los interesados en falsear el verdadero sentido de esa riqueza hipotecaria. Los que tenían su lugar asegurado en el espectáculo, insistían con toda la fuerza del temor en acentuar ese optimismo desesperado. En virtud de ese esfuerzo por desfigurar la realidad, el pueblo adquirió esos matices psicológicos que el forastero percibe de inmediato, como «el espíritu a la defensiva», «la tristeza», «la espera del mañana». Los irremisibles vencimientos de esos créditos llevaron al pueblo a la neurosis de vivir en el estado de ánimo de quien tiene que salvar, mediante una prórroga de un crédito que se ha tomado sobre el porvenir, la falencia actual.

Las provincias del oeste y del norte, la mitad geográfica de la República mejor dolada por sus costumbres, su laboriosidad, su cultura y su bienestar, pero alejadas del puerto por donde entra la droga clandestina, se derrumbaba en presencia de todos. La población emigraba concentrándose en las tierras litorales, de buenos pastos; el analfabetismo era invencible como el yuyo y campos que se habían conquistado para la agricultura regresaban a barbecho de pastores. Frente a los adelantos debidos al concurso del capital y de los empréstitos, el avance retrógrado de la realidad que se quería anular cerrando los ojos. Se creaban casi instantáneamente veinte bancos con capitales nominales cuando estaban por cederse las Aduanas, en una insolvencia que resultaba del déficit acumulado durante ochenta años. Las finanzas se consolidaban por la cesión de tierras a los ferrocarriles y por todo género de prerrogativas dadas a la colocación del oro amonedado. Cada ferrocarril que se tendía para una grandeza futura, hipotecaba ese mismo porvenir en que se confiaba tan ciegamente; y todo eso era el temor a que el uso del caballo como tracción, a que la técnica manual concordante con las cosas, destruyera la hipótesis forjada por aquellos que salieron del caos de la tiranía y quisieron recuperar de golpe el tiempo perdido.

## II

Las oscilaciones de los precios de la propiedad han estado correlacionadas con el estado de seguridad del país, como si el canon inmobiliario fuese cuestión de estados de ánimo. Más que el valor de las tierras y los bienes inmuebles y semovientes, por la utilidad, la ubicación y las comodidades, se avaluó por la seguridad que el propietario tenía en la posesión y el disfrute de ellos. Lo que no podía ser arrancado, violentado ni perdido por cualquiera de los accidentes comunes, valía como la vida. En razón del riesgo despreciábanse las cosas y se valoraban en razón de su seguridad. Todo esto es, superficialmente muy simple, tan simple como en los orígenes del derecho y de la moral. Hasta que un empleo inamovible valió más que una finca, un terreno en el centro de Buenos Aires más que una estancia lejos, y un diploma universitario más que una casa.

También un movimiento primario de defensa de la vida, ante peligros reacios a ser encasillados, llevó al hombre de la pampa a tasar su existencia, muchas veces salvada como por milagro, en más de su precio humano. La choza indemne y el cuerpo ileso salían de la prueba con un plus de orden mágico. Esas defensas de la vida venían luego a tener un sentido nuevo, de valer, independientemente de lo que significaran como residencias del habitante y de su alma. Lo que se había salvado del peligro tenía derechos, como el héroe, al merecimiento público, el subsidio y el galardón por añadidura. Se hizo mana de la suerte, y los locales próximos a las comisarías regaron el yuyo de los distantes. Suerte era más que capacidad, era destreza y un plus encima.

Hay, pues, un proceso animal, instintivo, en la supervaloración de lo propio conseguido con riesgo, que puede dar origen a una tabla de Mendeleiev y de los valores apócrifos en la economía y en la cultura, cuando los conceptos de valor se agrupan según pesos específicos de lo que valen los bienes para el que los detenta y no para la comunidad. Potenciase lo hostil, lo impávido y guerrero, dentro de una existencia aparentemente pacífica y de un orden de cuartel. El mérito y el costo de esos bienes dependen de las mismas circunstancias que los engendraron, meras contrafiguras de los estados de ánimo. Si las fuerzas morales no se ejercitan paralela y cotidianamente al éxito de cada día que se vive, acaban por someterse al proceso instintivo de supervaloración de lo que se conserva a la vista y en la mano. Y entonces las fuerzas automáticas de la defensa y de la agresión pierden todo control natural. Al juicio ecuánime del filósofo y del hombre recto se opone el criterio del traficante que mide y pesa y del centinela que reduce su atención a lo que entraña una amenaza. Simultáneamente se opera la caída de los precios y la depravación del pueblo, conforme el justiprecio de la vida y sus bienes y de la propiedad y sus rentas se concentra en las alternativas de tener o no, de estar salvaguardado o no. Porque regularmente lo que se respeta como patrimonio del prójimo es lo que se desea, y se desea lo poco que se puede invigilar con los ojos y resguardar con las manos y con las leyes. La falsa victoria desprovee al mundo de sus dificultades reales, como el revólver anula instantáneamente la superioridad física del rival, sometiéndolo

brutalmente de un tiro; no considera lo que está organizado para el triunfo, sino lo que está armado.

Los precios y las estimaciones han ido juntos, por comunes vicios de desarrollo. Las crisis económicas comprometían las vidas, en razón de que con matemática regularidad la caída de los precios produjo levantamientos y revoluciones. Desde 1852, con la derrota del coronel Hornos y del general Madariaga por las tropas de López Jordán suman setenta hasta la derrota de Yrígoyen por las derechas del irigoyenismo. Inversamente, las asonadas y motines produjeron la caída vertical de los precios. Pudo verse con claridad que la orgía de la prosperidad era la salida gozosa del peligro y que el miedo había levantado palacios y escoltado la entrada de los empréstitos victoriosos. La revolución de 1874 sembró tal incertidumbre, que los propietarios de bienes raíces procuraron vender a cualquier oferta sus fincas; y el pánico agravó la situación económica que, a la vez, había provocado el alzamiento de caciques y generales como causa mucho más profunda que una candidatura civil a la presidencia de la República. En esa emergencia la propiedad raíz perdió la mitad de su valor y los quebrantos comerciales y bancarios, que constituyeron la terrible crisis de miedo de 1873 a 1875 arrasó con los ahorros de los trabajadores y con los acopios de los terratenientes. No estaban los poseedores tan seguros como sus posesiones; las almas no tuvieron tiempo de asentar sus materiales de construcción, su cal, su arena y su ladrillo; y un viento de la pampa demolió los recintos en que el temor estaba escondido. Dentro de esa construcción económica que parecía tan segura, habitaban las presas palpitantes hechas al mundo del azar y de la muerte y al rebato por una cualquier alarma se rebelaron comiéndose los campos, las casas y el papel moneda. El Banco de la Provincia, acometido del misino pavoroso furor, fue el causante de esa depreciación total; la inestabilidad de cuanto pudo sustraerse al azar y la violencia, había hecho de esa institución un coloso, como se le llamaba; pero levantado sobre arena y fortalecido con aportes de gentes que vivieron en la inquietud y en el apuro de acumular, depositando en sus arcas lo que no se quería perder, se destrozó derramando los miedos acumulados sobre la ruina. Obligó, por procedimientos coactivos, con todo el rigor de sus estatutos, a que los deudores cancelaran sus cuentas en plazos perentorios. Habían sido contraídas esas deudas por préstamos hipotecando la lluvia y el sol de meses venideros. Y esa esperanza, salvaguardada por veinte años de paz institucional y de guerrillas para afianzar la paz institucional, levantó los precios y los ánimos, sirviendo al juego de los especuladores que siempre entre nosotros han invocado la patria y el porvenir. Los deudores tuvieron que desprenderse de sus bienes a cualquier precio, casualmente en los momentos de angustia, como si devolviesen en la calle al Banco de la Provincia el traje ajeno. Una medida en tal grado contraria a la sindéresis de la economía y tan lógicamente concordante con las buenas prácticas montoneras abolidas de derecho, valió como un llamado a la realidad y un contacto del hijo de la tierra con la tierra. El miedo aniquiló la mentira superfetada a las cosas por el júbilo del salvamento de la vida, las

casas recobraron su tarea verdadera y los campos su cosecha legítima, cortados por la mitad.

Aun cuando hubiesen desaparecido los procedimientos del arma blanca en los terrenos, de los intereses políticos, estaban vigentes en los reductos almenados de las finanzas donde, como en los tribunales, en el congreso y en la Casa Rosada, se habían refugiado bajo los atributos de la Ley, la libertad y la fuerza.

Se pensó entonces que fuera necesario llevar la calma a los espíritus amedrentados, reconstituyendo al coloso levigado, legislando sobre las tierras públicas y ofreciendo en la potencia del Estado un palmo de suelo en que hacer pie. Desde Avellaneda y Pellegrini se ensayaron diversos regímenes territoriales y monetarios que tendían a atacar el mal en sus orígenes. La euforia de convalecencia demostró que se había acertado, al menos para cincuenta años. Entre los que en la misma emergencia se ocuparon de estudiar el desastre, don Francisco L. Balbín propuso para contrarrestar el pánico, «la tranquilidad política»; y don José A. Terry comprendió que esa crisis y la consiguiente crisis de progreso que la siguió, eran productos del miedo. Pero ese miedo es muy viejo, compone los tejidos subcutáneos del adelanto mismo y el clima natural de toda Suramérica. Lo tenemos en la sangre como la forma de la soledad. Para obtener la tranquilidad política era preciso desbravar por la dádiva y por el ejercicio constitucional del poder a las milicias cebadas años antes en el atropello y el despojo, a los dueños del suelo que había hipostasiado los conceptos de patria y de propiedad, de heroísmo y de patriciado.

Sobrevino al pánico una crisis inversa, una reacción de esperanza y de afirmación igualmente intensa, con que la propiedad, bajo la égida de un gobierno militar, que extinguió al indio, distribuyó las tierras e hizo de la Capital Federal el tesoro en que las provincias depositaron sus economías. Progreso y paz difundíanse al amparo de la espada, con la renovación de los uniformes y de los armamentos y con la ley del servicio militar obligatorio. El miedo podía volver a su trabajo y a darse prisa por coleccionar sus pingües cosechas.

### III

Bajo un gobierno de militares, hacia 1880 se produce la segunda crisis de grandeza ficticia. Al trastorno de las cosas de la pampa permanecía indiferente Buenos Aires, ocupado aún en el problema de la sede federal del gobierno y de las Rentas de Aduana. El problema político se había metamorfoseado, como el de las fuentes de producción, y de político se hizo económico; pero el nuevo avatar económico era la misma sustancia política, y la sede del gobierno federal y la distribución de la riqueza, el mismo antiguo problema de la hegemonía de la metrópoli sobre las provincias, y de las ciudades contra las praderas y el desierto. La terminación de la

guerra del Paraguay había sido el finis de un desastre económico. En ella se invirtió íntegro un empréstito concertado para obras públicas y de salubridad y se desbancó el tesoro nacional. Tras las crisis que se preludian en 1873 y 1880, no resta sino la guerra con Chile, como tras los malos negocios el incendio.

Las guerras fueron causa del empobrecimiento; pero el empobrecimiento fue tantas o más veces causa de las guerras<sup>[14]</sup>. Pudo evitarse la guerra con Chile, aunque los gastos que se hicieron para llevarla a cabo no tuvieron otro resultado que el aumento de los armamentos de las plazas. Nos hubiera convenido más hacer la guerra y perderla. Dice a este respecto Terry: «La guerra del pasado fue reemplazada con la crisis económica, financiera y monetaria más larga y más cruenta que registra la Historia de la humanidad civilizada, complicándose en los últimos años con la paz armada». Porque ésa era la segunda verdad: una paz de posguerra en las cosas que inducía a creer en la paz.

Fuerzas sólo orientadas en el sentido del ataque y la agresión como sistema de defensa, empujaron a la bacanal que fingía la abundancia de recursos sin ser más que abundancia de bríos y combatividad. Hacia 1888 el desenfreno económico era lo simétrico inverso de la fiebre amarilla y el cólera. Participaron de la orgía, cada cual en su esfera, el gobierno y los ciudadanos. Habíase perdido toda noción de la dignidad, de la responsabilidad, del honor. Se contraían deudas con la conciencia absoluta de que no podrían saldarse; tomaban todos cuanto podían como el que robaba su propia casa y su ciudad con urgencia. Los bancos concedían créditos al descubierto y abrían cuentas corrientes a quienquiera; víctimas del delirio colectivo, contribuían de reflejo a aumentar el delirio. Emitíase papel moneda y cédulas hipotecarias sin respaldo; se descontaban documentos a nombre de personas imaginarias. La cédula hipotecaria fue un símbolo, un verdadero título nacional, porque todo estaba hipotecado, hasta el papel moneda; y el hipotecario era un banquero desconocido. Nadie ignoraba que las emisiones, los títulos y los valores de la propiedad eran mentira y fraude, pero la mala fe los recibía y los daba en un juego de monederos falsos a cara descubierta. De 1887 a 1888 la deuda consolidada alcanzó a doscientos veintisiete millones de pesos, es decir, a ochenta y siete millones más que hasta entonces.

Sarmiento calculó en 1885 en trescientos millones la deuda externa y, parodiando con su buen humor acerbo una cuarteta popular, escribía: «Silencio, que al mundo asoma la gran deudora del Sur». Él, incapaz de administrar sus pobres bienes, tuvo parte en el escándalo financiero, por su afán de que el país fuese grande como él lo quería. Y después de él, los que quisieron que fuese grande como ellos lo querían, siguieron precipitándolo en la ruina. En 1900 la deuda consolidada, interna y externa, superaba los trescientos noventa y dos millones de pesos oro. Ese estado ficticio de las finanzas y de la economía condujo a un desorden en los gastos particulares semejantes al del gobierno, cuya característica había sido desde 1829.

Al fin de cuentas, en los desastres de esta clase, la pérdida efectiva es la

decadencia moral, el saldo desfavorable en la honestidad, que no puede cancelarse. El derroche de dinero que hacían los bancos produjo desde 1889 un derroche equivalente en el consumo. La vida privada se había amoldado a esas formas inmorales de operar los bancos. Gobierno y Banca convirtiéronse en escuelas públicas de escándalo y de dilapidación; enseñaban a degradarse. No se sabía cuál era el valor efectivo del dinero, ni cuáles los límites legales de adquirirlo o la baquía consentida de no perderlo. Como en el tahúr y el bandido, poseer era la excusa para dejar en libertad los instintos sofocados. En la dificultad de manejar onzas, se manejaban fichas y los valores-máscaras asesinaban impunemente a las auténticas piezas de oro. Comenzó a escasear el trabajo, y la desocupación no fue tanto la falta verdadera de empleo de los brazos, cuanto una parálisis debida al desarreglo de años anteriores. La realidad comenzaba a inspirar horror y se prefería desfigurarla bajo aquellos atavíos indecentes. Pero la realidad iba haciendo su camino a pesar de los desvaríos de la imaginación. Pudo con justicia llamarse «creaciones fantásticas de imaginaciones enfermas de miedo», a esos disfraces espléndidos con que se quería cubrir la realidad ominosa.

El lujo desproporcionado y la pérdida del sentido de valor de las cosas y del dinero, como la desfachatez que implica en el justiprecio de lo moral y de lo inteligente, son fenómenos colectivos de la salida súbita de un peligro. En ocasión de la peste negra, Europa cayó en un delirio semejante, y tras la última guerra se renovó esa inflación de los signos extraños a la cultura y la civilización. Quién sabe hasta dónde no fue una resulta de aquellos espantos medievales la sed de expediciones y descubrimientos, de grandes empresas mercantiles; y la fiebre industrial contemporánea. También entre nosotros la fiebre amarilla y el cólera produjeron sus epidemias morales sin que nadie haya compuesto su Decamerón. Solamente que aquí el espanto de la muerte y la certidumbre de lo pasajero de la existencia originó la inmoralidad económica semejante a la de costumbres; porque el fin de nuestros esfuerzos es la riqueza y no la vida misma.



# SEUDOESTRUCTURAS

I. LAS FORMAS

II. LAS FUNCIONES

III. LOS VALORES

# I

## LAS FORMAS

### CÉLULAS Y ALVÉOLOS

Un código y un panal son estructuras que corresponden a dos aspectos de actividades, pero que encierran una historia vívida y ordenada. El panal es la forma materializada de un instinto de agrupación y labor orientado en dirección precisa; un código es la forma también materializada de una concepción del orden y de la justicia, orientada igualmente en una dirección precisa. Resultan ambas de un trabajo lento de cristalización, y responden a una potencia interna de simetría y de método semejante a la de las formaciones geológicas y de los sistemas óseos. Cualquiera sea su valor en el destino de la especie, anatómico o mental, obedecen a una intrínseca necesidad de economía, de sentido y de experiencia. En último término constituyen estructuras en cierto modo rígidas, como la estructura vital y específica de cada individuo. Dentro de esas formas, como dentro de su cuerpo, la acción y el progreso evolutivo de los seres halla su natural limitación y su fuerza. Con ellas se traza un límite infranqueable, lógico y concreto a la infinita posibilidad de las formas, sujetándose a leyes naturales que dan una dirección fija a la actividad. De ser hombre desaparecen para el ser humano infinitas causas de no ser nada o de ser otra cosa y se libera del compromiso de convivir simultáneamente existencias de distintas modalidades. Dentro de esas estructuras generales, otras concéntricas, van delimitando a la vez microcosmos de formas también infinitas, y que son lo que Simmel comprende en la definición de los círculos sociales, cuyo entrecruzamiento da origen a la variedad inagotable de los temas de la vida. Así cada institución, como cada código y cada panal, es una estructura, como lo son a su vez la moral, la religión, el idioma y las demás familias en que se agrupan los signos de la civilización y de la mera existencia vegetativa. Pero así como es posible alcanzar por cristalización las formas estructurales adultas, es posible incorporárselas por adaptación, conviniendo en respetárselas como condición sine qua non de la existencia. Sin duda, es ésta la forma última y la que constituye la totalidad de la vida del hombre, que ha superpuesto a las normas específicas otras basadas en la convención, en gran parte constituidas por la educación y la experiencia, con el élan primordial hereditario. Al nacer encuentra el

hombre su sitio dentro de la sociedad y queda apresado por la inflexibilidad de los alvéolos materiales y psíquicos, dentro de los cuales ha de desarrollar indefectiblemente su ser y su poder; contribuyendo a que cristalicen aún más inflexiblemente esas formas que adquieren, a medida que envejecen, el sino de una fatalidad cósmica. El grado de civilización, pues, se aprecia por la cantidad de formas que han llegado a su período crítico de cristalización. En tanto el pueblo forcejea por librarse y por someterse, a un tiempo, a esas normas que parecen extrañas a él, aunque constituidas por una sustancia que segrega, una perspectiva libérrima y rica de posibilidades parece envolverle; sin que esas fuerzas le coarten, parece moverse con mayor gracia y formular mayor número de promesas. Aunque esa posibilidad de variación y de cambio, en una metamorfosis caprichosa, lleva inscrita en su misma veleidad el signo percedero, superficial y lúdico. Pero lo que no cristaliza en forma concreta, lo que no vive más allá de la vida individual, desaparece, dejando a lo más, en la historia de la serie, el rasgo de una tentativa frustránea que puede ser hermosa y aun henchida de admirables sugerencias. Así mueren los seres extraordinarios y los teratológicos, y para ninguno de los dos se abre sin término el porvenir.

Paralelamente al desarrollo cristalográfico de las estructuras sociales, pueden tener lugar variaciones similares, que asuman en un momento dado, la apariencia de una estructura concreta. Son las pseudoestructuras consistentes en sus líneas generales, en el contorno de su fisonomía, pero huecas de sentido y de sustancia. Podrían llegar a ser sustitutivas ortopédicas de esos órganos vitales faltantes, pero a la larga acusan quiebras irremediables, y puede asistirse de la manera más inesperada al fracaso y derrumbe de un segmento de esa realidad, sin que afloren a la vista las causas de la decrepitud. Por lo mismo que no nacen de la totalidad de los instintos o de las disposiciones, sino que forman una costra adaptada, funcionan con cierta anomalía y se mantienen en un equilibrio precario, que la mirada del observador profundo ve declinar o desviarse, pudiendo a veces, y a veces no, señalar los puntos débiles en que se producirá la fractura. En reemplazo de esas organizaciones técnicas y naturales, en que antropológicamente colaboran la suma infinitesimal de los aportes individuales, nosotros hemos construido por influjo de hombres de talento, de la variada y contradictoria aportación del inmigrante y de la adaptación del nativo, falsas formas que no concuerdan ni con el paisaje ni con el volumen total de la vida ni con su orientación nacional, dando una resultante asintótica que constantemente fuerza a la figura obtenida a tomar un cariz herético y cismático. Era el único recurso que teníamos, fallos de ancestrales alvéolos. En lugar de la formación cristalográfica, la imitación de fábrica. Los hemos construido como un panal comprado: pero cualquiera que sea hoy el grado de utilidad y de servicio que presten esos sustitutivos, no pasan de ser meros recipientes de un contenido informe, inorgánico y fermentescible. El error, si lo hay cuando una poderosa necesidad obliga a tomar sin escoger, ha estado en querer adaptar con demasiada premura y tesón, formas lógicas e ineluctables de otros medios, a éste en que la natural disposición de sus habitantes, la

ilimitada amplitud de sus horizontes, orientaban en direcciones peculiares. Bastaría tomar como ejemplo un tema, verbigracia, la religión, que sin ser el más fundamental y típico parece haber logrado una densidad coloidal. La religión en nosotros es una fórmula y no un vínculo de fe; una creencia individual y no una fuerza social, entre cuyos caracteres sobresalientes está la falta de fe. La liturgia y lo exterior de la religión, lo eclesiástico del templo y la doctrina, lo político de su acción social y catequística, se superpusieron a los embriones del fervor místico. Fallaban elementos ambientes que nutrieran el subconsciente religioso, hallándose el creyente en la disyuntiva de una tradición que no concertaba con ninguno de los signos externos de la vida y una realidad que repelía las formas crónicas del catolicismo que vive de la catedral, el museo y la trama de los tejidos culturales, éticos y sentimentales de que es una consecuencia fatídica. Aquí se combatió por la religión, pero fue una lucha política en que al grito de ¡Viva la religión! y ¡Abajo los herejes! se pretendía derrocar un sistema de gobierno, el de Rivadavia, para imponer otro, el de Urien. Más que de un sistema de gobierno, de un sistema de ideas políticas, sin que ese sistema ni la religión que le servía de sustentáculo tuviesen parentesco consanguíneo con la religión de la fe. La manera como habíamos de vivir, de luchar por la libertad, por darle forma a nuestra sociedad, nada tenía que ver con el catolicismo. De ahí los esfuerzos ímprobos de algunos patricios, como Moreno y Monteagudo, por reformar al mismo tiempo que la tradición histórica la tradición espiritual. Si esa religión se consolidó y si llegó a ser justamente el culto oficial del Estado y una fuerza secreta y omnipotente en el orden institucional y administrativo, tiene que haber quedado sofocado, bajo la armadura triunfante, un cuerpo vivo que ha de forzarla en todos los puntos de menor resistencia a ceder al desarrollo de la energía enclaustrada. Hasta que muera o se liberte.

## LETRA Y ESPÍRITU

El hombre de la pampa sintió en carne viva el rigor de la ley antes de comprenderla. Para su alma dilatada y sin forma, todo lo que significaba traba, persecución, prohibición, despojo inapelable, representaba la ley. Consideró a la ley como un nuevo mundo de dificultades escritas que se oponía a su voluntad de triunfar y a su instinto de conservación. Se defendió con el cuchillo y con la soledad, campo afuera. Luego ensayó la forma de eludir la pena, pero al mismo tiempo la posibilidad de conocer la ley y de burlarla en cuanto no preveía casos particulares referentes a él. El conocimiento de las leyes para escapar por sus resquicios, habría de ser el salvoconducto más seguro para violarla, pues regularmente el que hace la trampa es el que hace la ley. Para vivir sin sobresaltos era preciso estar al tanto de los pormenores de las ordenanzas, los edictos y también de la jurisprudencia empírica;

averiguar cómo la ley podía ser eludida con un quite oportuno. Sin códigos, una sociedad sería tan poco viable como otra que rigiera sus actos cotidianos por esos códigos. Ese estado jurídico debe corresponder a la conciencia social, nacer de su costilla, ser aceptado como un bien, representar un orden ideal en un orden real. En ningún caso puede parecer, aunque lo sea en verdad, un sistema coercitivo que se oponga o violente el fluir normal de la vida, porque la resistencia que por reacción automática provoca, acabará por sacudirse la norma como una coyunda molesta. Un pueblo incapaz de vivir con arreglo a principios íntimos de justicia, es indigno de poseer leyes equitativas o, lo que es lo mismo, merece existir fuera de la ley. Un código ha de ser el coronamiento de la norma consuetudinaria, un caso de apelación para corregir desviaciones perniciosas a la integridad y salud de la sociedad. No ha de sentirse que existe, en el estado normal, como una víscera sana. Si ese derecho no está inscripto en el alma del pueblo; si sus instituciones familiares y públicas no ofrecen un campo propicio para la aplicación de los preceptos, ese estado sostenido por la fuerza de la ley es falso. La vida total, cuyo curso toma las variantes y sinuosidades de su propio fluir, marcha por otro camino que el de la ley y lo más sensato desde el punto de vista moral, sería levantar las compuertas y dejar que halle su cauce con arreglo a su propia ley de primitivo. Su justicia no es la justicia escrita y busca imponerla como dictado de su conciencia; su respeto no nace de una íntima acomodación al lugar y al tiempo, sino que puja por alcanzar lugares que le están vedados, aun conforme a las leyes de la naturaleza, bajo declaración jurada de proponerse el bien.

La adopción de un sistema de gobierno, como la sanción de leyes perfectas, pueden ser las trabas éticas, intelectuales y políticas más graves para el desenvolvimiento de la vida de un pueblo. Cada pueblo exige su constitución y su ley; y si no se concibe que pueda existir sin ellas, es porque no se concibe un pueblo que haya crecido lejos del foco en que la vida y la ley forman una unidad; porque se rechaza la posibilidad de un pueblo de esa clase que pueda llegar de súbito a la forma jurídica. La adopción de leyes largamente confrontadas con la experiencia por lo que se entiende comúnmente como pueblos nuevos, puede conducir a desórdenes provenientes de la incompatibilidad de la ley escrita y de la ley vital, manifestados por rupturas incomprensibles de la estructura social. Bajo la apariencia legal, pero en sustancia sujeta por compulsión, fermenta una realidad de descontento. El hombre que en esas circunstancias se levanta contra la ley, sea o no en las variaciones de Masaniello o de Carlos Moor, está en lo cierto, según un largo ritmo instintivo, y la simpatía acompaña al trasgresor. Encarna el héroe su ideal de rebeldía; y el empleado que desfalca es esperado en la estación, cuando vuelve preso, por un público que lo admira y vitorea.

Nosotros hemos combatido muchos años por alcanzar un orden político y social que imponer al desorden heredado como norma de la Colonia. No hemos hecho la conquista por proceso gradual, sino por anexión violenta, hasta que Vélez Sársfield

fijó un canon que sin disputa coincide con los más imperativos principios jurídicos, pero contra cuya aplicación proliferó una fauna de artimañas de legítima defensa de los derechos apócrifos vulnerados. Toda imposición engendra tal proliferación recalcitrante. Franz Werfel ha dicho cómo en el *snob* hay potencialmente una fuerza evasiva, tangencial, contra los antepasados, la patria y su persona es decir: la forma suicida de tres sentimientos raíces en la vida del hombre. Jung y Adler han estudiado el punto aplicándose al estudio directo de los fenómenos sociales. El snobismo, aparentemente tan alejado y por ello más sugestivo, sería esa fuerza destructora bajo un cariz de civilización, sometida y no vencida, contra la cual pugna lenta y constantemente como en el clásico ejemplo de la higuera de Burnouf. Considerado así, el snobismo y el derecho bárbaro son integrales de otras fuerzas más serias y menos concretas; menos literarias y frívolas, a las cuales se aplica por antonomasia aquella palabra despectiva y esta técnica dolosa.

Son, en su esfera, estados de incomodidad, de inadaptabilidad del yo a las formas fundamentales de la sociedad en el tiempo, en el espacio y en la conciencia. Significan estados sociales y no individuales, siendo cada individuo receptáculo del subconsciente colectivo. Las formas de manifestarse suelen revestir los aspectos más contradictorios y remotos. Según las clases sociales, los sexos, las edades y las disposiciones elementales del espíritu, esas fuerzas en disidencia pueden originar el criminal, el fraudulento o, en términos generales, el ente antisocial, producto genuino, sin embargo, de la resultante de las fuerzas sociales en tensión. Pueden corresponder a tales formas de violencia subrepticia la prostitución, la tendencia a litigar, la falta de escrúpulos en el respeto a la amistad y el mérito ajenos, la ambición desmedida, la voluntad de poderío, sin mira levantada. Cuando el fenómeno abarca un área extensa y llega a constituir una modalidad típica, ha de buscarse el vicio en la estructura social, una estructura social que impone sus leyes como afrentas a la Libertad individual, que coarta lo que la naturaleza ofrece pródiga en torno, lo que el clima y demás factores ambientes inscriben en la conciencia como derechos irrecusables, es una estructura ficticia. Éste es el punto de vista, el ángulo desde el cual se contempla la organización social como una anomalía sistematizada. Ley y naturaleza, ley y hombre, ley y costumbres están en perpetua y puntual fricción. De ese estado de discordancia, la ley resulta vencida y la forma de esa derrota no es el motín ni el delito sino la aparición de seudoleyes parasitarias del Código, de ardidés y tretas ingeniosos con que se opera usualmente mediante el fraude. Estas normas parasitarias de la ley asoman en la interpretación, en la exégesis, que son también recursos de la fuerza vital contra la fuerza escrita. El buen abogado no es aquel que hace triunfar la justicia, sino el que sabe valerse de la ley para burlarla. Se vuelve el sofista de la dialéctica jurídica, como el que sostiene la causa de las fuerzas oscuras y latentes de la vida se torna el sofista de secta para el lógico del razonamiento. Comienzan a funcionar en rivalidades la ley escrita y la ley heterodoxa, la lógica de la argucia contra la lógica de la razón. Está robustecida la réplica por la afirmación secreta de la

conciencia que busca la satisfacción de su anhelo, el triunfo de su oscura idea de la justicia animal, concluyendo por formar un código apócrifo, infinitamente complicado y capcioso, que acaba por desalojar en nombre de «una ley más cierta», la letra escrita y su interpretación ortodoxa. Las apelaciones que entonces reparan las quiebras infligidas a la ley, aparecen con el carácter de imposiciones de fuerza, de tropas de relevo, suscitando por una parte la rebeldía franca del ciudadano y por otra la nueva dialéctica capciosa del letrado. El procurador de malas causas tiene también sus complicados conocimientos, y su arte de burlar la ley es más complejo y difícil que la ley misma. Ese sistema capcioso, con sus sistemas complicados de deformar por el equívoco el texto en su espíritu y en su gramática, surge de esa fuente originaria de descontento; de la masa, de la conciencia ajurídica y hasta injusta del pueblo. Esa masa que cobra voz en el letrado del diablo, recibe de rebote la enseñanza de esa técnica que infiltra en los actos de su vida diaria como botín que se arrastra a la cueva. Aun las relaciones domésticas quedan impregnadas de ese escepticismo por lo deleznable de la ley y adquieren un matiz que sólo advierte el ojo del extranjero hecho a otro panorama. El precepto legal invade el dictamen de la conciencia y da a la vida el tono y la clave, como la idea del pecado puede hacerlo también. El matrimonio pierde el valor de unión y toma el de sociedad en comandita; los vínculos de padre e hijo se relajan al limitarse los derechos y deberes, quitándosele eso de absurdo y animal que los hace sagrados; la valoración del propio mérito anula las dificultades y los estados intermedios que separan los extremos de la pobreza y la ignorancia de los extremos de la riqueza y la sabiduría. Saber da derechos, tener da derechos, ser marido da derechos, ser padre da derechos. No solamente falta el sentido de una perspectiva jerárquica, sino el dictado imperativo de todo el *ethos* y el *pathos*, de lo justo y lo injusto. Estos actos: el abandono de la mujer, la deslealtad, la protección del ahijado contra los derechos legítimos del desconocido, la usurpación de puestos que exigen idoneidad, la penetración por fraude en la legislatura, conviértense en actos legales por un contexto de vida y de jurisprudencia promiscuas, sin que la moral tenga su tribunal y su fuero. Bastaría ver, entre nosotros, los casos en que la Constitución ha sido violada o interpretada según las circunstancias, en que el Poder Ejecutivo impone su doctrina al Tribunal; la idiosincrasia en el planteo de los pleitos, de encaminarlos y resolverlos; la aparición en las cámaras de teorías parasitarias del fraude y la impunidad ética de los actos, para comprender que justicia y sentido de justicia no van de consuno.

El instinto de esa masa lleva a las gentes al bufete del abogado pícaro y al consultorio del médico naturalista. Aun teniendo la razón y el derecho de su parte, tratan de garantizarse por la habilidad dolosa contra el dolo. El cliente que ocurre al procurador y al curandero es un decepcionado, porque cree que las fuerzas ocultas predominan sobre las sometidas al orden. Nuestro agricultor y nuestro funcionario público han de inclinarse al curanderismo y a la política, rehuyendo el verdadero examen clínico. Procuración, curanderismo y política son las tres semidivindades

que concuerdan mejor con el alma popular y con la estructura de la sociedad. Esa trinidad herética no impera contra la ley, sino conforme a leyes *sui generis* y laterales de las otras. La Constitución estableció el juicio por jurados, pero el buen sentido parece haber convenido en que la administración de la justicia se haga por los órganos *ad hoc* del Estado, sin correr el albur de que la herejía jurídica triunfe sobre el derecho verdadero.

## HOLLYWOOD

Toda estructura artificial que se aplica metódicamente, como todo aparato ortopédico, acaban por funcionar con regularidad, al menos por un tiempo muy largo. La ciudad de La Plata es una ciudad, aunque no tenga la existencia orgánica de una ciudad. Improvisada y constituida a expensas de uno de los más poderosos bancos de Suramérica y producto de una crisis política que amenazaba echar abajo la organización nacional, fue el resultado de un pacto. El banco quebró, pero el problema de la sede federal quedó resuelto.

Bastaría restarle ciertos elementos artificiales que la sostienen, para que esa ciudad se desmoronara, se deshabitara y el campo entrase otra vez por sus calles. No se hizo, se inventó; no alcanzó su volumen por necesidad de crecimiento: creció de golpe y luego hubo que llenarla, que sostenerla, que vivirla. La vida le vino por añadidura. Sin misión social, étnica, económica que cumplir, era una creación de orden político que habría de llevar una existencia metafísica. Ciudad milagro, la llamaba Pellegrini, el ingeniero jurídico de puentes económicos. Es la ciudad milagro, no por la rapidez con que se alzó ni por los edificios magníficos que se levantaron, sino porque, como los milagros, va contra las leyes naturales y tiene su realidad en la fe. Creados los edificios públicos, donde había de instalarse la administración provincial, las casas se produjeron en torno, por cariocinesis. De una célula salieron veinte mil células; del palacio de gobierno salieron las viviendas, con la misma cantidad de cromosomas correspondientes a su especie. Se le agregó una Universidad, que tampoco está allí necesariamente sino con arreglo a principios de equilibrio y de didáctica. Para dirigirla se llevaron profesores de Buenos Aires y alumnos de Buenos Aires y del interior. La Plata era el espacio geométrico, la categoría apriorística de una serie de fenómenos. También se la dotó de una catedral, de un frigorífico, de un hipódromo. Son las atracciones fuera de programa para sostener un espectáculo que decae y para atraer al transeúnte y al forastero. Los trabajadores, los fieles y los soñadores visitan esos lugares como de tránsito. Peregrinan y se vuelven, sin la impresión de haber viajado. La Plata es el barrio más apartado de Buenos Aires, pero a la vez el que se le parece más, porque no tiene la fisonomía de un barrio sino la fidelidad integral de un calco. Entre Buenos Aires y La



Plata se dilata un latifundio de cincuenta y tantos kilómetros, un parque de Palermo que se visita en marcha. Cuando ese latifundio desaparezca y Buenos Aires pueda extenderse hasta La Plata, en un plano continuo como ya hasta Témperley y Vicente López, la forma de la República tendrá la de un ejido continuo y homogéneo; pensaremos entonces que somos y sabemos más. Ese latifundio advierte al pasajero de la autonomía municipal de La Plata, porque bien se ve que es, al final, otra ciudad. Para acrecentar esa distancia, que el latifundio acentúa, con la variedad de su paisaje y los pueblos intermedios, el ferrocarril con llevar una velocidad media de treinta y cinco kilómetros por hora, dilata en el tiempo el espacio; ochenta minutos parecen ciento cincuenta kilómetros; cincuenta kilómetros parecen tres horas. Con su lentitud y su falta de calefacción la aleja y evita la superposición cronológica que haría, en el plano de la conciencia, yuxtaponer una ciudad a otra. Sabemos que entre ésta y aquella ciudad hay una hora y veinte minutos; una hora de campo despoblado, de selva y de llanura, veinte minutos de casas de campo, de hombres pobres. La lentitud del tren y la desolación nos hacen creer de manera inequívoca, que la vida de La Plata no depende de la vida de Buenos Aires, y que su gobierno es independiente de la Casa Rosada.

Esos trenes llevan y traen la población dinámica de La Plata. Cuando parte el de las 18 horas, en La Plata se diría —y no es cierto— que quedan los cuidadores de los edificios, y la ciudad recobra su monótona plitud campestre, hasta los trenes de la mañana. Esos viajeros van a beber su sangre y a comer su pan, en cambio de prestarle movimiento y actividad. De un lado a otro se mueven y se la comen. Pero a la vez, ella vive de sus parásitos; ella se los come también. Los trenes que circulan entre la ciudad matriz y la filial, llevan dentro el alma de las dos ciudades. En la circulación está su alma. La Plata es la forma de la ciudad, su espíritu está en los trenes. Un vagón de primera o de segunda clase es el sitio en que se unen las formas urbanas y las campesinas. Es más campo que un subterráneo y más ciudad que un break. El hombre del tren local que ocupa su asiento, toma posesión de dos asientos, con su sombrero o sus libros. Ir a La Plata, es disfrutar de ciertas prerrogativas, un desdoblamiento de la persona que exige la ocupación de dos asientos, sobre todo si se tiene dos puestos. Se arrellana y se suelta algunos botones convencionales, porque va a emprender un viaje hacia abajo, a los suburbios de la metrópoli; así como se pone pañuelo cuando va a la estancia. Ciudadanos con bolas y reloj pulsera, son un poco el dueño del tren y un poco el huésped. Los rostros son conocidos o tienen el aire de esos trenes, de modo que es fácil distinguir al que viaja por motivos circunstanciales, y al que viaja de su casa a su trabajo. Trenes de estudiantes y de empleados públicos, de políticos de cámara y de universidad, de estancieros y de abogados, de gentes que hablan en voz alta mirando en torno para que de la multitud de caras, muchas reflejen que saben que es Fulano de Tal. Viaja la gente importante, los unos con su indumentaria invariable, los otros inmersos en la lectura; y el pordiosero recoge las abundantes monedas de la vanidad. Todo aquel que viaja habitualmente a La Plata es

dos, vale dos. Si fuesen más humildes o viajaran en el tren como en un tren simplemente, La Plata se indignaría de sus habitantes.

Sus honoríficos ciudadanos diurnos, tienen la importancia que La Plata les da, y viceversa. Unos y otros han pactado tácitamente; es preciso, para que el espectáculo mantenga su tono doctoral, darse mutuamente importancia.

## EL PLANO DEL ESPEJO

Como no hay muertos debajo de nuestros pies; como más vale no mirar hacia atrás en la historia ni en la genealogía, lo más cuerdo es mirar hacia adelante, hacia el futuro. Hay que hablar del mañana y conjugar la realidad en un futuro imperfecto de indicativo. Nuestro futuro está compuesto por la fuga desde el pasado; es el temor a volver el rostro y a convertirse en sal. Por lo tanto, no es un futuro que surge necesariamente de este hoy, sino construido de modo irracional sobre la nada, con materiales transferidos de la demolición, a los que se les cambia de signo como de ubicación a los trozos de mampostería. Todo el porvenir es un resultado de no tener pasado. Pero la forma imprecisa del porvenir, del futuro no condicionado por el presente es el azar, el reinado del capricho y la voluntad de «otra vida». El hombre intranquilo, el que tiene miedo porque está suelto entre un pretérito oscuro y un mañana hipotético, no mira hacia atrás sino al mismo tiempo que mira hacia adelante. Un pueblo que no ve que es la raíz de un porvenir poderoso, sino que contemplando el futuro proyecta en él su existencia para arrancarla de donde está, no vive adherido a la vida ni al tronco genealógico eterno. Delante parece estar lo seguro y lo bueno, y esa mitad del mundo de la espalda que jamás hemos visto desde la visión estereoscópica y frontal, esa mitad misteriosa con su perspectiva hacia un nadir psíquico, es la que nos empuja hacia adelante por los ojos. Vivimos en la víspera de grandes acontecimientos, en el umbral del mañana; y ese mañana es el azar, el tumulto de un sueño tras una jornada de desierto. Este soñador es anómalo, no está organizado como un hombre ni como un sueño; es hijo de centauros. Vive un sueño sin sentido; las cosas que hace tienen la inconsistencia de los fantasmas; las ideas que piensa tienen esa discrepancia asimétrica del que despierta recién y confunde fragmentos de sueño con retazos de la habitación. El poeta no es un poeta, el pedagogo no es un pedagogo, y así sucesivamente, para arriba y para abajo: son otras formas encarnadas por un avatar violento en estas apariencias, en estos oficios circunstanciales en que se vive sumergido hasta la mitad, como el centauro en el tronco del caballo. Nadie es el artesano de su destino, sino el destructor de su némesis. Lo que se es, camina; y lo que se cree ser, vuela.

Falta el apoyo en sí mismo, socavándose cotidianamente el lugar en que se apoya el pie para saltar, y falta ese otro apoyo circundante de la amistad, del amor, de la

simpatía por las cosas sin valor del mundo; sin la placenta espiritual que permite al hombre asimilar del ambiente sustancia hombrable, extrae sustancias nutritivas de múltiples otros seres. El azar del mañana, que se evidencia en el amor al juego y en el uso predominante de la intuición sobre el raciocinio, hace casual toda relación. Cualquier conjunto es un compuesto de dígitos, no una cifra global. Vive cada cual su destino, o lo traiciona individualmente, porque sólo cuenta con el prójimo en lo que este prójimo tiene de un «sí mismo» igualmente autónomo. Cada obra lleva impreso el estilo de su autor y no, como decía Nietzsche, de las grandes obras, un poco del estilo de los amigos. Cada cual procura exhibir un Sosa, reservándose el original; de todo lo cual resulta un mundo a lo Allan Kardec, en que los seres reales y sus dobles andan mezclados, igualmente vivos y verdaderos.

Este amigo es un enigma; grandes silencios esfuman rasgos importantes de su persona; no sabemos de él casi nada. Esta mujer es un misterio; la hemos encontrado cuando maduraba ya: la hemos amado sin reservas y hemos consentido mutuamente en no preguntarnos nada acerca del compuesto gentilicio de nuestro yo. Un día cualquiera, una frase veraz romperá esa amistad, y un instante de comprensión profunda pondrá el odio en el amor; y volveremos a quedar solos, como antes. El medio en que vivimos es un poderoso azar que ha tomado la consistencia de una segura realidad, hasta que el padre y el hijo, hablando confidencialmente advierten que no se entienden, que pertenecen a mundos distintos, y que en medio de dos sangres iguales, hay un océano de seis mil millas de ancho.

## II

### LAS FUNCIONES

#### ENTRADA DE LAS MÁQUINAS

La máquina también llegó a su tiempo, como en una comedia bien compuesta entran los personajes según la acción se desarrolla. Primero se creó el trabajo mecánico y después la máquina; de modo que la máquina es una síntesis y tiene el mismo derecho a la vida que el hombre. Compareció instada, para agregarse a algo ya existente, para cambiar unas herramientas simples por otras compuestas, para relevar al hombre cansado. Sólo está de más la máquina y establece una competencia mortífera allí donde el hombre no tiene todavía una ocupación digna del hombre, donde ha de servir él mismo como herramienta. El telar, el automóvil, la linotipo, la máquina de sumar, el avión, llegaron al mundo cuando tejer, viajar, imprimir, hacer cuentas ya eran trabajos de gran importancia, y se cambió la carne por el acero. Entonces la máquina sólo privó de su ocupación al artesano destrozando un sistema, no una función ni una estructura. Lo dañino es el dueño de la máquina. Únicamente en virtud de ser la máquina algo perfectamente lógico y coordinado a la vida social, a la inteligencia y al esfuerzo, es parte integrante de la humanidad. Como tipo el más acabado de la técnica se explica que haya llegado a dominar al hombre y a convertirse en un leviatán que le impone la ruda necesidad de transformarse o morir. Aún está al servicio de las formas oscuras, pero ya se levanta sobre el sino mortal de los metales con que se forjaban las armas primitivas. El capital organizado y mecanizado halló su expresión en ella, como instrumento adecuado a ser mecánico y no orgánico, multiplicador y no creador, material y no espiritual, voluntad y no conciencia. El sistema de la renta capitalizada, la ciencia experimental, las ciudades y los instintos más profundos del *homo faber*, la inventaron. Pero su función de multiplicar y producir es el más perfecto sistema de destrucción; las formas mecánicas que salen de esos mecanismos y que compiten con ventaja sobre las demás formas que la naturaleza produce, son los enemigos más terribles del capital. La máquina trabaja aún contra un sector vastísimo de la seguridad y del bienestar humanos, pero a su vez es resistida, destruida por todas aquellas fuerzas a las cuales se opone. Fuera de su hábitat, la máquina perece. Necesita una aclimatación que sólo

es posible mediante un conjunto infinito de factores. Siendo resultado de un estado de civilización, la máquina no puede crearlo; siendo un símbolo y una síntesis, no puede anticiparse a la necesidad. Al estadio de fábrica precede un estadio de manufactura. El hacha de piedra aparece sepultada en las zonas donde el uso del hacha de piedra significaba algo vital, donde era la forma grosera de la relación del hombre con el mundo, de la psicología, de la política y de la lucha. La máquina significa ahora lo mismo, y donde existe hay algo vivo, que pertenece a la humanidad.

1. En tal concepto, la máquina ha de estar correlacionada con el resto del mundo ambiente y ser órgano de una función necesaria y precisa, productora. De lo contrario, es artefacto de destrucción, funcionando fuera de su medio, puede convertirse en un factor de regresión y de miseria.

La agricultura da al chacarero lo suficiente para vivir, pero debe cultivar en grandes dimensiones para obtener una pequeña ganancia. El cultivo extensivo es una necesidad geográfica y el área de sembradío por agricultor está en razón inversa del grado de adelanto de la nación. El cultivo en pequeñas áreas no basta; la cría en campos reducidos no cubriría los gastos del arriendo, del flete ni compensaría el trabajo. Se siembra trigo y el trigo es dinero en la suma de muchos quintales. Se sabe que esa extensión no es riqueza sino lo contrario; el alquiler del campo, la cosecha, el transporte, el costo de los alimentos que vienen pasando por manos de intermediarios, deja una ganancia exigua. En ese sistema rural primitivo se introdujo la máquina, que sin duda sólo tiene justificación en los cultivos extensos. El costo de sostenimiento es, término medio, de diez pesos por hectárea; y lo más prudente fue dejar el tractor y volver al caballo. La máquina arrebató al colono su ganancia; el arado y la cosechadora de tracción a sangre eran el tipo límite de máquina compatible con nuestros sistemas agrarios. La cría a campo abierto como la siembra sin pedigree, con todo que resultan en definitiva menos productivas, eran una necesidad urgente, como volver a la ganadería desde la agricultura. Hubimos de regresar como en Java, dice Spengler, a la forma mecánica manual.

2. El automóvil fue también un sueño del agricultor en años prósperos. Las distancias son inmensas y el automóvil era la máquina de las grandes distancias. Pero el automóvil exige el pavimento y la carretera es previa, si manejar un automóvil ha de ser baquía distinta que andar a caballo. Máquinas de arar y máquinas de correr elevaron el precio de los campos. En caminos con baches, barrizales y huellas hasta los ejes, el caballo es otra vez el mejor automóvil. Nosotros vamos a que el asfalto pase por debajo del automóvil, es decir, que se lo extiende cuando la costumbre de viajar engendra la necesidad de una buena carretera. Y la carretera aparece más bien que como exigencia del transporte en la zona a que ha de servir de canal de drenaje, como necesidad de no gastar tantos neumáticos. Aunque la verdad es que el automóvil fue adaptado a la ostentación y no a la verdadera necesidad; comprendiéndolo, los caminos pavimentados que se construyen son de turismo y no

para el tráfico pesado. En pleno campo, el campesino que no tiene automóvil se considera ciertamente pobre. Los que van en sulky pertenecen a otra categoría y sin embargo no guardan rencor; ayudan como pueden a que el automóvil salga del pantano. Un viaje de turismo es un viaje de aventuras; de Buenos Aires a Córdoba hay muchas leguas para blasfemar.

El uso del automóvil no es una solución; es un problema. Solamente el fabricante norteamericano puede encontrar que tenga un objeto práctico, y sin duda su difusión se debe a que ha traído un nuevo motivo para contraer créditos y descontar en cuotas el porvenir. No venía a resolver un problema de transporte, sino a pasar por encima de los lugares vacíos, como un puente de fuga. Se implantaron largas líneas aéreas a la costa sur, a Montevideo, a Chile, al Brasil, con el patrocinio pecuniario del gobierno. Transportaban pasajeros y correspondencia. Pero la demanda era tan escasa y tan desproporcionados los gastos, que en su mayoría hubieron de suspenderse o de sostenerse a costa del erario. La aviación quedó reducida a su fase de turismo, como el automóvil, y fue el ejército el que se quedó con ella. Que es como decir, que fue a posarse en los campos de instrucción, sin que los aparatos sirvieran para otros fines que la enseñanza y el raid. Ni el comercio, ni las relaciones de ninguna clase entre Argentina y los países próximos, o entre la ciudad y el campo necesitaban de ese medio de locomoción. No se andaba aún por la tierra ni por el agua y era imposible andar por el aire. La Rioja, Catamarca no tienen salida para sus frutos exquisitos y se pensaba en líneas comerciales aéreas. Se esperaba en volar para alejarse de la tierra. La máquina de volar se redujo a su calidad de juguete, que es el período en que las invenciones que aún no tienen aplicación se conocen como instrumentos de física recreativa. Sin duda, la extensión del territorio haría creer que el vehículo de las grandes distancias era el más apropiado. Pero ocurre que nuestro territorio real es muy chico, si se le resta toda aquella porción que pertenece lisa y llanamente a la geografía. No pueden mensurarse las distancias abstractas, y el uso más adecuado que hasta la fecha tuvieron en Suramérica los aeroplanos, fue el de hacer revoluciones sin derramamiento de sangre.

3. Otro destino semejante cupo a las máquinas industriales. Las únicas industrias prósperas son las de tabaco, calzado, talabartería, tejidos y carnes conservadas; las mismas que nacieron al calor de las guerras civiles. La cerveza y el vino también se elaboran en grandes cantidades y son, con el azúcar, renglones importantes de la riqueza. Las máquinas aplicadas a esas industrias tienen vida propia, funcionan automáticamente sin que tire de ellas el gobierno como el caballo del auto, empantanado. Las demás no son de este clima; se ponen en funcionamiento, mueven sus complicados mecanismos y al fin se paran y hay que desmontarlas. Para proteger esas máquinas que no consiguen jamás aclimatarse, se crean barreras arancelarias que no tienen otro objeto, en el fondo, que equilibrar el déficit del presupuesto. Pero el consumo local de los objetos propios de la máquina es inferior al costo de sostenimiento de las fábricas. Aumentan los impuestos a la importación, fracasan las

industrias nacionales y se sigue pagando esos impuestos, como si desarmada la máquina siguiera un volante espectral girando en el vacío. Las vacas se comen los rodajes y el alfalfar empasta las dinamos. Esas máquinas de un mecanismo tan complicado como las necesidades que han de satisfacer, distraerían capitales que tienen su más seguro rédito en el arrendamiento de tierras, en la hipoteca, en la cría de ganado, en el cultivo de cereales. El vertedero de los capitales a esas industrias genuinas prueba que la máquina no puede crear un medio económico y que en la lucha de las formas de significación universal, sucumben aquellas menos bien adaptadas. Nuestra máquina, la más simple y de funcionamiento eterno, es el horno de ladrillos. Y por la misma razón nuestro mecánico y nuestro técnico industrial es el peón. El horno de ladrillos es máquina que transforma materia prima convirtiéndola otra vez, en materia prima. Cierra un círculo elementalísimo, pero sirve a la construcción y hace que la tierra horizontal se alce y que el piso del animal se convierta en las paredes del hombre. El peón es al trabajo lo que el horno de ladrillos a la máquina. El peón sirve para cualquier oficio que no exija especial conocimiento; produce materia prima elaborando materia prima. Vale, en la escala del progreso y de la significación del esfuerzo, lo que el caballo y la palanca. Es una unidad de fuerza aplicada a cualquier faena y un estado indiferenciado de la energía humana que colinda con la del bruto. También el producto del horno de ladrillos es una unidad de obra que colinda con la naturaleza. El peón es necesario donde no es necesaria la máquina; vive en un clima donde la máquina no puede vivir. Y no solamente librados uno y otra a la lucha abierta y libre ha de triunfar aquél, porque están de su parte la mayor suma de las formas ecuménicas de la vida argentina, sino porque el gobierno, aunque lo quisiera, no podría o no sabría auxiliar a la máquina y ayudarla a vencer.

En el Correo, por ejemplo, se instalaron maquinarias como solo en dos países del mundo existen, para la conducción mecánica de la correspondencia. Su emplazamiento ocupó cuatro de los siete pisos del palacio; su capacidad de trabajo era más de cien veces superior a las necesidades. De modo que cuando se puso en marcha esa maquinaria, que ocupa varios pisos, la correspondencia desaparecía en sus tubos y cintas transportadoras, sin que los empleados tuvieran otra cosa que hacer que contemplar esa voracidad vertiginosa con que la carta y el impreso disparaban. Había que echar a la calle medio millar de hombres, o que detener esa maquinaria que costaba dos millones de pesos. Se optó por detener la maquinaria, que todavía en veinte años resultará de una capacidad de trabajo desproporcionada. Ahí se había entablado también la lucha entre el artefacto y el peón. La suma de las circunstancias propicias estaba de parte de éste, y el cadáver metálico del más débil quedó como un ejemplo, con la fuerza apodíctica de un tratado sobre esta materia, colgado en cuatro pisos de un palacio.

4. El peso de la maquinaria, como el peso de la civilización, debe hallar soportes sólidos en la sociedad, ninguna máquina se asienta en la tierra sino sobre los hombros de un estado de civilización. La sociedad que sin haber alcanzado una estructura de

tipo mecánico se incorpora la máquina, sucumbe bajo su peso o la convierte en hierro viejo. El pueblo que adopta, saltando por etapas transitivas, las últimas formas del progreso y de la cultura, regresa mediante ese vehículo a las formas primordiales más pronto que salió de ellas. Hay una ley hidráulica que rige esos fenómenos de la cultura y de la civilización; no pueden ser fenómenos creados, adquiridos, asimilados; tienen que brotar de lo más hondo de un estado fijo. En caso contrario son sustitutos de realidades: son puentes que unen dos extremos. El puente es un salto, la forma de superar del modo más simple posible una dificultad, sin destruirla. Por debajo de los puentes siguen circulando los ríos y por debajo de las construcciones ficticias prosigue su marcha la realidad. Cada fenómeno es un problema y tiene una, sólo una solución exacta; cada solución ha de ser, para que sirva de consecuencia perdurable, la solución de ese problema. Nosotros hemos rehuido siempre el planteo nítido de los problemas, porque teníamos a mano un repertorio de soluciones hechas y los problemas parecían de una desagradable sencillez. En virtud de esas soluciones adquiridas de antemano, no hemos procedido con arreglo a la verdad. Hemos hecho de nuestros problemas típicos problemas universales, o al revés, y hemos tratado de que los términos de la ecuación coincidieran con la solución hallada a esos problemas universales. De donde las soluciones, que la máquina simboliza en un grado evidente, son simplemente evasivas y puentes de fuga. Nos fuimos por esos puentes, de la apremiante realidad. Se puede observar ese proceso de transferencias en muchísimos otros aspectos. El problema de la educación elemental, que es la base para la depuración de nuestras finanzas, planteado por Mitre y Sarmiento en toda su crudeza, eludido después por un mal entendido sentimiento de vergüenza, llevó a la fundación de las Universidades. Para no confesar que más del 50% de la población no sabe leer ni escribir, fundamos seis centros de enseñanza superior. Una Universidad no es más que un edificio donde el problema de la enseñanza primaria y de la vocación profesional no existe o no se ha planteado en términos concretos. Es un puente. Para que pudiera existir la Facultad de filosofía y Letras, fue preciso crear la de Agronomía y Veterinaria.

5. El hijo del arrendatario estudia por lo regular medicina, y el hijo del locador, derecho, Filosofía y Letras admitió en sus aulas alumnos sin bachillerato; bastaba presentar algún trabajo literario: versos publicados en revistas, un libro de los de entonces. Se quería sostener ese organismo docente por la ficción, como hubo de recurrirse a un ardid para mantener un alumnado regular en ingeniería, acordando a los egresados diploma de maestros de obra, de albañilería. No tenía el ingeniero campo de acción y se le incitaba con un título profesional, que era algo así como el lado mayor de un triángulo isósceles, cuyos otros dos lados menores fuesen el horno de ladrillos y el peón. Sin alumnos, Filosofía y Letras no tenía vida propia y el déficit llevaría a su clausura bien pronto; se le adjudicó para reforzarla, en patrimonio inenajenable, cincuenta mil hectáreas de tierra. Eran las cincuenta mil hectáreas que unían a la Facultad de Letras con la de Agronomía y Veterinaria, distanciadas por



igual espacio. A Filosofía acudieron bien pronto jóvenes ansiosos de saber, para quienes tuvo desde la liberalidad consentida, grandes atractivos el doctorado; pero a Agronomía y Veterinaria no concurrieron casi. Se crearon entonces escuelas experimentales, para que los profesores tuviesen qué hacer y al mismo tiempo qué enseñar. Los profesores en tal estado precario de subsistencia, con el amago de que se cerraran las puertas definitivamente, descubrieron otro ardid. Esta vez el ardid fue la política, cuyo punto crítico, o de escándalo, ha sido Santa Catalina. De esas Facultades no ha salido un filósofo ni un naturalista; han salido centenares de profesores, por debajo de los cuales corre la realidad. Pero llegaron a llenar dos huecos en la simetría pedagógica, en el plan de instrucción pública. Cosa semejante podría decirse de la Biblioteca Nacional, que desde Moreno fue un Museo de libros. La Biblioteca Nacional es un lugar público donde inmensa cantidad de personas tienen las obras que faltan en sus casas. La existencia de esa Biblioteca parece haber relevado a muchos de la obligación de tener a mano un pequeño estante con unos pocos libros; así se descarga la conciencia, a veces de modo tan extravagante. El pulso de la Biblioteca es sincrónico con el de las Facultades de Filosofía y de Veterinaria; allí van a consultar libros de texto los estudiantes pobres, y los ancianos a hojear novelas de escasa circulación. Desde sus anaqueles que trascienden a ese olor característico de los hipogeos y de los invernáculos, volúmenes más viejos que nuestra existencia de pueblo libre, vigilan a una juventud que también trae del aula emanaciones multiseculares. Los libros parecen estar donde debieran, sustraídos a la vida y a la lectura, forrando las paredes e imponiendo silencio. Los ordenanzas van y vienen, silenciosamente, multiseкулярmente cansados, siempre con los mismos libros para los mismos asientos. Momias que llevan y traen pedazos de sarcófagos.

En la acera de enfrente de esos tres organismos burocráticos de la cultura, puede decirse que están las facultades de Ingeniería, de Derecho y de Medicina. A Ingeniería van los idealistas; la facultad de ciencia exacta, positiva y práctica recibe sin duda a lo más sano de la juventud. Las aulas están llenas, aunque ya no se dan otros diplomas que los de ingeniero. Ellos saben que es duro el destino del constructor de caminos donde no los hay y de técnicos donde triunfa el hombre apto para cualquier faena; que el título de ingeniero, que no se menciona en vocativo como el de doctor, no da gloria ni fortuna; y sin embargo, estos soñadores de la verdad, abrazan esa carrera heroica. Saben que sus conocimientos contrastarán con toda la realidad; la ciencia tendrá muchas veces que humillarse frente al improvisador de raza que tiene honor y dinero; pero una fuerza que nace de ellos mismos, no más allá del padre, los hace más fuertes que todo.

En Medicina se obtiene la devoción, el rango y el haber, y es el camino natural del pobre, como Derecho es el camino natural del rico. Las leyes conducen a la legislatura y a los tribunales; los puestos preeminentes están al final de esa carrera, que tiene a la vez otros incentivos. El doctorado en derecho es la llave maestra y el título que se supone en las personas de figuración a las que no se conoce bien. La

Facultad otorga el título, pero el pueblo da, un poco en todas partes como en Córdoba, el tratamiento. Las fuerzas que conspiran contra el médico y el abogado son más sensibles; el ingeniero contrastará con una estructura, con un orden, con una técnica; el médico y el abogado contrastarán con un estado normal de psicología patológica; con personas. Frente al ingeniero se alza la realidad material, pero frente a éstos se alzan los hombres mejor estructurados que ella. La competencia que se establece entre todos será por el dinero y por el poder, porque tal es la semilla fructificada en sus espíritus durante los años de aprendizaje. Descendiendo a la lucha sin ideales y sin fervor, el médico tendrá que consentir muchas veces en practicar las bellaquerías del curandero y el abogado las del procurador. La culpa es de que la ciencia se parece a la mecánica, mientras que las necesidades se parecen a las cosas. Y todo desagua en la política.

6. La misma relación hay entre el médico y el curandero que entre el cirujano y el matarife, si se retira uno a suficiente distancia para mirar. Ambos, por lo demás, entroncan con figuras casi religiosas o investidas de potestades sobrenaturales, del pasado. El curandero era el mago y el degollador de reses el sacrificador. Mucho más cerca, a noventa años, si no tenían que ver entre sí, uno y otro resultaban exponentes de un estado social. Tenían que ver con el estado social que los consideraba situados en los deslindes de la vida y la muerte. Cuando en nuestros campos el curanderismo era toda la medicina, el desollador era toda la industria. Ambos seres representativos tenían su técnica, su arte digno de respeto. En tiempos de Rosas se castigaba al que carneaba mal. El tirano, maestro en todas las faenas de estancia, acabó en el destierro escribiendo un tratado de medicina. Había una maestría del degüello, y los mazorqueros se vanagloriaban de cercenar una cabeza de un tajo, conociendo diversos procedimientos de matar y castrar. Entre ellos se respetaba la maestría y el bueno tenía su fama; despellejar, sajar, descoyuntar la res era menester complicado; la mano se acostumbró bien pronto a llevar el cuchillo por los tejidos como el bisturí apartando el sebo, la carne, el hueso. Hasta se apreciaba entre gentes del oficio la filigrana consistente en la menor cantidad de movimientos, en el acierto anatómico del tajo. Juan B. Justo comparó a los matarifes de Chicago con los cirujanos; tienen un arte grueso, especie de disección que requiere buen pulso, rapidez y seguridad. Falta saber si Chicago produce grandes cirujanos que estén, por lo menos, a la altura de los nuestros, cuyo renombre es mundial. Pero al cabo de cincuenta años más, es indiscutible que puede tenerlos, si la faena de reses no es un oficio sino una vocación al mismo tiempo.

Un cirujano nada tiene que ver con el descuartizador ni con el carnicero, pero el desollador fue un hombre de su época y el cirujano lo es de hoy, que es todo lo que se quería traer a cuento. Tampoco creo que Juan B. Justo, que conocía cirugía e historia, haya querido extremar el parangón de tan lejanas afinidades. Por análogas razones el cuentero del tío nada tiene que ver con el abogado; pero ambos, como tipos extremos de una serie, están más en línea filogenética que el mecánico y el peón del horno de

ladrillos. Afortunadamente, quedan para nosotros lejanos los tiempos en que Moliere se burlaba de las sangrías, los jeringatorios, los pleitos y los buscavidas; mas no está tan lejos el reinado de la magia para que nos burlemos. El médico y el abogado coinciden desviándose del ejercicio estricto de su profesión, en la política, la ciencia de salir con suerte de los malos trances y de dar a luz la propia persona. De los dos, obtiene mayores sufragios el más mágico, el que subyuga con poderes ocultos a las masas. Un médico es siempre un ser a quien hay que estarle reconocido cuando nos deja con vida, y cuanto menos un pueblo cree en sí, más es preciso que crea en curanderos y en políticos. Podrá ser el médico rural un médico y no un curandero y hasta ganar lo bastante para vivir, a pesar de ello, pero el paciente no puede dejar de ser un idólatra. Dos provincias, de las más ricas y atrasadas, han caído en la veneración de los ídolos populares que sacan su fuerza de la credulidad en el curanderismo político. Ni las intervenciones federales los debilitaron siquiera.

Litigantes y pastores, hace más de cien años que Azara nos llamaba; pero mucho más litigantes fueron nuestros abuelos, y el reparto de tierras dio lugar a que cada campesino se aprendiera de memoria el código rural. Uno de nuestros más grandes hombres, Vélez Sársfield, tampoco era abogado; era un autodidacto desde cierta altura de sus estudios. Y sin embargo no tiene pareja. Sarmiento, Rawson, Mitre fueron expertos en derecho y sin duda superaban a los especialistas, cuando el saber estaba al servicio del bien público y no se hacía cuestión de vírgulas sino de principios. Si hoy no se los respeta tanto, es por la inflación de los títulos de renta.

## LA INTELIGENCIA Y SU PROGRAMA

Tener menos Universidades de las necesarias, no es un mal; ni acaso tan grave como tener demasiadas; pero, ¿quién aceptaría gobernar un país inmenso, de perspectivas sin límites, con pocas Universidades? La capacidad de producir profesionales por las nuestras, es desproporcionadamente superior a la demanda de profesionales en el país. Agrégase a ello el contingente pedagógico que viene a dictar conferencias y se queda. La superproducción de profesionales engendra una clase de actividad extra-profesional a los profesionales; una especie de *dumping*, que también practica el militar que se jubila. Desviado de su verdadero camino, cuyo final es una tapia, quien posee un título de valor relativamente nulo, ha de lanzarse, si no se resigna a sucumbir, a una competencia desleal; a usar del título para otros fines distintos. No es justo que se resigne a ser defraudado, el dueño, y a conservar un bien caduco que sólo se respeta en razón de lo que produce, en razón de su renta. Señálase el camino de la profesión como digno y liberal, con cuyo ejercicio puede mantenerse en un plano de distinción y de comodidad; luego se demuestra al incauto que no es así. Llegado el momento de las declaraciones sinceras, la hora del brindis, el Ministro de Justicia e

Instrucción Pública dijo a seis mil maestros y profesores sin puestos, que sus títulos no valían nada. Inútilmente se querría por esos métodos desviar la inscripción de alumnos hacia otras actividades, porque no las hay; y el programa de posibilidades para la inteligencia es el de los cursos universitarios. Apelar a la política en semejantes casos es tomar venganza contra la Universidad y contra la sociedad, exigiendo que el diploma no sea un certificado sin validez de los años y del dinero gastados. El exceso de profesionales es el edema de los presupuestos, con ítems e incisos destinados a rentar cargos inútiles; y con otros para el personal subalterno inútil, que debe estar al servicio de esos cargos. La Administración pública soporta los excesos universitarios y corre con la reparación de los yerros. Debe mantener en un plano de holgura y decoro a los que llenan las aulas, socorriendo a los que no puede asegurar el ejercicio liberal de su profesión. Los cargos docentes y administrativos son una forma disimulada de pago de indemnizaciones por daños y perjuicios, que tienen por consecuencia la mayor producción de profesionales. Y así el Estado que costea Facultades cuya misión es hacer errar en su vocación a los jóvenes o recogerlos cuando su vocación no encuentra otro modo de abrirse paso, luego costea puestos para que esos jóvenes no litiguen enrostrándole la irresponsabilidad de sus actos. Mediante el pago de tal indemnización, el gobierno queda tranquilo, las Universidades siguen superproduciendo y los jóvenes no se desaniman mientras puedan ser alimentados por el Pritaneo.

Apartados los tres de su propia senda, hállanse desvinculados de la realidad, fabricando necesidades y recursos para satisfacerlas. Al cierre de cada ejercicio el saldo es un déficit moral, de desaliento, de indignación, que no puede cubrirse con ningún empréstito. El déficit gravita sobre la juventud, víctima de la inhumana ilusión. Entre el hombre con título y el hombre sin título no intermedia un estado social completo, continuo, de valores. Tampoco entre la ciudad y el desierto hay posibilidades para la vida. La inteligencia no significa más que un estorbo sin el membrete de la Universidad, ni fuera de los dominios del Estado. Se agostaría en el desierto. Cualesquiera que sean los programas de la enseñanza, la vida por su parte enseña que las condiciones de la lucha son más arduas e inclementes y los jóvenes comienzan su carrera prevenidos y pertrechados. Desde los primeros pasos ejercitan las prácticas que después serán indispensables y el buen consejo de los ancianos los pone sobre aviso.

El programa oficial de estudios es una parte confesada de la enseñanza; esos jóvenes conocen también el programa de ardides, aunque no los han inventado ni descubierto. Han necesitado proveerse de tales defensas contra los peligros escondidos. Las deficiencias de la enseñanza producen en el organismo estudiantil las naturales diastasis. Muy débiles y muy mal preparados debieron de haber sido los preceptores de la juventud, para llegar a desfigurarla inculcándole los vicios típicos de la senectud. De las clases de los improvisadores salían los jóvenes desconfiados, faltos de entusiasmo, suspicaces y fraudulentos. Disertar en la cátedra como en el

parlamento, por muchos años fue el ideal de la docencia; dictar las clases para cumplir un requisito del empleo, fue una táctica de los que no podían atender la multiplicidad de sus labores. Los alumnos que despreciaban secretamente a sus profesores, recurrieron a otras astucias equivalentes; la trampa contra la trampa. Escuchaban y asistían a clase como el domingo a la iglesia, sin fe. Con el nombre del viejo régimen se ha rotulado un sector de la política que levantó y abatió al país: se omitió en la condenación este capítulo de oprobio. Quizá es el pecado más irredimible de varias generaciones de incapaces, que pretendieron amparar su torpeza con la corrupción moral de la juventud. Aquí los sofistas decrepitos pervirtieron la fuente misma de la vida, bastardeando la enseñanza con la política y señalando la profesión doctoral como único fin para la inteligencia. Fuera de lo que ellos predicaban extendía su desierto la ignorancia, y la vida del espíritu no tuvo otro reducto en que guarecerse ni otra senda que seguir. El interés del preceptor estuvo en mantener cierto grado de miopía que impidiese ver con claridad sus defectos, más tarde en complicarlo en sus maniobras de turbio adalid de comité, en convertirlo en un sectario. Defendiendo su cátedra con tretas de jibia, contrajo compromisos irrescindibles. A uno y otro convenía esa recíproca connivencia de que sacaban partido por turno. Pero el profesor consolidó su posición, mientras que el alumno quedó expuesto a malograr para siempre su ingenua creencia en el saber. Al cabo de algunos años, aquél conseguía otra cátedra y reputación, y éste se iba con su título, despreciándolo. Incitado a buscar otros fines que los del estudio, el alumno forzó a los consejos académicos a que contemplasen como problemas de enseñanza su mal entendida conveniencia de cuerpo. Quiso la reforma de los estatutos para entrar al gobierno de los establecimientos, y cayó al fin en los engranajes del mecanismo político. De alguna manera tenía que rebelarse contra la institución, aunque fuera tomando por asalto los edificios. Aprobar una materia se juzgó una pequeña victoria contra el profesor, contra la enseñanza y contra la Universidad. Porque aun la severidad de los examinadores suele estar condicionada según un pacto inexistente de transacciones tácitas. Equilibrando la excesiva exigencia del programa escrito —casi siempre otro del que se dicta— y la deficiente instrucción que se imparte desde la cátedra, a fin de curso el profesor se hace respetar como persona que está en posesión de una cantidad de poder que no se había manifestado hasta entonces. Capituló sólo a medias, y lo que ahora exige del aspirante es una reparación a sus títulos y su posición social, menoscabados durante el decurso de ocho meses.

De esa manera el estudiante llega a la convicción de que a su vez posee una cantidad de poder de signo contrario, y la pone en juego durante el curso, como el otro al final. Como si hubiese realmente intereses contrarios, el desquite es aleve y jovial. No es simplemente el desenfado, la travesura y buen humor que desde los *goliardi* les es peculiar. La fuerza en juego es festiva, pero con íntimos rencores, amarga y senil. Es la hostilidad derramada como vitriolo sobre lo que rodea al culto y su cultura.

Ese buen humor puede llegar entonces a enloquecer y matar a un sabio de fama mundial, contratado como especialista, a echar a otro, y a esterilizar por la decepción, a los que se consagran con alguna fe a la enseñanza. Otros especialistas más hábiles, que no quieren enloquecer ni morir, ni marcharse ofendidos se doblegan y especulan con la alabanza, vaticinando en la cáscara los genios de mañana.

En un coche de tren, por ejemplo, el estudiante de este tipo común, es transparente como los rayos Roentgen: es una nébula de mala educación y de instrucción obligatoria. El tono de la voz, los gestos y hasta el tema de la plática denuncian a un grupo de jóvenes que no han subido al coche, coligados contra el medio, en pugna contra algo que saben y no creen. Los circunda la indiferencia de quienes ignoran cuánto cuesta saber algo bien y es natural que reaccionen así y que sean los lugares concurridos aquéllos donde el que aprende aproveche el aula de oyentes desconocidos. Retoñan en los adolescentes estigmas de los viejos regímenes; están marchitos, con su sangre cansada en sus cuerpos nuevos. En primer término, el estudiante parece obligado a cumplir un deber penoso, ahíto de beber ciencia sin sed. En segundo, se diría que mira la carrera universitaria sin estímulos, sin el respeto de los que no saben y como un ejercicio ascético obligatorio para lograr un derecho. Ni siente la necesidad del estudio como una necesidad trófica, ni a su vez tiene respeto. Ve su destino como asignaturas jalonadas. Sabe de antemano que lo que aprende no vale nada si no va robustecido por la influencia de algún pariente de figuración y que después estará solo entre sus iguales. Su incredulidad en la enseñanza y en la cultura, que no son valores sino palancas y grúas, lo conduce a ese escepticismo desconsolador de la grosería, a esos gestos de caras seniles. Vuelve a la casa, a otro mundo. Entre el clima de la Facultad y el del hogar y la calle hay una diferencia de temperatura como la que distingue a los pájaros de los saurios. Y este arrastre del estudio por los vagones y por los cinematógrafos; y ese arrastre de la conducta privada y de la vida doméstica hasta las aulas, los gabinetes y las bibliotecas, son fuerzas que aspiran a establecer un equilibrio que es imposible de otro modo, por el desnivel en que uno y otro mundo se encuentran.

## EXCESOS DE SINCERIDAD

El criollo, el que encontramos siempre igual desde el Virreinato, no tiene sino lejano parentesco con el hijo del inmigrante. El criollo es un ser que aparece en un hogar constituido y que ha tomado ya las formas universales de la vida argentina. El padre está ubicado y conforme con esta perspectiva que se abre ante él; el hijo nace predispuesto a aceptar la realidad y no necesita desfigurarla ni enaltecerla para creer en ella y demostrar que también está conforme.

Por lo contrario del que decidió quedarse, el inmigrante que vino a irse y se

quedó, es un ser inadherente, impermeable y refractario por intenciones ocultas, que trae en su interior, en su alma, el clima, el paisaje, el idioma nativos y que está resuelto a reintegrarse a su medio antes de morir. El hijo de ese ser postizo, aditado a la sociedad, nace con algo de indómito, evasivo y renitente. No acaba de entrar en el álveo de la vida argentina y cuanto más pretende vincularse al cuerpo del todo, más destaca su connatural extranjería. No está conforme, y su actitud, en pro o en contra, es la afirmación de su disconformidad. El hijo del inmigrante toma venganza por los padres, si éstos no han satisfecho su destino, si han sido vencidos. Este hijo, el hijo del inmigrante, es el reivindicador, el eterno defensor de ausentes, con intereses que no son los de la colectividad, con postulados previos discrepantes. Está afiliado a una logia disidente, aun cuando esté empeñado en servir a su país, en comportarse como prosélito. Habla de las cosas de acá y resuena su voz como una añoranza remota, semejante al eco que devuelven las montañas. En la crítica que hace de nuestras obras toma la posición del padre, y cuando asiente, su asentimiento es de un cariz particular: está de acuerdo con el padre. Pero hay otro aspecto, más interesante: el simétrico inverso. El hijo del inmigrante, que participa de la política, del arte, de la ciencia, acaso por un imperativo instinto de usar un arma destructora, corruptora, disolvente, exagera su patriotismo, su fe, su voluntad de construir. Patriota, es excesivamente patriota; disimula nuestros defectos, pasa por alto lo malo, apela a las irritantes artimañas del que viola la ley en pro del amigo, encomia las instituciones nacionales hasta desprestigiarlas por el ridículo. Afirma como nuestro lo que no es nuestro, y pule tanto las superficies hasta que se ve reflejado en ellas. Exagera como todo el que no está verdaderamente convencido, a la manera del judío converso — Torquemada— más papista que el papa. Entra a formar parte de una sociedad, de un club, y con la mejor buena fe del mundo lo corrompe arrastrándolo al cisma o a la clausura, acaso en fuerza de quererlo próspero con demasiada prisa. Como no pone amor verdadero, ni está conforme, su entusiasmo viciado tiene de la energía de la pólvora. Y así, contra el nativo, que por otros defectos trabaja en la misma tarea de tergiversación, por hereditaria presión del subconsciente y que a veces alcanza a ser tan poderosa su influencia, destruye sin querer. La extralimitación es su característica y se le aclama como líder de ideas nuevas, como pionero de la acción fecunda, cuando está apuntalando ideas caducas y trabajando en el mismo sentido de las fuerzas inertes.

### III

## LOS VALORES

### LA MITOLOGÍA DE LOS VALORES

Hay una necesidad, intrínseca del funcionamiento de lo que entendemos por pensamiento, a forjar mitos, en grado tal que el arte sólo refleja un lado restringido de la capacidad humana en este sentido. Se forjan los mitos con los sobrantes informes de la realidad que se aprehende en el trabajo de darle forma; y flotando entre metáforas y yerros de afinación, esos fantasmas hacen sus burlas demoníacas. Aun en la conversación sin énfasis predominan sobre el macizo de las ideas netas y diáfanas, como al final de los diálogos platónicos, mitos menores y simbólicos de un estado de ánimo, de conciencia y de raciocinio, que el psicoanálisis ha investigado como un polipero de extravagantes excrescencias. Es el olimpo cotidiano, el medio natural en que las ideas míticas nacen, se desarrollan y mueren. Pero también esa mitología que forja la imaginación popular, esos fantasmas tangibles con que reviste de prestigio a instituciones y personas, o las reniega abiertamente, son los sobrantes del género en que se recortan las ideas y los sentimientos que logran vida completa. Dioses y diablos que componen las tres cuartas partes de lo que hacemos, sentimos, pensamos, hablamos; verdaderos adjetivos y adverbios del lenguaje puro de los conceptos. En ese sentido la moral, los prejuicios arraigados, la tradición, el respeto, las opiniones, las frases hechas, los lugares comunes de toda clase en la inflorescencia psíquica, participan de la cualidad de entes mitológicos, de espectros de otras formas de pensar y vivir abolidas. Considerada desde ese ángulo la mecánica de la vida social y psíquica, el indumento inviste la categoría del fetiche. Tal personaje vive en su indumento como en un medio natural del cual no podría extraérsele sin detrimento de su organización, de su significación y de su existencia. En el político, por ejemplo, cuanto más se inclina a grabar indeleble su efigie en el recuerdo de la masa electoral, ha de acentuarse el rasgo del fetiche hasta llegar a ser la fisonomía, la estatura y el tono de la voz un verdadero complemento de su indumentaria. Cambiar de lentes, afeitarse, variar de traje, de zapatos y de sombrero, importaría menoscabar perfiles de los más característicos de la personalidad literaria, política y social. No en vano los más ambiciosos, aquellos que aspiran a despertar el fanatismo más bien que la



admiración, se perpetúan en un gesto y un indumento que parecen eternamente los mismos. Siguen siendo ellos en tanto persisten en su medio, en tanto van envueltos en la vestimenta que alcanza el doble significado del hábito. La casa en que viven, las comodidades de que disfrutan, las amistades, las frases estereotípicas con que se califican las personas y los sucesos, componen la liturgia; y se busca que obren como prenda de seguridad en la firmeza de los propósitos, en otros términos, en el ideal. Así, vendría a ser, lo mítico, una supervalía de orden mágico, el aura somática y el halo cervical que rodea el cuerpo estricto y la estricta preparación. Del individuo rebasa al ambiente e impregna las ciudades, las corporaciones, las entidades, semejante a la claridad de Antígona. Se pone en los ciudadanos-mitos un sentido superlativo que no coincide con su importancia y significación, sino con el grado de propensión a la idolatría de la masa popular. Y engendran esa caterva de opiniones erradas y de sentimientos apócrifos, que Lord Bacon clasificó en cuatro grandes grupos: *idola tribus*, *idola specus*, *idola fori* e *idola theatri*. Con ese criterio, fundamentalmente intuitivo e hipnótico, se encomia o destruye un comercio, una marca de cigarrillos, un libro de versos, un premio de ciencias, una reputación. Se juzga, en el estado mental mítico, por las apariencias y por las impresiones que provocan los objetos. El trabajo mental que consiste en sopesar y calibrar, en desintegrar un concepto, o en discriminar en matices un juicio sintético, es trabajo de la más alta civilización, pues sin duda, como Nietzsche decía, en fijar esa tabla infinita de valores estriba toda la cultura. A medida que se desciende la escala en la preparación cultural de un pueblo, que se regresa de la capacidad de discernir y se limitan los reactivos del análisis elemental, hacia los conceptos enteros, gruesos, disyuntivos, se desanda a un tiempo la gradación de las especies. Bueno o malo, blanco o negro, sí o no, caliente o frío, son las formas inmediatas de concebir el mundo reducido a dos dimensiones. Es el imperio de la materia organizada, de los grandes dioses teogónicos, que precede a la pululación de los dioses menores, domésticos, infinitesimales, y cada una de esas figuras condensa el trabajo intelectual de muchos siglos. La mitología es una vocación y una necesidad de llenar huecos en la estructura y armonía del cosmos mental. Con la formación de algunos ídolos, integrados ante nuestra vista, la arqueología religiosa y la etnología pueden obtener preciosos datos, pero indiscutiblemente en esa cristalización de la rama de Salzburgo de los valores van sacrificados muchos más bellos motivos de un desarrollo feliz y positivo. Puede extenderse a los próceres, a la historia, cuando se les atribuye un sentido inmarcesible, elevándoselos al rango de las divinidades que no son temibles ni amables. Admitir la enseñanza primaria como norma estimativa del significado de la historia, de la comprensión de los hechos, y al mismo tiempo del relieve topográfico del espacio en que ocurrió, es contribuir a la gesta de los mitos. De la asignación inicial de los valores con respecto al mito, puede resultar una modalidad de apreciación, de criterio, que entorpezca o facilite otras funciones mentales aplicadas a las más disímiles especulaciones. Pues no sólo basta falsear la historia

para robustecer el espíritu nacional, sino que también es suficiente para ello alterar el sentido verdadero de la historia.

Esos mitos surgen espontáneamente procreados por la palabra y la tradición, aunque más regularmente son transmitidos por la autoridad del maestro y la buena fe del catecúmeno. Los forjadores de mitos manes, lares y penates son los oradores, los escritores y los gobernantes. Ellos dan, con su influencia, cuando no es confrontada por el juicio recto, un sentido de orientación, una clave de interpretación, conforme al ideal del líder, a los conocimientos ordinarios, al propósito que se persigue. El pueblo recoge esas palabras y esos gestos y sigue viviendo en torno de ellos, como sigue pensando en torno al idioma que habla.

Naturalmente, se trata en este orden de ideas de la formación de mitos transpersonales, como el *Quijote* lo es con respecto a Cervantes. Nuestros próceres no corresponden a la mitología; sus actos, un poco más: pero íntegramente caen en ella las obras a las que dieron vida, los temas que trataron con su conducta, su prédica o su ejemplo. Rivadavia, Sarmiento, Mitre, Rawson, Avellaneda, Pellegrini algunos pocos más, crearon mitos en cuanto hicieron respetar como dogmas de una religión argentina ídolos extranjeros que no hablaban a la fe nacional; obtuvieron que se admiraran y adornan los simulacros de instituciones que existían en otros países olímpicos, pero no en este Ida de urgentes necesidades. Donde encontraron que carecíamos de algo correspondiente a órganos que funcionaban bien desarrollados en otras latitudes, colocaron en el sitio la imagen de lo faltante. De esa manera los romanos construyeron la célula del panteón de los dioses aborígenes. Pero si por allá eran dioses vivientes, que participaban de las luchas de troyanos y griegos, aquí resultaron divinidades de contrabando, esterilizadas, momificadas. Con una tabla de valores a la vista, se fueron forjando las divinidades propicias, bajo el rótulo de Civilización. Y al mismo tiempo se destronaban los ídolos locales, autóctonos, bajo el anatema de Barbarie. No se cambió con eso lo que formaba el substrato de la religiosa idolatría del bárbaro, sino la liturgia del bárbaro; y no se incorporaba la fe ni los númenes sino los iconos y el ritual. El panteón de esos mitos no tenía significado, vitalidad, demiurgia, eran fantasmas. Sin embargo, se llegó a creer en ellos y a rendírseles culto. Se organizó el rito de esa mitología de los nuevos dioses de la cultura, y el oficio corrió por cuenta de las ménades. Mas así como en algunos símbolos litúrgicos pueden rastrearse reminiscencias del culto fálico y de los sacrificios humanos, así en las formas de auspiciar, acoger y defender los símbolos de la cultura, pueden rastrearse las huellas de la primitiva divinidad escamoteada. Esas deidades —universidad, banca, industria, literatura, etc.—, con el transcurso de los años, no más que de los años, irían deformándose en un regreso a las formas ancestrales, según un proceso que Mendel fue el primero en estudiar; hasta que es ya muy difícil separar las formas híbridas de las de genealogía pura. Los dioses han tomado la forma de sus hornacinas.

El lenguaje mítico es el más adecuado para hablar de los mitos y para entenderse

a fondo, como es menester.

## LAS TRANSFERENCIAS DEFENSIVAS

El temor al ridículo es una autodefensa, por el ejercicio cotidiano de posturas artificiales. Nace de la actitud de contemplar la vida y de vivir en carácter de espectadores-actores, algo retirados de la intriga, con frialdad y con recelo. Lo ridículo en que cae de bruces el ingenuo, requiere siempre una necesaria indulgencia como las formas de las zancudas. Muy próximo de lo cómico está inclusive el dolor, si es que distan sólo un paso lo ridículo y lo sublime; y en los gritos de la madre que ha perdido su hijo está lo grotesco para el espectador despectivo. Pero lo humano anda por ahí, y la represión de los sentimientos totales, el observarse padecer y obrar, es signo de un temperamento de actor sin contrata. De la sistematización de esa actitud impermeable, nace el temor al ridículo como un estado de desconfianza que también denuncia la propia ridiculez. El que vive fingiendo sin saberlo, sin autenticidad, a cada instante barrunta la sonrisa del que está en el secreto de su posición verdadera ante las cosas. Esa actitud del actor inseguro de sus méritos, del *hipócrita*, lleva como ingrediente la conciencia de una mística, sustancial superioridad con respecto al papel que se desempeña. La actitud defensiva por sobre todas es la broma. No hay mejor manera de ocultar una bajeza que hacer un chiste. Ya Homero pintó al contrahecho deslenguado, que aprovecha la coyuntura que cree propicia para insultar la majestad del grande, en Tersites. La broma, en último análisis, es la artimaña para distraer de lo fundamental, el recurso a que apela el hipócrita que va a ser descubierto, el canto del tero. Mediante la broma da a esa realidad seria un disfraz jocosos, la arranca de su plano humano y trata de empujarlo al plano de la ficción.

Hay una condición histriónica en cada tipo desacomodado; de ahí al cinismo, también media un paso en la lucha por la vida. Para triunfar hay que comenzar despreciando la propia estimación, el valor de los propios bienes, lo cual se consigue con el heroísmo y por la vileza histriónica. El histrión es un terrible defensor de su personalidad y la tendencia al chiste una red de alambradas. Pero es también un ser teatral aquel que se reconoce por cualquier motivo inferior al puesto que ocupa, y la broma para él es una evasiva, un esguince, una dirección fallida hacia la que desea desviar el interés central. El otro polo es el heroísmo, que en la vida sin altura es simplemente la importancia exterior del cargo. Un funcionario fabricado por obra y gracia de un amigo influyente, se recubre de esa máscara de dignidad y queda a la expectativa del ridículo, que espera ver aflorar en la más leve insinuación de las palabras y los gestos. Su parquedad de hombre prevenido le sitúa fuera del alcance de los tiros certeros, y el temor del ridículo le conduce a la ridiculez de poner por delante

el decreto de su nombramiento.

En muchos casos las funciones se han hecho técnicas por aquella misma fuerza de las circunstancias que hace de un hilo largo un problema diabólico de nudos. Y el funcionario que va a desempeñarlas es desde el momento de ser nombrado, el histrión del cargo. Tomo este ejemplo porque la vida argentina es la administración pública. Napoleón era Napoleón en Santa Elena, pero un general fabricado en acuerdo de ministros es la contrafigura de un general. Este senador sabe que es un producto del fraude o que carece de sustancia senatoria y contesta a las recriminaciones con el sarcasmo, o haciendo valer sus fueros. Aquél se parapeta tras los galones y mete por delante, como una tranquera, las jerarquías y el escalafón; éste se esconde detrás de su banca y espera las veinticuatro horas que traen indefectiblemente consigo la prescripción por olvido. El jefe de Repartición que ha sido encumbrado por manejos de comité, cuando se le advierte que desacierta en su gestión, cierra los ojos y grita que viva el partido que lo protege y el presidente que lo nombró. Estos tres actores de baja ralea son los protagonistas de nuestra comedia del poder, y como entes colocados más allá del ridículo, predicán con el ejemplo de su éxito que el ridículo verdadero está en empeñarse en vivir con franqueza y en resignarse a desempeñar con corrección el papel para el que se ha nacido.

## HISTORIOGRAFÍA

La investigación de la historia, la compulsión de los documentos y la búsqueda del dato preciso en los archivos, dio origen a la ordenación de materiales que se denominó la historia. No iba dirigida la investigación a rectificarla y alquitararla sino a hacerla. El ejercicio crea el órgano. A medida que aumentó el número de las piezas utilizadas, y se las clasificó, la historia tomó volumen, tuerza, fisonomía y sentido. En el cúmulo de elementos heterogéneos se colocó el interés, que llegó a depender de la cantidad, pretiriéndose poco a poco el valor de los hechos, que se doblaban desfigurados bajo el peso de los documentos. El método llegó a ser la sustancia. Nuestra historia está en la paleontología y en la etnografía, en aquélla más por su área, especímenes e importancia; y el historiador hubo de limitarse al trabajo de pala con que se desentierra el fósil en las guacas de las bibliotecas. Se acopian datos como se coleccionan estampillas o se acumulan hectáreas y cabezas, y a ese trabajo de operarios se llama historiar, como a esos materiales que se buscan se les llama historia. No hay historia, pero habiendo historiadores tarde o temprano tendrá que haberla, como habiendo brujas tiene que haber demonios por intrínseca necesidad. Lo mejor que se ha hecho en historias es la biografía, desde el *Facundo* hasta el *Belgrano*, con las diferentes Memorias autobiográficas: lo demás es el inventario de los enseres de la casa del prócer. Sin embargo, la exactitud del dato no es un valor

sino con relación al valor del hecho. La exactitud en la investigación puede constituir un sistema de lógica, pero no de sentido. Y la historia faltará, aunque su estudio responda al más riguroso método científico, si falta la sustancia máter.

Hay que remover una pirámide de materiales inexpresivos, contradictorios, en torno de sus lemas para que en resumen lo meritorio sea el laboreo y no la mina. Si los hechos no tienen histórico sentido es preciso que la abundancia sea importancia, convirtiendo el problema de la confrontación en un problema ontológico. Se ha inventado una literatura, que no existe, con tal sistema, a fuerza de compilar materiales que se desecharían como marginales o negativos de la historia literaria en dondequiera que existe de verdad. Sólo donde no hay literatura ni estética, esas obras pueden ser historia de la literatura y de la estética. Mucho más importante que la historia argentina es la historiografía; la historia de los historiadores sí despierta interés. No se concibe que pueda llegarse a una inversión semejante de los verdaderos valores de cultura, a la tergiversación sistemática de lo que significa civilización, grandeza, hecho trascendental, fisonomía histórica, humanidad. Si Nietzsche pudo descubrir los inconvenientes de esta clase en los estudios históricos, no obstante referirse a investigaciones hechas en los más ricos yacimientos, nosotros podemos hablar de los inconvenientes de la historia en las disciplinas de la inteligencia y en la formación del carácter. Dentro del mismo vivero de la historia auténtica, el método de ordenación, análisis y compulsas conducía inevitablemente a formas rígidas de especialistas embalsamadores; el mismo método, sin el sistema de hechos y de sentidos, conduce al simulacro intranscendente de la historia, a la superchería de la especialidad. Porque aplicando la misma cantidad bruta de trabajo, a estas investigaciones, se llega a la falsificación, no de los hechos sino de su valor, no de las personas sino de las personalidades. Reemplázase la inexistente verdad humana de los asuntos y de los personajes, con la lógica y la didáctica.

Nadie ha dicho la verdad sobre Alvear, Pueyrredón, Rondeau, Güemes, Mitre, Urquiza, Lavalle, Dorrego, Rosas. Sus figuras auténticas son tabú. Ni Paz resiste un análisis exhaustivo sin diluirse en el tumulto de acciones contradictorias y desconcertadas. Fuera de la historia militar, el comercio, la ciencia, la cultura, la diplomacia, la política, no han alcanzado la categoría de procesos históricos, ni siquiera de asignaturas.

No todos los países han producido historia; unos la hacen, otros la viven, otros la falsifican; nosotros la escribimos. Por eso la historia suramericana en general se detiene en el umbral de la historia y termina su interés cultural en el último acto de la prehistoria. Ameghino fue nuestro más grande historiador. Lafone Quevedo y Outes están más cerca de ella que los catedráticos que la elaboran y luego la explican. Los que se han ocupado de la formación didáctica de una historia que no interesa fuera de los límites geográficos de la nación, de las aulas y de los círculos políticos, acuñan monedas de circulación clandestina, verdaderos monederos falsos de las enseñanzas de tipo legal y universal, porque ponen sus propias efigies en el cuño y dejan en blanco

el exergo como quien se prepara su pedestal.

## LAS CARICATURAS

Cuando despuntó un nuevo estado de cosas en los negocios, la edificación, los medios de transporte, etc., la moral sexual se revistió de una exagerada dignidad. Para sepultar todo el pasado, el presente levantó sus murallas. Cada ser se clausuró en su sexo; se prohibió hablar y aludir a tales temas; se fabricó otro tabú además de los muchos que ya teníamos. La honradez sería norma hasta de la sensualidad, y la mujer encarnaría, algo a deshora, el tipo clásico de la virgen y madre.

Nuestra garçonne es una muchacha virtuosa, que custodia su virginidad con heroica entereza. No ha dejado de ser antigua y ya es moderna: sobre sus sentimientos del honor castellano pone los atavíos de la última moda. Fuma, lleva cabellera corta, exhibe la pierna hasta el muslo, viste polleras transparentes y se pinta ojeras de noche insomne: aparentemente es una mujer mundana, pero para llegar a la idea trivial que se forma de los afrodisíacos que brinda hay que vencer a una vestal incorruptible. El cinematógrafo y los figurines muestran una fase de esa vida valiente de Norteamérica y Europa, de toda la posguerra: pero ella cree que un cambio en las costumbres es simplemente una moda. Conoce todos los refinamientos de la concupiscencia, las novelas eróticas, usa cosméticos y afeites que sería cruel emplear para una frívola exhibición: en compañía de parientes respetables se arriesga en las playas y en las confiterías, en los salones y en los clubs, al simulacro de la vida generosa. Pero allá donde la mujer liberal, a la que copió esas actitudes y tentaciones, se entrega, saluda y se va con el amante, ella resiste y salva el honor. La segunda fase de las películas y las ilustraciones queda a cargo de las otras mujeres que tampoco se ven.

Adoptó las exterioridades de las vampiresas de cine y los modales de las artistas de varietés, sin abdicar en absoluto, imperturbable en su papel de pobre doncella de comedia española. Es honesta porque sigue siendo la «tapada», la hembra detrás de la reja, y se disfrazaba de lo que no es, de lo que no le gusta ser, de lo que no ha visto en los figurines de modas que las modelos sean. Esa insinuación valiente, de *flapper* y *demimondaine*, un alarde de la cobardía, enchapa a la mojígata sin generosidad y sin belleza. Hace todo lo que las mujeres que viven con desenvoltura, pero no se entrega. Si ha caído ya, como se dice en el lenguaje de nuestros puritanos de capa y espada, aparenta con renovado tesón la comedia de una honestidad de ropa interior. Vuelve a ponerse el disfraz de la honestidad *standard*, Pero esas fuerzas censuradas no se someten de grado; habían de desatarse en estructuras sociales anómalas, descargando sus deberes en los comercios del amor prohibido.

Sobre la sociedad recaerían las culpas de que ellas quedaban exentas, los males

que sorteaban en un juego taurino. La prostitución en que delegó deberes imperiosos, fomentando su inconcebible propagación: el casamiento como horca caudina; la monogamia sin vocación de fidelidad: el adulterio juzgado pasible de pena de muerte; la absorción de las profesiones liberales en el magisterio y las aulas de letras; la invasión de los estadios de deportes, fueron las venganzas de la némesis colectiva. Se había logrado un término medio de moralidad muy superior a la normal; el hogar se había consolidado; la mujer había obtenido su respeto; el hijo tuvo asegurados apellido y educación; pero ninguno de esos bienes se lograron sin el pago de tributos humillantes, sin la fermentación de males mayores quizá. Esas estructuras significaban en el orden social con el que avanzaron en el mismo proceso de imanación de elementos exóticos, represiones, semejantes a las de la libido, y sus neurosis las experimentarían los edificios, las revoluciones, los hospitales, el trabajo, la cultura. El sexo reprimido tomó la conformación de inmensos órganos institucionales y de complicados aparatos de cerrajería. Apariencia y no verdad, corteza y no jugosa pulpa, hasta cotizar más la virtud envuelta en mallas impenetrables que la sincera voluptuosidad de la buena salud y de la alegre juventud sin perversiones mentales y utilitarias.

Esto mismo puede advertirse, con un poco de cuidado, en las demás manifestaciones de la vida; porque faltando la sustancia verídica, la clase de las sangres puras y la costumbre de distinguir al tacto sin llevarla a los colmillos la buena onza legal, hemos dado valor a las máscaras, a los fantasmas y a la prestidigitación. Basta recorrer sin apresuramientos las calles. Los edificios que tienen estilo más o menos puro, son los que desentonan. El conjunto habla un lenguaje abigarrado de formas arquitectónicas, y el estilo castizo representa lo que las palabras afectadas, en desuso. El estilo verdadero es la promiscuidad de muchos, y contra él resalta como postizo el estilo verdadero.

Insensibles a los sentimientos estéticos que, por ejemplo, provocaban una repugnancia casi fisiológica en Ruskin ante la imitación de la piedra, del mármol y, en general, ante la mistificación de los elementos de construcción o de composición, hallamos natural lo que es falso. Un frente imitación piedra, imitación mármol, imitación o mistificación, en fin, nos deja tranquilos, y aun sirve en los avisos comerciales para realzar las propiedades, que valen según lo que imitan. Ha sido necesario que nos habituáramos a reemplazar las cosas naturales y verdaderas con las aparentes y apócrifas, pues peor hubiera sido conformarse con la verdad. Lo exterior es siempre de un estilo distinto a lo interior. Naturalmente, si todo eso puede causar disgusto al artista de cepa, al artista en calcos tiene que causar secreto disgusto la verdad del original, lo que afirma su existencia desnuda. En la imitación, en la adulteración hábil, en el fraude ingenioso, en los espejismos que consuelan la vanidad herida, sentimos cierta seguridad de camino conocido, que impregna la conciencia hesitante del propio valer. No nos engaña lo ficticio, sino que nos desengaña lo cierto y veraz. No podríamos ser de otro modo; y en vez de tratar de encontrar nuestra

propia expresión, la rehuimos y buscamos la mistificación, hasta que resulta de ella un sistema complicado y hasta interesante, que abre su tienda, colecta sus prosélitos y concluye funcionando como la verdad sin velos.

Cada caudillo acuñaba sus monedas, en tanto que la moneda nacional de uso corriente era el cuero, la cerda, la tierra y los géneros. Por todas estas extrañas razones, se aprende de una filosofía las voces técnicas, se reniega del maestro en su mismo estilo, se reduce la preparación docente al conocimiento de esquemas y de índices y se encuadernan los libros para amortajarlos decentemente desde el estante. El manejo de las fórmulas exime del entendimiento del sentido, la filosofía se provee de revistas bibliográficas, y la ciencia vive un poco a la moda del día. Pero falta la sangre, la raíz, la fe para que esas formas huecas vivan y se trasmitan. Viviendo de ese préstamo de las culturas colaterales de la ínsita vocación, algunos escritores tienen el estilo de las traducciones de los buenos autores a las malas ediciones mercantiles. En escritores que se precian de sencillez y rusticidad, se admira el clásico estilo de la editorial Maucci Hermanos. Traducida al español cualquier obra pierde sus valores auténticos y se convierte en un centón de frases, con lo que entra a jugar un papel de prosa original, ruda. Versos de Whitman y Claudel se convierten en prosa seccionada arbitrariamente; novelas de Lawrence y estudios de Freud dan lugar a contrafiguras literarias de la más inconsciente pornografía. Como es difícil imitar las ideas, se imitan las formas, y el éxito de las escuelas de vanguardia fue, en gran parte, entre nosotros, sin el contenido de los artistas creadores, sin los valores nuevos sustitutivos de los viejos, el regocijo de descubrir en los poetas extranjeros el estilo de las traducciones baratas.

## LA CIENCIA DEL IMPROVISADOR

Nos caracteriza, quizá entre todos los pueblos, la rapidez de concepción y la ligereza con que captamos hasta lo más hondo las alusiones sutiles, particularmente si se refieren a la estima ajena de nuestros méritos. Como los marineros que en Atenas, de primera audición, percibían las veladas alusiones de los diálogos aristofanescos, nuestros campesinos toman y replican en diálogos agilísimos, las más sutiles intenciones. Sin embargo, no creo que esta felina elasticidad mental y verbal tenga que ver con la inteligencia, cuyo paso verdadero parece ser el de los plantígrados hiperbóreos. En último término, tal virtud de hombres de cuchillo no rebasa el círculo de la defensa personal y el que juega en una finta sin duda ingeniosa y vivaz, no podría transportar esos movimientos al juego de interrogar y responder al mundo. Después de cierta distancia la resistencia física es también agilidad. La fina sensibilidad de percibir el filo más delicado en la yema del pulgar, está relacionada con la propia persona y no con el mundo.



Una forma de vivir alerta, haciendo centinelas de nosotros mismos, es también una hermosa predisposición, pero sin duda conduce a la improvisación más bien que a la técnica, a la formación de un temperamento más bien que de un carácter, a la intuición más bien que al raciocinio. Esa rapidez de pensar y reaccionar, da un poco de su ritmo a la vida, y cierta sensibilidad de cutis facial a la cultura, enriqueciéndola de superficie y de error, pues la sensibilidad de las verdades corresponde a los órganos profundos. Vivimos apurándonos, con un pequeño plus de aceleración superflua, que permite aguardar, ya sentados en el punto, la llegada del fin de la frase. Por eso nuestra existencia está situada un poco por delante de nosotros y, como se gustaba decir cuando las innovaciones de Rivadavia, «tironeando del futuro». Cualquier adolescente descubre la superchería antes que el adulto trabajado por otro sistema de vivir y de responder más lento: quienquiera es capaz de dar un sesgo de su modalidad genuina a una deducción, sin que su innovación tenga existencia independiente y pueda perdurar más allá de su persona. Apurarse es improvisar, improvisar es morir, con belleza si se quiere.

Vivir no es correr, ni pensar con prontitud; es desarrollarse en un espacio personalísimo, con una función personalísima, en un tiempo personalísimo; más bien demorarse un poco, «apurarse despacio» y marchar sin olvidarse de nada. Mientras el alma no se detiene hesitante, no se ha penetrado en el sentido sustancial de los hechos, y cierto tiempo es menester para que se conjugue el pensamiento con la realidad. Nuestro modo de ser es acaso una forma espiritual en un mundo nuevo, donde ésta todo por hacer, donde se ha construido mucho para llenar baldíos, ocupándose los edificios a título precario hasta la llegada de los verdaderos dueños. No importa que el mundo vacío sea un mundo antiguo y que el constructor aparezca mucho antes que el habitante definitivo. Podemos llamarlo nuevo, porque frente a él la improvisación tiene la fuerza de levantar algo que sigue en pie. Esa voluntad de hacer tiene el afán de concluir la casa, de terminar de arreglarla y de instalarse de una vez en ella; pero hay mucho más de cierto indescifrable disgusto de vivir, en la actitud de tirar tan desconsideradamente del tiempo y las cosas. Falta la confianza en sí mismo, la seguridad indispensable para esperar el buen fin de una obra empezada y de largo alcance. Faltan las comodidades que ofrece toda vivienda que albergó otra vida, la quietud de un ámbito perenne.

Esa prisa impide ahondar, afirmar el pie, contemplar; se está de vuelta, esperando, en vez de caminar. La inteligencia debe apresurarse a encontrar sentido a los hechos, tiene que interpretarlos antes que se expresen en su ritmo de cuerpos, más lento que el de las ideas, con temerosa precaución. Es menester improvisar: la variedad de las formas que constituyen la vida circundante y la parquedad de las notas de la realidad ambiente, imponen a la inteligencia que complete ese cuadro que no exige emplear a fondo las cualidades de pensar, sentir y obrar, sino interpretarlo en sus signos superficiales y dudosos. Ante un mundo de datos muy simples, la inteligencia se encuentra dotada de necesidades ilimitadas de acción, y capaz de ejercicios más

enérgicos del que las cosas le exigen. El mundo es sencillo y el alma complicada, como en los buenos tiempos en que la erística daba sostén al universo. Es preciso completar párrafos sin sentido, concluir otros inexpresivos y, en fin, interpolarle un apéndice de invención al texto mutilado. En tal sentido, el improvisador es un ser que supera la fase técnica del mundo de su alrededor, que ensaya y yerra. Frente a un conjunto de formas embrionarias, en vez de entrar a él con cautela, decide penetrarlo e imprimirle sus personales formas, convirtiéndolo en una herramienta para la plenitud del propio esfuerzo. Al mismo tiempo el improvisador es la herramienta providencial de ese conjunto de masas estáticas y de baldíos, que quieren ser llenados. Las cosas, por tanto, ensayan y yerran con el hombre. Aún no se ha establecido entre nuestro mundo y nosotros el equilibrio de una máquina. Estamos todavía en el período hesiódico de la improvisación cuando el aedo tiene ante sí los materiales de la realidad y no sus problemas; en los primeros pasos de esa serie que termina en el taylorismo, cuando el hombre pasa a ser el poema gnómico de las cosas.

Hay una época del mundo en que ya no es posible sino cambiar apenas, modificar muy de a poco; y otra en que lo urgente es hacer, crear, armar con prisa y a grandes trazos: la época de los deberes muy tardía con respecto a la de los derechos. Aquél es el mundo del ingeniero y del estadista, que han de servirlo aplicándole fórmulas cuya exactitud es condición esencial del éxito; éste es el mundo del pioneer y del mago, donde la realidad tiene antes que ser hecha y llevada a sus estructuras concreta respondiendo a su enfático *Fiat!* Aquellos hombres son los técnicos y operan en función del medio que se les impone con fuerza concertada, mecánica: éstos reaccionan sobre las cosas en función de sí mismos e improvisan con la cabeza y con las manos. Son los demiurgos, que acaban por convertir en ciencia su experiencia, mientras las ciudades se pueblan y los intereses se complican en un movimiento coordinado, por fin libre del creador. Una realidad que está aún por adquirir fisonomía es una prerrealidad maleable, de la cual sólo es posible intuir vagamente lo que podrá ser cuando se condense y organice hasta ese punto en que ya no es posible crecer más, sino desarrollarse: en que los cuerpos dejan de estar meramente situados y funcionan autónomos según leyes cósmicas. Cara a cara de ese mundo sin formas concretas, el hombre es un ser concluido que va a imprimirle la forma de su mano, hasta que la realidad sea una hipótesis y su mano un azar, hasta que la realidad sea un mecanismo y su mano una aceitera.

El ingeniero de este mundo plástico es el caudillo, en quien se condensan las potestades del pioneer y del mago. Bajo cualquier aspecto que haya de revestir según las épocas y las circunstancias, el técnico de esa realidad anodina, más fuerte que ella y capaz de imprimirle un sesgo de su talento de improvisador y de su voluntad de creador, es el caudillo, el antiingeniero. Tuvo su papel señorial y corporativo en el pasado; hoy su campo de acción se ha diversificado con arreglo a divisiones empíricas de la realidad, en la política, la ciencia, la economía, el arte; y al análisis espectral de dos líneas fundamentales que coinciden con los caracteres típicos del

payador y del baquiano. Supervive aún como técnico de un mundo sin estructuras metálicas.

Estos tres protagonistas de nuestra historia y nuestra cultura, que ya están ubicados en su debido lugar en *Facundo*, son las hipóstasis del improvisador osado, del magistrado, del funcionario y del líder, que intentan en el ejercicio de su función, preludiar un aire nuevo, de estilo personal agregándole su persona al texto inconcluso de la realidad. Lo que poseemos de seguro, de conquistado al azar indígena y de mejor y más adecuado al texto, procede de su faena. Frente a ellos, los improvisadores inspirados en técnicas consumadas desafinan como payadores de mal oído. El camino abierto a machete, según la intuitiva ciencia del baquiano, lleva a más lejos que las líneas telegráficas, como el caballo aventajó al automóvil en la prueba de los caminos de tierra. Todo lo que se aparte de esa baquía, disuena como instrumento fuera de su partitura. Nuestro mejor poema está escrito en estrofas de payada, y es la obra de un payador; nuestros hombres más grandes fueron aquellos autodidactos hechos en la realidad autodidáctica, y que a través de un caos étnico, político y económico, señalaron un buen camino de herradura, bien seguro hasta donde era posible. El ingeniero seguía las huellas de su andar, y los que transportaban bloques de otras culturas obedecieron también al afán de improvisar, aunque con menos baquía.

Ahora los improvisadores estudian las teorías de otras realidades, las fórmulas surgidas de otros sistemas de cosas, para adaptarlas a nuestra realidad; y despreocupándose de los problemas argentinos buscan las soluciones europeas. Por muy perfectos, vuelven a caer en la técnica del improvisador. Así el baquiano y el payador se han desnaturalizado; y al perder contacto con la tierra ese aire nuevo que presuntuosamente quiere reemplazar a la adivinación y a la inspiración, destaca la novedad del estilo personal sin ninguna eficacia. La maquinaria es corroída por la intemperie y oxidada cuando no trabaja entera sino en una sección de su mecanismo.

En la política y en las finanzas es donde más claramente resalta la vocación irrefutable a improvisar; allí donde no es aplicable una mecánica de urbe cosmopolita y de cálculo exacto, por las modalidades ambientes. La vastedad de nuestro paisaje permite el cálculo por aproximación y el error sin consecuencias inmediatas. Despoblado, erial y manufactura son los márgenes en que el error no tiene consecuencias graves, y al mismo tiempo las incógnitas que ilustran la eficiencia de la matemática. Son los mundos más informes, los más recientes, los que aún no han sido explorados ni sujetos a sus nomos peculiares, los que constituyen la materia de experimentación; terrenos que esperan aún su mapa y su catastro.

El ejemplo más nítido puede tomarse de la política. Nuestra política aplicada, de multitudes, incorporada a la ciencia del gobierno, dala de muy poco tiempo; de cuando el voto secreto y obligatorio pudo constituir todo un programa de Estado. Entonces se concedió a nuestro pueblo una categoría democrática, un derecho inusitado; y al gobierno se lo consideró como un *novum organum*, como una ciencia

nueva. La teoría era perfecta, pero no se contaba con técnicos capaces de hacerla funcionar, adaptada al estado de cosas creado por la ley electoral, a la nueva realidad. Para su aplicación a la realidad tuvo que acudir al idóneo y para ello ese instinto tan fino de nuestros ciudadanos, encontró su hombre representativo, el político de baquía que conociera los meandros del mapa del país y de sus habitantes, por donde la teoría había de fluir e internarse. En el nuevo estado de cosas, el mago improvisador fue otra vez el caudillo, payador y baquiano a un tiempo. Hizo de la ley escuela de su propia carrera, y bajo un régimen sin grandes fallas restauró los viejos regímenes que casualmente se trataba de abolir con la ley. Rebajado desde su altura teórica al plano del más misterioso atajo por la selva, todo un programa se concretó en un hombre, como todo un ejército se confiaba a la pericia de baquiano. Sin embargo, el sistema no había sido puesto en vigor con tal fin; ese fin fue la continuación imprevista de la teoría y el baquiano que se desentendía de golpe de la ciencia del gobierno, daba la razón a los imponderables que habían hecho posible, en resumen, una creación legislativa para destruir la realidad.

Delante de los improvisadores estaba todo un sistema que no funcionaba ya, residuos de doctrinas fuera de moda, ruinas de partidos que pasado su período de tanteo, hubieran forzosamente entrado en la técnica correspondiente a la era del cálculo; pero había fracasado de una vez por todas la tentativa. La ciencia del baquiano ofrecía una eficacia y una moral, en su simplicidad que no podía esperarse de los partidos doctrinarios y de principios.

Y frente a la política, el mundo económico a la manera de su cara posterior, de la trasluna que no se ve. Ninguna experiencia particular ni colectiva podía servir de base al estudio y la práctica de las finanzas, ni la teoría filosófica tenía nada que ver con los materiales a manejarse. Por tradición, el gobierno de la hacienda pública era cuestión de buena fe y de baquía. El caudillo hubo de vestir aquí la indumentaria del estadista y del financista reservándose para salir de los aprietos su vieja táctica de payador. La fundación de Bancos que crecían acromegálicos para quebrar de la noche a la mañana sin que fuera posible descubrir las causas de la fractura, fue un procedimiento casi invariable. Los impuestos decretados o sancionados sin previo conocimiento de la capacidad económica de los contribuyentes, ni de las fuentes de producción que no se agotarían con el gravamen, sustituyó al cálculo. Donde se exigía el estudio previo, la ordenación de los materiales y la investigación de eficacia aparente y de cierta impracticabilidad. Puede tomarse como ejemplo el aumento reciente de las tarifas postales, que redujo a menos de la mitad el tráfico de la correspondencia. Se autorizaban emisiones, se concertaban empréstitos, se proyectaban presupuestos sin antes haber estudiado las fuentes de renta, la resistencia de las industrias, del comercio y del trabajo, ni la verdadera necesidad de las inversiones. Sin conocerse las posibilidades de la riqueza pública y privada, se contraían compromisos con la única solvencia del futuro, del que se sigue tirando desconsideradamente. Los empréstitos eran el margen del error, la operación para el

cierre de saldos, y cualquier falla de cálculo se subsanaba con acuerdos especiales y con la socorrida fórmula de importar oro amonedado a cuenta del mañana, o sea, de soluciones hechas a problemas sin plantear.

Quedaron vetas de recursos acaso cegados para siempre y otras, exhaustas, siguieron suministrando dinero a las arcas famélicas del erario. El erario tenía que sostener la pompa del espectáculo y responder mediante las recaudaciones al crédito exterior. Cuando Pellegrini funda el Banco de la Nación y crea la Caja de Conversión, pareció haberse entrado en el período de la técnica y cancelado el de la administración empírica. Todo hacía suponer que los males prácticos hubiesen concluido, que la deuda consolidada y el valor fijo de la moneda de papel habrían de dar su norma a la versátil improvisación de los gobiernos. Era una ilusión. La realidad económica había ido acondicionándose bajo el influjo de intereses perfectamente organizados y extraños a la economía nacional; una secular práctica de administrar los caudales con arreglo a la intuición gruesa del estado financiero y económico, mientras iban planteándose problemas superiores por la simple función de la riqueza, dejaba al descubierto al financista. El manejo de esa realidad cuyo funcionamiento no dependía de la voluntad del caudillo, resultaba difícil. Las crisis aparecieron como fenómenos súbitos y naturalmente imprevisibles, y para oponer a ese proceso interno, lento y lógico que parecía eventual, no se halló mejor recurso que apelar a las prácticas mágicas y al instinto de baquía que duerme en lo recóndito de todos. Se renovaron los empréstitos, se extrajo oro de la Caja de Conversión sin consolidar en otra forma el papel circulante, se obligó al Banco de la Nación a suministrar anticipos ilegales de su tesoro, se lanzaron empréstitos internos y se aumentaron a prorrata los aranceles y los impuestos nacionales. Por intuición se ha procedido a modificar las tarifas de transporte, aumentándolas; por intuición se han resuelto las tres cuartas partes de los problemas edilicios, económicos, políticos y educacionales; terapéutica de urgencia encontrada hecha en otros países, antes de formularse correctamente los diagnósticos.

En tanto aquel mundo pretérito era mera llanura, selva y tierra anegadiza, lugares intransitables y lugares a trasmano, el baquiano podía guiarnos; en tanto no tenía más que las formas y las tintas crepusculares de la cultura, el payador podía interesar al auditorio y salir airoso de sus tropiezos de asonantes. Pero ese mundo fue haciéndose rígido, mecánico, categórico, y el hombre quedó retrasado a su marcha. Estaba distraído, construyendo, armando, acumulando materiales, mientras esos materiales libres de sus manos, se organizaban y distribuían con arreglo a pesos específicos y a leyes arquitectónicas universales; a fuerzas internas cada vez más exactas e indefectibles.

Desde su descubrimiento, éstas fueron las tierras de la aventura, y la norma impresa perdura por dentro de todas sus instituciones como su pecado original. Lo nacional sigue su línea genealógica y lo financiero, monetario, económico y mercantil, sigue sus leyes internacionales y crematísticas. Su último aspecto es, a

través de los colonos y los hombres de empresa, introducir en ella la novedad de sus personas hasta hacerle tomar la forma de su intención. Contra una naturaleza indómita que repelía el uso de las técnicas consumadas, el improvisador era el demiurgo. Mas hoy no tiene fuerza para manejar esta realidad en movimiento. En la lucha por la formación de nuestro país, lo que se ha hecho es superior a lo que se ha pensado y aprendido; y lo que llamamos crisis, problemas económicos delicados, falta de industrias, bajos precios y altas tarifas, analfabetismo, despoblación, inestabilidad de los bienes y de la vida y predominio de los capitales desvinculados del destino nacional, es la derrota del improvisador.

## CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

Los creadores de ficciones eran los promotores de la civilización, enfrente de los obreros de la barbarie, más próximos a la realidad repudiada. Al mismo tiempo que se combatía por desalojar lo europeo, se lo infiltraba en grado supremo de apelación contra el caos. El procedimiento con que se quiso extirpar lo híbrido y extranjerizo, fue adoptar las formas externas de lo europeo. Y así se añadía lo falso a lo auténtico. Se llegó a hablar francés e inglés; a usar frac; pero el gaucho estaba debajo de la camisa de plancha, y precisamente se afirmaba un estado de barbarie consustancial con la apariencia, convirtiéndose en materia de cultura lo que era abigarramiento de las exterioridades de la cultura. Todas las cartas quillotanas transpiran ese penetrante concepto. Los males eran muy graves, pero los bienes que se proponían en su lugar, por la imprenta, del sistema de gobierno, la reiterada imitación de Virgilio y la hipervaluación del cosmético cultural, resultaron peores todavía. Eran los males de la apariencia, de la parodia, que podrían durar vigentes mayor o menor cantidad de años, pero que al cabo habían de caer, como el disfraz heroico del coreuta al fin del espectáculo, dejando visible la piel del cabrío. Se tapaba con estiércol el almácigo de la barbarie, sin advertir que los pueblos no pueden vivir de utopías y que la civilización es una excoiación natural, o no es nada. Se ganaba en el tiempo, anticipando largos períodos del proceso, y en cambio se construía como la herida que cierra en falso. Alberdi fue el que más claro vio ese peligro, y su fisiológica enemistad con Sarmiento y su pequeña figura ante el coloso, es la puntería de David que asesta a Goliath una pedrada en la frente.

El más perjudicial de esos soñadores, el constructor de imágenes, fue Sarmiento. Su ferrocarril conducía a Trapalanda y su telégrafo daba un salto de cien años en el vacío. Con razón consideró el destructor de sueños, su enemigo, que se habían incorporado con ellos, a la vida argentina, nuevos elementos de atraso, poniendo la palabra «Bárbaro» en el fastigio de todas las obras de progreso Sarmiento fue el primero de los que alzaron puentes sobre la realidad; Pellegrini el último. Aquél es el

genuino hijo de la colonia que se revuelve contra la invasión de las fuerzas autóctonas; éste, el genuino hijo del inmigrante que quiso realizar en las finanzas la voluntad del europeo amante de lo estable contra el desorden ambiente. Cincuenta años dura la influencia de cada cual; cuando decae el vigor insuflado por uno, lo recobra el vigor del otro; y en 1910 hace crisis la última utopía para permitir la revancha de las fuerzas aborígenes vencidas. Viene luego el asalto en masa contra la línea de fronteras espirituales, la invasión de un elemento sofocado cuyo derecho a la vida era irrefutable, y que con Alem ingresa a la demolición de las cúpulas bizantinas e inicia la vuelta a la normalidad. La generación de 1880 es la forma colectiva típica de esa pseudoestructura de civilización, forjada por un infinito amor patriótico; el período pueril de asimilar formas sin sentido, dándoles su propio sentido; la etapa infantil. Fue Sarmiento el primero que en el caos habló de orden; que en la barbarie dijo lo que era civilización; que en la ignorancia demostró cuáles eran los beneficios de la educación primaria; que en el desierto explicó lo que era la sociedad; que en el desorden y la anarquía enseñó lo que eran Norteamérica, Francia e Inglaterra. El creador de nuevos valores era un producto, por reacción, de la barbarie. Hizo guerra a la guerra, oponiendo el libro a la tacuara; la imprenta a la montonera; el frac al chiripá; a los ímpetus del instinto y de la inspiración del baquiano y del payador y a los vicios endémicos del campo abierto, la perseverancia, la paciencia y el cálculo. Arranca lo que hay y planta lo que no hay. *Facundo* fue un libro de escuela para adultos y *Conflicto y armonía de las razas en América*, su testamento para la juventud. Su prédica ininterrumpida suministró materiales pedagógicos para esos párvulos de barba cerrada. Todas sus fundaciones, desde las Sociedades Protectoras de Bibliotecas y de Animales hasta el Consejo Nacional de Educación y las instituciones científicas, son falanges en combate contra la realidad, la afirmación de «otra realidad». Quiso violenta, abnegadamente lo que existía en otras partes; y paladín integérrimo de la veracidad, frente a un estado cuya autenticidad le afligía, adoptó la forma de engañarse como sistema. Convirtió su vida y su mente en la solución de los problemas argentinos; produjo a todos los grandes, por colaboración o por oposición; hombres, cosas y valores giran en torno de él. Así el general Mansilla, su defensor también resentido contra la realidad, converso y paulino hasta el ridículo, lo llevó a la presidencia y después salió a la lucha contra el hereje vestido como un *dandy*. En su maleta de campaña llevaba a Shakespeare, cuyos versos en inglés embutía en su diario de expedición.

Se quiso renegar de la verdad, y la táctica de destruirla parecía volverle la cara y mirar a otra parte. Un movimiento de reacción se inició en todas las esferas de la actividad: comenzó con la construcción de edificios públicos y el trazado de líneas ferroviarias y telegráficas, con la edición profusa de periódicos, con la imitación de los autores de las *Analectas*, con el uso del crédito, con la lectura de obras excelsas; y terminó con la fábrica de la ficción, con la emisión sin respaldo de valores de adelanto. Esa realidad superpuesta a la realidad tomó a veces aspectos de delirio, y es

curioso que en el vórtice de tales obras de ingeniería no se advirtiera la sima que se dejaba debajo. Doce bancos se inauguran en época de Juárez Celman; se abren bibliotecas y universidades; crece el valor de la propiedad raíz, la fermentación del caos agranda las cosas; y todas esas conquistas fueron las conmociones ideológicas de veinte hombres ansiosos del engrandecimiento de la Nación. Un trastorno imaginativo.

El oro extranjero colmó las arcas, aunque no se diluyó en el cuerpo de la economía nacional, del trabajo y de las empresas privadas. El capital afluyó impelido por los alisios de la inmigración, y ésta vino tras el capital, en un movimiento de perro que quiere morderse el rabo. El crédito suministró material combustible a la utopía; esos soñadores de grandeza eran demiúrgicos y ricos. Pero no eran grandes ricos, sino lo mismo que habían sido hasta entonces, con la misma perspectiva enfrente, la misma casa y el mismo panorama en torno. Contra el trabajo pirotécnico de la imaginación, se desenvolvía el trabajo hidráulico de la realidad, que comenzó a vencer los puentes, los diques y los artilugios de la ilusión. Esa crisis señalaba el descenso de las aguas y la formación de un estrato nuevo. Toda la teoría de este ensueño está contenida en Sarmiento. Los cincuenta y dos tomos de su obra evidente y cierta corresponden a cincuenta y dos años de realidad también evidente y cierta. Esa ilusión tuvo consistencia; fue tan fuerte como para imponerse a lo categórico y conminatorio de la realidad, porque en auxilio del utopista llegaron con fuerzas de relevo otros grandes que se pusieron a su lado, frente o tras él. De haber estado realmente solo no se hubiera podido sostener el jinete sobre el potro. Todos vivieron en el ardor de la aventura y como Rivadavia, Rawson y Vélez Sársfield, murieron en el más desolado escepticismo. Los colaboradores de la empresa de aquel Jasón perfectamente lógico, sensato y hasta positivista<sup>[15]</sup>, trabajaron en favor de sus planes, aun cuando se le oponían. Quien todavía está contra Sarmiento, lo está en función de él, como todo el que no está con Yrigoyen procede por reacción. Hacen la contraprueba. Ambos desquiciaron el tesoro público, el uno construyendo y el otro demoliendo. Para Sarmiento la realidad había tomado los caracteres constitutivos de su misma personalidad, y si aun hoy nos parece su persona mental y temperamental tan ceñida a la realidad, hasta el extremo de coincidir puntualmente ambas configuraciones, es porque esa realidad que vemos es la que elaboró él con su genio. Los cuatro problemas fundamentales de nuestra vida social son los cuatro puntos cardinales de la mente y vida de Sarmiento. Poseemos una tierra en gran parte inculta, donde prosperan por igual las plantas útiles y los yuyos; geografía y demografía engendran, por natural coincidencia, el analfabetismo. En la raíz de nuestros males están la carencia de institutos de educación cívica y moral, la falta de enseñanzas de tradición y de hogar, la libertad usada para encadenar al hombre a sus apetitos y a sus defectos originarios. Sarmiento vio la escuela y puso en ello una vocación instintiva, que sin duda brotó en él al roce hiriente de las aristas más duras de esa realidad. Su autodidáctica, la crudeza de los contrastes que encontró en la



lucha por desenvolver una inteligencia de que venía ampliamente dotado, hizo de él lo que él no había tenido: un Maestro. Y esa cualidad educacional, que se advierte hasta cuando trata de fomentar el trabajo del mimbre en el Delta, venía a coincidir con ese segmento grandioso de la realidad vacía. Y de esa afinidad entre lo que les faltaba a él y a su país quedó planteado el primer problema, el de la escuela primaria y el de toda la cultura, que depende sin duda de él y que flaquea cuanto más distancia hay entre la escuela y la Universidad.

Su espíritu viajero, la vitalidad migratoria que tuvo hasta la muerte, que encontró fuera de su país, tiene que ver también con las comunicaciones, que entre los pueblos suramericanos se convierten, cuando existen, en vías de separación y de distanciamiento. Aquellos pueblos que veía vegetar aislados, sin otro contacto que un servicio postal irregular, erizados de peligros y de dificultades, dentro del mapa nacional significaban lo mismo que su cultura esporádica dentro del mapa de las naciones civilizadas, cuyo conocimiento poseía por instinto de baquiano. El segundo punto del programa de su gestión pública y de su idiosincrasia está en las vías de comunicación. Basta leer sus itinerarios a través de Europa y América, para advertir que las distancias y las relaciones que se establecen por el conocimiento personal de las cosas y el dominio de los idiomas, le haría defender el ferrocarril y el telégrafo hasta extremos que suscitaban la risa de toda la cámara.

Despoblación e ignorancia eran las condiciones apriorísticas de la falta de unidad nacional. Conservaban aún, los pueblos del interior, como pozo de aguas estancadas, la vida colonial. Castro Barros le hizo ver cuál era la magnitud de ese peligro, infiltrado en cerebros aparentemente organizados para una nueva comprensión de las cosas. La decadencia visible de provincias y la disolución en el caos de todas las fuerzas que deben unir a los pueblos, le alejó con repugnancia de lo que trascendiera a pecado original en la religión y en la historia. El ejemplo de su hogar, disuelto, y de su vida errátil, sin vínculos de afectos profundos, porteño en provincias, provinciano en Buenos Aires, extranjero en su país y argentino en todas partes; loco frente a la inevitable certidumbre de los hechos, y cuerdo en el desastre de la ignorancia revestida de poder, lo empujó a la búsqueda de los caracteres específicos de la civilización y del progreso argentinos. El tercer problema, pues, es el de la formación del alma nacional.

Había sabido mantenerse exento de los elementales vicios de la concupiscencia, la depredación, el cohecho, la hipocresía. Humildísimo en la ambición, incapaz de obtener gloria ni fortuna sino por los caminos reales de la legalidad, nunca concibió siquiera, en sus delirios de grandeza, como Lincoln, que pudiera lograrla a costa del más insignificante sacrificio de su honradez. Y ese escrúpulo en él morboso de la veracidad y de la honradez contrastaban con las prácticas seculares del gobierno y de la vida económica de su país, sostenidas por la exacción, el soborno y el fraude. El cuarto problema de su psique y de la realidad, es el de la probidad en el ejercicio del poder. Esos cuatro planos, cerraban el tetraedro de nuestra realidad, y la sustancia de

su alma. Pero dentro de esos sólidos, como el centro matemático de los volúmenes, encerrábase un germen infinitesimal, ultramicroscópico, también inextenso punto geométrico, que hacía fermentar a la realidad en el desorden, falseándola e inficionándola. Los cuatro planos fundamentales, que nadie dejó de concebir como tales, inclusive Alberdi que se le parece tanto de puro distinto que es, son cuatro puntos de vista de Sarmiento tomados según las cuatro fuerzas cardinales de su personalidad. Por suerte o por desgracia, esa alma coincidía con esta tierra, y llegó a ser el tipo representativo por antonomasia de esa realidad, transfundiendo en ella su vigor y su clarividencia con la adaptabilidad de dos sangres de tipo afín. De manera que tomar partido por la reconstrucción del país, era hacerse sarmientino, afiliarse a su escuela, siendo una misma verdad el país y él. No es sino lo más lógico posible, que después de *Facundo*, una historia que es una autobiografía, civilización y barbarie fueran antitéticas: había que alejarse de ésta y que echarse a ciegas en aquélla; y huir de una para entrar en la otra o viceversa, eran la misma cosa. La barbarie era una época, el pasado, el campo, el ejército montonero y el administrador de estancia en la Hacienda pública: la civilización era la historia, el futuro, la ciudad, la industria, la educación, la tabla fundamental del valor de las cosas. De la civilización se hizo un programa y de la barbarie se hizo un tabú. En torno de éste como de otros grandes hombres argentinos, se fue coagulando el silencio sobre lo que tenía estigmas de barbarie, a la vez que la voz que nombraba lo que tenía estigmas de civilización se hacía más clara y neta. Ellos poseyeron, empero, hasta Pellegrini, la idoneidad y la buena fe indispensables para nombrar las cosas por sus nombres de pila; luego lo que era tabú no se aludió siquiera, dándosele multitud de sinónimos a lo que era noa. Se comenzó a manipular ideas, valores, temas y cosas reales, con arreglo a esa tabla de raciocinio; fragmentos considerables de realidad cayeron en la subconciencia con palabras proscritas; y palabras proscritas arrastraron consigo a la subconciencia fragmentos de realidad. Al fin se perdió la sutura de ese mundo a que se aspiraba y de ese otro que se tenía delante sin poder modificarlo. Los fantasmas desalojaron a los hombres y la utopía devoró a la realidad.

Lo que Sarmiento no vio es que civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio. No vio que la ciudad era como el campo y que dentro de los cuerpos nuevos reencarnaban las almas de los muertos. Esa barbarie vencida, todos aquellos vicios y fallas de estructuración y de contenido, habían tomado el aspecto de la verdad, de la prosperidad, de los adelantos mecánicos y culturales. Los baluartes de la civilización habían sido invadidos por espectros que se creían aniquilados, y todo un mundo sometido a los hábitos y normas de la civilización, eran los nuevos aspectos de lo cierto y de lo irremisible. Conforme esa obra y esa vida inmensas van cayendo en el olvido, vuelve a nosotros la realidad profunda. Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos; traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud.



EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA (San José de la Esquina, 1895 - Bahía Blanca, 1964). Escritor argentino, una de las figuras más sobresalientes del género ensayístico en América Latina; el conjunto de su obra lo sitúa en una de las cimas del pensamiento argentino contemporáneo. Sus agudas reflexiones sobre la realidad nacional, formuladas en su mayoría a partir de los años treinta, constituyen una fuente inagotable de debate y discusión, al tiempo que de irradiación de ideas y propuestas para comprender el país y su compleja realidad. Nació en el seno de una familia humilde y fue un verdadero autodidacto; trabajó como empleado en Correos y dio clases de literatura en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata. Se inició en el campo literario como poeta, con la publicación de *Oro y piedra* (1918), *Nefelibal* (1922), *Motivos del cielo* (1924), *Argentina* (1927) y *Humoresca* (1929), de clara influencia modernista. L. Lugones lo saludó desde las páginas de *La Nación* con el poema *Laureado en Gay saber*. En la década siguiente abordó el ensayo con *Radiografía de la pampa* (1933) y luego inició un silencio literario que se prolongó hasta 1940, cuando publicó *La cabeza de Goliath*. En 1945 abandonó los cargos públicos por su rotunda oposición al gobierno de Juan D. Perón. Luego de una enfermedad que lo mantuvo postrado entre 1950 y 1955 retomó la escritura con *Coplas del ciego* (1959), un conjunto de aforismos; ese año viajó a México, donde se dedicó a la enseñanza, y en 1960 marchó a Cuba. Allí permaneció un año trabajando en una monumental obra sobre J. Martí. Otras obras narrativas de este autor son *Tres cuentos sin amor* y *Sábado de gloria* (ambas de 1956), *Examen sin conciencia* (1956), *La tos y otros entretenimientos* (1957). Entre sus ensayos figuran *Sarmiento*

(1946), *Invariantes históricos en el Facundo* (1947), *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948), *¿Qué es esto?* y *Cuadrante del pampero* (los dos de 1956), *Las 40* y *Exhortaciones* (1957).

## Notas

[1] Los perros huían de las casas y se hacían enemigos feroces de los rebaños y los hombres. La abundancia de carne, abandonada en los campos, donde las reses quedaban luego de quitárseles el cuero, las astas y el sebo, los embraveció. Formaban, contra los rebaños, manadas inmensas; ya no eran perros, sino chacales. Fue preciso organizar expediciones militares para combatirlos. En pocos años retrogradaron centenares de siglos. <<

[2] Los dos actos trascendentales, de historia auténtica, son dos fusilamientos: Liniers y Dorrego. También los dos episodios trascendentales: Paso de los Andes y Tucumán, son dos actos de desacato. <<

[3] Se ha querido ver en el caudillo una réplica del barón feudal; pero más bien se parece a ese otro personaje, que desempeñaba el rol de deuteragonista en la épica-dramática de la Edad Media: el bandido. El bandido no era necesariamente un ser antisocial. Formaba una sociedad apócrifa contra otra; tenía sus principios, su código, su rito. En *Los bandidos* ha descrito SCHILLER esa caballería con su arquetipo romántico, Carlos Moor, que se cree llamado por Dios para corregir por el fuego y la espada, a una sociedad que ha perdido sus normas de justicia. El caudillo no era un barón feudal, sino un bandido en quien la naturaleza había puesto una ingénita inclinación social sin ofrecerle, igualmente constituidos y fuertes, la sociedad y la conciencia de la verdadera justicia para que optara. Era muy lógico que invocara en sus proclamas a la Divina Providencia y que mandara degollar en masa, y que los sacerdotes tuvieran cierta tendencia a seguirlos y reemplazarlos. Pasaba por las ciudades como el ángel vengador y esa tenacidad en lo bárbaro podía convencer al fin de que estaba en lo cierto. En el peor de los casos se parecía mucho a los héroes de gesta, que también eran bandidos, es decir: tipos antisociales sólo cuando se los contempla arrancados a su medio. En un lugar propicio, el bandido y el semidiós son la misma cosa. En América, faltando la sociedad, era el embrión de la sociedad. Podía decir: el Estado soy Yo, porque no había Estado. Era Poder y Ley en los dominios del caos: un Mesías con el trágico destino de cargar con los pedazos de su pueblo, de ser inmolado y de que andado el tiempo no se creyera en él. <<



[4] El límite oeste de Buenos Aires corre siguiendo el meridiano 64; los territorios del sur se dividen por los paralelos 42, 46 y 52; Tierra del Fuego por una línea paralela al meridiano 68. La Pampa sigue la dirección de los meridianos 68 y 64 y el paralelo 36. Las delimitaciones del Chaco, Santiago y Santa Fe, tienen formas geométricas, de acuerdo con las divisiones astronómicas. <<

[5] Como todo aquello que es personal, el valor del guapo es de esencia sexual. Es decir, que la guapeza entraña una condición de virilidad, la cual se expresa orgánicamente en el lenguaje de los hombres. La proeza en que se prueba el coraje no tiene de la hazaña, sino de la hombría simplemente, y suele referirse a la conquista de la mujer. Con lo que el coraje logra fiereza de animal de garra en celo. <<

[6] «Aves corredoras y de presa, que medían sus fuerzas con los más grandes mamíferos de la época» (Ameghino); estos colosos: Brontornis, Eucallornis, Liornis y Phororhacos, cuyos nombres evocan los monstruos mitológicos. Aves de alas implumes, gruesas y cortas, utilizadas como timones en la carrera e inútiles para el vuelo. Eran como esos otros colosos de la pampa: megaterios, milodones, toxodones y los sólidos gliptodones, contemporáneos del *homo sapiens* y del *homo ater*, que acaso lo siguieron como gigantes domésticos en su éxodo al norte, a través de las selvas y al este, a través del hipotético Arquelenis. Eran aves como mamíferos, de mandíbulas macizas, prolongadas en punta y dobladas hacia arriba en el extremo, calzando un pico sólido y triangular, que se encorvaba hacia abajo en un formidable garfio de ataque. <<

[7] «Las vacas, amenazadas por los indios, pedían la existencia de un ejército. Luego cada poseedor de vacas daba una parte de las que poseía para la conservación del resto.» «... que es lo que llamamos defenderse las vacas a sí mismas» (Sarmiento). Hubiera podido decir, también, que si las vacas sostenían a los ejércitos para que combatieran por las del otro bando, se atacaban unas a otras. Es la contraprueba. En nuestros días se forman brigadas de comerciantes para adquirir armas con que defenderse de los asaltantes, secundando a la policía. <<

[8] Resabios de esas épocas prehistóricas es la ostentación de la cabeza del enemigo como trofeo. La guerra se hacía, entre los primitivos, muchas veces para adquirir cantidad de trofeos, número de cabezas. Para un pueblo guerrero el recuento de cabezas humanas significa lo que para un pueblo pastor el recuento de cabezas de ganado: victoria y Botín. Peñaloza, Ramírez, Aberastain, Avellaneda, Cubas y otros, fueron decapitados. En esos crímenes y en la capitulación de Rodríguez con López hay que ver dos aspectos de la misma fuerza. <<

[9] Bandoleros eran los traficantes entre Río Grande y la Banda Oriental. «Había jóvenes bien nacidos, que por vicios de holgazanería y depravación, que eran propios de un país sin industria y sin política», buscaban ese género épico de vida. El preboste de la Hermandad los perseguía con blandengues y dragones. El caudillo que vencía a uno de ellos, era tenido en mucho (V. F. López). Hacia 1880 se les llamó la Indiada y en 1910 la Patota. <<

[10] Los reglamentos autorizan una densidad de población 25 veces mayor de lo necesario. Hegemann comenta: «Este cálculo prueba que no es preciso amontonar a los bonaerenses como ganado ante el matadero». <<

[11] Consiste en que cada votante llene un sobre con el voto que le dan y traiga otro sobre vacío donde el que le sigue deposita el suyo, y así basta terminar el padrón. El cuentero del tío también complica a su víctima, incitándolo a la comisión de un delito, después de lo cual no puede siquiera denunciar al estafador. <<



[12] «La política y la guerra son causas que actuaron desde 1811 hasta la fecha (1898)». «Quien diga que hemos vivido dentro de la legalidad, dice una mentira». (J. A. Terry). <<

[13] «En tiempo de paz, el organismo militar se encuentra en la situación de un medio que no llega a cumplir su fin, la estructura técnica del ejército se convierte entonces irremediabilmente en fin último; de manera que las relaciones de subordinación, que son las bases en que se sustenta la técnica de la organización, pasan a ocupar el primer término de la conciencia, y aquel característico cruzamiento sociológico de la coordinación, merced al servicio común a una idea objetiva, no se produce hasta que un cambio de situación hace aparecer en la conciencia esa idea como el fin propio de la milicia». (J. Simmel). <<

[14] Aunque también las guerras civiles hicieron las mayores fortunas de la actualidad, excepto las que de padres a hijos han menguado por irremediable incapacidad de los herederos. Durante esos años aciagos se desarrollaron industrias subsidiarias que alcanzaron súbito florecimiento y larga duración: la curtiembre, la herrería, la talabartería, el tejido y la confección de ropas. Rosas tenía en Santos Lugares una fábrica con más de seis mil personas ocupadas en preparar uniformes y en reparar arreos y armas. Hombres y mujeres formaban una ciudad industrial y hasta los chicos emulaban a los grandes. Combatían y jugaban a trabajar. Llegó a explotarse la industria caricaturesca de las armas de juguete, que hubo de prohibirse con multas y arrestos por el incremento pavoroso que tornaban las guerrillas de párvulos. <<

[15] Ése fue el peligro: de haber sido Sarmiento un mal prosista y un talento abstracto, se habría buscado la verdad por otros caminos. <<